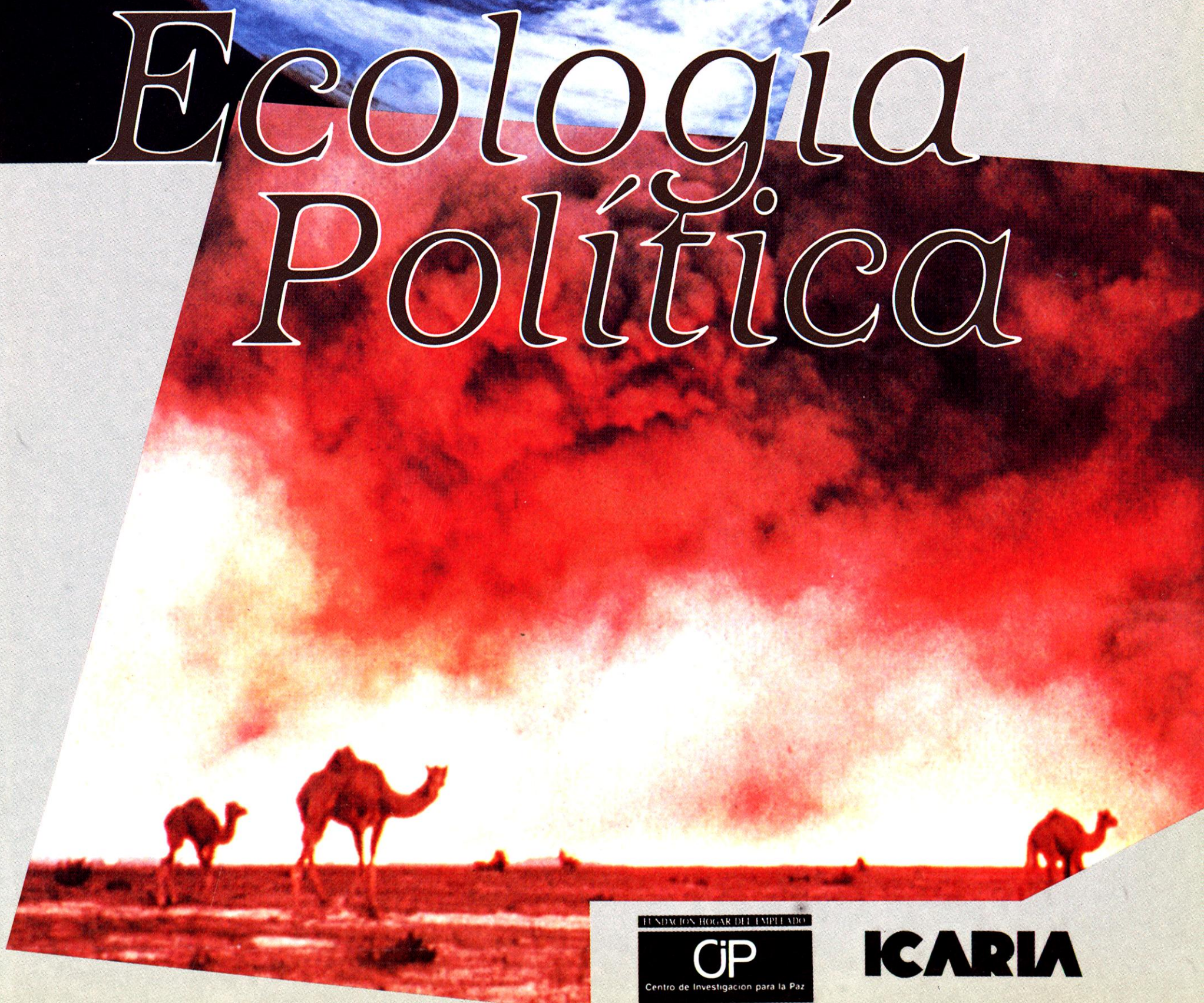
CUADERNOS DE DEBATE INTERNACIONAL

EL CARNAVAL "ECOLÓGICO" DE RÍO DE JANEIRO
LA NUEVA CRISIS PLANETARIA
ECOLOGISMO EN ACCIÓN

3

Ecología Política



FUNDACION HOGAR DEL EMPLEADO
CIP
Centro de Investigación para la Paz

ICARIA

Ecología Política

CUADERNOS DE DEBATE INTERNACIONAL

3

CP ICARIA

Coordinación:

J. Martínez Alier, Apartado Postal 82, UAB, Bellaterra, 08193 Barcelona

James O'Connor, "Capitalism, Nature, Socialism"
P.O. Box 8467, Santa Cruz, Calif. 95061

Administración:
Icaria Editorial. C/. Urgell, 53, Barcelona 08011
Tel. 323 70 53 - Fax 323 70 14

Edita: FUHEM / ICARIA

Redacción:
Alfons Barceló, Jordi Bigas, Núria Ferrer, Rafael Grasa, Luis Lemkow, Jaume Morron, Félix Ovejero, Octavi Piulats, Josep Puig, Jordi Roca, Albert Recio (Barcelona). Nicolau Barceló, FUHEM (Madrid).

Consejo internacional:
Federico Aguilera Klink (Tenerife), Elmar Altvater (Berlín), Jean Paul Deléage (París), José Carlos Escudero (Buenos Aires), María Pilar García (Caracas), Ramachandra Guha (Delhi), Enrique Leff (México, D.F.), José-Manuel Naredo (Madrid), José Augusto Padua (Río de Janeiro), Giovanna Ricoveri (Roma), Víctor Manuel Toledo (México D.F.), Juan Torres Guevara (Lima). Michael Watts (Berkeley, Calif.)

Diseño de la portada: Helena de la Guardia.
© Fotografía portada: Magnum.
Traducción del inglés a cargo de J.M.A. y V.R.
Traducción del alemán, Ricard Jordana.

© Víctor Toledo, Eco-Green, J.P. Deléage, James O'Connor, Albert Recio, Elmar Altvater, Alfonso González, Eduardo Gudynas, Jordi Bigas, Octavi Piulats, Nicolau Barceló, Anxo Moure Mosquera, Manuel González de Molina, Eduardo Sevilla Guzmán, Federico Aguilera Klink, Ramachandra Guha.

© FUHEM/CIP
c/. Alcalá, 117, 6.ª planta
28009 Madrid
Tel. 575 19 75 - Fax 577 95 50

ICARIA
Comte d'Urgell, 53, Pral. 1.ª
08011 Barcelona
Tel. 323 70 53 - Fax 323 70 14

Impreso por:
Tesys. Manso, 17. 08015 Barcelona

SE HA UTILIZADO PAPEL RECICLADO
DE 80 GRAMOS.

ISSN: 1130-6378
Dep. Legal: B. 41382-1990

La dirección de la Revista se reserva el derecho de reproducción.

INDICE

Introducción al número 3, Joan Martínez Alier 7

ECOLOGIA MUNDIAL: ANTE LA CONFERENCIA DE RIO DE JANEIRO

Modernidad y Ecología. La nueva crisis planetaria, Víctor Toledo 9

El papel del Estado en la crisis ecológica global de nuestros días, Eco-green 23

¿Un capitalismo verdoso? J.P. Deléage 27

ECOLOGISMO EN ACCION

Las luchas ecológico-sociales en México: ¿hacia dónde?, Alfonso González 35

Una extraña pareja: los ambientalistas y el Estado en América Latina, Eduardo Gudynas 51

Teoría y praxis de la política verde en el Estado español: una propuesta para la última década del siglo XX, Octavi Piulats 65

Los problemas del movimiento ecologista en el Estado español, Albert Recio 79

El ecologismo en el Estado español, Jordi Bigas 91

ECO-TURISMO

El viaje del MV Greenpeace al Golfo, Nicolau Barceló 99

Contraviaje de un gallego con bici para descubrir América, Anxo Moure Mosquera 107

DEBATE

Las dos contradicciones del capitalismo, James O'Connor 111

Un comentario a las dos contradicciones del capitalismo, Albert Recio 113

El marxismo ecológico de James O'Connor, Elmar Altvater 117

TEORIAS EN ECOLOGIA POLITICA

Una propuesta de diálogo entre socialismo y ecología: el neopopulismo ecológico, Manuel González de Molina y Eduardo Sevilla Guzmán 121

El fin de la tragedia de los comunes, Federico Aguilera Klink 137

Lewis Mumford: el olvidado ecologista norteamericano, Ramachandra Guha 147

LIBROS PARA RIO DE JANEIRO

World Resources 1990-1991 del World Resources Institute 163

Global Warming in an Unequal World: A case of environmental colonialism de Anil Agarwal y Sunita Narain 163

Biotechnology and the future of world agriculture, Henk Hobbelink 165

INTRODUCCION AL NUMERO 3

Joan Martínez Alier

Este número de *Ecología Política* analiza cuestiones de ecología global, ante la conferencia de Río de Janeiro de junio de 1992. ¿Será una ocasión de acuerdos para limitar el aumento del efecto invernadero, para defender la biodiversidad, para precaverse de los peligros de las nuevas biotecnologías? La verdad es que Río presenciará un carnaval político con más espectáculo que sustancia. Los líderes políticos del mundo, los responsables de los Estados que son culpables de los mayores impactos ambientales (al ser los Estados agencias de desarrollo industrial incontrolado, y al ser los ejércitos espinas dorsales de esos Estados), se disfrazarán de defensores de la Biosfera ante una opinión pública manipulada. Proclamarán una especie de encíclica, la Carta de la Tierra, pero no se pondrán de acuerdo, a lo que parece, para firmar el tratado sobre cambio climático, tal vez tampoco el de conservación de la biodiversidad que, en un principio, eran las dos estrellas de la Agenda 21, es decir la lista de cuestiones ambientales concretas del encuentro de Río. Tampoco se pondrán de acuerdo para evitar el despilfarro actual de recursos naturales por la gente rica; así, para los conflictos sobre el acceso al petróleo o al gas se sigue reservando, en última instancia, la vía militar, y ojalá no tengamos ocasión de transitarla de nuevo para asegurarnos el gas de Argelia, del cual tanto dependemos acá.

En ese Carnaval, o tal vez Olimpíada de Río donde el espectáculo es lo que vale, algunas organizaciones no-gubernamentales tendrán también un papel siempre que se comporten debidamente, pero es ahí, donde puede esperarse alguna denuncia, alguna sorpresa, junto con las que se puedan dar, en la *reunión previa* de Verdes de todo el mundo la semana anterior a la conferencia oficial, en el mismo Río de Janeiro. Si no hay acuerdos concretos sobre cuestiones ecológicas globales, quedará probado que todo el llamado «proceso de la UNCED» no ha sido otra cosa que un intento de ganar capital político a costa de la ecología y un esfuerzo para quitar la plataforma ecológica a quienes la han introducido en la sociedad y en la política, es decir, la multitud de grupos ecologistas de base en todo el mundo y los Verdes radicales al estilo alemán. Y eso en un contexto en que, en nuestra vecindad, en Francia por ejemplo, aumenta el voto por los Verdes, y la izquierda tradicional poco a poco desaparece o se incorpora (como Pierre Juquin) a los Verdes. La apropiación tecnológica del discurso ecologista, no ha sido tan fácil. Por ejemplo la crítica desde el Centre for Science and Environment de Delhi en la India (por Sunita Narain y Anil Agarwal) contra las propuestas de tratado sobre efecto invernadero del World Resources Institute de Washington, ha tenido una gran repercusión. Desde la India, se argumentó que la reducción proporcional de gases invernadero para ricos y pobres que el WRI proponía no tenía en cuenta ni las emisiones históricas de dióxido de carbono desde el inicio de la revolución industrial ni tampoco que las emisiones de los pobres están dentro de la capacidad asimiladora y depuradora de la

naturaleza (absorción del dióxido de carbono por la vegetación o los océanos) mientras los ricos utilizan más que la parte que por cabeza les toca de esa capacidad de la naturaleza para neutralizar el aumento antropogénico del efecto invernadero. Los países ricos, en vez de dar lecciones ambientalistas a los pobres, deberían pagar reparaciones por daños ecológicos. La política ambiental, internacional o local, no puede separarse de los conflictos entre ricos y pobres: ésta es una lección de Río, que se querrá disimular con un torrente de palabrería a cargo de ministros, presidentes y reyes. Las ONGs deberían negarse a ser cooptadas por el ecologismo tecnocrático a cambio de cuatro ochavos y un poco de publicidad para sus dirigentes.

En este número de *Ecología Política*, además de artículos de ecología global (como el de Víctor Toledo), y de una crítica del «capitalismo verdoso» por Jean Paul Deléage, presentamos también un inicio de debate sobre la «segunda contradicción del capital». La versión más completa de esa tesis de James O'Connor fue traducida en el primer número de *Ecología Política*, y aquí publicamos dos comentarios, uno de Albert Recio y otro de Elmar Altvater (extraído de su importante nuevo libro: «El Futuro del Mercado: Un ensayo sobre la regulación del dinero y la naturaleza tras el fracaso del socialismo realmente existente»).

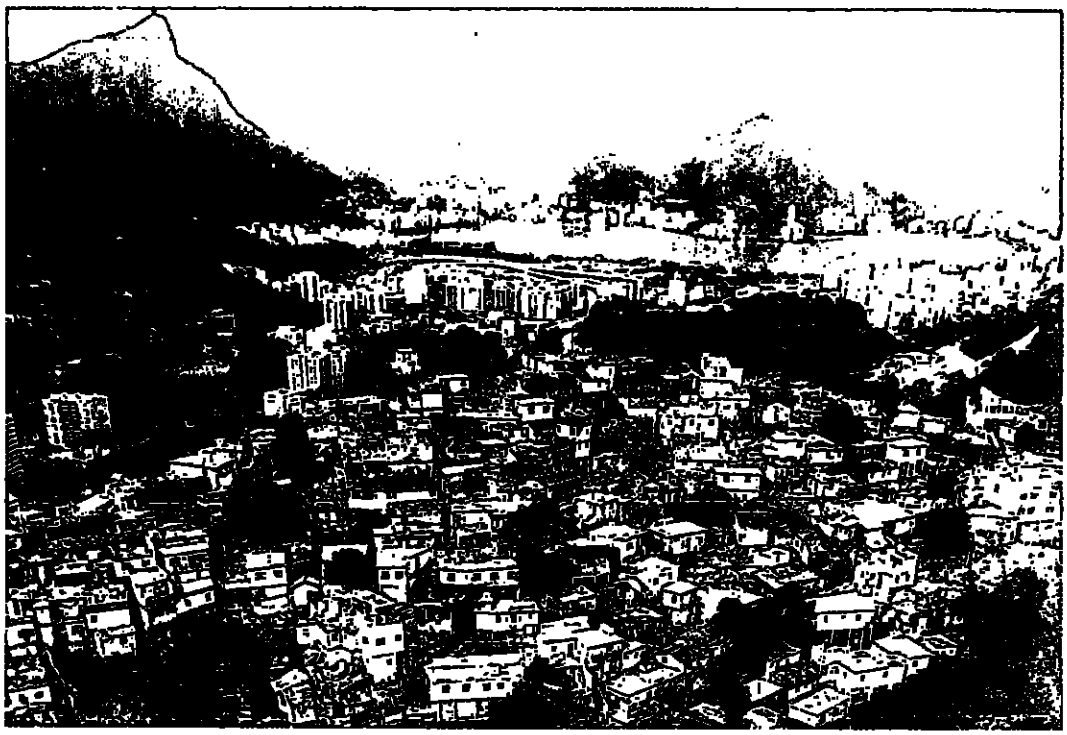
Publicamos también una serie de artículos sobre ecologismo político: uno sobre el ecologismo mexicano de Alfonso González y sendos recuentos de Jordi Bigas y de Albert Recio sobre movimientos ecologistas en los territorios del Estado español (textos presentados en un coloquio en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres en octubre de 1991), y un informativo artículo de nuestro compañero Eduardo Gudynas de Montevideo que realiza algo muy difícil: dar un panorama general del ecologismo latinoamericano. Así cumplimos en este número con la petición que se nos ha hecho frecuentemente: entramos en debates ibéricos y latinoamericanos sobre Ecología y Política, debates que deben ser tolerantes y con buena información pero que no dejarán de causar alguna que otra protesta o enmienda de activistas o grupos ecologistas que con mucho gusto acogeremos. Además, publicamos un gran artículo de Ramachandra Guha sobre el ecologista norteamericano e historiador de la técnica y del urbanismo, Lewis Mumford, y otros dos artículos de indudable importancia política, aunque de carácter teórico: uno de Federico Aguilera Klink que desmenuza la llamada «tragedia de los bienes comunales» que se inventó Garrett Hardin (y que tan citada ha sido), confundiendo el acceso abierto a los recursos naturales (como en la pesca de ballenas en alta mar) con la propiedad y gestión comunal; otro de Manuel González de Molina y de Eduardo Sevilla sobre las raíces intelectuales del neo-populismo ecológico (donde la palabra «populismo» se emplea en el sentido narodnik, pro-campesino). Ese denso artículo de González de Molina y Sevilla Guzmán (que aquí presentamos en una versión abreviada), en su primera parte inserta la problemática ecológica en el análisis económico marxista, profundizando en el análisis de la «segunda contradicción del capital»; su segunda parte presenta las ideas de los populistas rusos de la segunda mitad del siglo XIX (cuya relación con Marx fue conflictiva aunque apasionada por ambos lados) y presenta también el pensamiento agrarista de Chayanov como antecedentes del ecologismo actual. Así, este artículo complementa la muy comentada ponencia de Octavi Piulats para el Congreso de los Verdes españoles en 1991 (cuya primera parte publicamos aquí y cuya segunda parte publicaremos en el próximo número) que insiste en los antecedentes anarquistas y los antecedentes naturistas del ecologismo actual.

El próximo número de *Ecología Política*, revista semestral, estará dedicado en parte a un debate sobre Ciencia, Tecnología y Ecología, aprovechando materiales aparecidos en nuestras revistas hermanas: *Capitalism, Nature, Socialism* de California y la revista italiana de nombre análogo, además de la nueva revista francesa dirigida por Jean Paul Deléage, *Ecologie Politique*.

ECOLOGIA MUNDIAL: ANTE LA CONFERENCIA DE RIO DE JANEIRO

MODERNIDAD Y ECOLOGIA
La nueva crisis planetaria

Víctor M. Toledo*



INTRODUCCION

La expansión y el predominio global del modelo civilizatorio occidental (materialista, tecnocrático, capitalista), no será, como lo vislumbra la perspectiva triunfal que se nutre de los acontecimientos recientes (incluyendo la guerra del Golfo Pérsico), un acomodamiento duradero. Por el contrario, existen evidencias de que la homogeneización del planeta que pudiera resultar de la consolidación del modelo de Occidente puede dar lugar a más de un fruto deletéreo. Para utilizar la figura de uno de los graffitti más frecuentemente encontrados en las calles de Washington («The American dream is the world nightmare»): la consolidación del sueño de Occidente puede convertirse en una pesadilla planetaria. Tres son los fenómenos que más destacan en el entramado de contradicciones que perfila la actual expansión civilizatoria: el incremento de la marginación y la pobreza, lo que podríamos llamar la crisis de la con-

(*) Centro de Ecología, UNAM, México. Ponencia para el coloquio Sociedad y Medio Ambiente en México, El Colegio de Michoacán (Zamora, Michoacán), agosto 1991.

dición humana (o de la existencia) en las sociedades industriales, y la crisis ecológica del planeta. Las dos primeras son crisis que afectan de manera parcial o sectorial en tanto que provocan la miseria (material o espiritual) de los seres humanos. La primera se refiere a las necesidades materiales básicas (alimentación, salud, educación, vivienda[1]), mientras que la segunda atañe a las pautas de comportamiento, la edificación de la personalidad, las expectativas percibidas, y la estructuración de las «mitologías personales» por medio de las cuales el individuo logra la socialización de su existencia[2]. La crisis ecológica, por lo contrario, es de naturaleza colectiva y como tal afecta y afectará cada vez más a vastos sectores de la sociedad, es decir, será cada vez más una crisis sin fronteras. Mientras que la miseria (de uno y otro cuño) se encuentra focalizada en sectores sociales bien definidos (países agrarios, áreas rurales y porciones urbanas marginadas de un lado, países industriales del otro), la crisis del ambiente en tanto que deterioro de las condiciones materiales (físicas y biológicas) del planeta y por ende de la sociedad y de los seres, es un fenómeno global que llegará a afectar a todos los miembros del actual conglomerado humano. En tal sentido, conforma la única contradicción del actual modelo civilizatorio que alcanza a las élites privilegiadas del planeta, la única «fuerza destructiva» imposible de atajar. ¿Cuál es el verdadero significado de la crisis ecológica y cómo debe visualizarse en relación a la actual situación social del mundo? El presente ensayo intenta contribuir al análisis de la situación actual mediante el desarrollo de la tesis de que la crisis ecológica del planeta es una crisis de civilización (o una «contradicción suprema»), irresoluble mediante un simple cambio de tecnología, nuevas medidas legislativas, o aun un ajuste económico, la cual habrá de agravarse ante la consolidación del modelo occidental, y cuya resolución implica una reconfiguración societal en la escala planetaria incluyendo, de paso, la superación del doble estado de miseria (material y espiritual) que hoy prevalece.

LA CRISIS ECOLOGICA GLOBAL

Si algún fantasma recorre hoy el mundo, éste es el de la crisis global, el de la crisis ecológica del planeta. Los líderes de las siete economías más poderosas de occidente se han visto obligados a incluirla entre los principales puntos de su agenda y ha tomado carta de reconocimiento en los antiguos y nuevos oganismos internacionales. De la misma manera, la Mac Donalds, la Hitachi y el World Bank la han incluido entre sus acciones prioritarias, mientras que las publicaciones de mayor circulación mundial la han revisado a través de la edición de números especiales[3]. En su nombre se han volcado cientos de miles de ciudadanos a la participación política lo mismo en Australia que en Brasil, en Polonia que en Filipinas, le ha dado sentido a la desvaída existencia de Brigitte Bardot (hoy convertida en ecologista), y ha obligado al presidente de México a autoproclamarse defensor del ambiente mediante una inserción pagada a página entera en los principales diarios

[1] El número de personas que viven en extrema pobreza en el mundo ha pasado de 819 millones en 1980 (Simonis, U.E. 1990. Estrategia de desarrollo internacional, sociedad y política. Universitas 28 (1): (33-38) a 1.116 millones (según los cálculos conservadores del Banco Mundial) o 1.225 millones (Durning, A.B. 1990. Ending poverty. En: *State of the World 1990.* Worldwatch Institute, Washington DC, publicado en castellano por la FUHEM, Madrid) en 1989/1990. De acuerdo con la CEPAL, en Latinoamérica el número de pobres se estimaba en 183 millones hacia 1989, es decir, 71 millones más que al inicio de los setenta. De seguir estas tendencias hacia el cierre del siglo, 1.000 millones de seres humanos no tendrán condiciones sanitarias mínimas, y 500 millones no dispondrán de agua potable (*World Resources Report 1.990-91*, Oxford Univ. Press, p. 8).

[2] De entre los todavía escasos análisis sobre la miseria humana de las sociedades industriales destacan el de Agner Heller (1980, *Teoría de los Sentimientos*, Edit. Fontamara) y el de Christopher Lasch (1978, *The Culture of Narcissism. American Life in an Age of Diminishing Expectations.* W.W. Norton Comp. Inc.).

[3] *Time*, January 2, 1989; April 23 y November 5, 1990. *Scientific American*, September, 1989 y 1990. *Le Monde Diplomatique*, 8 Mai, 1990. *The Economist*, September 8, 1990. *National Geographic*, Vol. 174 No. 6, December 1988. *Selecciones de Reader's Digest*, Julio 1990.

norteamericanos (un hecho puntualmente denunciado por los ecologistas mexicanos). Pero este nuevo fantasma de magnitud planetaria, en realidad sólo es el indicador, la «punta del iceberg», de un fenómeno completamente inédito en la historia de la sociedad, que hoy conforma un nuevo paradigma y sin el cual es imposible arribar a una comprensión correcta de los fenómenos sociales y humanos: la gestación del pequeño planeta.

EL SURGIMIENTO DEL PEQUEÑO PLANETA

La vieja y largamente soñada utopía de los visionarios y futurólogos de la antigüedad, es hoy, al cierre del siglo, una realidad incontrovertible. Bajo la innovación tecnológica, el planeta ha sido convertido, por vez primera, en un espacio geográfico reducido a una escala apropiada a las actividades humanas (tiempos, ciclos, percepciones), un fenómeno que ha sido posible gracias a cuatro factores: el vertiginoso desarrollo del transporte, la expansión de las comunicaciones, el ensanchamiento de las transacciones económicas, y por supuesto el crecimiento de la población. Cuando en diciembre de 1986 el Voyager logró dar la vuelta al mundo sin necesidad de cargar combustible, no sólo estaba batiendo una nueva marca de la navegación aérea, estaba consolidando varias décadas de un desarrollo tecnológico que hoy permite estar en cualquier punto del orbe en menos de 22 horas. Esta reducción de las distancias del planeta a través de la velocidad de los transportadores no sólo permite el movimiento de los miembros de la sociedad, también ha facilitado el transporte de materiales (materias primas, manufacturas, productos industriales) y energéticos (como el petróleo) a través de los diversos sistemas de transporte terrestre y marino. En el terreno de las comunicaciones, es decir en el almacenamiento y la transmisión de informaciones entre los miembros de la sociedad humana, los avances son igualmente vertiginosos. Hace menos de dos años la idea de los teléfonos instalados enfrente de cada uno de los asientos del avión no había sido imaginada, en tanto que hace cuatro la palabra fax sólo era pronunciada por unos cuantos cientos de miembros de la especie. Los avances logrados en la microelectrónica, las fibras ópticas, los láseres, la computación y las telecomunicaciones están volviendo obsoletos los medios usuales de realizar los negocios, el periodismo, la política, la educación y por supuesto la vida cotidiana. Se estima, por ejemplo, que la capacidad de procesar información de los microchips habrá de doblarse cada dos años durante la década de los noventa sin un aumento notable de sus costos. Esto significa que con lo que hoy compramos una computadora de punta será posible adquirir una máquina 20 veces más poderosa hacia finales del siglo, y 500 veces más potente hacia el año 2010. Algo similar sucederá con las telecomunicaciones, en donde la transmisión de decenas de miles de caracteres de información por segundo en una línea telefónica y a base de una sola fibra óptica será algo normal hacia el cierre del siglo. Para darse una idea, hoy una sola fibra óptica puede trasmitir 400.000 conversaciones simultáneas en un segundo. Los nuevos diseños para guardar información basados en la tecnología del disco láser pueden hoy en día poner toda la Enciclopedia Británica en un diminuto disco de 11.4 centímetros de diámetro.

En el terreno de los satélites, iniciado hace menos de tres décadas, los avances logrados en las comunicaciones, la exploración (meteorológica, geofísica y militar) y la navegación, son también numerosos. El consorcio internacional de 114 países conocido como INTELSAT (International Telecommunications Satelite Organization), que es propietario y operador de un sistema global de 13 satélites, cubre más de setecientas estaciones terrestres y un total de 100.000 canales en servicios tales como telefonía y televisión transoceánica, telex, fax, información digitalizada y teleconferencias. Por su parte la Cable News Network (CNN) norteamericana, ha creado el primer noticiero televisivo de carácter planetario, mediante el empleo de cinco satélites incluyendo el Statsionor 12 soviético, a través de los cuales alcanza 61 millones de hogares de 91 países, influenciando y modificando las

decisiones de la política, los negocios, el comercio, y la diplomacia mundial (tal y como sucedió durante la pasada guerra del Golfo).

La globalización de lo humano, es decir la aprehensión y socialización del espacio planetario, es pues ya un proceso en plena consolidación que obliga a re-pensarlo todo: política, economía, cultura, diplomacia, educación, estilos de vida. La fotografía de la Tierra tomada desde el espacio que nos da, por vez primera, una percepción directa, no mediada por la interpretación cartográfica, del conglomerado de nuestra especie y su hábitat planetario, y que hoy aparece lo mismo en los anuncios comerciales que en la portada de un libro o como logotipo de una camiseta, es el anuncio premonitorio del nacimiento de una nueva era. Y esa imagen del globo azul-plateado flotando en el oscuro fondo del universo es también el símbolo que certifica el re-encuentro con nuestra condición original. Por vez primera nuestros ojos logran mirar(nos) desde fuera y desde lejos ese diminuto punto azul[4], otorgándonos con ello una nueva percepción, simiente de una nueva conciencia y de una nueva amenaza.

DE LA NUEVA SOCIEDAD GLOBAL A LA NUEVA CONCIENCIA DE ESPECIE

La conjunción de todos estos eventos, ha ido paulatinamente generando la idea (todavía incipiente) de pertenencia a una categoría superior, y en cierta forma suprema en tanto que metasocial y suprahistórica: la de especie. La cabal adquisición de este estado de conciencia conforma un hecho contradictorio. Por un lado, involucra un retorno a la situación primigenia en la que los seres humanos, todavía social y culturalmente indiferenciados, desprovistos aún de lenguaje, sólo lograban distinguirse del resto de los organismos vivos por sus rasgos biológicos. Por el otro conforma un verdadero alumbramiento, en tanto que, por vez primera, los seres humanos se encuentran e identifican con su generalidad, más allá de sus particularidades de nacionalidad, clase, raza, religión, cultura e ideología. Este fenómeno, está surgiendo como consecuencia tanto de los procesos de globalización de lo humano, como de la amenaza, consecuencia contradictoria de lo anterior, que se cierne a través de la crisis ecológica del planeta. En ambos casos, una nueva concepción no religiosa ni mitológica de la naturaleza y en general del universo, opera como el espejo frente al cual logra erigirse la nueva identidad de especie. Y este ir hacia la naturaleza que parece un retorno, es en realidad un regreso aparente: se ha vuelto a la antigua conciencia de especie y de reconocimiento de la naturaleza pero esta vez provistos de una nueva condición, en un nuevo estadio de desarrollo y con una nueva perspectiva. No es ya aquella miriada de pequeñas unidades sociales (la banda), aisladas las unas de las otras o débilmente emparentadas a través de la circulación de las dotes, los obsequios o las mujeres, separadas por la necesidad de mantener su propia cohesión como organismo social, esparcidas aquí y allá en el ancho infinito de los ecosistemas de la Tierra, sino que son ya todos los seres humanos, agrupados en un solo ensamblaje, mayor, supremo y total y en permanente comunicación unos con otros, los que toman conciencia de su identidad y de ésta con la naturaleza. En el fondo, nunca hemos dejado de pertenecer al conjunto biológico que nos distingue en el marco de la naturaleza del resto de los organismos. Pero sólo hasta ahora, tras un período prolongado de fragmentación y diferenciación sociocultural, se da el re-encuentro. Y al encontrarse de manera consciente con su origen, evento que tuvo que esperar la saturación del espacio terráqueo y su desequilibrio por parte de la población humana, los habitantes humanos del planeta posiblemente descubramos el camino para dirimir y aceptar nuestras diferencias culturales y

[4] Un cable de la Associated Press proveniente de Washington (Junio 7, 1990) afirmó: «Visto desde una distancia de 3.800 millones de kilómetros, el planeta Tierra es un diminuto punto azul, de acuerdo con una fotografía tomada en Febrero por la nave espacial Voyager 1, que se desplaza a gran velocidad hacia los confines del sistema solar...»

para superar nuestras desigualdades materiales.

La nueva conciencia de especie no sólo implica una cierta solidaridad con la naturaleza, sino que es también conespecífica (es decir con el resto de los miembros del propio conglomerado biológico) y transgeneracional (los futuros miembros de ese conglomerado). La idea de que el planeta (el resto de los organismos vivos y el ambiente) en que vivimos nos ha sido legado en sus condiciones actuales por las generaciones del pasado, situación que habremos de legar a las generaciones venideras, constituye una nueva concepción que viene a corroborar tangiblemente la existencia de un torrente histórico. La nueva percepción que surge del carácter global de lo humano así como de los límites bio-físicos, hoy transgredidos, del planeta, conduce a repensarlo todo, no sólo en términos de lo que concretamente se hace, sino de lo que se hizo y de lo que se hará, rescatando de paso el invisible nudo del espacio y del tiempo. Ello posiblemente encierra la simiente de una nueva moral social y, por supuesto, los imperativos a partir de los cuales estamos obligados a descubrir los principales rasgos de un nuevo período civilizatorio, única manera de superar la «contradicción suprema» entre Naturaleza y Sociedad.

LA EBULLICION ECOLOGICA: LOS LIMITES DE UNA CIVILIZACION

Pero esta globalización de lo humano que debe celebrarse como logro del desarrollo social, ha terminado por desencadenar su propia contradicción, llevando a su fin un largo proceso megahistórico de desnaturalización (la humanidad negándose como especie para afirmarse como sociedad). Si hiciéramos nuestra la alegoría de las sociedades frías y las sociedades calientes introducida por C. Levi-Strauss hace un par de décadas, tendríamos que aceptar que la civilización contemporánea no sólo se encuentra en un momento de temperaturas elevadas, sino que está a punto de alcanzar el punto de ebullición. Hacia el final del siglo XX, el termómetro de la crisis ecológica que cada vez más investigadores y centros académicos del mundo están observando y siguiendo, se encuentra muy cerca de la temperatura crítica, quizás no por encima de los 90° C pero tampoco por debajo de los ochenta. En efecto, por vez primera en la historia de la humanidad, existe una amenaza real de carácter global o planetario que se cierne sobre *todos* los miembros de la especie humana sin excepción. Se trata por supuesto de una «nueva contradicción» de carácter supremo, no visualizada por los historiadores (incluyendo los marxistas)[5]: «El desarrollo tecno-industrial ha ido creando poco a poco una cierta oposición entre las fuerzas productivas y las fuerzas de la naturaleza, una oposición que determinará de una manera decisiva, el desarrollo futuro del mundo. De esta forma, la oposición entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción ya no puede ser considerada como el único elemento fundamental del desarrollo histórico»[6]. La revisión de lo que podríamos llamar los diez principales componentes de la crisis ecológica a partir de los datos más recientes extraídos de diversas fuentes de información (Cuadro 1), revela que de no revertirse las actuales tendencias la humanidad habrá de enfrentar una situación de alto riesgo en

[5] Se trata en apariencia del mega-proceso histórico (incluso por encima de los procesos de *longue durée* reconocidos por Braudel), por el cual la humanidad ha vivido una necesaria aunque violenta separación de la naturaleza que la ha afirmado como sociedad pero la ha negado como especie, una tesis que ha sido central en el pensamiento de Marx (Schmidt, A. 1976. *El Concepto de Naturaleza en Marx*. Siglo XXI Eds.), y que como habré de mostrar en un próximo ensayo hoy puede convertirse en una tesis de enorme importancia teórica y política.

[6] La cita es de Gunnar Skirbekk (1974. Marxisme et ecologie. *Esprit* 440: 643-652), cuya tesis principal (el análisis del concepto de «las condiciones de producción» empleado por Marx) ha sido retomada por James O'Connor más de una década después (1988. Capitalism, nature, socialism: a theoretical introduction. *Capitalism, Nature, Socialism. A Journal of Socialist Ecology* 1: 11-38, traducido en *Ecología Política*, 1), para fundamentar el concepto de una «segunda contradicción del capitalismo», en franca coincidencia con la idea de una «contradicción suprema» entre Naturaleza y Sociedad (véase nota anterior).

las próximas dos o tres décadas. Contribuyen a fundamentar este panorama dos hechos: la hipótesis cada vez más aceptada de que el planeta constituye un sistema en un delicado equilibrio del cual forman parte la atmósfera, los océanos, los continentes y por supuesto todo el conjunto de especies que integran la vida (Teoría de Gaia)[7]; y la expectativa de que bajo los actuales patrones de uso de los recursos, la población humana, que alcanzará hacia el año 2020 los 8 mil millones de habitantes, no podrá lograr los niveles mínimos de bienestar (equivalentes a los de un ciudadano medio de los países industriales) sin afectar severamente la matriz físico-biológica del planeta[8].

LA CRISIS ECOLOGICA COMO CRISIS DE CIVILIZACION

La idea de que la crisis ecológica es una crisis de civilización se nutre del hecho de que por debajo de las diferencias de sus sistemas sociales subyace un conjunto de similitudes megaestructurales en el reticulado de las sociedades industriales contemporáneas, una suerte de «modelo supremo» el cual todas las naciones en «vías de desarrollo» son forzadas a imitar a través de un sinfín de mecanismos de lo que podríamos llamar una inercia global.[9] Esto se ha vuelto más obvio por los recientes cambios que han acabado por disolver el espejismo creado por el conjunto de países industriales con «socialismos realmente existentes». Y es en esta matriz civilizatoria cada vez más expandida en donde deben buscarse las causas que han desatado el conjunto de factores que hoy amenazan la supervivencia de la especie, la misma que logró gestar la integración y globalización de lo humano. Por ello, muy lejos de lo que suele pensarse, la crisis ecológica del planeta no logrará resolverse mediante un simple pase de nuevas tecnologías, audaces acuerdos internacionales, o aun un reajuste en los patrones de producción y consumo. La nueva crisis global penetra y sacude todos y cada uno de los fundamentos sobre los que se asienta la actual civilización y exige una re-configuración radical del modelo civilizatorio.

Aunque nos vemos limitados por razones de espacio al mero enunciado de lo que podríamos llamar los «siete pecados capitales de la civilización contemporánea», éstos conforman bastiones que una nueva crítica revolucionaria tendrá que demoler, y de cuyos escombros deberán surgir nuevas propuestas. Me parece que la resolución de la crisis de planeta debe considerar por lo menos los siguientes siete rasgos megaestructurales de las sociedades contemporáneas: su carácter homogeneizante, su tendencia a

[7] La Teoría de Gaia (nombre que recibió la antigua deidad griega de la Tierra), postulada hace más de veinte años por J.E. Lovelock, y hoy plenamente aceptada por la comunidad científica como una nueva «ciencia de la biosfera», establece que la temperatura y la composición de la superficie de la Tierra se encuentran activamente regulados por su porción biológica, y que los principales cambios atmosféricos (tales como la composición de los gases, la temperatura o la oxidación) tienden a ser atenuados a través del crecimiento y el metabolismo de los seres vivos. De entre la cada vez más abundante literatura sobre el tema se recomiendan: Margulis L. et al. (Eds.), 1990. *Global Ecology, towards a science of the biosphere*, y Myers, N. (Ed.), 1984. *Gaia: an atlas of planet management*. Anchor Books.

[8] Se estima por ejemplo que el consumo mundial de energía (que en un 80 % proviene del petróleo y otros combustibles fósiles) se incrementará entre un 50 y un 60 % hacia el año 2010 (Davis, G.R. 1990. Energy for planet earth. *Scientific American* 263 (3): 21-27), lo cual significará una mayor contribución al calentamiento global del planeta (efecto invernadero) (véase Cuadro 1, indicador 10). De otra parte no existe seguridad de que la producción de alimentos alcance a satisfacer, bajo los actuales patrones de producción, una población como la esperada en las próximas dos o tres décadas, puesto que ya en la actualidad los volúmenes de granos comienzan a declinar, la producción pesquera está a punto de alcanzar el punto de máxima cosecha sostenible (100 millones de toneladas métricas anuales), y la mayoría de los sistemas ganaderos son enormemente ineficientes y ecológicamente destructivos.

[9] En esta perspectiva merecen mención las recientes contribuciones de los «historiadores ambientalistas»: Crosby, A.W., 1986. *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900.* Cambridge University Press. Worster, D. (Ed.) *The Ends of the Earth. Perspectives on Modern Environmental History.* Cambridge University Press. 1989. Tudela, F. et al., 1990. *Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina y el Caribe: una visión evolutiva.* PNUMA/MOPU y Agencia Española de Cooperación Internacional. Mackenzie, J.M. (Ed.), 1990. *Imperialism and the Natural World.* Manchester Univ. Press.

la centralización del poder y de las decisiones, su obsesión especializadora y megalomaníaca, el carácter depredador e ineficiente de sus sistemas productivos, y la característica de sus instituciones que muy a pesar de su apariencia democrática conduce a un acceso esencialmente desigual a los recursos que el planeta ofrece. Permítasenos iniciar, en la última parte de este ensayo, el análisis de algunos de estos rasgos.

DEL DESPOTISMO URBANO-INDUSTRIAL AL SUBVERSIVO ENCANTO DE LA AUTOSUFICIENCIA

Si algún esquema surge del análisis del actual patrón civilizatorio, éste es el de un todopoderoso sector urbano-industrial, esencialmente depredador, erigido sobre las ruinas de las sociedades rurales (países y sectores) y sobre las cenizas de una naturaleza avasallada. Para ello se ha reproducido en todo el orbe un conjunto de mecanismos (no sólo económicos sino políticos, culturales e ideológicos) que privilegian lo urbano-industrial sobre lo rural y lo natural y que tienden a ocultar toda la secuela de altísimos costos sociales y ecológicos. En esta perspectiva, el modelo civilizatorio contemporáneo aparece como una pirámide cuya porción superior se nutre parasitariamente de los pisos inferiores representados por los sectores rurales y finalmente de la naturaleza. La misma imagen en otra versión topológica muestra un sector central (urbano-industrial) que explota la porción periférica (rural) del organismo social, el cual a su vez dilapida la naturaleza que le rodea y que le sirve como fuente primigenia para su reproducción material. En su expansión, este modelo busca la integración y finalmente la dependencia de todos los espacios sociales y naturales del planeta, para lo cual echa mano de una fórmula secreta: la especialización (ecológica, productiva, conductual). Por tal motivo el actual proceso civilizatorio es esencialmente homogeneizante y, por lo mismo, intolerante a toda expresión genuina de diversidad (genética, biológica, ecológica, cultural o de comportamiento). Bajo la oculta racionalidad de la civilización contemporánea todo aquello que tiende a volver dependientes a los ciudadanos del mundo tiende a ser propiciado, estimulado y adoptado por el conjunto social, de la misma manera que lo opuesto tiende a ser rechazado, despreciado y finalmente eliminado. En uno de sus matices la expresión «desarrollo» significa no sólo integrar a aquellos sectores o núcleos sociales del espacio planetario que se hallan diseminados y aislados sino que, sobre todo, equivale a destruir su capacidad de autosuficiencia material y espiritual, es decir, su habilidad para dotarse por sí mismos de alimentos, energías, agua, instrumentos y otros satisfactores, así como de ideas, inspiraciones, sueños, proyectos de vida. El caso más obvio es quizás el de la energía, la cual por cierto no es consumida ni eficiente ni equitativamente en el planeta. No obstante existir ya una serie de diseños más racionales y menos peligrosos y destructivos desde el punto de vista ecológico, éstos no acaban de desarrollarse e implantarse socialmente porque casi todos atentan contra los patrones sobre los que se asientan las hegemonías contemporáneas. El principal argumento que se esgrime para desechar estos diseños es el de sus altos costos, aunque en la valoración económica de los diseños prevalecientes se escamotean sus efectos destructivos sobre el ambiente, y la salud y la seguridad humanas. Estos diseños «subversivos» tienen la extraña virtud de generar energía a pequeña escala, teniendo como fuente recursos locales (libres o colectivos) no peligrosos (sol, agua, viento, biomasa, desechos, etc.), de tal suerte que su proliferación puede llegar a desplazar en algunas décadas los mega-proyectos engendrados bajo los instintos megalómanos de los ingenieros y proyectistas del presente. La lista de estos diseños incluye las pequeñas plantas a base de energía solar o eólica, los generadores comunitarios, las microhidroeléctricas y las pequeñas represas, los automotores eléctricos o de aceite vegetal, los digestores anaeróbicos. Pero su peligrosidad estriba no tanto en sus bondades tecnológicas como en el hecho de que pueden ser la base para una mayor autosuficiencia de los individuos, las comunidades y las regiones, lo cual los dota de una mayor capacidad de negociación frente al poder central

y disminuye los efectos de la coerción política. Y son estas nuevas modalidades tecnológicas las que pueden dar lugar no sólo a nuevas actitudes respecto de las formas concretas de vida, sino que pueden reforzar formas descentralizadas de poder político, tales como la capacidad autogestiva de individuos, comunidades, barrios o municipios[10], así como un reparto equitativo de la producción.

ECOLOGIA Y CAPITAL: LA APARICION DE LA ECONOMIA ECOLOGICA

La euforia surgida del estrepitoso derrumbe de las sociedades autoritarias con socialismo real y su inminente integración a la economía de occidente, fue sin duda el oculto resorte que llevó al presidente de los Estados Unidos a declarar enfáticamente en abril de 1990, que «... la economía de mercado es una garantía para la conservación del ambiente».[11] Un mes exactamente después de sus declaraciones, cerca de 400 académicos provenientes de 25 países nos reunimos a unas cuadras de la Casa Blanca en las instalaciones del Banco Mundial, para reflexionar durante tres días acerca de las potencialidades de un nuevo campo de estudio: la economía ecológica.[12] Una impresión generalizada de dicho evento fue la descalificación tácita de los principios que rigen las principales corrientes de la economía contemporánea incluyendo, en primer término, la teoría neo-clásica. Así por ejemplo, la eficiencia de la economía de mercado puede, en efecto, demostrarse siempre y cuando los cálculos se efectúen dejando fuera los costos ecológicos de la producción y la circulación de los bienes. Hoy, frente al cúmulo de eventos amenazando la supervivencia del planeta y de la especie, si algo hay que cuestionar y replantear son tanto los métodos y las bases mismas de la teoría neoclásica como las consecuencias prácticas de la economía de mercado. Esta descomunal empresa teórica es la que han asumido los académicos que hoy se agrupan bajo la cobertura de la nueva economía ecológica. No se trata de realizar de antemano una descalificación total de la lógica que subyace a la economía capitalista, sino de realizar una decantación rigurosa y con los pies en la tierra de los principios que rigen la economía de mercado y de sus formas de evaluar la riqueza (y esto mismo vale para su contraparte teórica: el marxismo). Así, se intenta establecer una teoría capaz de conceptualizar y evaluar las «externalidades» ecológicas que surgen de toda economía tales como la destrucción de los recursos naturales, la generación de desechos o los efectos nocivos de carácter global, no sólo como consecuencias actuales sino como efectos trasladados a las generaciones futuras.[13] El deterioro y la destrucción de lo que ya se denomina el «capital natural», es, por ejemplo, un factor que se ha dejado fuera del análisis económico dando lugar a conclusiones equivocadas. Hoy, los teóricos de la nueva economía ecológica intentan agregar al capital y al trabajo, también los insumos provenientes de la naturaleza (en forma de energía y materia), con lo cual esperan alcanzar formas más legítimas de evaluar el crecimiento económico. Otros investigadores se dedican a formular nuevos paradigmas en las cuentas nacionales intentando redefinir algunos conceptos como el de producto nacional bruto.[14] Por supuesto que

[10] El movimiento municipal está hoy tomando un auge inusitado en diversos países.

[11] *La Jornada* (México), jueves 19 de Abril de 1990, pág. 24.

[12] El evento, que fue convocado por la nueva International Society for Ecological Economics con la colaboración del Banco Mundial y otras muchas agrupaciones, tuvo lugar del 21 al 23 de Mayo de 1990 bajo el título de «The Ecological Economics of Sustainibility». Los resúmenes de las ponencias fueron publicadas por el Banco Mundial (Environment Working Paper No. 32, June, 1990), y un libro compilado por R. Costanza, *Ecological Economics*, ha sido publicado por Columbia University Press en 1991.

[13] Véase J. Martinez-Alier, 1987, *Ecological Economics*. Blackwell, Oxford (cuya versión española ha sido publicada por el Fondo de Cultura Económica, México); y del mismo autor: Economía y ecología: cuestiones fundamentales. *Pensamiento Iberoamericano* 12: 41-60, 1987.

[14] Véase Lutz, E. & S. El Serafy, 1988. *Environmental and resource accounting: an overview*. Environment Department Working Paper No. 6, World Bank. Repetto, R. *et al.*, 1989. *Wasting Assets: Natural Resources in the National Income Accounts*. World Resources Institute, Washington, DC.

en el vórtice de la reformulación se encuentra lo que aparentemente es una contradicción irresoluble entre la racionalidad de la economía de mercado y un uso ecológicamente adecuado de los recursos naturales y del ambiente: el intercambio desigual, que es asimismo el mecanismo económico por el cual el capitalismo explota la fuerza de trabajo humano dando lugar a vastos sectores empobrecidos. No se ve tampoco como la industria pueda realizar una re-conversión ecológica sin modificar sustancialmente sus costos, su margen de ganancias y finalmente todo el mecanismo de acumulación, de la misma manera que no aparecen soluciones efectivas para fenómenos de destrucción de los recursos naturales que no impliquen acciones que nulifiquen o al menos atenúen la concentración de la propiedad y del ingreso en las áreas rurales, así como los mecanismos de transferencia de valor hacia otros sectores. De enorme interés teórico y práctico es el postulado de que bajo el capitalismo el fenómeno del intercambio desigual que ocurre entre sectores sociales (es decir al interior de la sociedad) es reproducido «externamente» durante la producción cuando se efectúa la apropiación de los recursos de la naturaleza. Y en el mismo sentido puede ubicarse la aparente incompatibilidad entre la racionalidad económica capitalista que busca la generación masiva de un solo producto altamente competitivo en el mercado (la mercancía) y la diversidad intrínseca de todo ecosistema (especialmente los del trópico húmedo) y sus propios ciclos naturales.

Lo notable, por nuevo, es que hoy en día los países y los sectores privilegiados por la economía de mercado han perdido su inmunidad a los efectos deletéreos de sus propios mecanismos económicos, los cuales se han acumulado a tal punto que hoy se han vuelto un fenómeno planetario. Si las minorías privilegiadas han logrado mantenerse (y no siempre) mediante la contención autoritaria (vía represión) de la protesta y la insurrección de las mayorías explotadas y empobrecidas por un modelo económico, hoy deben eludir los efectos que ese mismo modelo ha desencadenado sobre el espacio y los fenómenos físico-biológicos a una escala planetaria. A los efectos sociales (la proliferación de la pobreza) de un modelo económico esencialmente injusto, hoy se agregan los efectos físico-biológicos (la crisis ecológica) que resultan de la globalización del fenómeno humano. En tal sentido, para el ojo tecnocrático de la ideología dominante los gastos en ciencia y tecnología (para resolver la crisis ecológica) tenderán a elevarse quizás compitiendo con los gastos militares. Sin embargo, la superación de la crisis ecológica global no tiene solución tecnológica en tanto que es una crisis megaestructural, es decir, requiere de la reconfiguración radical de todo el modelo civilizatorio incluyendo la gestación de una nueva economía de corte ecológico.

LA MODERNIZACION RURAL: HACIA UNA REVOLUCION ECOLOGICO-AGRARIA

El impetuoso desarrollo de la investigación que tuvo lugar en las últimas dos décadas en disciplinas tales como la ecogeografía (especialmente en Francia) o la llamada ecología del paisaje (en Alemania y Holanda), sentó las bases para llevar a cabo un ordenamiento de los territorios, es decir, para planificar un uso ecológicamente adecuado de los recursos naturales. En esta nueva perspectiva, la cuestión rural debe ser re-pensada en todas y cada una de sus dimensiones, incluidos el tamaño y las formas de propiedad agraria, la legislación, la valoración de los recursos y, por supuesto, los sistemas productivos primarios. La profunda crisis que hoy existe como resultado de la aplicación por décadas de sistemas productivos altamente especializados e irracionales desde el punto de vista ecológico (tales como la agricultura impulsada por la llamada Revolución Verde, los sistemas ganaderos extensivos en las zonas tropicales, las pesquerías depredadoras, y los sistemas especializados de extracción forestal), requiere ser enfrentada y resuelta. Además de una nueva estrategia tecnológica, la nueva racionalidad ecológica en el medio rural requiere de nuevas formas de acceso a los recursos, nuevas formas de propiedad, configuraciones no imaginadas en la organización de los productores, una legislación

basada en la patrimonialidad y el uso no destructivo de los recursos naturales, y como culminación de todo ello una nueva lógica productiva basada en los principios de una economía ecológica (incluida la autosuficiencia local y regional y un manejo adecuado de los ecosistemas). Se requiere por lo tanto de una verdadera revolución ecológico-agraria, que planifique y ordene el espacio con nuevos criterios y que otorgue a los productores todos los instrumentos (técnicos, educativos, jurídicos) necesarios para su implementación. De primordial importancia en esta perspectiva es la revaloración de todo el cúmulo de conocimientos, tecnologías y estrategias de producción y organización de las culturas campesinas, especialmente de las etnias indígenas del Tercer Mundo y de los pequeños productores, que aún sobreviven en algunos países europeos. Como he mostrado en otra parte[15], las estrategias campesinas de apropiación de la naturaleza son el punto de partida para el diseño de formas adecuadas de manejo de los recursos naturales (incluyendo la agricultura ecológica), acordes con la vocación de los espacios y sobre todo capaces de aprovechar, no de destruir, la diversidad ambiental, biológica y genética del planeta.

LA CIUDAD ECOLOGICA

Siguiendo una concepción que refleja una supuesta supremacía del mundo urbano-industrial, una mega-especialización en la cadena de producción-consumo y una visión individualista del mundo, el ámbito urbano contemporáneo ha sido construido como un espacio desnaturalizado en donde sus habitantes casi siempre son consumidores pero no productores de los elementos naturales. En efecto, la moderna urbe es por lo común un ámbito separado aunque dependiente de los espacios rurales y naturales, y este principio tiende a influenciar los estilos de la construcción de la vivienda, así como los espacios dedicados a los servicios y al transporte. El ciudadano urbano tiende a establecer una relación recreativa, estética, contemplativa y al fin y al cabo distante con los elementos naturales. Tal pareciera que existe una necesidad de marcar una tajante diferencia con el habitante del sector rural, quien mantiene nexos bien concretos con la naturaleza a través de los procesos de producción. Las porciones naturales que existen al interior de las ciudades (parques, jardines, reservas, baldíos) casi siempre se conciben como áreas de recreación y no de producción, confirmando la idea de que el habitante de las urbes debe ser un «consumidor improductivo». Por ello cuando el ciudadano urbano reclama áreas naturales, lo hace solamente para acercarse a una naturaleza aséptica y domeñada.

Si hacia 1800 sólo el 3 % de la población mundial vivía en ciudades, hacia los albores del próximo siglo esta cifra alcanzará nada menos que a la mitad de los seres humanos. Ello significará una descomunal presión sobre los sectores rural y natural en términos de recursos. Dado que las urbes se han concebido como polos de alta concentración de individuos no autosuficientes en alimentos, agua o energía, en el futuro se requerirá un proceso descomunal de extracción, transporte y concentración de estos recursos. Piénsese solamente en el incremento esperado de automotores para las próximas décadas que hoy alcanza ya la cifra de 500 millones y que consumen la mitad de la producción petrolera del mundo. Una concepción radicalmente diferente de la ciudad deberá por lo tanto atenuar las diferencias entre ciudad y campo, acercar a las ciudades a la naturaleza a través de la producción, y romper con el estereotipo dominante que especializa al habitante de las urbes y lo condena a ser una especie de «parásito» improductivo. La reconfiguración de la ciudad implica una recomposición de

[15] Toledo, V.M.,1988. La sociedad rural, los campesinos y la cuestión ecológica. En: J. Zepeda (Ed). *Las Sociedades Rurales Hoy*: 273-285, El Colegio de Michoacán. Toledo, V.M., La resistencia ecológica del campesinado mexicano. En: *Ecología Política*, 1, 11-18. Toledo, V.M., 1990. Ecología e indianidad. *México Indígena* 13: 16-22. Toledo, V.M., 1990. The ecological rationality of peasant production. En: M. Altieri & S. Hecht (Eds). *Agroecology and Small Farm Development*. CRC Press.

la vivienda (casa ecológica), la creación de formas de autosuficiencia familiar y barrial, nuevos diseños descentralizados de manejo de energía (solar, eléctrica, eólica), reciclaje efectivo de desechos domésticos y, por supuesto, todo un programa de transformación de los espacios naturales (baldíos, parques y jardines) para la producción agrícola, pecuaria y pesquera a través de la implementación de programas comunitarios y barriales[16], y el uso de granjas integrales (que implica el reciclaje de desechos) y de algunas técnicas de producción de alimentos a pequeña escala como la hidroponia. De enorme interés en esta perspectiva ha sido el mantenimiento y aun el renacimiento de los huertos familiares o comunitarios que actualmente existen y aun proliferan en las ciudades de varios países (Holanda, Francia, Hungría, Polonia, Chile, Brasil), y que además de dar ocupación a muchos ciudadanos (especialmente a los de edad avanzada) proporcionan volúmenes nada despreciables de alimentos (verduras y frutales) y flores.[17] Un programa de tal naturaleza permitirá atenuar la presión de las ciudades sobre los recursos naturales y la población rural, además de que disminuiría los gastos económicos en el transporte de alimentos, agua y electricidad, e induciría nuevas formas de organización y de poder locales.

LA CRISIS DE LA POLITICA: MAS DE LO MISMO

El último punto al que habría que referirse es el de la política. Sin la perspectiva que da la crisis ecológica del planeta «tocando a la puerta», es decir sin la conciencia de los límites de un ciclo civilizatorio, ninguna de las ideologías (o filosofías) políticas contemporáneas, sin excepción alguna, ofrecen otra cosa que una *modernidad obsoleta.* Aun la preocupación internalizada por los gobiernos de la mayoría de los países industriales y expresada a través del discurso y algunas acciones (eventos, disposiciones legales, etc.) y hecha concreta mediante la creación de nuevos ministerios o departamentos dedicados a la problemática ambiental, no viene más que a confirmar la noción que se tiene de la crisis ecológica como un elemento residual o secundario de sus políticas. Frente a ello, un poderoso fenómeno de concienciación acerca de la crisis ecológica está teniendo lugar de manera subterránea en la mayoría de las sociedades industriales (incluyendo la ex-Unión Soviética y la Europa del Este) la cual se expresa en la proliferación y multiplicación de los grupos sociales involucrados en su resolución. En los Estados Unidos, por ejemplo, encuestas recientemente realizadas[18] indican que de un total de 250 millones de habitantes, cerca de 190 millones se consideran ellos mismos como ambientalistas y están dispuestos a involucrarse en algún tipo de acción de defensa del ambiente (incluyendo más impuestos), en tanto que más de 120 millones declaran haber hecho algún donativo en pro de la naturaleza, y 40 millones confiesan participar en alguna organización ambientalista. En Europa, los sondeos realizados en 12 países durante 1988 reflejan una situación similar puesto que entre el 60 y el 85 % de los encuestados consideraron que la protección del ambiente es un problema urgente e inmediato.[19] Parecería pues que existe ya un vasto sector social aun sin interlocutores en el juego político formal, en espera de una nueva filosofía política y una nueva moral social.

Este vacío de alternativas políticas a la altura de las circunstancias actuales del planeta, está de alguna forma impactando todas y cada una de las actividades humanas contemporáneas, y está dando como resultado un cuadro general de escepticismo (si-

[16] Es ésta la idea del nuevo concepto de agrópolis (véase Sachs, I. 1985. Foro del desarrollo. Febrero/Marzo).

[17] Véase Page, D. 1986. Growing hope in Santiago's urban organic gardens. *Grasroots Development* 10 (2): 38-44. Borrell, J. 1989. Small patches of paradise. *Time* (July 17): 48.

[18] Las encuestas fueron realizadas por el New Yok Times, USA Today y Gallup (véase: *Buzzworm, the environmental journal.* Nov/Dic. 1990: pág. 4).

[19] Anónimo, 1990. La Comunidad Económica Europea y la protección del medio ambiente. Documentos Europeos 4/90 (Abril). Comisión de las Comunidades Europeas 11 pp.

no de desesperanza) hacia la mayoría de los partidos políticos y sus líderes (prueba de lo anterior son los muy altos índices de abstencionismo en varios países incluyendo a los Estados Unidos). Y esta ausencia de propuestas realmente modernizadoras, están siendo percibidas por los ciudadanos del mundo quienes hoy desconfían como nunca antes de los discursos, las promesas y las visiones de los políticos convencionales, de la misma manera que responden de inmediato a los planteamientos políticos de protagonistas (partidos y dirigentes) inéditos y aun sin experiencia. Dan fe de lo anterior tanto los triunfos electorales de nuevas fórmulas en la Europa del Este (donde se han dado casi instantáneamente alianzas políticas totalmente inéditas) o en Latinoamérica (como en el Perú donde ganó un candidato prácticamente desconocido), como las estrepitosas derrotas de los partidos largamente dominantes: Nicaragua, Argelia, o México (donde el partido en el poder al ser derrotado en las elecciones presidenciales de 1988 por una nueva alianza de centro-izquierda se vio obligado a modificar, fraudulentamente, los resultados). La agudización de la crisis ecológica en la escala planetaria y, sobre todo, el reconocimiento del fin de un pulso civilizatorio, deberán inducir en el mediano plazo una nueva y vigorosa corriente de pensamiento y acción políticas. En ello jugarán un papel determinante tanto el análisis teórico y la reflexión crítica de la nueva realidad contemporánea, como la experiencia ganada por los sectores más avanzados del movimiento político ecologista (cómo *die Grünen* en Alemania), hoy todavía en una etapa incipiente y marginal, e influenciados aún por el oleaje de pesimismo que en estos días domina el mundo y que de alguna forma logra alcanzar a las mentes más lúcidas de nuestro tiempo. Sin embargo, para utilizar las palabras de Bernard Cassen, escritor francés, «... la alternativa ecológica, la única que puede asegurarle un porvenir al planeta, no se impondrá por sí misma. Cuestionando la jerarquía de valores sobre los que está basada la sociedad mercantil, se tendrá que enfrentar con la potencia suicida del dinero y la extensa cauda de ideologías que inspira. La carrera entre la subida de las arenas y el despertar de una conciencia planetaria de la solidaridad humana y de la naturaleza ya ha comenzado».[20]

[20] *Le Monde Diplomatique*: La planète mise a sac. Manière de voir 8, Mai 190, p. 96-97.

AGRADECIMIENTOS

Debo consignar los inspirados encuentros o intercambios epistolares con M. Winograd y G. Gallopin (Bariloche, Argentina). G. González (Montpellier), J. Martínez-Alier (Barcelona), T. Adams (Austin, Texas USA), M. Altieri (Berkeley, CA, USA) y F. Eccardi, A. Argueta, G. Camara, C. Toledo, E. Ezcurra y P. Moguel (México), provocadores inequívocos de este ensayo.

¿Comprarías un listín de direcciones y teléfonos?

¡¡ESTE SÍ!! *porque las Páginas Verdes son la guía alternativa que todos esperábamos. Más de 10.000 direcciones en 18 capítulos.*

Alimentos ecológicos, médicos naturistas, homeópatas, ocupantes, balnearios y casas de reposo, reciclado, restaurantes, ferias alternativas, cosmética natural, arquitectura y agricultura biológicas, energías limpias, centros de yoga y crecimiento personal, parto natural, organizaciones de consumidores, de pacifistas, de ecologistas, de protectores de los animales... Grupos que ayudan al Tercer Mundo o trabajan en la defensa de los derechos humanos, feministas, objetores fiscales o de conciencia, colectivos homosexuales, playas nudistas, radios libres, educación alternativa... Editado por INTEGRAL. P.º Maragall, 371. Barcelona 08032. 440 páginas. 21-28,5 cm. PVP. 1.950 ptas.

CUADRO 1

PRINCIPALES INDICADORES DE LA CRISIS ECOLOGICA DEL PLANETA

	Indicador	*Situación actual*
(1)	Deforestación Bosques tropicales	Tasas anuales de deforestación de 11,3 millones de has. entre 1981-85, y estimaciones de una cantidad aún mayor en los últimos años.
	Bosques templados	50 millones de has. afectadas sólo en Europa por contaminación aérea y lluvia ácida.
(2)	Cuerpos de agua	Decenas de miles de ríos, lagos continentales y esteros biológicamente muertos a causa de diversos contaminantes, especialmente en los países industriales.
(3)	Costas y mares	Contaminación en diferentes grados por descargas de drenaje (la mitad de la población humana vive en las costas), sustancias químicas, pesticidas, plásticos, petróleo y desechos nucleares.
(4)	Agua Uso agrícola	60 millones de has. (o 24 %) de la agricultura de riego en el mundo han sido afectadas por salinización o contaminación al sobreexplotarse los mantos acuíferos.
	Uso urbano	Escasez actual o potencial de agua en varios puntos del planeta (especialmente en el norte y sur de Africa, el Golfo Pérsico, Australia y porciones de la India y Norteamérica.)
(5)	Erosión de suelos	Se estima en unos 24 mil millones de toneladas la cantidad de suelo que se pierde anualmente a causa de la erosión (equivalentes a 2,5 cms. de suelo de 61 millones de has.). Otra fuente indica que anualmente se pierden 9 millones de toneladas de granos por la erosión de tierras agrícolas.
(6)	Desertificación	Alrededor de 6 millones de has. al año se transforman en áreas improductivas de tipo desértico como consecuencia de la erosión eólica e hidráulica, la salinización de los suelos, el sobrepastoreo, la deforestación y la sobreexplotación de las aguas subterráneas.
(7)	Pérdida de la diversidad biológica	Aunque no existen cálculos confiables sobre la pérdida de especies de seres vivos, una fuente estima

CUADRO 1 (Continuación)

	Indicador	*Situación actual*
		que podrían extinguirse hasta un 10 % del total de las especies hacia el año 2000 y alrededor del 25 % por el 2020, principalmente a causa de la destrucción masiva de hábitats naturales. Se estima que el planeta aloja de 4 a 30 millones o más de especies de organismos.
(8)	Contaminación del aire	Las emisiones de contaminantes industriales (principalmente óxidos de azufre y de nitrógeno) siguen desde 1950 un curso ascendente.
(9)	Destrucción de la capa de ozono	La destrucción en la atmósfera de la capa de ozono (un gas que protege al planeta de la radiación solar ultravioleta) por la emisión anual de 1 millón de toneladas de clorofluorocarbonos (un compuesto de amplio uso en la industria), ha sido detectado principalmente en la Antártida. Tal fenómeno provoca cáncer de piel y cataratas en los seres humanos y puede afectar a los cultivos y a las cadenas tróficas de los mares.
(10)	Calentamiento global del planeta	Como consecuencia de diversas actividades humanas, hoy la atmósfera contiene más bióxido de carbono (25 % más), óxido nitroso (19 %), metano (100 %) y otros gases como los clorofluorocarbonos que en la época pre-industrial. Cada año la civilización moderna deposita en la atmósfera 5.66 mil millones de toneladas de carbono por la quema de combustibles fósiles y otros 2 mil millones más por la deforestación (tropical). Dado que estos gases dejan pasar radiación solar pero impiden que se escape una vez reflejada en forma de calor, la temperatura global del planeta es hoy 0,6 °C mayor que hace un siglo y se estima que ésta se incrementará entre 2,5 y 5,5 °C durante los próximos 100 años. Lo anterior puede provocar el incremento del nivel del mar por derretimiento de las masas polares, así como cambios climáticos capaces de afectar a todos los seres vivos incluyendo a los humanos.

Elaborado por P. Moguel y V.M. Toledo. Fuentes principales: World Resources Institute. 1990. World Resources 1990-1991. 383 pp. Oxford University Press. Brown, L. et al., 1990. State of the Wold 1990. W.W. Norton & Company. Corson, W.H. (Ed.). 1990. The Global Ecology Handbook. Beacon Press. Scientific American 263 (3) (Special Issue), September, 1990. Varios, 1991. The 1991 global report. Buzzworm 3 (1): 30-45. Linden, E. 1990. The last, precious drops. Time 136 (20) (November 5): 32-38.

EL PAPEL DEL ESTADO EN LA CRISIS ECOLOGICA GLOBAL DE NUESTROS DIAS[1]

Eco-green (Ginebra)

En la actual crisis ecológica global, los Estados-nación se han convertido en un gran problema para la biosfera, como también lo son el desarrollo industrial y el moderno estilo de vida individualista que esos mismos Estados promocionan. Los Estados-nación, además de ser ecológicamente dañinos en su conducta normal, son actualmente a nivel nacional e internacional uno de los impedimentos clave para hallar nuestra salida a la crisis ecológica global. La estructura, los métodos y los significados de los que actualmente disponemos para considerar esta crisis necesitan ser revisados y cambiados a fondo. Pero el proceso de la UNCED[2] pensado como un paso en la direccion correcta, muestra, sobre todo, lo lejos que estamos todavía de conseguir nuestro propósito.

Veinte años después de la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano, el proceso de la UNCED es, sin duda, el mayor intento internacional de tratar los problemas ecológicos globales de manera integrada. La UNCED de 1992 votará los principios de la Carta de la Tierra, decidirá un plan de acción para tratar algunos de los problemas ecológicos globales más acuciantes (Agenda 21), y posiblemente firmará Convenciones sobre Cambio Climático y Biodiversidad. Estos son los temas tratados actualmente en reuniones preparatorias y encuentros paralelos. Casi todos los esfuerzos de los gobiernos estatales en materia ambiental convergen actualmente en este proceso de la UNCED. Por tanto, se trata de una apuesta importante para la política de la biosfera, y para todas las especies que habitan este planeta.

Considerando tanto la importancia como la urgencia de la cuestión, se ha hecho un considerable esfuerzo, en particular por parte del Secretariado de la UNCED y el Centro para Nuestro Futuro Común, para asociar a las organizaciones no gubernamentales (ONGs), también llamadas «Sector Independiente», en este intento negociador. Por desgracia, los funcionarios de esos organismos y muchas ONGs conciben este proceso de asociación de manera equivocada ya que su actuación no combate sino que se dirige a reforzar a los Estados y su sistema. Las ONGs están de acuerdo con las posiciones de los Estados o presionan a sus delegados. En cualquier caso, refuerzan este modelo implícito fusión-difusión con los Estados-nación como actor central, incluso aunque muchas de las ONGs no quieran este resultado. Hasta ahora los Estados han sido incapaces de resolver la crisis ecológica global, pero la UNCED los legitima como posibles solucionadores del problema.

Además, la idea de asociar a los sectores no gubernamentales o independientes lleva a una tendencia tecnocrática, basada en la

[1] *Eco Currents*, editado por Ecogreen, 1 Emile-Nicolet, CH-1205 Ginebra, Vol 1, N° 4, Septiembre 1991.

[2] Conferencia de las Naciones Unidas sobre Ecologia y Desarrollo.

idea de que los Estados representan el interés público. Por tanto, se dice que son herramientas neutrales para agregar los intereses individuales. Al aceptar este «modelo norteamericano de democracia», se está diciendo implícitamente que todos los intereses son, por definición, intereses privados, y tienen los mismos derechos de ser considerados por el Estado-nación, considerando, por supuesto, que pueden encontrar suficientes recursos (financieros) para hacer presión sobre el Estado. De esta forma, los intereses de los pueblos indígenas, por ejemplo, reciben el mismo trato que los intereses de una compañía multinacional. Los grupos que defienden los intereses de las minas de uranio, por ejemplo, se declaran actores tan legítimos como los grupos que defienden los intereses de la biosfera. Incluso si suponemos que el Estado-nación agrega perfectamente los intereses de diferentes grupos en una sociedad dada, sigue siendo muy dudoso que los intereses de las sociedades industrializadas sean iguales a los intereses de la biosfera.

Lo cierto es que los Estados-nación en el Norte y en el Sur son, por definición, agencias de desarrollo industrial: desde la Revolución Industrial su principal objetivo ha sido la promoción del desarrollo industrial, del cual a su vez han obtenido los recursos financieros necesarios para su existencia. Esto también es cierto para los sistemas de Estados-nación como la CEE o las Naciones Unidas. Como agencias de desarrollo industrial que buscan riqueza material independientemente de las restricciones ambientales, los Estados procuran, sobre todo y por todos los medios posibles, conseguir y explotar los recursos naturales. Si cooperan entre sí es principalmente para tener un mayor acceso a la explotación de los recursos, y para resolver los obstáculos comunes al desarrollo industrial. Al hacer que los Estados-nación se encarguen de buscar soluciones a la crisis ecológica global, ocurre lógicamente lo que observamos actualmente en el proceso de la UNCED, es decir, la propuesta que les interesa es: ¿cómo mantener el desarrollo industrial en la era de las limitaciones y restricciones ecológicas?

Dentro de este marco de desarrollo industrial en el cual funcionan los Estados-nación, la biosfera se convierte automáticamente en el «ambiente» del proceso de desarrollo y la «naturaleza» se convierte en unos «recursos naturales» potencialmente explotables. Los recursos naturales pueden y deben ser gestionados preferentemente por el Estado-nación, para que permanezcan explotables largo tiempo. Y el conservacionismo y la ciencia de los ecosistemas están contribuyendo a la búsqueda de esta explotación eficiente. Sin embargo, la actual crisis ecológica global nos enfrenta con los límites físicos del desarrollo industrial, donde una mayor eficiencia no es necesariamente la solución. Antes de eso, también nos enfrenta con los límites de la capacidad de un solo Estado-nación para gestionar los recursos necesarios para su desarrollo industrial. Por tanto los Estados-nación ahora buscan la colaboración para practicar colectivamente la gestión internacional de los recursos dentro del marco tradicional de la ecología conservacionista y la gestión de los ecosistemas. Un siglo de desarrollo industrial, además del agotamiento local de recursos, también ha llevado a una degradación medible de toda la biosfera. Por tanto los Estados-nación también cooperan ahora en la gestión colectiva de los riesgos ambientales globales (como la lluvia ácida, los agujeros en la capa de ozono, el cambio climático, u otros posibles colapsos de la biosfera).

Poner a los Estados-nación a cargo del «tratamiento» de la crisis ecológica global, la gestión internacional de los recursos y del riesgo ambiental son medios inevitables para abordar la crisis global. De hecho los Estados-nación, por su propia naturaleza, no pueden hacer otra cosa. Por tanto hay que reconocer lo que son. Eran agencias que promocionaban activamente el desarrollo industrial, ahora se han convertido cada vez más en organismos que reaccionan para defender un modo de vida fundamentalmente insostenible. Las ONGs deben darse cuenta que al aceptar el modelo de fusión-difusión centrado en el Estado, ellas mismas se están asociando a este desesperado y (esperamos) último intento de esos Estados-nación para sostener el desarrollo industrial y así están ayudando a los Estados a mantenerse en el poder.

Sin duda, las raíces de la actual crisis ecológica global no se encontrarán en el «ambiente», están situadas en el mismo proceso industrial. A excepción de los pueblos indígenas, cada actor individual que trata de «solucionar los problemas ambientales» debe su propia existencia al proceso industrial. Esto incluye tanto a los Estados-nación como a las empresas de negocios y a la industria, a los sindicatos, e incluso a muchas ONGs ambientales y desarrollistas. Todos ellos forman parte del problema, y por tanto deben, de una manera u otra, formar parte de la solución. Reconociendo esto y teniendo en cuenta lo que se ha dicho antes, no hay ningún argumento convincente por el que los Estados-nación, más que cualquier otro actor, tengan una posición central en la solución de la crisis ecológica global. En vez de dar al Estado el papel principal para resolver la crisis y pedir a otros actores no-estatales que contribuyan en el intento, todos los actores importantes deben aprender colectivamente la salida del proceso de desarrollo industrial del cual generalmente forman parte y al que contribuyen sustancialmente.

El proceso de la UNCED de hecho da algunos pasos en esta dirección, abriéndose a las ONGs y a la sociedad civil. Hoy, empero, debemos dar un paso más: necesitamos ir del actual modelo fusión-difusión que domina las relaciones entre las organizaciones estatales y no-gubernamentales, hacia un aprendizaje colectivo, donde los Estados-nación no tengan más poder que cualquier otro actor. El grupo III de la UNCED sobre asuntos legales e institucionales debería desarrollar un marco institucional que lleve a tal proceso colectivo de aprendizaje, donde los Estados no sean más que uno de los socios en un trabajo común para encontrar una salida a la crisis ecológica global. Por desgracia, el proceso de la UNCED, a pesar de que engloba las ONGs, todavía impide este aprendizaje social. Esto se explica porque el enfoque a la crisis global que prevalece, es decir, la gestión de recursos y del riesgo, es etnocéntrico, como si sólo tuviesen que ser consideradas la ciencia, la tecnología, y las prácticas de gestión occidentales. Pero este enfoque etnocéntrico impide el aprendizaje social. Una prueba de esto se puede encontrar, por ejemplo, en el tono afirmativo, «factual» de todos los documentos de la UNCED.

Se nos dice que la gestión internacional de los recursos ambientales y del riesgo, basada en la ciencia y en la tecnología occidentales, centrada en los Estados-nación y en las agencias de las Naciones Unidas, es necesaria a causa de la urgencia global. Sin embargo, más que la supervivencia de la especie humana y de la biosfera, la cuestión es la supervivencia de esos actores. La Carta de la Tierra de la UNCED debería contener por tanto una declaración de que los Estados nación y algunas agencias de las Naciones Unidas como la FAO, la UNDP, también el Banco Mundial, están entre las principales causas de la crisis ecológica global. La UNCED debe investigar y mostrar paralelamente la existencia de formas de gobierno social ecológicamente más sostenibles y una estrategia para que aprendamos un modo de vida ecológicamente más sostenible.

LOS EJERCITOS Y LA DEGRADACION ECOLOGICA

Las fuerzas armadas mundiales —y las industrias y actividades científicas que dependen de ellas— son la mayor causa individual de degradación ecológica en todo el globo. Sin embargo, las regulaciones ambientales y los acuerdos que son ahora formulados por los Estados-nación, en la UNCED y en otros lugares, raramente se aplican al complejo militar-industrial-científico. Al contrario, al hacerse la crisis ecológica más y más urgente, la crisis también se define en términos de una «amenaza a la seguridad nacional (e individual)». El resultado es que los militares son vistos cada vez más como una solución a la crisis, más que como una de sus mayores causas.

Más aun, la militarización es también —como los Estados-nación, detrás de cuyas «soberanías» los ejércitos esconden sus actividades ecológicamente degradantes— uno de los mayores impedimentos para aprender una salida a la crisis ecológica global. Y lo es a tres niveles simultáneamente: en un nivel material, los ejércitos son los

mayores contaminadores; en un nivel político, son la espina dorsal de los Estados-nación; y en un nivel epistemológico, son la mejor muestra del modo occidental de «relacionarse» con el «ambiente», es decir, la dominación, la explotación y la guerra.

Cuarenta años de Guerra Fría han ayudado a establecer los complejos militares-industriales-científicos en el centro de casi todos los Estados-nación, hasta el extremo que algunos de ellos apenas son algo más que complejos militares-industriales. En este proceso, los ejércitos de todo el mundo han hecho una contribución significativa, todavía difícil de evaluar, a la degradación global de la biosfera. El primer paso debe ser reconocer, documentar y evaluar esto. Un segundo paso debe responsabilizar a los ejércitos del mundo.

Incluso en tiempo de paz y en las operaciones diarias «normales», los militares son los mayores contaminadores de este planeta. La contaminación se incrementa en tiempos de guerra así como en los raros casos en que las tecnologías militares son desmanteladas. Los militares son unos contaminadores «normales» (y consumidores de recursos) comparables a cualquier otra actividad altamente industrial —se calcula que son los responsables de al menos el 10% de la actual contaminación industrial mundial. Los ejércitos son además unos contaminadores particularmente tóxicos. Por ejemplo, el 97% del volumen de residuos nucleares altamente radiactivos es de origen militar.

A diferencia de otras industrias contaminantes, los ejércitos tienen la legitimación única de la «seguridad nacional», que les exime automáticamente del control de la contaminación. En nombre de la seguridad nacional luchan —como hace poco— por el acceso del Estado-nación a los recursos vitales. Eso equivale a una lucha por el privilegio de continuar contaminando la biosfera. Pronto, en nombre de la seguridad nacional, los ejércitos (del Norte) defenderán sus privilegios (de contaminar) contra los llamados refugiados ambientales (y otros desastres ambientales) causados principalmente por las políticas y prácticas de desarrollo ambiental en industrias del Norte. En resumen: en la época de la crisis ecológica global, como antes durante la Guerra Fría, el ejército quiere hacernos creer que, admitiendo algunas responsabilidades, es el más capaz de dirigir los problemas que ha causado.

El eslogan de «seguridad ambiental» se inventó precisamente con este propósito. Este eslogan hace creer a los ciudadanos privilegiados de los países militarizados que, considerando la actual crisis ecológica global, ciudadanos y Estados, al igual que sus ejércitos, están sentados en el mismo barco, y de hecho tienen intereses de seguridad comunes. La ideología de la seguridad ambiental implica que los ciudadanos y el Estado están afectados por la degradación ecológica de forma comparable, lo que desde luego no es el caso.

Y es más. Los ejércitos no solo crean la ilusión de ofrecer una «seguridad ambiental» donde en esencia la única cosa que van a hacer es asegurarse su propia existencia ecológicamente desastrosa, sino que también mantienen la mentalidad que caracteriza la civilización industrial occidental desde sus inicios: la idea de que la «supervivencia» de la civilización sólo se puede conseguir luchando contra el ambiente. Sin embargo, hoy la supervivencia de algunos tipos de civilización depende precisamente de su capacidad de superar esta mentalidad militarista. La desmilitarización total será un primer paso en esta dirección, y además nos puede ayudar a conseguir un tiempo precioso, que necesitamos en el frente de la degradación ecológica global. El proceso de la UNCED podría dar pasos significativos en esta dirección, especialmente si se reconoce que los Estados-nación son ellos mismos grandes problemas ecológicos.

¿UN CAPITALISMO VERDOSO?

Jean-Paul Deléage[1]

La tesis que desarrollaré es la siguiente: la crisis ecológica actual representa una novedad radical en la historia de la humanidad. *Así pues exige preguntas y respuestas también radicales*, al menos de parte de aquellos que rechazan la moda del fin de la historia, según la cual el capitalismo sería el estadio supremo del socialismo. Ahora bien, se debe reconocer que, hasta ahora, el movimiento histórico por el socialismo se ha mostrado incapaz de revolucionar las maneras de pensar y de ensanchar su base social necesaria para superar la crisis. En cuanto a los movimientos Verdes, su mérito es el de haber comprendido que la crisis ecológica amenaza el futuro mismo de nuestra especie. Son movimientos que están aún naciendo, aún no hacen más que iniciar el análisis de las raíces históricas de la inmensa crisis social y ecológica en la cual están las sociedades humanas. A falta de tal análisis, seguirían siendo el aguijón moral y el laboratorio de ideas del cual las burocracias multinacionales tienen necesidad para negociar la entrada del mismo capitalismo en la fase ambientalista.

LA CRISIS ECOLOGICA:

Retomemos los términos esenciales. La ecología científica ha aportado las pruebas que actualmente son conocidas por todo el mundo: *los recursos del planeta no son inagotables*. La Biosfera es un mundo finito, y la especie humana, especie imperial, le ha hecho unos daños irreparables. El proyecto de humanización de la naturaleza es simplemente reinar sobre ella. Cada año, los bosques devastados, las tierras cultivables erosionadas por el agua y los vientos, los ríos y los océanos contaminados, se cuentan en decenas de millones de hectáreas. Lo más grave es, sin duda, la manipulación de otras especies, *la especie humana ha acelerado tanto el proceso de evolución que sus efectos son literalmente inversos* (F. di Castri), es decir, en lugar de estimular la innovación evolutiva, se aceleran los procesos de extinción.

El conflicto entre el crecimiento material indefinido de las poblaciones humanas y la limitación de la biosfera, culmina en nuestros días en la modificación antropogénica de los climas terrestres, consecuencia del aumento del efecto invernadero a causa de ciertos componentes de la atmósfera. Desde 1957, Roger Revelle, enlazando con las intuiciones de dos de los grandes fundadores de la ecología, Vernadsky y Hutchinson, señaló la dimensión incalculable de tal acontecimiento: «los seres humanos actualmente están haciendo una experiencia de geofísica a gran escala... En unos pocos siglos, estamos devolviendo a la atmósfera y a los océanos el carbono orgánico concentrado durante centenares de millones de años en las rocas sedimentarias».

[1] Texto de una intervención en el coloquio «Actuel Marx» en Paris en junio de 1991.

Nuevos significantes se han impuesto a nuestra cultura cotidiana: ozono, deforestación, marea negra, Bhopal, Chernobyl, el lago de Aral... Todos son símbolos de la cara oculta de las supuestas victorias en el dominio de la naturaleza. Engels ya tuvo la intuición de esta doble cara del progreso hace más de un siglo en el célebre texto de resonancias proféticas, publicado en *La Dialéctica de la Naturaleza*: «No obstante no nos felicitemos demasiado por nuestras victorias sobre la naturaleza. Ella se venga de nosotros por cada una de ellas. Cada victoria tiene en primer lugar las consecuencias que nosotros habíamos previsto, pero en segundo y tercer lugar, tiene efectos muy diferentes, imprevistos, que a menudo hacen desaparecer rápidamente las primeras consecuencias... Nosotros no reinamos sobre la naturaleza en absoluto, como un conquistador sobre un pueblo estranjero, nuestra dominación sobre ella reside en la ventaja que tenemos sobre las otras criaturas al conocer sus leyes y poder utilizarlas juiciosamente».

La consciencia de la fragilidad ecológica de nuestro medio no es reciente. Pero durante milenios, la especie humana no ha tenido más que unos pocos y precarios medios para defenderse de los rigores de la naturaleza. Con la revolución industrial, los términos de esta relación de dependencia han cambiado. Actualmente, tienden a invertirse. La novedad histórica reside en el carácter a la vez *global e irreversible* de las modificaciones causadas a la ecosfera. Vivimos un verdadero cambio de ritmo entre la historia social y la historia natural (Jean Chesneaux), a causa de los medios técnicos disponibles y de la mundialización del capitalismo: *el choque entre las actividades humanas y su medio natural, la biosfera, está cambiando a la vez de ritmo y de escala.* Las perturbaciones ecológicas de origen humano afectan a grandes grupos sociales. Más de cuatro millones de personas viven aún en las zonas que tendrían que haber sido evacuadas después del accidente de Chernobyl. Veinticinco millones de personas están permanentemente expuestas al smog de Ciudad de México. En la India y en Bangla Desh sesenta millones de personas viven bajo la amenaza de las inundaciones que crecen cada año por la demencial deforestación de las cuencas del Himalaya. Más de doscientos millones de seres humanos verán sus condiciones de vida amenazadas debido a la previsible subida del agua de los océanos de aquí a mitad del siglo siguiente. En cuanto a la destrucción de la capa de ozono, nos concierne a todos. El siglo veinte habrá sido el del surgimiento de la humanidad como «factor geológico planetario» (Vernadsky).

¿LA OBEDIENCIA A UN GOBIERNO MUNDIAL?

La cuestión sería entonces: a una crisis planetaria, soluciones planetarias. Una gestión mundial de los recursos ¿no es actualmente una necesidad urgente? La naturaleza ¿no ha de ser reconocida como patrimonio común de toda la humanidad? La noción de soberanía nacional ¿no está puesta en duda por la mundialización de los riesgos ecológicos? Estamos metidos en las estructuras económicas y políticas que dominan el mundo. Ahora bien estas estructuras tienden a quitar a las grandes masas todas las responsabilidades reales de sus elecciones de producción y consumo, en el uso de recursos naturales como la tierra, el agua o el aire. Estos recursos comunes se han convertido en mercancías el acceso a las cuales está regido por decisiones que escapan totalmente al poder de los individuos. Los mecanismos que rigen su circulación y su reproducción se levantan como potencias estranjeras por encima de la humanidad. Esta evolución pertenece evidentemente a un movimiento muy amplio en el proceso histórico de constitución de los estados capitalistas modernos. En cuanto a los pretendidos socialismos del Este, ¡la opacidad burocrática no tenía nada que envidiar a la que domina las relaciones mercantiles del Oeste!

El aumento de los peligros ecológicos legitima una nueva burocracia internacional dedicada a la gestión del ambiente planetario. Podría dotarse de medios militares como una especie de policía mundial para garantizar el acceso a los recursos estratégicos, legitimando así con la bandera onusia-

na las intervenciones armadas, como la reciente encerrona contra el pueblo irakiano. A la vez, la creación de una especie de Fondo Monetario Internacional de la Ecología sería un medio seguro para el norte de despolitizar la crisis ecológica y preservar su dominación en nombre de exigencias que se amparan precisamente en una pseudocientificidad ecológica.

Me detendré en dos ejemplos. El primero referente a los *planes de acción para salvar la selva tropical y preservar la biodiversidad*. En lugar de una protección basada en la incorporación de principios ecológicos en los procesos agrícolas e industriales, los planes proponen salvaguardar las reservas de la naturaleza salvaje, solución discutible que abandona las zonas no protegidas a la eventualidad de una destrucción total. ¡Hay que ver! Se prevee que el aporte financiero de las plantas tropicales a la industria farmacéutica de aquí al año 2000 se multiplicará por diez. A partir de especies recogidas casi de balde en el Tercer Mundo, las empresas industriales del Norte crean y desarrollan nuevas variedades de plantas que el Sur no podrá obtener más que a un alto precio, como ha mostrado Vandana Shiva, científica y militante feminista india. La petición del *agro-business* para que los recursos vivientes sean reconocidos como «patrimonio universal de la humanidad» es ambigua. Bajo la cubierta de la ecología global, la adopción de este principio garantiza a los intereses particulares el acceso a recursos de los que aún no sabemos qué papel jugarán en el futuro de la humanidad.

Segundo ejemplo: *la lucha internacional contra el efecto invernadero*. Las autoridades occidentales pretenden fundamentarla en las propuestas de los expertos del World Resources Institute de Washington. Se trataría de reducir las emisiones de carbono de cada país proporcionalmente a sus consumos actuales, es decir perpeturar las insoportables desigualdades existentes actualmente. El modo de hacer este cálculo ha sido denunciado por investigadores de la India[2] que proponen que cada habitante del planeta no sea considerado responsable del efecto invernadero más que en la medida que sobrepase la emisión media de cada habitante de la tierra, el equivalente a 1,1 toneladas de carbono por año. Una solución más equitativa que la norteamericana. Estos dos ejemplos muestran que la referencia a la ecología global puede disimular desigualdades flagrantes, ocultando la disimetría entre el Norte y el Sur, encerrando la reflexión de los científicos del Tercer Mundo en el interior de los mismos modelos de ciencia existentes en las metrópolis del Norte.

Sin embargo, en ningún lugar mejor que en el Sur se unen las dimensiones sociales y ambientales de la crisis. Nicholas Hildyard, redactor de la revista *The Ecologist*, informa de los términos punzantes usados por un campesino de Nueva Guinea, expulsado de la tierra de sus antepasados para poder construir una represa, que expresan el sentimiento de opresión experimentado por la mayor parte de los habitantes del Sur: «Nos hemos convertido en personas-residuos». Sin duda la mayoría de personas en el Tercer Mundo, está pensando en estos términos terribles para pasar de la consciencia «en sí» a la consciencia «para sí», pues la conexión entre la destrucción de los recursos y de las personas es inmediata y brutal. Hay miles y miles de «personas-residuo» echadas, día tras día, en el siniestro cubo de basura reservado a las víctimas del desarrollo.

Burocracia contra personas-residuo. La contradicción aparece en todas las sociedades, tanto en el Norte como en el Sur, en el Este como en el Oeste. Incluye, ensanchándolas, las contradicciones entre clases, fundadas en la compra y la venta de la fuerza de trabajo o en la propiedad agraria. Las víctimas privilegiadas de las actividades económicas contaminantes o destructoras son siempre las «personas-residuo» de las comunidades más pobres y más desposeídas tanto del Sur como del Norte, del Este y del Oeste. Así, Hildyard cita los resultados de un estudio reciente enviado por un gabinete de asesores de Los Angeles a un servicio californiano de eliminación de de-

[2] Agarwal y Narain, Centre for Science and Environment, Delhi 1991.

sechos. Se encarga de identificar las comunidades locales susceptibles de aceptar un vertedero de residuos tóxicos, o dicho en lenguaje tecnocrático, «una afectación de territorio localmente indeseable» (LULU, Locally Undesirable Land Use). Las conclusiones del estudio son formales. Son los pobres, poco instruidos, abiertos a las promesas de compensaciones inmediatas, y ocupados ya en actividades primarias como la agricultura, la ganadería o la extracción minera, los que constituyen el eslabón débil de la resistencia a la destrucción del ambiente.

Los bajos ingresos no son más que uno de los factores de aceptación por una comunidad de un sistema que destruye no sólo su entorno, sino también su salud e incluso el sentimiento de dignidad propia. Es también necesaria una renuncia total a ejercer algún poder sobre el propio destino, contentándose con ejercer las elecciones ridículas de consumo, que es uno de los mecanismos estabilizadores más potentes de las sociedades capitalistas opulentas. El proceso de privación del poder ha estado estrechamente ligado al aumento de poder de la gran industria y del Estado moderno, rompiendo las viejas alianzas de las sociedades del Antiguo Regimen. Está claro que la papeleta de voto que los ciudadanos usan periódicamente no da más que un pequeño poder sobre las grandes decisiones económicas y tecnológicas que marcarán durante decenios sus condiciones concretas de existencia. Así pues, las personas-residuo también existen en el Norte. Son las numerosas cohortes de los excluidos y de los desocupados, todos aquellos que viven sin disponer del mínimo vital. Aunque sean muy numerosos (¡Cincuenta millones en la Europa de la CEE!), su situación no les prepara, lo sabemos bien, para ser el elemento motor de una transformación de la sociedad. Hemos de estudiar por tanto los mecanismos de regulación globales de las sociedades capitalistas desarrolladas.

CONSUMO DE MASAS Y ECOCAPITALISMO

La generalización del mercado, la universalización del juego de la mano invisible, ¿será éste el complemento indispensable de la instauración de un gobierno mundial? El argumento está en el balance de la evolución secular del capitalismo, cuya estabilidad no es posible más que por un ajuste permanente, hecho por el mercado, entre los modos de producción y de consumo por un lado, y las instituciones y los valores esenciales por otro.

En las tormentas actuales, todo se junta: crisis económica, crisis ecológica, crisis de los valores. Así actualmente, la mayor parte de las contaminaciones masivas son directamente imputables al formidable crecimiento de la producción de bienes de consumo después del fin de la última guerra mundial. Por otro lado, este consumo de masas es indisociable de la aceptación de los valores que garantizan su acogida favorable por los millones de consumidores. Es evidente que ninguna instrucción genética regula el consumo de mercancías. Los mecanismos de esta aceptación descansan esencialmente sobre la capacidad humana para objetivarse en los bienes poseídos. Las personas están dispuestas a sacrificar una parte de su libertad y de su tiempo para obtener bienes que son claramente «inútiles» desde el punto de vista de las mismas funciones que éstos tienen que cumplir. Esta situación es más paradójica aún ya que, para la mayoría, el trabajo que realizan no conlleva ninguna satisfacción, durante el tiempo alienado.

Así pues, el funcionamiento de nuestras sociedades descansa sobre una represión masiva de las aspiraciones de autorealización de la persona, que dedica la mayor parte de su vida y de su energía vital a tareas que ningún ser humano hubiera escogido espontáneamente. De la misma manera que las redes burocráticas de dominación política convierten al individuo en un «ciudadano de masa» desprovisto de poder real, las inmensas redes de consumo del capitalismo moderno le mantienen en la situación dependiente de «consumidor de masa». Así colabora él mismo en la perennidad de una producción que crece y se diferencia más y más. *Este aplastamiento de la autonomía es la marca universal del capitalismo avanzado.* Basada en la administración de las necesidades, esta sociedad

excluye todas las alternativas, presentándolas como quimeras irresponsables desde la visión de la impotente realidad de sus propias actividades. Si actualmente la energía nuclear se presenta como alternativa al efecto invernadero, no es por falta de otras opciones más atrayentes sino porque éstas no están acordes con las prioridades de las burocracias industriales que controlan la producción de electricidad (ver el caso de la EDF en Francia). Por la misma razón, la agricultura «ecológica» no será aceptada hasta el día que entre en las perspectivas estratégicas de las multinacionales agroalimentarias.

Pero las exigencias de crecimiento del mercado parecen llevar actualmente a un cambio notable de las estrategias productivas dominantes. *¡La hora del ecocapitalismo ha sonado!* Una verdadera corriente ambientalista se dibuja en las grandes decisiones industriales, por lo menos en las sociedades opulentas del Norte. ¿Cuál es el significado de esta corriente? ¿Cuáles son sus límites? El cambio ya se puede cifrar. En los próximos diez años, el Reino Unido dedicará 140 mil millones de libras esterlinas a la mejora del medio ambiente, la CEE, 860, los Estados Unidos 1060 mil millones de dólares. Mercedes Benz lucha «por la estrella de que vivimos». Henkel se describe como «más severo que el ojo severo de la ley en materia ecológica». Nuclear Fuels pretende ser «el campeón de la lucha contra el efecto invernadero». El medio ambiente se convierte en una «nueva carta de visita para IBM». Fiat consagrará 2600 mil millones de liras en las innovaciones ecológicas en el curso de los tres próximos años, etc.

La idea que inspira estos argumentos publicitarios está expuesta en una obra publicada recientemente en Alemania, *Umweltorientiertes Management und Marketing*, que indica que durante mucho tiempo la industria ha utilizado la naturaleza como factor de producción casi gratuito. Los sectores sensibles del automóvil y de la química son la punta de esta evolución ambientalista, con el objetivo del reciclaje de materiales y de economizar energía. Muy bien. Tal evolución ¿será suficiente para asegurar una gestión viable y equitativa de los recursos del planeta? Nada es menos seguro, pues las «medidas ecológicas» aparecen como islas de racionalidad en un océano de injusticias, de despilfarro y de irracionalidad. La industria alemana está en la punta de esta evolución y el propio ejército alemán decidió usar tanques «limpios», con convertidores catalíticos, ¡en los meses de plena crisis del Golfo! El Oekobank financia el rodaje de la primera película eco-pornográfica. Así Alemania podrá estar en la vanguardia de una nueva versión ecológica del compromiso histórico propuesto no hace tanto por el difunto PCI. ¿Cómo interpretar la reciente decisión de las grandes multinacionales japonesas (NTT, Gas de Tokyo, Tokyo Fuerza Eléctrica, etc.) de reciclar su papel, mientras que ellas mismas financian la deforestación de Asia del Sureste (249 millones de hectáreas de bosque en 1900, 60 actualmente) e intervienen directamente en la Amazonia?

La pieza crucial sobre la cual el capitalismo se juega su ecologización es la capacidad o no de extender su modelo de producción/consumo al conjunto de los humanos, internalizando los costes ecológicos. *En este punto es de una fragilidad extrema.* Los datos del problema aparecen en una doble dimensión: 1) cerca de tres cuartas partes de la humanidad viven en unas condiciones materiales difícilmente tolerables, 2) no podemos cambiar esas condiciones extendiendo a todo el planeta el sistema de producción y el modo de vida de los países industriales, porque ni las sociedades ni los ecosistemas lo soportarían. Tanto menos, si recordamos que la población mundial aumenta y continuará aumentando al ritmo de 100 millones de personas por año, al menos una generación más en la mayor parte del Tercer Mundo.

PROPUESTAS PARA UNA ALTERNATIVA VERDE

No haré aquí la crítica de eso que los Verdes llaman *productivismo*, es decir la lógica repetitiva y destructiva de la producción por la producción, pues sería repetir la crítica de Marx que está lejos de haber queda-

do pasada de moda. Intentaré más bien sacar algunas consecuencias de las observaciones precedentes.

La primera se refiere al «enverdecimiento» del capitalismo. Esto no nos debe sorprender, al menos por dos razones. El deseo de economizar materias primas y energía en el capitalismo no es de hoy. Es simplemente nuestra historia, sobre todo en los países mal dotados de combustibles fósiles como Italia y Francia. Además, existe una compleja dialéctica entre el movimiento ecológico y el capitalismo. El célebre pasaje de *El Capital* a menudo citado, sobre el capital que agota a la vez a los trabajadores y a la tierra, permite un paralelismo claro. En el mismo interior del capitalismo, cierto número de medidas permiten salvaguardar la fuerza de trabajo y asegurar su mantenimiento, desde la reglamentación del tiempo y de la seguridad en el trabajo, hasta el sistema de protección social. Los mecanismos análogos para reglamentar el uso de los recursos y asegurar su salvaguarda son leyes y dispositivos técnicos que pueden ir hasta la prohibición de productos peligrosos (no habrá más CFC a partir de 1999).

Claro que habrá intereses lesionados, claro que la amplitud de las medidas dependerá de la correlación de fuerzas... El paralelismo es evidente con las contradicciones trabajo/capital en el corazón de la dinámica del mismo capitalismo desde hace más de un siglo. No hay que caer en alternativas simples que actualicen el clásico «socialismo o barbarie», en versiones ecológicas del tipo «muerte de la naturaleza o revolución», «suicidio de la humanidad o revolución», sobre todo si se es incapaz de definir el contenido concreto de dicha revolución en términos de tipos y técnicas de producción, de estructuras políticas concretas, etc. Si no apostamos por la política de lo peor, hemos de anticipar las transformaciones de las contradicciones sociales y ecológicas que las reformas actuales implican.

Las consecuencias pueden ser múltiples. Las reformas pueden inducir nuevas exigencias por parte de tal o tal grupo de ciudadanos, o de toda la sociedad, en materia de salud, de calidad de los productos, de salvaguarda de un lugar, etc. ¿Cómo no alegrarse, sobre todo si van acompañadas de un aumento de la democracia en detrimento de los métodos administrativos y burocráticos? Pueden desembocar en una crítica de los criterios de contabilidad de la economía capitalista y poner en cuestión el lugar de la misma economía en nuestras sociedades, y así oponerse frontalmente al productivismo de la sociedad de mercado. Se pueden oponer a la localización en el Tercer Mundo de las industrias peligrosas y contaminantes, lo que plantearía un nuevo aspecto de la solidaridad internacional de los trabajadores. Con el tiempo, es el debate clásico entre reforma y revolución que alcanzará al conjunto de los procesos de producción y de consumo, de prioridades educativas y tecnológicas, en resumen, la toma de decisiones y de control en la sociedad.

Con el tiempo, si pensamos que los problemas sociales y políticos importantes se juegan en el terreno ecológico, habrá una polarización en el interior mismo del movimiento ecológico, entre diversas corrientes divididas entre reforma y radicalidad, derecha e izquierda, tecnocracia y democracia, ciencia y cientismo, y quizá sobre todo entre eco-socialismo y eco-liberalismo. En cualquier caso, la ecología política habrá tenido el inmenso mérito de haber abierto un gran debate sobre la naturaleza de las fuerzas productivas, sobre los modelos de gigantismo y uniformización social, sobre las regulación por el valor de cambio y la dictadura del beneficio empresarial, poniendo en evidencia que no puede existir una radicalidad social sin una radicalidad ecológica y viceversa. Nadie puede eludir esta cuestión. André Gorz hace veinte años ya expresó su creencia en un «ecofascismo». Poco después Wolfgang Harich sostuvo que una dictadura mundial del proletariado sería la única respuesta posible a la crisis ecológica. En su último libro, Anna Bramwell ha demostrado que el ecologismo podía ser portador de un anti-humanismo virulento, en nombre de la defensa de la vida. Hans Jonas, en su obra *El Principio de Responsabilidad* propone la creación de una «dictadura benévola» (*eine wohlwollende Tyrannie*) para salvarnos de un desastre ecológico. Ironizando acerca

del ecologismo reaccionario, el geógrafo Augustin Berque sugiere la eventualidad de una manifestación de arqueólogos para reclamar el retorno al paleozoico. También cita a los peligrosos extremistas del social-darwinismo que, como William Aiken, contemplan alegremente lo peor: «Una gran mortalidad humana sería una buena cosa. Nuestro deber es provocarla. Es el deber de nuestra especie hacia el ambiente, eliminar el 90% de nuestros efectivos». La ecología nos hace tomar partido en todos los grandes debates de nuestro siglo. Los proyectos socialistas no pueden pasar de ella.

Al presentar la ecología como una nostalgia del pasado, la mayor parte de sus detractores cometen, conscientemente o no, un gran error. Reflexionar en términos ecológicos es por el contrario privilegiar el largo plazo y liberarse de las contabilidades ignorantes y con corta vista del capitalismo. En esto, la ecología converge profundamente con la idea anticipada por el socialismo de un futuro más humano, de la salida de la humanidad de la prehistoria para entrar en una historia consciente. Comprendida así, la ecología podría ayudar a una lectura refrescante de Marx, cuyas intuiciones han sido escondidas por los marxismos del siglo XX, ya se refieran a la reducción del tiempo de trabajo para fines económicos o al comunismo definido como una sociedad en la que los ciudadanos regirán ellos mismos racionalmente sus intercambios con la naturaleza. Esos marxismos del siglo XX no han retenido al contrario más que la exaltación del desarrollo de las fuerzas productivas iniciado por el capitalismo, esta visión ha triunfado progresivamente en los movimientos y los partidos obreros. El desarrollo de las fuerzas productivas ha sido visto como el camino real de la transformación social. La realización del socialismo y el crecimiento económico han sido confundidos dentro de las modalidades ya trazadas filosóficamente por el discurso sobre el dominio de la naturaleza de la ciencia clásica.

El fracaso de esta visión plantea otra cuestión, el lugar de la clase obrera como actor central del cambio social. Si pensamos, en efecto, que la tarea de relativizar la economía es urgente, no hay entonces razón para pensar en la clase obrera como sujeto central de la transformación social. Actor principal del proceso de producción, tiene ciertamiente una posición privilegiada para la transformación ecológica. Pero esta posición no le confiere «ni privilegio de consciencia ni capacidad dirigente particular hacia otros grupos sociales» (Joel Martine), ya sean los científicos, los agricultores, etc. Así pues, si el proyecto socialista, asociado a la ecología, aún tiene un futuro, ciertamente ha de relativizar el papel histórico que el marxismo ha asignado tradicionalmente al proletariado.

Relativizar la economía, es darle otros valores además de la dimensión producción/consumo. En ese sentido, hay algo profundo en el hecho que los movimientos Verdes hayan integrado las exigencias de igualdad entre los sexos; en la cristalización de la consciencia ecológica sobre la doble oposición a la energía nuclear civil y militar; en la asociación constante de la ecología y del pacifismo, como en ocasión de la reciente Guerra del Golfo. La no-violencia que proclama el movimiento ecológico constituye una gran aportación a la reflexión y a la acción política, pues implica el rechazo de unir cualquier perspectiva de subversión social a la dominación del hombre sobre la mujer, del Norte sobre el Sur, a la guerra de los humanos entre sí y contra la naturaleza.

Desde el siglo XIX, el movimiento obrero se ha afirmado al desarrollar una consciencia de clase, que no ha impedido otras posturas valientes en otros temas, como por ejemplo la cuestión nacional. La lucha ecológica implica una consciencia de especie. No hay antinomia. El comunismo original, no burocratizado, consideraba que la clase obrera es portadora de un universalismo y no lucha por su propio poder, sino por la sociedad en conjunto. Lo mismo vale para los movimientos ecológicos que no tienen, en principio, intereses separados de las sociedades humanas en las que nacen. Liberar a la humanidad de la explotación, ajustar los modos de producción a las necesidades de reproducción de la naturaleza, dos objetivos actuales que es necesario relacionar con los ideales que ha tenido el

movimiento histórico socialista. ¿Cómo llamar a esta esperanza? Quizá con el término «eco-socialismo», pues no hay duda que la mayor parte de las tareas que los movimientos socialistas se asignaron están por cumplir. Lo menos que se puede decir es que estos partidos fracasaron en su misión histórica. La ecología puede permitir reformular esta antigua esperanza, contra los modelos productivistas y autoritarios del socialismo que, todos, han fracasado.

Permitidme expresar sin embargo una duda respecto a las palabras «socialismo» y «comunismo» malogradas por un siglo de gestión leal del capitalismo o por la represión sangrienta de los pueblos. Cuando las mismas palabras están desgastadas, cuando se ha destruido la misma esperanza del cambio, y yo me refiero una vez más a Marx, hace falta cambiar. Pero ésta es otra historia.

BIBLIOGRAFIA

AGARWAL, AMIL y NARAIN SURITA (1991), *Global Warming in an unequal world. A case of environmental colonialism*, Centre for Science and Environment, New Delhi.

BERQUE, AUGUSTIN (1990), *Médiance de milieux en paysages*, Géographiques, Reclus, Montpellier.

BRAMWELL, ANNA (1989), *Ecology in the 20th Century: a History*, Yale University Press, New Haven.

CHENEAUX, JEAN (1991), «Un télescopage entre l'histoire naturelle et l'histoire sociale», *La Quinzaine Littéraire*, nº especial de verano 1991.

DELEAGE, JEAN PAUL (1991) *Historie de l'écologie, une science de l'homme et de la nature*, La Découverte, Paris.

DI CASTRI, FRANCESCO (1985), *L'ecologie, les défis d'une science en temps de crise*, La Documentation Française, Paris.

HOPFENBECK, WALDEMAR (1990), *Le Principe Responsabilité*, Cerf, Paris.

JONAS HANS (1990), *Le Principe Responsabilité*, Cerf, Paris.

JUQUIN, PIERRE et al. (1990), *Pour une alternative verte en Europe*, La Découverte, Paris, publicado en *Mientras Tanto*, nº 41, Barcelona 1990.

REVELLE, ROGER Y SUESS HANS (1957), «Carbon dioxide exchange between atmosphere and ocean and the question of atmospheric CO2 during the past decades», *Tellus*, 9, p. 19.

SHIVA, VANDANA (1991), *The violence of the Green Revolution, ecological degradation and political conflict*, Zed Books, Londres.

SCIENCE as CULTURE

No. 13 (1991) on GENES 'N' GREENS includes:

Alternative agriculture and the new biotechnologies (Jack Kloppenburg)

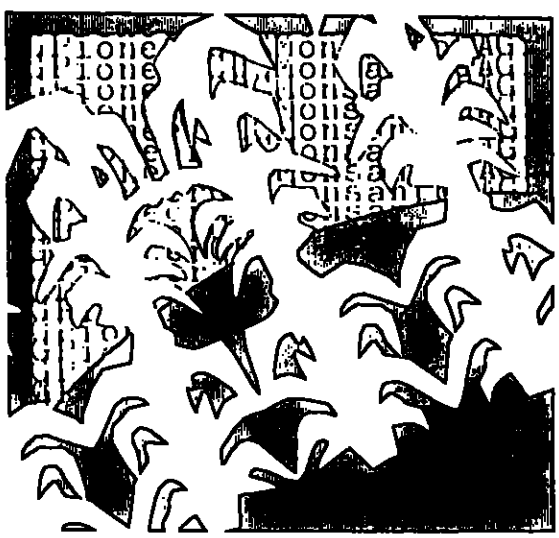
Green meanings: what might 'sustainable agriculture' sustain? (Christopher Hamlin)

Cleaning up on the farm (Les Levidow)

Sustainable agriculture for what? (P Allen and C Sachs)

Biodiversity and food security (Allstair Smith)

Surviving development (Sarah Franklin)



Subscriptions: 4 issues for £ 20/US$30 individual £ 35/US$65 institutional single copy £5.95/$8

FREE ASSOCIATION BOOKS 26 Freegrove Road, London N7 9RQ Credit cards (24 hours) 071-609 5648 North America: Guilford, 72 Spring Street, New York, NY 10012, tel (212) 431 9800

LAS LUCHAS ECOLOGICO-SOCIALES EN MEXICO: ¿HACIA DONDE?

Alfonso González*

¿Por qué hablar de luchas específicamente ecológico-sociales? Si la gente ha combatido muchas veces, a lo largo de la historia, por defender sus tierras, los manantiales de los que beben sus pueblos, o por los bosques que protegían sus vidas y generaban múltiples alimentos y otros productos útiles para la comunidad... y no han sido llamados ecologistas. ¿Por qué ahora hacemos la precisión de distinguir, entre todos los tipos de luchas que se dan en nuestro tiempo, a las ecológico-sociales?

Creo que vale la pena, si busco esclarecer las características de las luchas sociales con demandas ambientales que se dan en México, detallar un poco los fundamentos en base a los que empezamos a llamar ecológico-sociales a algunas de ellas, y habrá que distinguir las modalidades que adoptan. Efectivamente, se dan en México luchas ambientalistas específicas, llamadas «ecologistas», y también se expresan las más diversas reivindicaciones campesinas, urbano-populares y de diversos sectores de la sociedad que se apoyan en las perspectivas que ofrece el enfoque de la ecología social para nutrir sus luchas por mejorar la calidad de su vida. Por supuesto, habrá que establecer alguna correlación con los procesos de luchas similares que se dan en otras partes del mundo. Tal vez la más trivial afirmación sobre las luchas ecológico-sociales sea que lo son en tanto que han incorporado una visión planetarizada de las problemáticas locales que enfrenta cada grupo y lucha específica en cada rincón del planeta, y que expresan con su acción una propuesta multidimensional de mejoramiento de la calidad de vida, con criterios de transformación «ambientalmente sustentable».

También habría que subrayar lo que es un hecho evidente a nivel planetario: que el deterioro de la calidad de vida, por causa directa de la degradación ambiental, ha llegado a extremos escandalosos. Si en otros tiempos también hubo catástrofes ambientales (ver Hughes, 1981), eran muy localizadas y sus efectos no se articulaban entre sí, como ahora. En nuestro tiempo las catástrofes ambientales interactúan y sus efectos acumulativos ya ponen en riesgo grave la sobrevivencia humana en el planeta (ver ONU-CMMAD, 1987 y GRUPO DE VEZELAY, 1988). Y a tal grado de que en nuestro país, por ejemplo, la acelerada deforestación, la contaminación progresiva de aguas, suelos y atmósfera de las grandes ciudades, y la carencia de políticas adecuadas para enfrentar esos y varios otros problemas de degradación ecológica (ver González, 1979; Ortiz, et.al. 1987; y Rojas, 1990) han conducido la situación ambiental de México a punto del colapso; «at the breaking point», (ver Mumme, 1991). Pero ésta afirmación tendrá que ser precisada. Detallemos.

(*) Apartado Postal 76-089 MEXICO, D.F. 04200.

1. ¿DESDE CUANDO, LOS MOVIMIENTOS ECOLOGICO-SOCIALES?

Al buscar el momento en que empieza a notarse la incorporación de dimensiones específicamente ecológicas en las luchas sociales, nos topamos con terreno brumoso. Las luchas antinucleares y antibélicas de los años sesenta han sido un gran fermento de esa conciencia ambiental crítica, y en México se expresaron con claridad en la lucha exitosa contra la instalación de un reactor nuclear en las riberas del lago de Pátzcuaro en 1981-1982. Pero en buena parte, el movimiento antinuclear, junto con las grandes movilizaciones antibelicistas, que se desarrollaron desde los sesenta en otras partes, solamente actuaron como movimientos opositores a las bárbaras prácticas dominantes del manejo de la energía y al terror opresivo en el planeta. Dada esa limitación, por sí solos no nos ayudan a entender la rica y multifacética acción social radical con enfoque ecológico de este tiempo. Hay que ir más hondo.

La experiencia de las explosiones atómicas en Hiroshima y Nagasaki en 1945 empezó a hacer su efecto en la reflexión de los científicos y los poetas desde los años cincuenta. La escandalosa contaminación marítima por mercurio, en el área de Minamata, Japón, también en esa época, si bien fue conocida algo más tarde, afecta poderosamente a la opinión pública mundial, incluido nuestro país. Los trabajos de Murray Bookchin («Our synthetic environment», escrito bajo el seudónimo de Lewis Herber en 1962) y de Rachel Carson («Silent spring», 1962) inician una discusión globalizadora de los riesgos ambientales generados por el proceso moderno de desarrollo, que logran conmover a muchos ciudadanos, sobre todo a la gente de habla inglesa.

Sin embargo, no será sino hasta el momento planetarizado de explosiones sociales fragmentarias de 1968, que esa emergente conciencia del deterioro ambiental, y esas prácticas de oposición al ecocidio (y genocidio) bélico se articularán con las demandas contraculturales radicales que por aquí y por allá se van configurando e interfertilizando (ver Roszak, 1985). Tal vez lo que permitió que se catalizara en el 68 el fermento de una acción ecologista radical (por supuesto como parte de la gran explosión contracultural en la que desembocó) fue la difusión instantaneizada de la conferencia de Herbert Marcuse sobre «El fin de la Utopía» que el filósofo impartió a los estudiantes berlineses en 1967. En pleno movimiento del 68, en muchas partes, contamos con una excelente traducción del texto (Marcuse, 1968) y me sigue resonando su afirmación, de que: hemos llegado a un momento en la evolución histórica en el que «toda transformación del entorno técnico y natural constituye una posibilidad real, siendo sus topos un lugar histórico. Hoy podemos hacer del mundo un infierno y estamos, como ustedes saben, en el mejor camino para conseguirlo. Pero también podemos convertirlo en todo lo contrario». Este sería el fin de la utopía, y consecuentemente, de la historia, en el sentido de que lo que ocurriera ya no sería como la simple prolongación de las anteriores posibilidades de desarrollo. Para Marcuse el momento representaba el punto de ruptura que, parafraseando a Marx, convertía a toda la historia en prehistoria de la humanidad.

Estoy convencido que las profundas implicaciones de esta tesis de Marcuse nos hicieron fulgurar en la cabeza, a muchas personas, nuevas dimensiones de significación para la problemática ambiental y social a nivel planetario, con aspectos que cuestionaban la continuidad misma de esta civilización judeo-cristiano-capitalista. Me parece que después de las explosiones atómicas, y de la guerra de Vietnam, contexto en el cual Marcuse se expresa, ya se hizo suficientemente claro para quien quiera verlo, que la civilización predominante en la tierra no sólo está haciendo del mundo un infierno, sino que lo está haciendo muy rápidamente, y con recursos tecnológicos que producen efectos cada vez más irreversibles... al menos al plazo de varias generaciones hacia el futuro. Pero, al mismo tiempo, al voltear a las nuevas potencialidades que «el fin de la utopía» hace también posibles, parafraseando a Marcuse, se llega rápidamente a la clara perspectiva de que «el único camino efectivo para sobrepasar al sistema de dominación vigente es el

de transferir sus más efectivos y positivos agentes hacia un complejo orgánico en construcción progresiva», como ya lo había sostenido Lewis Mumford, en forma paralela a Marcuse (Mumford, 1963; 1966 y 1970:404).

La construcción de ese «complejo orgánico» que sugería Mumford fue tomando forma rápidamente. Por diversos dominios del conocimiento —y no sólo entre los activistas antibélicos— fue articulándose pieza a pieza un enfoque multidimensional, que incorporaba el enfoque ambiental a cualquier decisión trascendente sobre problemas públicos, y como lo indicara LaMont C. Cole, «algunos de esos problemas cambiarán en apariencia cuando sean observados desde el punto de vista de un ecologista» (Cole, 1964). Tal vez fue de nuevo Murray Bookchin quien, a través de su «Ecología y pensamiento revolucionario» (Bookchin, 1968) fundamentó una propuesta práctica de apoyar en la perspectiva reconstructiva de la ecología la posibilidad de una forma radical de regeneración social en forma no destructiva del entorno natural, ni dominatoria de unos seres humanos sobre otros, y sobre los demás seres vivientes. Esa tesis fue evolucionando hasta convertirse en el concepto de «ecología social» que anima ya a varios movimientos contemporáneos (ver Bookchin, 1988).

Las vibrantes expectativas que dejó el 68, nutrieron un activo movimiento contracultural que si bien no pudo avanzar mucho en el terreno de realizaciones materiales profundas por esos años, dada la gran represión que tuvo que resistir, sí pudo avanzar en forma de acciones representativas de núcleos bien consolidados. Efectivamente, las propuestas alternativas en términos de salud, de convivencia comunitaria, de tecnologías apropiadas, de acción política y de resistencia popular-contracultural frente al mundo dominante, llevaron a una gama amplísima de respuestas sociales, que en parte se nutren de, y en parte retroalimentan esa incipiente conciencia ecológico-social que esboza muy rápidamente sus primeros actos prácticos.

Es en ese marco de propuestas radicales, aunque balbuceantes, que se empieza a precisar parte de la reorientación de algunos grupos activistas, que adoptan estrategias cada vez más ambientalistas. Una primera confrontación global se da en 1972, alrededor de la primera Conferencia de la ONU sobre «Medio ambiente humano». Esa Conferencia, aunque se consideraba atenta a establecer «principios comunes que ofrezcan a los pueblos... inspiración y guía para preservar el medio humano», se mantuvo, sin embargo, enunciando los problemas ambientales en una forma sumamente aséptica, políticamente hablando. Vale la pena recordar cómo enunciaba el mismo problema medular que Marcuse hizo relevante unos años antes. La Conferencia proclamaba: «Hoy en día, la capacidad del hombre de transformar lo que le rodea, utilizada con discernimiento, puede llevar a todos los pueblos los beneficios del desarrollo y ofrecerles la oportunidad de ennoblecer su existencia. Aplicado errónea o imprudentemente, el mismo poder puede causar daños incalculables al ser humano y a su medio» (ONU-UNEP, 1972: art.3). Por supuesto, la contra-conferencia que los «eco-freaks» organizaron en las calles, alrededor del edificio donde debatían los representantes gubernamentales enunciaba la problemática ambiental de manera mucho más radical y comprometida con sujetos sociales reales. Es desde esta primera confrontación de puntos de vista a nivel ambiental global, que quedó la muy clara sensación de que había un desfasamiento entre el punto de vista de la ONU sobre el problema ambiental, y el punto de vista ciudadano activista; al grado de que el propio establishment científico de ecólogos lo reconoció años después. En 1982 escribe Ramón Margalef que «no puede decirse que la Conferencia de Estocolmo tuviera suerte; no satisfizo a los ecologistas, que llegaron a montar su propia anticonferencia, y, poco después, la subida de precio de los combustibles líquidos hizo cambiar, más o menos profundamente puntos de vista económicos, o el deseo y las posibilidades de invertir más en la conservación de la naturaleza» (Margalef, 1983:180). Me parece que se puede sostener que desde ese momento de 1972, la posición ecológico-social ya está existiendo, sobre la práctica de la confrontación directa, y con una dimensión planetarizada,

si bien no todos los auto-llamados movimientos ecologistas asuman plenamente esa implicación.

No quiero dejar de lado la importancia que en momentos anteriores a esta confrontación tuvieron por diferentes partes algunos notables casos de movimientos conservacionistas, de protección de bosques y de sitios naturales especiales, que han existido desde el siglo pasado (como el Sierra Club de EEUU), o desde mediados de este siglo (como el esfuerzo de protección ambiental que desarrollara el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, IMERNAR, de Dn. Enrique Beltrán, en los años cincuenta en México). Pero lo que sí sostengo es que la posición ecológico-social contemporánea parte de premisas nuevas (que acompañan ahora a aquellas por las que lucharon movimientos proteccionistas y conservacionistas anteriores) que hacen esencialmente diferente su posición y sus prácticas políticas.

2. ALGUNAS LUCHAS PIONERAS ECOLOGICO-SOCIALES EN MEXICO

Aunque el cuidado por desarrollar conocimientos profundos y un manejo responsable de los recursos naturales ha tenido ejemplos notables a lo largo de varios períodos en la vida de México (ver Ortiz, et.al. 1987), no fue sino hasta mediados de este siglo XX que se expresa con más peso social una iniciativa conservacionista importante; y todavía es más tarde cuando aparece un enfoque ecológico-social. La confluencia y difusión de los enfoques «planetarizados», que en forma fragmentaria también se daba en México, fue la que animó a la primera gran confrontación que en 1972 se dio entre un grupo de científicos, algunos grupos políticos campesinistas, y las comunidades campesinas-indígenas chinantecas de una región de Oaxaca-Veracruz, en la parte suroriental de México, contra la acción gubernamental de construir una gran presa para fines hidroeléctricos (la «Cerro de Oro» sobre un afluente del río Papaloapan). El Proyecto hidroeléctrico se establecía desalojando y reubicando a las comunidades chinanteca del área que sería vaso inundado, trasladando su asentamiento a una zona de la cuenca alta del río Uxpanapa, unos 300 kilómetros más lejos, en una región de la selva alta. Algunos grupos campesinistas mexicanos, como el que luego adoptaría el nombre de TRASOCOIN, A.C. (Trabajo y solidaridad con las comunidades indígenas, A.G.) apoyan la lucha de los chinantecos por no ser víctimas de ese sacrificio nacional en aras del desarrollo energético mexicano. Al tiempo, el equipo técnico contratado por el gobierno mexicano para planear los desmontes de selva que se requerían para ubicar a los indígenas en la zona del Uxpanapa, presidido por el Dr. Arturo Gómez Pompa, destacado ecólogo mexicano, cuestionaba, con argumentos ecológicos, las prácticas de hacer grandes desmontes para establecer comunidades y parcela agrícola en una zona de suelos frágiles y veloz deterioro, si perdían su cubierta forestal de selva alta. Aunque los chinantecos fueron reubicados, y se construyó la gran presa, la presión de campesinistas, antropólogos solidarios, y ecólogos defensores de la selvas altas confluyeron en un proceso que afectó al mundo institucional (que disminuyó su acción de desforestación de selvas), y a grupos ciudadanos sensibles, que se nutrieron con esa experiencia. Luchas subsiguientes, tanto campesinistas cuanto de ecologistas, y de toda una generación de estudiosos de los problemas ambientales, que también librarían batallas por el correcto entendimiento de los problema ecológicos y sociales en ámbitos académicos, fueron nutridas de esa experiencia (cf. Toledo, 1978; Ewell y Poleman, 1980; Bartolomé y Barabas, 1990).

Durante la década de los años setenta se cristalizaron diversos esfuerzos políticos, culturales y científicos, que iniciaron una progresiva articulación de puntos de vista hacia la construcción de un enfoque ecológico social, o «ecologista» amplio en México. En la misma discusión sobre el Uxpanapa ya se evidenció que había quienes querían «salvar las selvas» y quienes se solidarizaban con los chinantecos en la lucha por la defensa de su patrimonio ambiental. Y por ambas vertientes se fueron desarrollando diferentes formas de participación estra-

tégica en política ambiental, que vale la pena aclarar.

Distingo ambas expresiones dado que me parece que la caracterización de ecológico-social abarca dimensiones sociopolíticas mayores que la de ecologista, al menos en México. El concepto de ecologista se aplica (y auto-aplica) principalmente a grupos activistas, que basan su estrategia, en términos generales, en reivindicaciones directa y específicamente ambientales, mientras que usamos la expresión ecológico-social para denotar luchas sociales más amplias, en las que las reivindicaciones ambientales forman parte de una estrategia más integral de lucha social, en la que se incorpora el enfoque ecológico, aun si esa lucha es ignorada por los «ecologistas» que la ven ajena a su práctica específica; como lucha campesina, de comunidades forestales, o de reivindicaciones muy locales y politizadas (ver Taller de Experiencia Forestales, 1991). Aunque existen agrupaciones que llegan a incorporar ambos enfoques en su práctica cotidiana (ver González, 1985; y Aguilar, et.al. 1991).

Por supuesto, hubo algunos procesos precedentes significativos, de los que se nutrió la lucha ambientalista en sus diversas vertientes. Si en los años cincuenta solamente destacaban algunos grupos conservacionistas como el IMERNAR, que ya se mencionó; para 1961, por ejemplo, a partir de la iniciativas de una Asociación de Tecnología Apropiada, ATA, inició sus actividades un grupo que luego se nombraría Fundacion para el Ecodesarrollo Xochicalli, A.C., y que en 1967 monta un proyecto experimental de Casa Ecológica, pionero en México. Sin embargo, todavía tardaría un verano verde, aún si el proceso complejo de lucha por el Uxpanapa, de 1972 hubiera dejado buena semilla. No fue sino hasta mediados de los años setenta que se empezaron a notar diversas acciones coordinadas. Entre 1972 y 74, un grupo multidisciplinario de ciudadanos luchando al noroeste de la Ciudad de México, lograron, en coordinación con los vecinos de una zona industrial, expulsar a la empresa CROMATOS de México, de su región, dada la gran contaminación que sufrían por su presencia e irresponsable depositamiento de desechos en el barrio. En 1975, el Maestro Efraim Hdz. Xolocotzi hace la presentación amplia del enfoque de AGROECOSISTEMA para manejar una percepción amplia de los sistemas agrícolas en el contexto ecosistémico que los acoge (Hdz. Xolocotzi, edit. 1977), y en 1976 la Asociación Mexicana de Epistemología realiza un Primer simposio sobre el concepto de Ecodesarrollo, que divulga en México la propuesta que va bosquejando Ignacy Sachs (ver Leff, edit., 1977 y Sachs, 1982). Entre 1974 y 1978 destaca la lucha vigorosa del Pacto Ribereño de pueblos del centro del Golfo de México, contra los efectos que la contaminación de la expansiva industria petrolera vierte sobre sus tierras y sus personas.

Simultáneamente, en el año de 1978 se da una fuerte lucha de grupos urbano-populares (en los Barrios de Tepito y la Colonia Morelos) y de colonias residenciales (Brigadas Verdes, de la Colonia del Valle), en la Ciudad de México, cuestionando la imposición de ejes viales que destruirían la habitabilidad de viejos y densos barrios, para facilitar la plena automovilización del espacio urbano. Vale la pena señalar que todas estas luchas comprendían fuertes implicaciones ambientales, pero no eran reivindicadas como luchas «ecologistas».

3. LAS GRANDES LUCHAS ECOLOGICO-SOCIALES DE LOS AÑOS OCHENTA

El inicio de la década de los ochenta marca en México la elevación cualitativa del nivel de lucha social-popular-ecológica, que cuenta con cierta experiencia propia, y que va materializándose en diversas asociaciones civiles de tipo ambientalista, que se notan surgir, así como ya en algunas revistas sobre temas ambientales como SOBREVIVENCIA (1974-78). Sin embargo, el más fuerte «round» ecologista de esos años es la lucha que las comunidades indígenas purhepechas michoacanas libran contra la instalación de un Reactor Nuclear en las riberas del lago de Pátzcuaro, área, que aprovecharía el reactor para «enfriar el agua que usaría en su funcionamiento». Esa lucha se inició de modo paradójico: la

comunidad indígena de Sta. Fe de la Laguna, colindante con el poblado-cabecera regional de Quiroga, había sufrido desde tiempos coloniales la invasión de sus tierras comunales que los criollos de Quiroga efectuaban periódicamente para meter sus ganados a pastar en tierras indígenas. El crecimiento demográfico de ambos poblados agudizó el problema, y la lucha por defender las tierras fue creciendo, y tiñéndose con la sangre de varios representantes comuneros muertos por los ganaderos de Quiroga. Para apoyar la lucha en defensa de sus tierras, los purhepechas de Santa Fe recibieron —y en un primer momento avalaron— la propuesta que les hacía el Sindicato de trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN), de ubicar un Reactor Nuclear (de tipo experimental, de potencia cero, decían), en una franja de tierra comunal, donada para el Proyecto, en los linderos entre ambas comunidades, para impedir definitivamente el paso de ganados. La propuesta campesinista del SUTIN contó, inclusive, con apoyos de buena parte de los grupos izquierdistas mexicanos de ese momento. El SUTIN representaba una vigorosa organización laboral comprometida con un progreso radical de México. Ellos veían el crecimiento de la nucleoelectricidad como parte de ese progreso, y qué mejor que enlazarlo con luchas campesinas justas. Entre 1979 y 1981 se libró una gran batalla que dividió a la propia comunidad de Sta. Fe, entre los pro-nucleares, y los antinucleares, y que rebasó con mucho la lucha contra los ganaderos de Quiroga. Se formó un comité de Defensa ecológica de Michoacán (CODEMICH) que agrupó a representantes de comunidades patzcuareña, grupos sociales michoacanos diversos, y una amplia gama de grupos activistas mexicanos, que tomábamos la posición de NO AL REACTOR por los inmensos riesgos que ofrecía a la vida de pescadores y campesinos del área, y por el precedente que sentaba, como apoyo a la nuclearización de nuestro país (ver Aguilar y González, 1984). Y por supuesto, porque tanto para Patzcuaro, como para Michoacán y el país entero, parecía peor el remedio que la enfermedad, de detener adecuadamente a las vacas Quirogueñas. Fue notable cómo aun destacados biólogos, y gente de izquierda con cierta conciencia ambiental apoyaron en esa ocasión el establecimiento del reactor, al ser convencidos de que en su operación normal «no produciría efectos riesgosos» para los lugareños (ver Toledo, et.al., 1981). Sin embargo, lo definitivo fue la decisión de la propia comunidad de Sta. Fe, que asumió, por mayoría, un NO AL REACTOR. Sostengo que fue una decisión sensata que tomaron, sopesando sus propios intereses, midiendo los riesgos y escuchando las razones de otros pueblos ribereños y del CODEMICH. Para todos los ecologistas y ciudadanos que participamos en ese debate fue un primer gran triunfo de alcance nacional, y fue muy ilustrativo para ayudarnos a todos a visualizar que aún hacia el futuro social más justo, había diferentes caminos, que nos iban a empujar a clarificarnos y a precisar nuestros diferentes argumentos y divergentes propuestas políticas (ver Aguilar y González, 1984; y González, 1986a). Y quiero reconocer que en nuestra propia Asociación Civil, el debate provocó división entre quienes daban mayor peso a la defensa táctica de las tierras comunales, en solidaridad con la primera posición de los purhepechas de Sta. Fe, frente a quienes veíamos que era impagable el costo de ese remedio para el mal de tierras.

No me cabe duda de que el inicio de los ochenta marcó un cambio cualitativo en lo que fue la articulación progresiva de luchas campesinas, rurales, populares, de grupos estudiantiles, de sectores científicos y aún de algunos sectores sociales de clases medias, que iban incorporando poco a poco un enfoque ambiental en sus estrategias de acción. Por ese tiempo ya existía una conciencia creciente de una crisis ecológica en México, que ya minaba las posibilidades de tan siquiera pensar que el futuro podría ser como el presente, y empezábamos a tener indicadores objetivos de que la calidad de vida ya se estaba deteriorando rápidamente (ver González, 1979; Trueba, 1980; y López Portillo, 1982). Y por supuesto, el objetivo «triunfo» de la lucha antinuclear en Patzcuaro, animó a muchos sectores a avanzar en esa dirección emergente, de lo «ecologista», en tanto articulador ecológico-social

de diferentes intereses productivos, reproductivos y político-filosóficos.

En 1982-3 se libró otra gran batalla ambientalista en México, también con un enfoque campesinista ecológico-social. En Oaxaca, al sur de México, 20 comunidades forestales se ampararon contra los decretos gubernamentales que el Presidente saliente del país firmaba a pocos días de terminar su período presidencial. Tales decretos renovaban las concesiones forestales mediante las cuales las comunidades estarían obligadas a vender su madera sólo a dos grandes consorcios industriales, por otros 25 años. Las comunidades ya sabían a qué se referían esos decretos, pues estaban viendo culminar un primer paquete de decretos que los habían obligado ya por 25 años a vender su madera a esos consorcios, que se habían consolidado industrial y financieramente, a costa de mantener en la pobreza a las comunidades posesionarias comunales de esos inmensos bosques, al tiempo que se sobre-explotaban esos recursos forestales. La lucha de las comunidades forestales oaxaqueñas, apoyadas por diversos aliados comunitarios, laborales, civiles, ambientalistas, religiosos y populares, confrontó al Estado mexicano en su gran política forestal, y lo obligó, a través de una «huelga» de producción de madera, que las comunidades hicieron a lo largo de 1982 y 83, a validar los amparos de la comunidades, que echaban abajo los decretos presidenciales de noviembre de 1982 (González, 1983). «Poniendo sus barbas a remojar», el Gobierno mexicano también validó el amparo de la comunidad forestal de Milpa Alta, en el Distrito Federal, que similarmente a las comunidades oaxaqueñas se amparaba contra un decreto semejante, y modificó su política forestal, reconociendo que esa estrategia de concesionar los bosques a grandes empresas tendría que ser revisada. Fue un claro triunfo comunitario-popular, con un enfoque forestal-ambientalista muy significativo. El precedente que sentaron las comunidades oaxaqueñas ha hecho camino, y en años posteriores se ha notado como reforzó la «vía comunitaria» para el aprovechamiento responsable del bosque, que se va ensanchando poco a poco. (Ver Aguilar, Madrid et.al., 1990).

En julio de 1983 ocurrió un evento extraordinario en el proceso de lucha campesina en México. Por primera vez, un encuentro de la Coordinadora Nacional «Plan de Ayala», que por ese tiempo agrupaba a 19 organizaciones regionales formadas por 523 grupos campesinos, distribuidos en 22 Estados de la República mexicana y el Distrito Federal, incorporó la «lucha por la defensa de los recursos naturales de la comunidades» como gran tema al lado de la lucha por garantizar la tenencia de la tierra. El clima había madurado para incorporar al lado de las viejas demandas zapatistas, que todavía animaban a muchos núcleos campesinos, las nuevas demandas ecológico-sociales que ya se hacían sentir. Como lo señaló con claridad una de las conclusiones de consenso del encuentro, se sostuvo ahí, ante cientos de representantes campesinos reunidos en San Felipe de los Alzati, Michoacán, que «la lucha por la defensa de los recursos naturales no es sólo la lucha de los campesinos, sino también de los ciudadanos, ya que ellos —a la larga— también serán afectados en el abastecimiento de sus alimentos y en la calidad del agua y del aire». (CNPA-UCEZ, 1983:28).

Muy pronto hay reacciones institucionales de recuperación de las demandas ambientales, tanto a nivel nacional como internacional. Al tiempo que se desarrollan acciones ecológico-populares, también se inicia una vertiente institucionalizadora de las demandas ambientales. Uno de los primeros organismos políticos que lo busca es el PSUM, Partido Socialista Unificado de México, que al intentar definir una política ecológica para el partido, recoge las inquietudes académicas y civiles al respecto, aunque ese empeño no avanzó mucho por la vía partidista (Carabias y Toledo, Coords., 1983); como tampoco lo logró el Partido Revolucionario Institucional unos años después (PRI, 1985). Otro organismo, que cristaliza por esos años es el «Movimiento ecologista mexicano, A.C.», que como su nombre lo indica, pretendía englobar esfuerzos ciudadanos autónomos en un solo cuerpo. Formado en 1981 por iniciativa de algunos destacados miembros de organismos Priístas, y con un estilo típicamente corporativista. El MEM actuó con cierto

aval o «ayudita» oficial, que ha retribuido en diversas ocasiones ulteriores, y lo mismo ha hecho su escisión, la Alianza Ecologista Nacional, que luego se convertiría en el Partido Ecologista de México en 1991 (ver García, resp. de publicación, 1991).

En una perspectiva internacional, aunque con una incidencia en México y todo el tercer mundo, por ese tiempo se modifican las políticas de diversos grupos de «financiadores» autónomos del desarrollo, que incorporarán la dimensión ecológica a sus líneas de apoyo. Esto va a ir generando un «boom» de grupos ciudadanos, que un poco porque las condiciones lo piden, y otro poco porque hay disponibles recursos líquidos para el «desarrollo autónomo», van engrosando el listado de emergentes «asociaciones y sociedades civiles, cooperativas y de producción rural». Recursos y coyuntura objetiva no suplen experiencia social de lucha, y muchas de estas nuevas ONGs irán dando bandazos o serán fácilmente recuperadas por la seducción gubernamental y/o el financiamiento condicionado de las agencias financiadoras internacionales.

En una perspectiva también internacional, aunque con gran actividad local, se celebró en México la llegada al 1984 que nos había vaticinado George Orwell con su novela; pero aquí lo que organizamos fueron unas Celebraciones «Orwellianas» a lo largo del año, con la consigna «En busca de las utopías de nuestro tiempo». La aguda reflexión, multidimensional, Marcusiana, de la miseria de futuro que esta civilización ofrece, la expresábamos haciendo nuestras un frases de René Dumont: «Por primera vez en la historia los representantes más inteligentes del capitalismo confiesan en público que nos llevan muy pronto a la catástrofe... —hacia el— hundimiento total e ineluctable de nuestra civilización» (en González, 1984:5). En esa perspectiva fermentó, a lo largo del año, no sólo el espíritu utópico, sino que se articuló con una amplia y planetarizada sensibilización ambiental (ver Colectivo Utópico, 1984). En ese marco de movilización cultural, el mismo año de 1984 se constituye una primera RED de E-COMUNICACION que llegó a abarcar unos 200 «puntos» a lo largo del país, en los que, fueran personas, o pequeños grupos ciudadanos, impulsábamos una estrategia «horizontal» de comunicación entre interesados en experiencias alternativas de desarrollo local o «ecodesarrollo» a escala humana. Nuestra RED-E puso en el escenario cuatro entregas de la revista ARCORREDES y logró enlazar «en vivo» a muchos grupos de trabajo ecológico; asimismo, pudo ayudar a constituir unas brigadas verdes de apoyo a la gente que, debido a los sismos de septiembre de 1985, se estableció en campamentos callejeros, al lado de sus viviendas destruidas; y tanto la experiencia organizativa de la RED-E como las actividades coordinadas frente a los sismos y los damnificados por ellos, nos permitieron, a 14 asociaciones civiles, convocar un Primer Encuentro Nacional de Grupos Ecologistas en noviembre de 1985. Ese encuentro agrupó a unos 300 representantes civiles de diferentes grupos regionales, asociaciones civiles, grupos scouts y comerciantes de nuevos ingenios «ecotecnológicos», que pudimos contrastar puntos de vista y buscar formas prácticas de intercambio y solidaridad (Las conclusiones generales de ese encuentro se pueden conocer en COMUNIDAD 52, 1986:12-14, Estocolmo).

El saldo del 85 fue muy rico. En ese año quedó constituida una Federación Conservacionista Mexicana (FECOMEX), que agrupaba a los más moderados representantes de un ecologismo de estudio y protección de la naturaleza. El Encuentro Nacional de grupos ecologistas desembocó en dos vertientes; aquellos grupos de trabajo ecológico-social que veíamos difícil articular intereses ciudadanos tan heterogéneos a corto plazo, y los que, sacrificaban democracia directa vía un representativismo que buscaba negociar posiciones «de la sociedad civil» frente al Gobierno. Estos últimos decidieron constituir un PACTO DE GRUPOS ECOLOGISTAS (PGE) un año después.

Al inicio de 1986, en el escenario «ecologista» mexicano ya contábamos con una «Alianza Ecologista Nacional», de reducida base social en el área metropolitana de la Ciudad México, un «Movimiento Ecologista Mexicano» con representantes en varios Estados de la República, un «Pacto de

grupos ecologistas» que se presentaba en sociedad con 10 Comisiones de trabajo; cuya labor se extendía desde las selvas hasta los desiertos y el Valle de México, un «Grupo de los 100» que agrupaba a destacados intelectuales y artistas mexicanos, con inquietudes ambientales, y, ya sin estar agrupados en la vieja RED-E, a un conjunto de unas 200 asociaciones civiles mexicanas, con acción ecológico-social diversa, además de numerosos núcleos de técnicos en agronomía, biología, y salud, ya buscando alternativas con un enfoque ecológico. Tal vez fue el momento de mayor entusiasmo social por este nuevo enfoque «enverdecedor» de la lucha social por mejorar radicalmente la vida.

En ese momento se inicia también un nuevo proceso de cuestionamiento antinuclear, ahora contra el establecimiento de una planta de producción nucleoeléctrica en Laguna Verde, Veracruz. Aunque el Proyecto ya tenía varios lustros elaborándose por parte de la Comisión Federal de Electricidad mexicana, en ese momento llegó ya a su fase final pre-operativa, y los entusiastas antinucleares mexicanos, a la luz del inmediato accidente de Chernobyl, voltearon su activismo a enlazar con los pobladores locales del área veracruzana donde se instalaría la planta, a que reconsideraran los posibles impactos de su instalación. Muy rápidamente se expande un movimiento que nace con el Grupo Antinuclear de Xalapa, Ver., y que para principios de 1987 cuenta ya con unos 30 grupos locales antinucleares, a lo largo de todos los poblados importantes del centro del Estado de Veracruz. Participan en ellos estudiantes, amas de casa, ganaderos, campesinos, e intelectuales urbanos. Aun la Iglesia Católica apoya el movimiento. Para 1988, una gran variedad de organizaciones locales y «ecologistas» y civiles nacionales constituyen la Coordinadora Nacional contra Laguna Verde (CONCLAVE); el movimiento llega a su punto de máxima movilización. Pero, aun así, el Gobierno mexicano no cede a las presiones, y busca neutralizar, dividir y debilitar al movimiento, lo cual logra parcialmente. El proceso se estanca, y aunque la planta nucleoeléctrica de Laguna Verde empieza a funcionar, el seguimiento «crítico» que pueden dar los grupos veracruzanos y la CONCLAVE a su operación, y a su impacto, seguramente abrirá nuevos capítulos en las luchas ecológico-sociales por venir (Berlín, 1988; Wibo, 1991), sigue como un gran tema en la agenda ecológica de los años noventa.

A mediados de los ochenta, cuando está llegando a su auge el movimiento ecológico-social; y sus expresiones específicamente ecologistas empiezan a tener mayor amplitud social, se empieza a notar con claridad y mucho vigor una respuesta recuperadora por parte del Estado Mexicano, y la extensión aún mayor de los presupuestos disponibles de financiadores internacionales para apoyar el desarrollo «ambientalmente sustentable», pero socialmente aceptable para la continuidad del sistema. No se trata ahora solamente de establecer nuevas leyes o de modificar políticas de manejo de recursos naturales, sino que, en la misma medida el auge de un ecologismo «popular», se busca su recuperación política para mediatizar esa fuerza emergente que pueda cuestionar más profundamente la estructura local de dominación hegemónica, y el papel que la formación social mexicana cumple en el reparto internacional de tareas para el mantenimiento del sistema económico mundial. Es probable que desde los acontecimientos de principios de los años ochenta ya se inicia la estrategia de iniciativas estatales recuperadoras de la emergencia ecologista con posición política popular. Progresivamente el cuerpo gubernamental busca «acercarse» a aquellos grupos civiles que quieren tener un protagonismo negociador, y va configurando una creciente presencia de grupos «ecologistas» muy moderados políticamente, y bastante entusiastas de «apoyar» al gobierno en el establecimiento de nuevas políticas ambientales, aparentemente pactadas con la ciudadanía, pero sin la «interferencia» de fuerzas sociales populares amplias. Es el momento en que empieza a surgir el ecologismo «elegante» y pro-gubernamental, aunque muy ciudadano. En este momento surge la revista ECOLOGIA, POLITICA y CULTURA, como parte de la estrategia del PGE para hacerse presente en ese nuevo espacio de negociación sobre las cuestiones

ambientales, y logra consolidar un bloque social que en su mejor momento agrupa a 48 grupos de diversas partes del país, quienes en 1988 llegarán a firmar un «primer manifiesto» del PGE con sus «Tesis ecologistas en defensa de la nación y por un desarrollo justo, armónico y sustentable» (PGE, 1988). No obstante, en el mismo año de 1988 el PGE se dividió por la acción unilateral de algunos de sus miembros destacados, de avalar en manifiestos públicos que, por razones de protección ambiental del Valle de México, se justificaba la expropiación y expulsión violenta de varios grupos de pobladores humildes en el área montañosa del Ajusco, al Sur del Valle de México, en un paraje denominado «Lomas del Seminario». Tales «ecologistas ciudadanos» que justificaban esa expulsión fueron expulsados a su vez del PGE, y la secuela de ese proceso acabó también con la revista ECOLOGIA.

Tal vez la hazaña mayor del Estado Mexicano fue lograr en 1987 un «Convenio de Concertación» con 34 grupos ecologistas que establecía el apoyo gubernamental a varias iniciativas de los grupos ecologistas comprometidos en diversas acciones de promoción y mejoramiento ambiental (Gómez, 1987). Esto daba una presencia extraordinaria a esos grupos y a las acciones «apoyadas por el gobierno», aunque mistificaba y privilegiaba deliberada y desinformativamente el papel que ese tipo de acciones tenían, en el contexto de luchas sociales más amplias que se daban a niveles locales o regionales en el país, con base social popular (es decir, que manipulaba a los ecologistas concertadores como «la sociedad civil activa en cuestiones ambientales», suprimiendo de la panorámica pública de la problemática ambiental mexicana aquellas demandas más radicales ecológico-sociales que otros grupos sociales hacían). Ese momento de la política ambiental del gobierno marcaba un gran giro sobre las prácticas legalistas mediante las cuales el Estado había intentado resolver —sin la sociedad civil— la problemática ambiental desde los años setenta (ver López Portillo, 1978, y Mumme, 1988). A partir de 1987, y en la realidad política mexicana, después de 1985, cuando la gran emergencia «espontánea» de la sociedad civil en acciones solidarias con los pobladores damnificados por los sismos en las ciudades de México y Guzmán, Jalisco, había cimbrado fuertemente al gobierno, el Estado Mexicano trata de cortar políticamente los esfuerzos de la sociedad civil organizada, en materia de política ambiental, al tiempo que busca con más y más reglamentaciones, arribar a un control del deterioro ambiental. Y se puede decir que ha logrado parcialmente ambos objetivos (ver Kurzinger-Wiemman, Coord. 1990; y Mumme, 1991).

4. LAS LUCHAS ECOLOGICO-SOCIALES DE LOS AÑOS NOVENTA; LA SOCIEDAD CIVIL ENTRE LA AUTONOMIA DEMOCRATIZADORA Y LA RECUPERACION «MODERNIZANTE»

A partir del inicio de actividades del actual régimen presidencial mexicano, en 1988, se acentúa la voluntad política del Estado Mexicano de actualizar en lo jurídico su política ambiental, de modernizar su política económica neoliberal, y de recuperar el control político de las iniciativas de amplios sectores sociales que han ido autonomizando sus opciones de participación en la orientación del desarrollo. En política ambiental, esta actualización representaba una respuesta frente a las luchas local-regionales por defensa de tierras, aguas, calidad de aire, y salud «ambiental» en general, que en el momento presente articulan cada vez más vigorosamente un enfoque de desarrollo socialmente justo y ambientalmente sustentable con el proceso a largo plazo, de defensa ancestral de derechos agrarios, que mantiene en una dinámica permanente de lucha a muchas comunidades campesinas-indígenas por la defensa de sus tierras, o su restitución y legalización.

En el marco que la cercanía de 1992 ha creado, se constituyó el Consejo Continental de celebración de «500 años de resistencia» que ha animado a muchos pueblos indios en la defensa de sus recursos, pero ahora en la perspectiva cultural de resistencia-y-reconstitución étnica de su identidad y de sus derechos sobre tierra, re-

cursos, y orientación de su propio desarrollo. Ahora proliferan vigorosos comités locales de defensa de los recursos acuíferos, como en el lago de Chapala (ver González, Arias et.al, 1990), en el de Pátzcuaro o en el de Xochimilco (ver González, et.al., 1990; Canabal, Coord. 1991; CESE, 1986, y Esteva, 1991); así como comités locales de defensa de ríos y otros recursos marítimos (ver Moguel y Velázquez, 1991; y Murguía y Massa, 1991). Por otro lado, se consolida la defensa comunitaria de bosques y su cultivo sustentable y para beneficio primeramente comunitario (UCIZONI, 1987; Aguilar y Madrid, 1990; Chapela, 1991, y Roldán, 1991); y hay un gran auge de la coordinación ciudadana de esfuerzos en materia de política ambiental, tanto en lo que se refiere a la recopilación de experiencias alternativas de manejo de recursos naturales (Toledo, Carabias et.al., 1989; Leff, Edit. 1990; Leff, Carabias y Batis, 1990), como a las estrategias de conservación (Flores y Gerez, 1988; Camarillo y Rivera, 1990; Rojas, 1990; y Arango y Ogarrio, Eds. 1990) y a la búsqueda de alternativas innovadoras ecológico-sociales (Aguilar, Bozzano et.al., 1989; Maihold y Meza, Eds. 1989; Aguilar y Maihold, Eds, 1990).

Por dar una breve síntesis de las luchas ecológico-sociales del momento presente en México, cabe señalar que hay diversos esfuerzos de organismos ciudadanos independientes (ONGs) constituyendo, entre otros espacios de participación, una RED mexicana de movimientos de agricultura orgánica, filial del IFOAM, con enlaces hacia toda el área centroamericana; y existe ya una Red nacional de expertos y grupos de apoyo a la acción para prevenir y/o erradicar el uso de plaguicidas y agroquímicos tóxicos, la RAPAM; se estan dando también de manera entrelazada entre grupos ecologistas, y otros diversos grupos de la sociedad civil un par de esfuerzos colectivos muy amplios, que han constituido un FORO MEXICANO de organismos ciudadanos frente a la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, y otro espacio de análisis del Impacto del Tratado de Libre Comercio, de los tres países de norteamérica, que ya se ve venir sobre México. Estas REDES ciudadanas funcionan simultáneamente a los movimientos ecológico-sociales que ya se han indicado arriba, y a las actividades ecologistas del MEM, el Partido Ecologista de México, la Federación Conservacionista, el Grupo de los Cien, el PGE y varias redes regionales de grupos ambientalistas, como en los Estados de Michoacán y Veracruz.

Sería difícil enlistar cuántos organismos ciudadanos ambientalistas actúan en México en el momento presente, pero algunos registros que hemos hecho en los años anteriores, nos llevan a suponer la existencia de más de 100 grupos de tipo ambientalista, actuando en México. (Ver Kramer y Cervera, 1987; PDP, 1988; Kurzinger-Wiemman, 1990; Quadri, 1990). Las modalidades de su acción van desde las posiciones declarativistas, cuya preocupación es la de expresar su inquietud y fomentar una conciencia ambiental ciudadana, hasta los grupos de investigación-acción con alto compromiso con la sociedad local, y aquellos que trabajan sobre todo como Consultores en cuestiones puntuales. Y aunque buena parte de ellos mantiene vínculos diversos para su actividad profesional con las instituciones gubernamentales, también se puede sostener que de muchas maneras, bastantes de ellos están presentes en las luchas urbanas y rurales de tipo popular, con dimensiones ambientales relevantes.

También conviene destacar que, en cuanto a sus relaciones internacionales, los grupos mexicanos, a través de muy diversas líneas de comunicación, mantienen buenas y vigorosas relaciones, unos con Fundaciones conservacionistas, otros con agencias apoyadoras del desarrollo rural, el desarrollo urbano-popular, algunas más con grupos solidarios internacionales en materia de salud, alimentación, manejo de recursos naturales, etc. De cierta manera México sirve de espacio de desarrollo experimental de políticas para el desarrollo ambientalmente sustentable de «Reservas de la Biosfera» en zonas de trópico húmedo, y es también espacio de observación privilegiada sobre el rápido acercamiento a la catástrofe ambiental en el medio urano-metropolitano, para investigadores internacionales en materia de desarrollo urbano. Por supuesto, el

efecto directo de esas interacciones y condicionamientos financieros distorsiona la perspectiva de acción ambientalista, pero, también obligadamente, la actualiza, y la pone al filo de las políticas ecológicas que se desarrollan también en otras partes del mundo. Acaso lo que falte es el acto de intervenir a nivel protagónico directo y no como receptores de toda esa influencia.

Frente al proceso de la articulación internacional de esfuerzos que confluirán en la Conferencia de la ONU de 1992, en Brasil, sobre «Medio Ambiente y Desarrollo» (ECO 92), cabe señalar que los grupos activos en la política ambiental han expresado de nuevo la configuración que parece mantenerse desde 1987. Por una parte, se organizan y refuerzan mutuamente grupos con una acción ecológico-social, para los que el proceso de participar en la modificación de la política ambiental de México parte de expresar con claridad la relación entre la problemática ambiental de México con las necesidades sociales que expresan las organizaciones populares, por un lado, y por otro, toman posición aquellos otros grupos que se alinean tácita o explícitamente con la política oficial del gobierno y, frente a la conferencia del 92, no buscan precisamente presionar para que en la conferencia de Brasil se escuchen las demandas amplias de los ciudadanos con más urgencias, desde el punto de vista ambiental, sino su propia conveniencia de participar privilegiadamente en los procesos de la política ambiental que sirven al Estado para actualizar su acción en materia Ecológica. Por ejemplo, Pronatura, A.C., que se hace corresponsable con el Gobierno de ejercer créditos internacionales por varios miles de millones de pesos que se ofrecen en el intercambio de «deuda por ecología», para nada se hace presente en los foros ciudadanos para aportar el punto de vista de la sociedad civil hacia la conferencia ECO 92. En la misma dirección, la FECOMEX, o más precisamente los representantes en ella de la FUNDACION UNIVERSO XXI, que en la Federación cumple un liderazgo básico, adoptan públicamente una posición de legitimar la forma como el Gobierno mexicano actúa en las reuniones preparatorias de ONU para la ECO 92, (aun en contra de varias de las organizaciones miembros de la Federación y sin haberlas consultado) (ver FORO, 1991a).

Es interesante hacer notar que respecto a la misma ECO 92 otro tipo de organismos como el MEM y el PEM tampoco destacan en tomar una posición al lado de intereses populares, sino que se preocupan más por consolidar sus posiciones en los espacios que el propio Estado les va facilitando, aun si eso les obliga a tomar posiciones antipopulares como, en el caso del PEM, de legitimar como «muy satisfactorios» los resultados electorales de agosto de 1991 en México (cuando, por ejemplo, debido a fuertes presiones populares, se ha obligado a dimitir ya a dos candidatos Priístas a gobernador de estado, sedicentemente ganadores de las elecciones, cuyos resultados electorales no convencieron a inmensas mayorías a lo largo del país).

5. ¿HACIA DONDE IR?

Una recuento de algunas de las luchas ecológico-sociales que actualmente se están librando en México puede ayudar a dar una idea de cómo sigue la batalla. La panorámica actual de luchas por buscar alternativas ecológicamente más apropiadas de desarrollo, y más justas desde puntos de vista económicos y culturales tendría que tomar en cuenta al menos, en la actualidad, entre otras, que ya han sido consideradas en los años más recientes (ver Leff, Carabias y Batis, 1990; Aguilar y Meinhoff, 1990; Aguilar, Alatorre y González, 1991), las luchas de:

a) Un amplio conjunto de organizaciones campesinas y asociaciones civiles por impulsar condiciones de agricultura sustentable, mediante estrategias silvoagropecuarias orgánicas (IFOAM-México).

b) Organizaciones de comunidades campesinas cafetaleras que se han organizado en una gran Confederación (La CFNOC) para impulsar mejores condiciones de comercialización directa de café, mediante su producción con estrategias orgánicas,

Una significativa red de organizaciones de comunidades poseedoras de recursos forestales que intercambian intensamente experiencias y buscan, junto con un amplio grupo de organizaciones de apoyo, mejores condiciones de cultivo sustentable de los bosques, en varias regiones del país,

d) El Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas, que agrupa unas 30 comunidades en un área sobre el río Balsas, en la que el Gobierno pretende construir una gran Presa. Ellos se oponen rotundamente al Proyecto, buscando una estrategia alternativa de desarrollo regional, ambientalmente sustentable, que no implique el sacrificio de desterritorializar a más de 40 mil habitantes de esos pueblos,

e) El CONCLAVE y la Red Veracruzana de organizaciones populares contra el mantenimiento en funcionamiento de la Planta Nucleoeléctrica de Laguna Verde, que aglutina en forma activa un amplio conjunto de grupos civiles, ecologistas, y de apoyo de ciudadanos no organizados.

Por supuesto, podríamos seguir añadiendo demandas ambientales a la lista, aparte de estas últimas y de las que ya se han reseñado a lo largo de este documento. Cada organización amplia, como el PGE, o el PEM, y el MEM, así como la FECOMEX, tienen en su propia agenda abultados listados de demandas específicas que sus organismos afiliados esperan que sus respectivas organizaciones les ayuden a resolver. Un recuento más o menos exhaustivo sería inmenso, y revelaría que efectivamente ya hay una gran conciencia de la problemática ambiental, que en México se expresa en formas políticas más o menos efectivas, a través de diversos canales. Evaluar cuántos resultados positivos tenemos de esas luchas podría ser deprimente. Hay pocos logros de los cuales sacar optimismo. Es claro para muchos participantes en esta batalla planetaria que la velocidad del deterioro es mayor que la velocidad de la rehabilitación ambiental, al menos en México. Al respecto solemos contrastar las cifras sobre pérdida de áreas forestales en México, que se expresa en unas 400.000 hectáreas anuales, mientras que la capacidad social para reforestar o regenerar terrenos con nuevas zonas boscosas no va más allá de las 20 a 30.000 hectáreas anuales, haciendo cuentas alegres. Actuar en estas circunstancias es hacerlo un poco a contracorriente, y requiere tener clara conciencia que si bien las micro-experiencias que podamos ir logrando con resultados constructivos y regenerativos no modificarán las tendencias destructivas predominantes en la actualidad, sí generarán también un efecto acumulativo de referencias confiables a las cuales poder voltear cuando las catástrofes ambientales aumenten sus efectos globales.

Sin embargo, haciendo una revisión de unos diez años a la fecha, podemos tranquilamente sostener que el crecimiento de la conciencia ambiental, expresada en la práctica social de búsqueda de alternativas a las formas convencionales de desarrollo y de manejo de los recursos naturales, se ha incrementado probablemente en una proporción de 1 a 10. No tengo datos precisos, pero puedo ver cómo se va configurando un panorama muy rico de aportaciones que ese incremento de las acciones reconstructivas de tipo ecológico-social va dando. Por un lado, este proceso se da como una carrera entre el punto de colapso ambiental, al que podemos llegar antes de dar una respuesta que lo detenga, y nuestra capacidad de organizarnos para revertirlo; y por el otro lado, el político, se expresa como una carrera contra el tiempo entre la capacidad de los poderes dominatorios en turno para recuperar y funcionalizar una nueva retórica de dominación que incorpore la dimensión de sustentabilidad ambiental a un nuevo modelo de manejo del mundo, y la capacidad civil y plural, de la sociedad humana para revertir el proceso de degradación de la vida que conlleva la modernización de la dominación, a través de la generación de condiciones de desarrollo auto-controlada mediante instituciones de forma y escala humana, que favorezcan no sólo la sustentabilidad ambiental del desarrollo, hacia el futuro, sino que garanticen que la forma de salvaguardar ese desarrollo

más sustentable resida en las manos de cada comunidad y cada sociedad local, articuladas con la sociedad global en forma respetuosa y equitativa.

Creo que la batalla ecológica y social, por un futuro más sustentable y más de todos es ya, y será más significativamente, en el futuro próximo, un espacio político trascendente para ésta y las siguientes generaciones. Creo que ese proceso está cambiando nuestra percepción del mundo, y acaso nos ayude a transformarlo realmente en forma más humana y más armoniosa con el resto de las formas del universo.

BIBLIOGRAFIA

AGUILAR, Jasmín, Madrid, Sergio, et al. 1990. *Memoria: Segundo taller de análisis de experiencias forestales.* Ed. ERA-SAED Programa Pasos, FPH. México.

ALATORRE, Gerardo y GONZALEZ, A., 1991. «La cooperación Norte-Sur ante la problemática ambiental en América Latina.» Ms. Ponencia al Encuentro Norte-Sur en Cotonou, Africa, apoyado por la Fundación para el Progreso del Hombre. México.

AGUILAR, Margot y GONZALEZ, Alfonso, 1984. «Y si nos ponemos a pensar», (en) *El Gallo Ilustrado.* Semanario 1.154, El Día, 5. VIII.84:16-17, México.

—— BOZZANO, J., et.a., 1989. *El biorregionalismo. una propuesta de vida.* Ed. GEA, México.

—— y MAIHOLD, G., Compils. 1990. *Hacia una cultura ecológica.* Ed. CCYDEL-DDF-FES, México.

ARANGO, Manuel y OGARRIO, R., Eds. 1990. *Desarrollo y Medio ambiente en México: Diagnóstico 1990.* Ed. FES-Fundación Universo XXI, México.

BARTOLOME, MIGUEL y BARABAS, Alicia, 1990. *La presa Cerro de Oro y el ingeniero el Gran Dios.* Ed. INI-CONACULT, México. 2 Tomos.

BERLIN, Thomas, 1988. *Laguna Verde: ¿El próximo desastre?* Ed. Planeta México.

BOOKCHIN, Murray, 1962. *Our Synthetic environment*, Ed. Harper & Row, Rev. Edition 1974 EE.UU.

—— 1968. «Ecología y pensamiento revolucionario (en) *El Anarquismo tras la supresión de la Escasez.* Ed. Kairos. España.

—— 1985. *The Modern crisis.* New Age Publishers, EE.UU.

CAMARILLO, José; y RIVERA, F., Compils. *Areas naturales protegidas en México y especies en extinción.* Ed. ICSE-ENEP iztacala-UNAM, México.

CANABAL, Beatriz, Coord., 1991. *Rescate de Xochimilco: Memoria sobre el Foro sobre el Rescate ecológico de Xochimilco de noviembre,* 1989. Ed. UAM, México.

CARABIAS, Julia y TOLEDO, Víctor Manuel, (Coords.) 1983. *Ecología y recursos naturales: hacia una política ecológica del PSUM.* Ed. del Comité Central del Partido Socialista Unificado de México, México.

CARSON, Rachel, 1962. *Silent Spring.* Ed. Houghton Mifflin, Boston.

CESE, 1986. *Crónica de 50 años de ecología y desarrollo en la región de Patzcuaro.* Ed. Cese, Michoacán.

CNPA-UCEZ, 1983. «Encuentro sobre tenencia de la tierra y recursos naturales». De la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (en enlace con la Unión de Comuneros Emiliano Zapata, de Michoacán) Ed. UAM., México.

CHAPELA, Francisco J., 1991. *Municipio y comunidad; ¿complementareidad o conflicto?* (El caso de la Planeación del manejo del bosque en Santiago Comaltepec, Oaxaca). Ms. ERA, A.C. Oaxaca.

COLE, Lamont C., 1964. «The impending emergence of ecological thought.» (En) *The Subversive Science.* Edit. P. Shepard, y D. Mickinley. Ed. Houghton Mifflin, Boston.

COLECTIVO UTOPICO, 1984. «Planes para el Planeta: Recuento y balance de la jornadas Orwellianas 'En busca de las utopías de nuestro tiempo', (En) *El Gallo Ilustrado,* 1.175, El Dia, 30.XII. 1984, México.

COULOMB, René, et.al., 1991. «Los desafíos medioambientales del poblamiento y la urbanización» MS. (CENVI-HIC-CASA y CIUDAD) Ponencia al Encuentro Internacional del Habitat International Coalition, en México. México.

ESTEVA, Joaquín, 1991. «Naufragio municipal en el lago de Patzcuaro», Ms. Ponencia al Seminario Ecologia, Municipio y Sociedad Civil, organizado por Praxis-Debase-Fund. F. Neuman. (CESE, A.C., Patzcuaro) México.

EWELL, Robert y POLEMAN, Thomas, 1980. *Uxpanapa: desarrollo agrícola en los trópicos mexicanos.* Ed. INIREB, México.

FLORES, Oscar y GEREZ, Patricia, 1988. *Conservación en México: Síntesis sobre vertebrados terrestres, vegetación y uso del suelo.* Ed. INIREB-Conservación Internacional, México.

GARCIA, Miguel Angel, (Resp. de Public.) 1991. «El partido ecologista: Fraude Moral, Ambiental y Electoral», Manifiesto Colectivo, publicado en Rev. *Proceso* No.771/12 Agosto/1991.

GOMEZ S., Arturo, «1987. Convenio grupos ecológicos-autoridades: Atestiguó MMH el Acto y Subrayó la Corresponsabilidad Ciudadana» (En) *El Nacional*, 21 Mayo, 1987:1, México.

GONZALEZ Martínez, Alfonso 1974. «Ecología y totalidad»; Ms. Ponencia al 1er. Congreso Internacional de Ecología en Holanda. México.

—— 1984. «1984 en 1984». (En) *El Gallo Ilustrado*, Semanario. El Día, 1.IV.1984:3-6, México.

—— 1985. «¿Por qué las luchas ecologistas?» (En) Rev. *Comunidad*, 52:15-17 Estocolmo.

—— 1979. *Crisis ecológica-crisis social: Algunas alternativas para México.* Ed. Pax, México.

—— 1986a. «La ola verde se acerca» (En) Rev. *Testimonios*, No. 4:35-39, México.

—— 1986b. *Relación de Sta. María Chimalapa.* Ed. Casa de la Cultura Oaxaqueña, Oaxaca.

—— ACOSTA, Jorge, et.al., 1990. *Plan para la regeneración ecológica y el desarrollo regional de la cuenca hidrológica del lago de Xochimilco.* Edit. Ediciones GEA, A.C. & Fundación Friedrich Ebert.

GONZALEZ, R., ARIAS, M., et.al. *El lago de Chapala y sus pescadores: una experiencia de organización y lucha.* Ed. del Centro de educación de desarrollo de Occidente, Guadalajara.

GRUPO DE VEZELAY, 1988. *Jornadas de Vezelay sobre los riesgos tecnológicos máximos.* Ed. Journées de Vezélay, Francia.

HERNANDEZ Xolocotzi, Efraim, 1977. *Agroecosistemas de México: Memorias del 1er. Simposio.* Ed. UNIV: Autónoma de Chapingo, México.

HUGHES, J. Donald, 1981. *La Ecología de las civilizaciones antiguas.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

KRAMER, Gabriela y CERVERA, Elsa, 1987. *Directorio de Proyectos de generación de tecnología involucrando a los productores agrícolas.* Ed. UACH, México.

KURZINGER-WIEMMAN, Edith, Coord. 1990. *Política ambiental en México: el papel de las organizaciones no gubernamentales. Informe preliminar.* Ed. Instituto Alemán de Desarrollo GEA A.C., México.

LEFF, Enrique, (edit.) 1977. *Ecodesarrollo, Memoria del Primer Simposio.* Ed. Asociación Mexicana de Epistemología, México.

—— CARABIAS, J. y BATIS, Ana, Coords. 1990. *Recursos naturales, técnica y cultura. Estudios y experiencias para un desarrollo alternativo.* Ed. CIIH-UNAM, México.

—— Coord. *Medio ambiente y desarrollo en México.* Dos Vols. Ed. CIIH-UNAM, México.

LOPEZ PORTILLO, Manuel (Comp.), 1982. *El medio ambiente en México: Temas, Problemas y Alternativas.* Ed. FCE, México.

MAIHOLD, Gunther, y MEZA, Leonardo, 1989. *Ecología: motivo de solidaridad.* Ed. FES, México.

MARCUSE, Herbert, 1968. *El fin de la utopía y otros escritos.* Ed. Siglo XXI, México.

MARGALEF, Ramón, 1983. «La ciencia ecológica y los problemas ambientales técnicos, sociales y humanos», (En) *Diez años después de Estocolmo,* Simposio. Pp. 177/220. Ed. CiFCA, Madrid.

MOGUEL, J. y VELAZQUEZ, E. 1991. «Organización social y lucha ecológica en una región del Norte de México (El caso del Comité de defensa y preservación ecológica de Durango)», Ms. Ponencia al XIII Coloquio de Antropología e historia regional organizado por El Colegio de Michoacán. México.

MUMME, Stephen P. et.al., 1988. «Political development and environmental policy in Mexico», (En) *Latin American Research Review*, Vol. XXII, No. 1, EE.UU.

—— Stephen P., 1991. «System maintenance and environmental reform in Mexico», Ms. Ponencia al XIII Coloquio de Antropología e historia regional organizado por el Colegio de Michoacán, México.

MUMFORD, Lewis, 1963. *Technics and civilization.* Ed. Harcourt. Brace, Inc., (1934) New York.

—— 1967. *Technics and Human development* (Tye myth of the machine, Vol. I). Ed. Harcourt, Brace, Jovanovitch, Inc. New York.

—— 1970. *The pentagon of power* (The myth of the machine, Vol. II). Ed. Harcourt, Brace, Jovanovitch, Inc., N.Y. (1964).

MURGUIA, R. y MASSA, B. 1991. «Programa de desarrollo comunitario mediante el manejo integral de los recursos costeros de un área protegida de la Península de Yucatán», Ms.

Ponencia al Seminario «Ecología, Municipio y Sociedad Civil, Organizado por Praxis, Debase y Fund. F. Neuman, México.

ONU-UNEP, 1972. *Declaración de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio humano*. Ed. ONU-United Nations Environment Programme, Estocolmo.

ONU-CMMAD, 1987. *Nuestro futuro común*. Ed. ONU-Alianza Editorial, 1989. España.

ORTIZ, Fernando; FERNANDEZ, I., et.a., 1987. *Tierra profanada: Historia ambiental de México*. Ed. INAH-SEDUE, México.

PDP, 1988. *Sociedad civil y pueblos emergentes; Las Organizaciones autónomas de Promoción Social y Desarrollo*. Ed. ILET/PDP, México.

PGE, 1988. «Tesis ecologistas en defensa de la nación y por un desarrollo justo, armónico y sustentable: Primer Manifiesto del Pacto de Grupos ecologistas» (En) Rev. *Ecología, Política/Cultura* Vol. 2, No. 4:35-77, México.

PRI, 1985. «La defensa del patrimonio ecológico: Manifiesto al pueblo de México» Producido por el Instituto de Estudios Económicos, políticos y sociales del Partido revolucionario Institucional, y publicado (en) *Excelsior, 6*. VI. 1985, México.

QUADRI, Gabriel, 1990. «Una breve crónica del ecologismo en México» (En) Rev. *Ciencias*, 4 julio 1990:56-64. Ed. Fac. Ciencias-Centro de Ecología, UNAM, México.

ROJAS, Rosa, 1990. *En busca del equilibrio perdido: El uso de los recursos naturales en México*. Ed. Univ. de Guadalajara, México.

ROLDAN, Angel, 1991. «Defensa y Conservación de los bosques desde el municipio», Ms. Ponencia al Seminario «Ecología, Municipio y Sociedad Civil», organizado por Praxis, Debase y Fund. F. Neuman. México.

ROSZAK, Theodore, 1985. *Persona/Planeta*. Ed. Kairos, España.

SACHS, Ignacy, 1982. *Ecodesarrollo desarrollo sin destrucción*. Ed. El Colegio de México, México.

TALLER DE EXPERIENCIAS FORESTALES, 1991. *Ecologistas VS campesinos*. (En) Rev. *Pasos*, año III, No. 3:22-27. Ed. Geyser-Era-Fph, México.

TOLEDO, Victor Manuel, 1978. *Uxpanapa - Ecocidio y Capitalismo en el Trópico*, Ed. Nexos, No. 11, México.

—— et al. 1981. «Ecología y desarrollo nuclear - El caso de Patzcuaro» *Uno más Uno*, 26 de abril al 2 de mayo, México, 1981.

—— CARABIAS, J., et.al., 1989. *La producción rural en México: Alternativas ecológicas*. Ed. Fund. Universo XXI, México.

TRUEBA, D. José, 1980. *Ecología para el pueblo*. Ed. Edicol/México, México.

UCIZONI, 1987. *Diagnóstico forestal de la zona norte del Itsmo de Tehuantepec*. Ed. de la Unión de comunidades de la zona norte del Itsmo de Tehuantepec. Oaxaca.

WIBO, Gilbert Raúl, 1991. «Ecologistas y antinucleares en México. 1980-1989 Movimiento y Contramovimiento Social», Tesis del Lic. FCPS-UNAM, México.

Capitalism Nature Socialism

A Journal of Socialist Ecology

The only international theoretical and political journal of socialist ecology– invites you to become a Member.

Members and Sustainers send your tax-exempt donation to:

CNS/CES
P.O. Box 8467
Santa Cruz, CA 95061 USA

Name _____

Addres _____

_____

City, State, ZIP _____

_____

Country _____

Organization or Institution Affiliation

_____

Telephone _____

_____

UNA EXTRAÑA PAREJA: LOS AMBIENTALISTAS Y EL ESTADO EN AMERICA LATINA*

Eduardo Gudynas (*)

INTRODUCCION

El movimiento ambientalista ya lleva, en América Latina, más de 20 años de denuncias, luchas y propuestas. Pero el actual contexto político de América Latina plantea nuevas y más complejas relaciones, hacia otros movimientos sociales, y hacia el Estado. Hoy, el resto de la sociedad ya no considera estos temas como exóticos. Es más, un cambio notable es que los gobiernos latinoamericanos, el menos en sus discursos, expresan la vital importancia de la crisis ecológica del continente. El contexto internacional está firmemente potenciando esta tendencia, que la conferencia de las Naciones Unidas sobre Ambiente y Desarrollo de Río de Janeiro, en 1992, fortalecerá aún más. Así, se está formando una nueva pareja, entre el Estado y los ambientalistas, lo quieran éstos o no, y se están generando nuevos diálogos entre ellos, unas veces conflictivos, pero otras veces consensuales.

El objetivo de este artículo es explorar algunos aspectos de esta extraña pareja en América Latina. En primer lugar se caracteriza al movimiento ambientalista, para poder comprender su heterogeneidad interna. Seguidamente, se da un breve repaso tan sólo de aquellos nuevos aspectos de los Estados Latinoamericanos que parecen ser relevantes al tema ambiental, para finalmente considerar las interacciones que se dan entre estos dos ámbitos.

El presente análisis sigue la perspectiva de la ecología social, que recoge el estudio de las relaciones humano-ambientales desde un punto de vista integral[1]. La mirada que aquí se presenta es esencialmente desde dentro del movimiento ambientalista. Por Estado aquí se manejará un amplio concepto operativo, que abarca al gobierno, y las organizaciones e instituciones en las que éste se apoya de manera más inmediata, que existe en un área geográficamente delimitada, y que mantiene un determinado orden vigente. La caracterización del movimiento ambientalista se hace seguidamente, resumiendo ideas desarrolladas con Graciela Evia[2].

* Este artículo ha resultado del proyecto de investigación en ecología social del ambiente y el desarrollo de CLAES; deseo agradecer los comentarios y críticas de Graciela Evia, Fernanda Rodríguez y Ricardo Rodríguez sobre diversos aspectos de este estudio, y la de los asistentes al 5to Encuentro Latino Americano sobre Sistemas Humano Ambientales (5-7 Diciembre 1991, Rosario, Argentina).

(*) Miembro del Centro Latino Americano de Ecología Social (Casilla Correo 1300, 11700 Montevideo, Uruguay).

[1] Una introducción a la visión latinoamericana de la ecología social se presenta en E. Gudynas, «Ensayo de conceptualización de la ecología social: una visión latinoamericana», *Cuadernos Latinoamericanos Ecología Social*, Montevideo, No. 1, 1988, pp 3-17.

[2] E. Gudynas y G. Evia, «La praxis por la vida. Introducción a las metodologías de la ecología social», CIPFE, CLAES y NORDAN, Montevideo, 1991.

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA

Se ha sostenido que los ambientalistas integran los llamados «nuevos movimientos sociales», junto con otros movimientos como el pacifista y el de los derechos humanos. Estos han cobrado mucha fuerza en América Latina, especialmente desde los años 70. Si bien poseen algunos caracteres similares a los observados en la Europa occidental, no son un fenómeno importado. Por el contrario, en su génesis han actuado factores que no estaban presentes en Europa y su constitución se corresponde a sociedades empobrecidas y subdesarrolladas; de donde resultan más similares a los movimientos que están emergiendo en la Europa del este[3].

En general, los nuevos movimientos sociales son una manifestación ciudadana ante diversas formas de autoritarismo. Los casos más claros se observan con la decadencia de las dictaduras militares latinoamericanas, donde el movimiento ciudadano floreció con diversas iniciativas autónomas, desvinculadas de los partidos políticos tradicionales. El desarrollo de comités barriales, ollas populares, «caceroladas», ocupaciones de tierras y movilizaciones espontáneas, fueron producto de la autoorganización ciudadana. Así, estos movimientos apuntan a generar un nuevo tipo de persona, concibiéndola como protagonista histórica y agente de cambio. Estos movimientos no están interesados en acceder directamente al poder del Estado ni en suplantarlo, pero igualmente son políticos en un nuevo sentido.

EL MOVIMIENTO AMBIENTALISTA LATINOAMERICANO

Como parte inseparable de estos nuevos movimientos sociales, surgieron agrupaciones ciudadanas preocupadas por los graves problemas ambientales que se observan en América Latina. Denominamos a este movimiento como ambientalista, en un sentido amplio. En éste se integra a los ecologistas, conservacionistas, los universitarios con una militancia en estos temas, los agroecólogos, tecnólogos alternativos, antinucleares, etc.

Este movimiento no ha sido un lujo de ricos ni un capricho posmoderno, sino una reacción ante la situación de crisis socioambiental latinoamericana. Al contrario de los posmodernos, los ambientalistas rechazan las visiones ambiguas descreídas en las utopías, centradas más en las formas que en los contenidos.

En el análisis que sigue del movimiento ambientalista, se apunta a la identificación de los valores invocados, los contenidos temáticos expresados, su composición, y las prácticas que se realizan[4].

Los *valores* invocados por el movimiento ambientalista son de contenido universal: armonía del ser humano con la Naturaleza, valorizaciones diversas de los ecosistemas y

[3] Para una caracterización de los nuevos movimientos sociales es útil consultar a A. Gunder Frank y M. Fuentes, «Nine theses on social movements», *IFDA Dossier* 63, 1988, pp 27-44; y para América Latina a R. de la Cruz, «Encuentros y desencuentros con la democracia», *Nueva Sociedad*, 77, 1985, pp 80-88; T. Evers, «Identidades: a face oculta dos movimentos sociais», *Novos Estudos CEBRAP* 2(4), 1984, pp 11-23; y L.A. Restrepo, «Los movimientos sociales, la democracia y el socialismo», pp 13-42, en: *Sociedad civil cultura democrática* (M. Max-Neef y A. Elizalde, Eds.), CEPAUR, Santiago de Chile, 1989.

[4] La distinción de categorías está inspirada en C. Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid, 1988. En la caracterización del movimiento ambientalista latinoamericano son útiles las contribuciones de E. Gudynas, *Etica, ambiente y desarrollo en Latinoamérica*. Apuntes de Ecología, CIPFE, Montevideo. 1989, No. 8; E. Gudynas y G. Evia, «Ambiente, práctica ecológica y participación», *Medio Ambiente*, Lima, No. 44, 1990, pp 32-37; y E. Leff, «Ecologismo y movimientos sociales», *Medio Ambiente*, Lima, No. 43, 1990, pp 17-24; y No. 44, 1990, pp 29-31. También son relevantes aspectos específicos ilustrados en D. Faber, «Imperialism and the crisis of nature in Central America», *Capitalism, Nature, Socialism*, No. 1, 1988, pp 39-45; I. Hedström (Ed.), *La situación ambiental en Centroamérica y el Caribe*, DEI, San José, 1989; J. Reyes R., «Problemática ambiental y participación en la sociedad civil: el caso Mexicano», *Cuadernos Latinoamericanos Ecología Social*, Montevideo, No. 2, 1990, pp 16-21; R. Urbáez, «Movimiento ambiental: mirada crítica al pasado y al presente», *Habitat*, Sto. Domingo, Vol. 5, Nos. 10-11, 1990, pp 20-23.

la vida, y solidaridad con lo que nos rodea. Hay una preocupación ética, y un apego estético, por las plantas, animales, y los elementos inanimados que conforman cualquier ecosistema. Se comparte así una preocupación moral y de justicia, reconociéndose que se enfrentan situaciones que se consideran injustas, y es precisamente esto uno de los motores de su organización y accionar. Se defiende la vida no humana, pero también se invocan valores profundamente humanistas, como los que se refieren a los derechos de las actuales generaciones de mejorar la calidad de sus vidas en un ambiente sano, y una preocupación por los derechos de las generaciones futuras, de que también puedan disfrutar de un planeta que albergue una Naturaleza silvestre.

Ha sido un elemento distintivo del ambientalismo latinoamericano, salvo excepciones, la vinculación entre los problemas sociales y ambientales. En general, los latinoamericanos no han sido conservacionistas a ultranza, y se han destacado por reconocer una dimensión «ecológica» en problemas tales como la pobreza, el subdesarrollo o la dependencia. Más recientemente, están revalorando elementos históricos, referentes, por un lado, a la herencia de las tradiciones indígenas, y por el otro, a los aportes hispano-lusitanos de la conquista.

Los *contenidos temáticos* del movimiento ambientalista se refieren a temas tales como la protección y manejo de recursos naturales y áreas silvestres, situación de algunas especies destacables de plantas o animales, impacto de las actividades humanas en el ambiente, la relación sociedad-ambiente, etc.

En cuanto a sus *actores*, es más que otros movimientos sociales, una manifestación pluriclasista. Una asignación a una clase social determinada no le es aplicable, y en él convergen individuos de las más variadas extracciones. Así, participan empresarios, obreros, campesinos, y particularmente la nueva clase media (por ejemplo, estudiantes, profesionales, empleados públicos, etc.), individuos con relaciones tenues con los sistemas de producción (por ejemplo, participantes de economías informales, sean de los sectores más empobrecidos o no, etc.). Muy especialmente en América Latina, existe una fuerte y reciente vinculación con los sectores populares, los grupos más empobrecidos, organizaciones religiosas, indígenas y minorías, defensores de los derechos humanos, etc. Por ello el componente popular cobra más y más vigor.

Esta diversidad de actores y relaciones explica la heterogeneidad del movimiento. En él se encuentran los conservacionistas estrictos, los interesados en tecnologías apropiadas, agroecología, grupos antinucleares, los «ecologistas», etc. Es posible reconocer dentro de esta diversidad dos tendencias extremas que se describirán seguidamente.

ADMINISTRADORES AMBIENTALES Y CONTRAHEGEMONICOS

Desde el punto de vista de la ecología social parece más apropiado prestar atención a cuáles son los valores que se invocan. Así es posible reconocer dos puntos extremos, entre los cuales se ordenan los grupos: los administradores ambientales y los contrahegemónicos. Algunos están más cerca de un extremo que del otro, y la clasificación que sigue es sobre todo ilustrativa[5].

Por un lado, los administradores ambientales, no cuestionan la ideología de fondo que explica los actuales estilos de desarrollo y organización social, y enfatizan las soluciones técnicas a los problemas ambientales. Por ejemplo, ante los problemas ocasionados por una fábrica, prioriza-

[5] Existen otras clasificaciones, siendo la más conocida la de E.J. Viola, «O movimento ecológico no Brasil (1974-1986): do ambientalismo à ecopolítica», *Kellog Institute International Studies*, Working Paper 93, 1987, quien reconoce ecologistas fundamentalistas, ecologistas realistas, ecocapitalistas y ecosocialistas. Sin embargo, clasificaciones de este tipo realizan un traspaso no crítico de clasificaciones de otros países, especialmente europeos, y fallan en rescatar la originalidad del movimiento latinoamericano. Es muy útil nutrirse de los aportes teóricos de los autores norteamericanos y europeos, pero es necesario hacerlo generando aproximaciones propias de América Latina para su propio movimiento.

rán la discusión técnica de cómo reducir las emisiones contaminantes. No discutirán el papel social que cumple la fábrica. Un ejemplo típico son las grandes organizaciones conservacionistas y las filiales latinoamericanas de organizaciones conservacionistas de los EE.UU., como la Nature Conservancy.

Por otro lado, los contrahegemónicos son otro conjunto, que sí cuestionan los estilos de desarrollo actuales. Ante el mismo problema de la fábrica, estos grupos no sólo tratarán el tema de los niveles de contaminación, sino también la calidad del ambiente que se ofrece a los obreros, evaluarán la sustentabilidad ecológica y social del proceso de producción en el que está inserta la fábrica, etc. Son grupos que ven estrechas relaciones entre los problemas sociales, especialmente aquellos relacionados con la pobreza, y los problemas ambientales. Consecuentemente, apuntan a cambios profundos en la sociedad, con una importante reflexión ética, y con mayor interés en dialogar con otros grupos. Finalmente, son quienes más intensamente revaloran el papel de los proyectos utópicos.

Es un conjunto muy diverso, que incluye algunos centros y asociaciones, y una gran constelación de pequeños grupos de base. Asimismo en su seno se están desarrollando nuevas vinculaciones con otros sectores, o a su vez, reciben a nuevos militantes desde otros orígenes. Un buen ejemplo de este gran dinamismo es el caso de los «seringueiros» de la Amazonia de Brasil, que desde una militancia sindical de defensa de un estilo de vida, han asumido también la defensa del ecosistema indispensable para mantener ese estilo. Un trabajo como el de los seringueiros es ambiental, pero también político, pacifista, sindical, etc.; esto es, una nueva forma integral de aproximarse a la relación entre los seres humanos y de éstos con su ambiente.

Esta perspectiva ambiental se está expandiendo hacia otros movimientos sociales, especialmente entre las organizaciones femeninas, de educación popular, religiosas (asociadas a la teología de la liberación), campesinos, indígenas y los pacifistas y militantes de los derechos humanos.

Finalmente existe un último conjunto, que aquí denominaremos «recién llegados». Estos son otro agrupamiento heterogéneo que en fechas recientes se ha integrado al debate ambiental, pero cuya ubicación y papeles a desempeñar aún son inciertos. Los ejemplos más claros son los grandes centros académicos de investigación privada, que están abriendo proyectos o áreas ambientales (como por ejemplo, IBASE, Brasil; Fundación Mediterránea, Argentina; etc.), y las nuevas organizaciones conformadas por ex-gobernantes o funcionarios públicos.

Más allá de esta diversidad interna existe un marcado sentido de pertenencia: a pesar de las diferencias entre sus componentes, todos se reconocen a sí mismos como integrantes de un único movimiento ambiental, y existe consenso en distinguirse de otros movimientos no ambientalistas.

LA NUEVA POLITICA DE LOS AMBIENTALISTAS

El movimiento ambientalista ostenta una pretensión de legitimación en un doble sentido: sustenta nuevos marcos normativos e institucionales que apuntan a transformaciones que se extiendan a toda la sociedad, y que ésta las asuma como válidas. Pero también espera que sus prácticas también sean consideradas válidas. Todo esto hace que la práctica de los ambientalistas sea política de una nueva manera ya que no pasa por los caminos que transitan los partidos políticos tradicionales latinoamericanos. Asimismo, los objetivos globalizantes de los ambientalistas los diferencian claramente de otros movimientos sociales, con metas más circunscriptas.

Los ambientalistas apelan a un conjunto de prácticas diversas, que van desde la difusión y la divulgación, hasta manifestaciones de protesta, resistencia no-violenta, etc., algunas de ellas sumamente originales. Varias de estas prácticas no están legitimadas en el ámbito público, y no son reconocidas como aceptables por los Estados. Pero en tanto estas prácticas se apoyan en valores que son más o menos compartidos por todas las personas, sí son legitimadas

por la sociedad civil y han generado así un proceso de politización no-institucionalizada. Esta es una nueva dimensión que se intercala entre las esferas de acción que usualmente han sido rotuladas como privadas y públicas. Este nuevo elemento hace que, aunque se cuestione el poder político existente en sus valores e instituciones, el movimiento no está interesado en suplantarlo ni abolirlo, sino en cuestionarlo allí donde produzca injusticias y dominación. Por ello, el movimiento ambientalista es político en un nuevo y más profundo sentido.

Esta situación no impide que muchos integrantes del movimiento tengan su propia y personal adherencia política a algún partido tradicional. Más allá de estas simpatías o militancias personales, hacia el ámbito interno del movimiento ambientalista, no existe identificación compartida con partidos políticos específicos. De la misma manera, los partidos políticos tradicionales no ven en los ambientalistas a interlocutores confiables. Finalmente algunos se han embarcado en «partidos verdes», adentrándose así en el ámbito de los mecanismos políticos tradicionales (esto se analizará más adelante).

En sus prácticas, los ambientalistas subrayan el papel de la participación, en un sentido profundo, como proceso de fortalecimiento de los sectores populares. Apuntan a desarrollar una cultura democrática donde las relaciones de poder político no pasan por la toma del poder estatal ni por su abolición. Pero sí expresan reivindicaciones sectoriales, ejerciendo presión de diversas maneras, con activismos marcados, explicitando así su condición política. Muchos de ellos están asociados a nuevas formas de sobrevivencia: colectiva, comunitaria, a escala micro (barrial, doméstica), lo que implica en diversas medidas nuevas relaciones entre las personas y de éstas con la naturaleza.

Los ambientalistas están avanzado con mucho éxito en extender a toda la población sus preocupaciones, y cada día, sus referentes son más y más las clases populares en tanto mayoritarias en nuestras sociedades latinoamericanas. Juega en esto un papel importante la creciente conciencia pública en temas tales como la enorme diversidad de plantas y animales que alberga Latinoamérica, y la necesidad de protegerlos; los crecientes niveles de contaminación y deterioro de la calidad de vida en las grandes ciudades, etc.

En tanto el movimiento ambientalista es heterogéneo, sus prácticas son también diversas y están dirigidas a varios interlocutores. En este artículo interesan aquellas interacciones en la pareja Estado-ambientalistas, por lo que es imprescindible, como paso siguiente, considerar aspectos destacados del papel del Estado en esta arena.

EVOLUCION DE LA PERCEPCION ESTATAL DE LOS PROBLEMAS AMBIENTALES

En América Latina se han dado algunas etapas destacadas en la percepción que el Estado tiene de la problemática ambiental. En los 70 prevalecía el concepto del «desarrollo a cualquier costo» ecológico. La región era percibida como enorme, con recursos naturales casi inagotables, ecosistemas de amplia capacidad de amortiguación del impacto humano, los problemas de contaminación y extinción no se daban, y que de existir un límite al crecimiento económico, éste no era ecológico. Aun visiones progresistas de esa época, como la teoría de la dependencia, olvidaban la dimensión ambiental[6].

En los 80 comenzó a emerger una tímida preocupación, débilmente articulada. Como ejemplo, desde la CEPAL, se apuntaba a un manejo «racional» de los recursos naturales[7]. A finales de la década hizo ex-

[6] Una explicación detallada de esta visión, hasta el final de la década de los 70, se da en H.C.F. Mansilla, «Metas de desarrollo y problemas ecológicos en América Latina», *Cuadernos Sociedad Venezolana Planificación*, Nos. 150-152, 1981, pp 1-183.

[7] Por ejemplo, en el marco de la CEPAL, es ilustrativo el artículo de M. Wolfe, «Perspectivas del medio ambiente en la palestra política», pp 320-337, en: *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina*, Fondo Cultura Económica, Lecturas, 36, 1980.

plosión el tema; las palabras «desarrollo sustentable» se generalizaron, y en los principales medios de difusión mundiales aparecían reportajes y documentales sobre la Amazonia, la Antártida, etc...

En parte debido a los ambientalistas domésticos, y a la presión internacional durante los 80, todos los Estados latinoamericanos ahora reconocen la relevancia de la dimensión ambiental del desarrollo, al menos en sus discursos. Fernando Collor, el 15 de marzo de 1991, en su mensaje «Brasil: un proyecto de reconstrucción nacional» señalaba que «el crecimiento económico, esencial para poder alcanzar niveles satisfactorios de bienestar social, depende en gran parte del aprovechamiento continuo y sostenido de los recursos que provienen de la naturaleza»

Entre los más recientes aportes de la clase política está el informe sobre ambiente y desarrollo en América Latina, «Nuestra Propia Agenda», patrocinado por el Banco Interamericano de Desarrollo y el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo, donde se redimensiona la relación crecimiento económico-desarrollo sustentable-conservación[8].

El problema de fondo, según los políticos latinoamericanos, es que ese aprovechamiento de los recursos naturales se haga, por un lado, sin destruir, y por el otro, sus beneficios sean distribuidos más equitativamente. Junto al tema de la sustentabilidad ambiental se asocia en América Latina el de la equidad. La Comisión Económica para América Latina, recogiendo y apoyando a los gobiernos, planteó en 1990, como el desafío para esta última década del siglo la «transformación productiva con equidad», reconociendo la necesidad del crecimiento económico, apoyado en un progreso técnico, y en una competitividad sistémica. Meses más tarde, en 1991, la CEPAL presentaba una nueva propuesta revisada; de un «desarrollo sustentable» como transformación productiva con equidad reconociendo que «el capital natural» no es infinito. Esta propuesta sigue a la anterior, advirtiendo que no debe caerse en exageraciones ya que el desarrollo no sólo depende de sus dimensiones ambientales, y apuntando a la necesidad de metodologías para considerar ese capital natural[9].

Este reconocimiento de la importancia del tema ambiental se da en un contexto neoliberal en América Latina. En ella la normativa esencial es una vuelta al mercado como escenario privilegiado de las relaciones entre los individuos. Es una postura reduccionista, donde el mercado se iguala con la libertad, de donde si el Estado interviene en el mercado, la libertad está amenazada. Por ello, en un pragmatismo simple, sólo un Estado pequeño puede asegurar la mayor libertad. Existe un apego por la propiedad privada, y un énfasis en la actitud personal hacia el trabajo y la familia. Esto se acompaña por la confiabilidad en un tipo particular de ciencia que alimenta el progreso económico, el que a su vez, fatalmente desencadenará el progreso social, cultural y político de nuestras sociedades[10].

El Estado se reduce, abandonando secto-

[8] Es paradojal que este informe tenga un título que hace referencia a una agenda compartida por toda América Latina, en tanto en su elaboración no existieron instancias participativas ni discusiones con las organizaciones no gubernamentales; fue llevado a adelante por organizaciones que no son netamente latinoamericanas; y los integrantes de la comisión, salvo excepciones, son políticos y ex-gobernantes y no ambientalistas; Comisión Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe, *Nuestra propia Agenda*, BID-PNUD, Washington, 1990.

[9] CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, CEPAL, Santiago de Chile, 1990; CEPAL, *El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente*, CEPAL, Santiago de Chile, 1991; antecedentes se pueden encontrar en obras como CEPAL-ILPES-PNUMA, *La dimensión ambiental en la planificación del desarrollo*, GEL, Buenos Aires, 1986.

[10] Diversos aspectos del nuevo Estado neoliberal latinoamericano se ilustran en BID, *Progreso económico y social en América Latina. Informe 1990*, BID, Washington, 1990; CORDES (Ed.), *Los nuevos límites del Estado*, CORDES, Quito, 1990; N. Cunill y J. Martin, *Relación gobierno central-empresas públicas en América Latina*, ILPES-CLAD, Caracas, 1988; R. Franco, «Estructura y funcionamiento del Estado en América Latina a fines de los ochenta», *Revista Paraguaya Sociología*, Vol. 25, No. 72, 1988, pp 7-33; A. Foxley, *Experimentos neoliberales en América Latina*, Fondo Cultura Económica, México, 1988; S.H. Hanke, *Privatización y desarrollo*, CINDE, México, 1989;

res; como la salud, la previsión social, energía, telecomunicaciones, etc. La descentralización estatal es en realidad una reprivatización de conflictos que el Estado no puede, no quiere, o le es muy costoso manejar (en términos de recursos financieros, humanos o de conflictividad social).

Las personas se sienten hoy desvinculadas del Estado. El ideal democrático se está reduciendo a periódicos actos plebiscitarios para elegir los equipos de políticos. Sin embargo los equipos de técnicos no son recambiados, y de todas maneras, los caminos propuestos por ellos son similares. La burocracia y la tecnocracia parecen manejar en los hechos el devenir de los gobiernos, y su rigidez las aleja del sentir cotidiano. Los rótulos políticos pierden sus significados clásicos, la gente ya no logra diferenciar entre un extremo y otro, y el rótulo liberal se abre como un paraguas que todo lo cubre. Esto produce un desconcierto generalizado en América Latina, donde derecha e izquierda políticas se confunden a la hora de las medidas concretas, y se fomenta así un desencanto político, donde la brecha con los movimientos sociales aumenta[11].

Se puede concluir que se está generando en la región el embrión de una política ambiental neoliberal. No es el caso examinar ahora sus semejanzas o diferencias con las políticas hoy existentes en los países industrializados, pero sí subrayar los aspectos más llamativos de lo que sucede en América Latina.

LAS CONTRADICCIONES DE LA POLITICA AMBIENTAL DEL ESTADO

Las secciones anteriores señalan tres hechos importantes para comprender las actuales interacciones entre ambientalistas y el Estado. Por un lado, el Estado hoy reconoce el tema ambiental como de gran importancia; en segundo lugar, esto no implica que renuncien al crecimiento económico; y en tercer lugar, esto se da en un contexto neoliberal. Examinaremos seguidamente otros aspectos que se derivan de esa situación.

Expansión de la regulación institucionalizada

La crítica ambientalista siempre ha sido un flanco débil de los gobiernos. Aquellos han sido muy efectivos en demostrar la inefectividad y desinterés del Estado por los temas ambientales, y el apego por patrones de crecimiento económico antes que por la conservación de recursos naturales. En muchos países el primer contaminante y explotador del ambiente es el Estado, especialmente por sus empresas públicas.

Asimismo, el Estado debe interaccionar con un movimiento ambientalista hoy mucho más organizado. Las ONGs son en muchos casos tan poderosas como algunas divisiones estatales, son más eficientes en el manejo del dinero, no están atadas por relaciones de dependencia política, y su nivel científico es elevado. En suma, poseen una autoridad y un poder en aumento que erosiona la autoridad del Estado, y en muchos casos su propia base legitimante de sustentación. Por ejemplo, cuando se critica al Estado por su incapacidad de evaluar las repercusiones ambientales de una represa, se cuestiona no sólo su capacidad técnica, sino también su incapacidad de velar adecuadamente por un bien común.

La respuesta del Estado ante esta erosión ha sido por un lado frenar esas críticas con respuestas puntuales. Pero lo más interesante es el nuevo sesgo, donde el Estado genera las reglas para que se realice esa discusión de manera de controlar. Un ámbito que era de política no institucionalizada está ahora superpuesto con otro de política institucionalizada que está siendo

---

F.J. Hinkelammert, *Democracia y totalitarismo*, DEI, San José, 1987; B. Kliksberg, «La reforma administrativa en América Latina. Una revisión del marco conceptual», pp 459-492, en *La teoría de la burocracia estatal* (O. Oszlak, Ed.), Paidós, Buenos Aires, 1984.

[11] R.P. Guimaraes, «Desarrollo con equidad. ¿Un nuevo cuento de hadas para los años 90?», *Revista Interamericana Planificación*, Vol. 23, No. 90, 1990, pp 7-76.

empujado desde los gobiernos y los partidos políticos tradicionales.

La lucha clave no reside aquí en discutir si se debe eliminar tal o cual foco de contaminación, sino en las reglas por las cuales se van a discutir éstos y todos los demás temas ambientales. El Estado, como árbitro primero, delimitará qué temas son de esa discusión, cuáles no, y los mecanismos para discutirlos. Así se están generando diversas leyes de evaluación de impacto ambiental, leyes del ambiente, códigos ambientales, etc. El Estado mismo está muchas veces más interesado en la sanción de una ley o código que en su implementación (como por ejemplo, la sanción del Código del Ambiente en el Perú, que enfrenta problemas de implementación).

En nuestros países el Estado se expande, institucionalizando lo que antes era casi exclusivamente una forma de acción política no-institucionalizada de los ambientalistas. El proceso se potencia por la presión y exigencias externas (los países industrializados, los bancos de desarrollo multilaterales, agencias, etc.), y por la presión interna que existe en cada país (el propio movimiento ambientalistas, la prensa, etc.). El resultado que hoy se insinúa es que los recursos naturales son ingresados al ámbito de la política pública institucionalizada. Es obvio que aquí participan muchos actores con muy diversos objetivos y posturas de cómo debería ser la relación de las personas con la Naturaleza.

Privatización de las políticas ambientales

Aunque sí existe esa expansión institucionalizada, alentada desde el Estado, esta tendencia coexiste con otra de privatizar gran parte de las políticas ambientales. En primera instancia esto puede resultar una interesante contradicción: por un lado, el Estado intenta expandirse para manejar el tema ambiental, pero por el otro, también intenta retraerse del manejo de ese tema. Esta contradicción expresa un mismo proceso.

En efecto, el objetivo de la expansión del Estado no es tener bajo su responsabilidad (manteniendo, administrando, subvencionando, etc.) todo lo relativo al ambiente, sino que se expande para dar reglas de juego. Esto es, que lo que estaba afuera de las reglas del juego político sea ahora reenmarcado y re-construido con «nuevas» reglas. Así los ministerios ambientales, las secretarías del ambiente, etc., se erigen como organismos de discusión política, en muchos casos cumpliendo actividades esencialmente administrativas que sirven a requisitos externos (por ejemplo, los del Banco Mundial, BID, EEC, etc.) o en la implementación de esas reglas (por ejemplo, encaminando evaluaciones de impacto ambiental, terciar entre las protestas populares ante la contaminación y las industrias contaminantes, etc.).

Estas «nuevas» reglas no son realmente nuevas, sino que son las viejas políticas estatales adaptadas y re-elaboradas para abarcar lo ambiental. De hecho, este conjunto de reglas responde a una misma lógica que está legitimando y reforzando aún más la lógica en que todas ellas se apoyan. El mercado libre, la libre competencia, el individualismo, etc., salen así más triunfantes y fortalecidos ya que se demuestra una vez más su infalibilidad: aquello que había dejado afuera, el ambiente, ahora puede ser ingresado con efectividad.

La retracción del Estado se observa en toda América Latina, privatizando algunos aspectos del control de contaminación, recurriendo a canjes de deuda externa por naturaleza administrados por ONGs, privatización de parques nacionales, uso productivo de los parques nacionales (permisos para extracción de hidrocarburos, maderas, etc.).

El nuevo conservacionismo

Otra de las consecuencias más llamativas de este proceso es la generación de una «nueva» política conservacionista. La vieja política conservacionista fue casi siempre crítica y contestataria del Estado y sus estilos de desarrollo. Los «viejos» objetivos eran proteger algunas especies en peligro de extinción, y por añadidura, proteger los recursos naturales como parte del patrimonio de la nación, y así mantener la diversidad de la vida

Como parte de la creciente heterogeneidad del discurso ambientalista, se genera una «nueva conservación» que no niega los objetivos de su predecesora, pero agrega nuevos elementos, y los énfasis están en estos últimos. Los recursos naturales son concebidos con valores potenciales (económicos, científicos, etc.), y por lo tanto un manejo adecuado de los recursos naturales es esencial para mantener en funcionamiento los actuales procesos de producción. El punto extremo de esta visión es que, en realidad, la conservación es también sujeto de la economía, no la tradicional, porque ha sido incapaz de considerarlos, sino de una nueva economía que ha internalizado todas las externalidades. Sus temas predilectos son la biodiversidad, una nueva visión sobre las áreas silvestres protegidas, la biotecnología y las agroindustrias, y los temas ambientales globales.

Aquí se cierra el círculo, ya que en tanto los recursos naturales son recursos económicos, el Estado debe necesariamente dar las reglas para regular su apropiación y uso. Un ejemplo destacado es que hoy se habla de los Parques Nacionales como «bancos de genes» (es extremadamente llamativo como ha ingresado la palabra «banco» al vocabulario conservacionista). Políticas de este tipo se alientan, en forma conjunta, por instituciones de financiamiento multilateral (como el Banco Mundial) y organizaciones ambientalistas (como el WWF)[12]. En tanto un área protegida es «banco» de material silvestre, el bienestar de las comunidades locales queda en segundo plano e incluso la presencia humana puede ser perjudicial por su potencial de «interferir» con los procesos ecológicos[13]. Los genes se han convertido en mercadería, y son comercializados (discutiéndose actualmente el manejo de patentes sobre ellos en el GATT). Se está desarrollando una nueva contabilidad que ingresa lo ambiental (refiriéndose al «capital natural», la contabilidad nacional ambiental, el PBI ambiental, etc.); en este campo la Comisión Económica para América Latina está avanzando rápidamente[14].

Igualmente la política ambientalista está al servicio del crecimiento económico. El propio informe Brundtland encerraba este fantasma, cuando señala que el desarrollo sustentable debe abrir las puertas a un nuevo período de crecimiento económico. Así, los gobiernos han encontrado la manera de invocar un desarrollo sustentable «armonioso con la Naturaleza», sin abandonar su apego por el crecimiento económico. Muchos científicos apoyan esto calurosamente, y consideran que las nuevas tecnologías de punta (especialmente cibernética y biotecnología) abrirán las puertas a una nueva era de desarrollo económico de América Latina (sin reparar en las consecuencias de la biotecnología en el ambiente y en los pequeños agricultores). La propia contrapartida latinoamericana del Informe Brundtland, «Nuestra propia Agenda», recoge ese apego por la expansión, sólo advirtiendo que ésta debe generar bienestar para todos[15].

[12] El ejemplo más destacado de esta empresa conjunta es el manual sobre conservación de biodiversidad que recientemente editaron cinco organizaciones financieras y conservacionistas; J. A. McNeely y colaboradores, *Conserving the world's biological diversity*, World Bank, World Resources Institute, IUCN, Conservation International, WWF, Washington, 1990. El ejemplo más extremo de la nueva «política ambiental de mercado», en el hemisferio Norte, es T.L. Anderson y D.R. Leal, *Free market environmentalism*, Westview Press, Boulder, 1991.

[13] Un ejemplo de esto son dos áreas protegidas en México, en Baja California y Michoacán, dedicadas a la conservación de la ballena gris y la mariposa monarca, visitadas por muchos turistas adinerados mientras la población local es extramadamente pobre; otro tanto sucede en algunas áreas silvestres de Costa Rica en manos de organizaciones conservacionistas de los EE.UU., donde contrastan la «atmósfera» anglosajona de la reserva con los campesinos pobres de las regiones cercanas. El primer caso se ilustra en detalle en D. Barkin, «State control of the environment: politics and degradation in Mexico», *Capitalism, Nature, Socialism*, Vol. 2, No. 1, 1991, pp 86-108.

[14] CEPAL, *Inventarios y cuentas del patrimonio natural en América Latina y el Caribe*, CEPAL, Santiago de Chile, 1991.

[15] El apego por el crecimiento económico, los remanentes de la aspiración a la industrialización, y vestigios de los viejos modelos, son presentados por todos los gobernantes latinoamericanos, aunque con nuevas palabras. Asimismo, los técnicos en los que és-

Otro aspecto que no puede descuidarse es el contexto internacional con que se enfrentan los gobiernos latinoamericanos. El tema ambiental es ahora considerado como un tema *global*, que potencialmente puede afectar a toda la humanidad, a cualquier país.

Los países desarrollados hoy ejercen una política ambiental que puede llegar a presionar duramente a los países latinoamericanos. Esto se hace especialmente por condiciones y limitaciones a los préstamos y ayudas financieras; incentivos para la reorientación productiva hacia determinados productos; la implantación de áreas silvestres protegidas, especialmente aquellas relacionadas con centros de alta diversidad biológica; etc. Estas y otras medidas merecen una mirada crítica. La mayoría de los programas orientados al desarrollo evitan ir al origen real de estos males, como por ejemplo en las relaciones de comercio internacional que fuerzan a la extracción masiva de recursos; el tema de la deuda externa latinoamericana; etc. Por otro lado, las políticas de conservación, como por ejemplo las de parques nacionales, en los hechos han sido ineficaces para mejorar la situación de las poblaciones rurales, e incluso se han originado diversos conflictos con las comunidades indígenas. Muchos parques nacionales parecen más bien bancos de genes salvajes que son ahora muy necesitados por los cultivos de los países industrializados.

El mismo concepto de «problema global» tiene una dimensión de radicalidad excluyente. Todos los problemas regionales latinoamericanos quedan en un segundo plano, por detrás de los problemas globales. Los recursos escasos que poseemos y la ayuda de las agencias internacionales, deberían ser dirigidos, a juicio de varios voceros del Norte, a la solución de esos problemas globales.

Pero los políticos latinoamericanos también deben tomar cabal conciencia de que los problemas globales se articulan con los regionales. En muchos de nuestros países, los políticos qué se dicen ambientalistas, siempre están dispuestos a hablar de la capa de ozono o el efecto invernadero, pero se resisten a juzgar la contaminación de las grandes fábricas de sus ciudades. El primer tema no implica asumir responsabilidades, y es ciertamente elusivo; el segundo, por el contrario, exige de pronunciamientos claros, sea hacia los dueños de una fábrica contaminante o las comunidades que sufren de sus emisiones. Es hora de que los políticos latinoamericanos también tomen en serio los problemas ambientales de sus países.

Debemos reconocer que la mayoría de los gobiernos de América Latina han hecho poco o nada para proteger el entorno natural. Pero es también cierto que con esas excusas, gobiernos y agencias del Norte han intentado, groseramente, entrometerse en los asuntos soberanos de los países latinoamericanos. Y los del Sur, escudados a su vez en el concepto de soberanía, han promovido proyectos de desarrollo que han resultado, algunos en catástrofes, y los más han sido ineficaces en solucionar los graves problemas de pobreza del continente[16].

---

tos se apoyan, siguen esas mismas ideas (basta ver los documentos del BID y CEPAL citados antes), mientras que los que promovieron las teorías latinoamericanas del desarrollo en los 60 y 70, siguen teniendo enormes dificultades para incluir la dimensión ambiental en el destino futuro de la región; una prueba elocuente de esto último son los artículos en E. Faletto y G. Martner, *Repensar el futuro. Estilos de desarrollo*, Nueva Sociedad, Caracas, 1986.

[16] Los ambientalistas latinoamericanos apenas están asomando a esta problemática, con posiciones todavía iniciales; veáse por ejemplo E.J. Viola y H.R. Leis, «Desordem global da biosfera e a nova ordem internacional: o papel organizador do ecologismo», pp 23-50, en *Ecología e política mundial* (H.R. Leis, Ed.), FASE-Vozes, AIRI, Río de Janeiro, 1991; el estudio de M.P. García y D. Kunckel, «Hacia un desarrollo sostenible: el dilema industria-ambiente de la Guayana Venezolana», *Revista Interamericana Planificación*, Vol. 24, No. 94, 1991, pp 99-107, muestra claramente las diferentes «visiones» sobre el uso de los recursos naturales en un plan de desarrollo en un país latinoamericano, si es comparado con uno industrializado.

LOS NUEVOS DIALOGOS DE LA PAREJA AMBIENTALISTAS-ESTADO

La pareja ambientalistas-Estado es una «extraña pareja» por varios motivos. En primer lugar ésta es una relación plural, ya que por un lado, el movimiento ambientalista es muy heterogéneo internamente, y por el otro, el Estado también lo es, aunque de otra manera, y con otros objetivos y potencialidades. Los diálogos se pueden establecer entre muy distintos componentes de estos dos conjuntos, lo que se expresa por diversos temas ambientales, que se discuten simultáneamente, a veces en forma contradictoria. Además ésta es una pareja por necesidad, y no necesariamente por voluntad propia. El Estado no ha tenido otra opción que iniciar esta relación.

Seguidamente se consideran algunos aspectos de los nuevos diálogos que se están realizando sobre los temas ambientales.

El camino de los «Partidos verdes»

Dentro de esta diversidad, varios ambientalistas han intentado un camino dentro la esfera de la política tradicional, asociada al Estado, conformando «partidos verdes». Muchos de éstos han tenido una muy corta vida, y se están disgregando, mientras que se crean corrientes de opinión «verdes» dentro de los partidos tradicionales de cada país. Asimismo, las posturas políticas dentro de los ambientalistas latinoamericanos son divergentes[17]. Por otro lado, las nuevas agencias y ministerios ambientales creados por los gobiernos latinoamericanos, están la mayor parte de las veces integrados por personas cercanas a las posturas de los «administradores ambientales», donde las soluciones técnicas, desarticuladas, y a corto plazo, son las preferidas. Los partidos verdes no han logrado crecer en América Latina[18].

El verdeo de los partidos tradicionales

Muchos políticos tradicionales tienen una visión sesgada del movimiento ambientalista, en parte debido a sus experiencias pasadas con los contrahegemónicos. Los consideran intolerantes, y se da la paradoja de que los partidos de derecha los tildan de izquierdistas, y los de izquierda de apáticos políticos o «revolucionarios de café».

Es paradojal que la izquierda latinoamericana siga sin entender al movimiento ambientalista. Este no tiene una estructura de clase, no habla en nombre de una clase. Además plantea para la izquierda un nuevo reto que aún no ha asumido. El movimiento ambientalista pone sobre el tapete los valores invocados de cómo funciona y se estructura la sociedad, y todo lo que deriva de esas dos cuestiones fundamentales. En los últimos años, la izquierda en América Latina ha estado tan obsesionada con dar una imagen de gobernabilidad que ha quedado atrapada en cuestiones de instrumentación técnica de políticas que a la hora de su aplicación se parecen a la de quienes han estado en el centro de sus críticas.

A pesar de todo esto, los partidos políticos latinoamericanos están utilizando el tema ambiental en sus discursos y programas, la mayor parte de las veces en forma superficial y sin llegar a concebir soluciones de fondo. Incluso, es uno de los temas usados para atacarse unos a otros.

Las interacciones entre ONGs y el Estado

El diálogo entre las organizaciones vinculadas al Estado (burócratas, técnicos, políticos de los partidos tradicionales, etc.) y los ambientalistas, tienen muy diversas características, en atención a la diversidad de ambos. Consideraremos algunos ejemplos destacables.

Los administradores ambientales, han

[17] Es útil comparar las opiniones en los estudios que presentan T. Guerra (Ed.), *Ecología y política en América Latina*, CEDAL, San José, 1984, y J.A. Padua, (Ed.), 1987. *Ecología e política no Brasil*, Espaço e Tempo - IUPERJ, Río de Janeiro, 1987.

[18] Es muy ilustrativo el testimonio de A. Bonilla, «Los verdes de Costa Rica», *Medio Ambiente*, Lima, No. 40, 1989, pp 23-25.

establecido con mayor facilidad diálogos con los gobiernos. Esto se ve favorecido por el proceso de que ex-políticos, y ex-altos funcionarios, han fundado sus propias ONGs, y en ellas abordan los temas ambientales. Así los ámbitos gubernamental y no-gubernamental se tienden a confundir.

Las relaciones del Estado con los grupos contrahegemónicos, son más conflictivas. Estos mantienen y alientan diversas manifestaciones de protesta, veto, etc. Su poder de negociación con el Estado es limitado, por varios motivos: por un autolímite en tanto están atados a valores que el Estado aún no comparte, tampoco tienen nada que dar a cambio, y no poseen una organización centralizada.

En efecto, los ambientalistas radicales apuntan a la propia base ética de legitimación del Estado, y así desarrollan una crítica demoledora, contra el mercado, el dinero, las instituciones que éstos generan, etc. La extendida crisis de pobreza, y la inefectividad de los gobiernos recientes, abonan esas críticas.

LA DIMENSION PERSONAL

Los nuevos diálogos tienen un componente personal e individual que es muchas veces pasado por alto. Sin embargo deben resaltarse hechos como que un dirigente campesino o aborigen de un país latinoamericano se encuentre con el ministro de economía de su país en los corredores del Banco Mundial. He visto a más de un alto gobernante latinoamericano desconcertado por esto. He presenciado como uno de los vicepresidentes del Banco Mundial explicaba las políticas de desarrollo y sus repercusiones ambientales en Brasil, y de manera imprevista, los representantes de las ONGs brasileñas desmentían esas afirmaciones con fotos en sus manos. Los políticos, antes inmunes en esas reuniones internacionales, ahora aparecen con un aire desprotegido.

LA RELACION FUTURA: DIALOGO, DISENSO, CONSENSO

Todo parece indicar que la pareja ambientalistas-Estado se mantendrá y que sus interacciones cobrarán más intensidad, que incluso podrán llegar a actuar en forma conjunta en aquellos puntos consensuados, donde es probable que se engendren algunos «hijos» (tales como instituciones híbridas de manejo ambiental). Estas relaciones también están marcadas por profundas tensiones, que apenas ahora están emergiendo. Bajo este panorama, se examinarán algunos aspectos recientes de esta relación en el supuesto que cobrarán relevancia para el futuro de esta pareja.

Un primer punto se refiere al nuevo dimensionamiento del tema ambiental. Existe una tendencia de los gobiernos latinoamericanos de rotularlo como tema de seguridad nacional, dado el contexto de conflictividad interna y las presiones externas[19]. El concepto de seguridad nacional se vuelve a ampliar, y consecuentemente el concepto de soberanía se modifica. Existe aquí el embrión de posibles conflictos internacionales, en tanto los gobiernos del Norte pueden invocar que los desórdenes ecológicos causados en el Sur pueden afectarlos, y por lo tanto se justificarían su intervención en nuestro países. En el mismo sentido va la inclusión de temas ambientales en la regulación del comercio internacional (especialmente el GATT); las discusiones sobre los derechos de propiedad intelectual sobre plantas y animales de América Latina; y las consecuencias de la biotecnología sobre el uso de los recursos naturales, especialmente en la agropecuaria.

Un segundo punto, se refiere a que el discurso ambientalista es actualmente utilizado no sólo por los ambientalistas, sino por una amplia variedad de grupos y organizaciones: gobernantes, empresarios, militares, etc. Muchos de éstos esgrimen palabras más radicales que las de los propios ambientalistas.

De esta manera se está generando un dis-

[19] Un ejemplo de esto es, en Brasil, la reciente reestructura del Conselho Nacional do Medio Ambiente que pasa a mantener una relación de dependencia con la Secretaría de Asuntos Estratégicos.

curso ecocrático, como medio de ejercer poder y autoridad. En este proceso, elementos del discurso ambientalista son apropiados desde otros ámbitos y se los utiliza para justificar una o más normas o instituciones. Se están observando los primeros síntomas de este fenómeno. Lo preocupante es que, dada la diversidad interna del movimiento ambientalista, el Estado no enfrenta muchas dificultades en apropiarse de algunos elementos de ese discurso, especialmente aquellos más conservadores, y justificar así sus políticas actuales. De esta manera los ambientalistas están dando los elementos que, usados en otros contextos, pueden legitimar lo que ellos siempre han combatido. Los gobiernos de América Latina y las agencias internacionales olvidan las incertidumbres científicas, y presentan nuevas propuestas de desarrollo económico con un tenue barniz «ecológicamente sustentable».

Parte de este fenómeno es la generación de un ecomesianismo, entendido como una fe exagerada e injustificada en las ideas ambientalistas, como agentes de cambio que van a salvar a toda la humanidad. El discurso ecocrático da la legitimación frente a la sociedad, y los ecomesiánicos serán los agentes del cambio[20]. Muchas organizaciones asumen así posturas pedagógicas de enseñar, especialmente al Sur, cómo manejar racionalmente sus recursos naturales. De la misma manera, presenciamos la generación incipiente de un corporativismo ambiental que dialoga directamente con los gobiernos excluyendo la participación abierta, cuyo ejemplo más conocido sea posiblemente la generación de políticas ambientales desde el World Resources Institute.

Como tercer punto, es necesario que los ambientalistas generen su propia reflexión, que supere la mera crítica, y brinde opciones de trabajo futuras. Temas como la industrialización, macroeconomía, etc., han sido abordados sólo superficialmente, y es necesario explorar soluciones alternativas.

Como cuarto punto, debe señalarse que aunque la recuperación democrática ha alcanzado a todo el continente, está aumentando el distanciamiento con la política tradicional. Existe una herencia de los regímenes dictatoriales de experiencias reales en la auto-organización de los ciudadanos dentro de los nuevos movimientos sociales, haciendo un hecho la vieja idea de la «ayuda mutua». Estos movimientos sociales, en su mayoría han tenido interacciones ríspidas con los nuevos políticos. Paradojalmente, muchos de los nuevos políticos han nacido en el ámbito de los nuevos movimientos sociales, pero al acceder al ámbito del Estado se han desembarazado de esa herencia, y reproducen prácticas que antes criticaban[21]. Se está generando una ruptura creciente entre Estado y lo que muchas veces se llama «sociedad civil», en tanto esta última no quiere ser una «sociedad política»[22]. El poco éxito de las nuevas democracias, el estancamiento económico, el mantenimiento o empeoramiento de la crisis socioambiental ha llevado a un desencanto político generalizado, y está comenzando a volver la auto-organización solidaria entre los ciudadanos, emergiendo de esta manera cooperativas, asociaciones, «ollas populares», etc.[23]. En este proceso hay una gran riqueza y potencialidad trans-

[20] Este tema está desarrollado en E. Gudynas, «Distorted views of environmental problems and the fallacy of ecomessianism. A Latin American perspective», presentado en la consulta sobre Conflictos en Ecología Global, Essen, Alemania, Junio 26-29, 1991.

[21] Los científicos sociales, politólogos, etc., han tenido dificultades en ver estos hechos, y esencialmente en sus estudios proclaman la importancia de la democracia política, siguiendo diversas escuelas, más allá de que las grandes mayorías no sepan nada de esas escuelas de pensamiento y para nada siguen sus postulados. Por ello ninguna pudo predecir el sostenido avance los nuevos movimientos sociales, el desencanto político, o las eclosiones como el Caracazo, las tomas barriales en Río de Janeiro, o en Buenos Aires y Rosario, la expansión del sector informal, etc. Algunos elementos de esta visión se encuentra ejemplificada en escritos como los de M. dos Santos y D. García Delgado, «Democracia en cuestión y redifinición de la política», *Crítica y Utopía*, No. 8, 1982, pp 53-76; N. Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, FLACSO, Santigo, 1984; J.C. Portantiero, «La democratización del Estado», *Materiales Debate Contemporáneo*, No. 6, 1986, CLAES, Montevideo.

[22] A. Quijano, «Poder y crisis en América Latina», *Páginas*, No. 109, 1991, pp 40-59.

[23] Ejemplos de esto son las experiencias presenta-

formadora de la sociedad.

Finalmente, debe revalorarse el papel de la búsqueda del consenso. En este caso el movimiento ambientalista no debería perder uno de sus atributos más originales como lo ha sido su obsesión por la participación verdadera. Parte del desencanto político en América Latina se debe a que la población ha comprendido que la política tradicional le ofrece un estilo de participación frustada. El ambientalismo debe recuperar una participación profunda. O en palabras más simples, continuemos intentando ser mejores que quienes criticamos.

No puede negarse que las relaciones entre grupos humanos poseen un grado de conflictividad. Pero, en tanto los ambientalistas tienden a concordar que la actual depredación sobre la Naturaleza se debe a una postura de dominio sobre ella, y que esta postura es la misma que explica el dominio de unos hombres sobre otros, ellos no pueden reproducir en su seno situaciones de este tipo. Por el contrario, deben generar una nueva política, que a diferencia de la tradicional, apunte a desmontar la dominación.

Es posible que esto sea difícil de alcanzar. Pero frente al desencanto que existe en el continente, a la repetida frase de ya no hay más esperanzas, el movimiento ambientalista, junto a otros nuevos movimientos sociales, expresan profundos proyectos utópicos: hay alternativas, hay posibilidad de cambio. Esta posibilidad de transformación sólo es posible si cada día, en todos los lugares, se abre las puertas al respeto y la participación de otros, aun los que consideremos los más equivocados. En sociedades cansadas de enfrentamientos, esto, por sí sólo, será un cambio revolucionario.

---

das por A.O. Hirchsman, *El avance en colectividad*, Fondo Cultura Económica, México, 1986; W.J. Moreno, y G.J. Ochoa, «Estado, crisis y autogestión en el Perú durante la administración del APRA», *IFDA Dossier* No. 73, 1989, pp 27-39; A.E. Zambrano, «Las asociaciones de vecinos en Venezuela», IFDA Dossier No. 73, 1989, pp 27-39; específicamente en el tema ambiental un caso particular de diálogo es la Asamblea Ecológica Permanente de Argentina que convoca a políticos, legisladores y ONGs ambintalistas, instalada en 1987.

TEORIA Y PRAXIS DE LA POLITICA VERDE EN EL ESTADO ESPAÑOL

Octavi Piulats*

PROLOGO

Como ya sugiere el título, esta comunicación no es una ponencia de estrategia política en sentido clásico. En un principio estaba destinada a serlo, pero el debate teórico sobre la política alternativa y, por extensión verde, que se ha generado en los últimos meses, nos ha llevado a tratar de fundamentar las pocas propuestas e intuiciones prácticas, sobre un sustrato teórico más o menos elaborado. Por otro lado, somos de la opinión de que cualquier ponencia política que desee ser efectiva y estable, tiene que estar fundamentada en una reflexión ideológica que la sustente; una riqueza estratégica y de praxis, que no se halle basada en una cierta cohesión ideológica y filosófica, difícilmente, por mucha imaginación estratégica que presente, obtendrá en la sociedad un respeto y una resonancia duradera.

Dado el carácter tan amplio de las cuestiones teóricas, la comunicación corría el riesgo de convertirse en un pseudomanifiesto. Por esta razón, hemos optado por no desbordar el marco ideológico-político con análisis históricos o filosóficos, y, por contra, adjuntar a la presente ponencia diversos apéndices en donde se tratan algunos de estos temas.

Los datos, ideas e informaciones de la presente comunicación provienen de la memoria colectiva de toda una serie de gente fuera y dentro de Catalunya, de dentro y fuera de Los Verdes; por nuestra parte nos hemos limitado a ordenarlas y sintetizarlas. A pesar de nuestra buena voluntad, nuestras dificultades han sido muchas; de antemano, pues, pedimos benevolencia con respecto a los déficits y disfunciones que puede mostrar lo que sigue a continuación. En última instancia la comunicación está dedicada a nuestro compañero Jordi Bigas que se encuentra en Irlanda; por ese tremendo esfuerzo personal que puso en la creación de Els Verds de Catalunya.

Octavi Piulats

I. INTRODUCCION

Vivimos en una época en donde los puntos de referencia ideológicos y políticos, antaño tan sólidos, se han soltado de sus amarras y navegan dando extrañas hipérboles. Las imágenes de los aviones alemanes despegando de Berlín rumbo a Moscú, con un cargamento de víveres extraídos de las reservas berlinesas para hacer frente a un bloqueo del ejército soviético son, a este respecto, simbólicas; son el exponente de la inversión de valores de que tanto habló Nietzsche.

* Reproducimos en este número de Ecología Política la primera parte de la Ponencia, la segunda parte: Propuesta Política, aparecerá en el n.º 4.

Sin lugar a dudas el fin del segundo milenio viene marcado, a nivel político, por la crisis de los países de la Europa del Este y por la gravedad de la hipoteca ecológica mundial; elementos que se añaden a la contradicción clásica Norte-Sur y a los antagonismos de mercado dentro del propio neocapitalismo. Ecología y perestroika son pues a nivel mundial los vectores que conducen al siglo XXI; para Europa existe además un tercer factor relevante, nos referimos al resurgimiento del nacionalismo, sobre todo en aquellos países de la órbita hasta ahora socialista.

Por suerte la historia no ha terminado, diga lo que diga el Fukuyama. Lo que está aconteciendo en estos momentos no puede entenderse como una reconciliación de los antagonismos humanos en la idea de un Estado Mundial o Liga de las Naciones que sería la ONU. La caída de los países socialistas y la crisis profunda en la ideología de la izquierda convencional, no puede valorarse como el triunfo final del capitalismo sobre sus enemigos; que el capitalismo ha vencido a la tradición marxista en algunos aspectos económicos y sociales es indudable, pero en ningún momento puede hablarse de triunfo. La pseudovictoria del neocapitalismo, reside en el hecho de que triunfa como Harold de Inglaterra, antes de la catástrofe.

Todos sabemos que el modelo de desarrollo del neocapitalismo no es aplicable a los países del Este ni al Tercer Mundo; si se aplicase significaría la hipoteca final para el planeta; pues bien, esto es precisamente lo que las élites occidentales venden a derecha y a izquierda, que un desarrollo sostenido es compatible con la salud de los habitantes y del planeta. Por lo tanto, mientras que la contradicción entre capital y trabajo, a pesar de que su despotenciación, persiste se ha generado una nueva contradicción entre capital y naturaleza, que es la que actualmente amenaza con más fuerza el futuro histórico.

La ideología verde, por lo tanto, se ha convertido en la última frontera, en el último refugio frente a las fuerzas del discurso capitalista; no es extraño pues que en un futuro próximo se cumplan las intuiciones de Lanza del Vasto, y veamos a lo verde como el Arca de Noé, como un lugar de encuentro de todos aquellos que se oponen al sistema de la megamáquina.

Dado que la ponencia que sigue a continuación es de ámbito estatal, abandonemos el reino de la historia universal y de la filosofía política, para centrarnos en cómo aparecen las contradicciones antes mencionadas en el ámbito del estado español.

El modelo de estado español se parece bastante al de los países de la Comunidad Económica Europea (CEE) en el que se ha inspirado. Por un lado una constitución aparentemente democrática y un estado de derecho, y por otro una élites militares y económicas, que presionando sobre los políticos profesionales dirigen la filosofía del estado hacia sus propios intereses, entregando determinadas dispensas no esenciales al pueblo y al movimiento obrero; todo esto posibilitado por una explotación encubierta de los recursos del Tercer Mundo y una violación sistemática de la propia naturaleza.

En el estado español la contradicción entre capital y trabajo es aún considerable; un tercio de la población vive rayando la miseria; sólo un 20% tiene acceso a vehículos de transporte propios; el pago de una vivienda propia o de alquiler supone una heroicidad para el 80% de las familias españolas, que suele pagarse con el exceso de trabajo y la pérdida de salud; los servicios médico sanitarios suelen provocar más enfermos de los que intentan curar; las entidades bancarias españolas realizan constantemente arbitrariedades en el pago de intereses mientras que sus servicios son los más escasos de Europa; los precios del consumo en nuestro estado son casi iguales que los de Europa Central, y sin embargo los salarios tienen una desproporción de 3 a 1 con respecto a los europeos; la mayoría de las pequeñas explotaciones campesinas españolas no existirán dentro de 10 años; y así sucesivamente.

El partido socialdemócrata, el PSOE, es corresponsable de la radicalización de estas contradicciones sociales; de practicar una política que no conduce precisamente a la superación de contradicciones sino a su mayor virulencia. Los partidos de la oposición a derecha y a izquierda no poseen un dis-

curso que penetre en estos temas, entre otras cosas porque se hallan también imbricados en este capitalismo de estado. Este es el sentido profundo del término «política alternativa». Política alternativa implica practicar, desde el ideario humanista de izquierdas occidental, una crítica a todos aquellos elementos que promueven la insolidaridad y la desigualdad entre los ciudadanos; política alternativa es abrir nuevas vías de crítica y acción, desenmascarando las contradicciones de las democracias neocapitalistas desde la raíz. Esto implica la voluntad de unificar ética y política, y modificar el concepto de política representativa de las democracias occidentales tal como se practica en la Europa de la segunda mitad del siglo XX.

En el estado español, ahora sí, se empieza a percibir con fuerza la contradicción que implica la segunda paradoja entre capital y naturaleza. Hasta hace aproximadamente un año, la ecología todavía era algo secundario en la península. En los últimos tiempos las cosas han empezado a cambiar. Por un lado han aparecido las noticias sobre la gran crisis ecológica de la biosfera, que ha señalizado que el movimiento verde-ecologista tenía razón con sus avisos de Casandra; por otro lado han explotado finalmente las contradicciones de contaminación que se han ido gestando durante las últimas décadas debido a la industrialización salvaje.

La protesta contra los planes de residuos, el cierre de playas, la disminución de la pesca del litoral, y la creciente contaminación del agua son sólo puntas del iceberg de la radicalización de esta contradicción. La sociedad civil española se está dando pues hoy cuenta, de la gran significación que conlleva esta contradicción entre economía y ecología, antaño vista como algo marginal o secundario. Existen signos que algunos movimientos ciudadanos, instituciones, pero sobre todo la misma industria y empresa, están empezando a estudiar esta contradicción antes postergada y empiezan a elaborar un discurso para comprenderla y minimizarla.

Los partidos convencionales en cambio van algo retrasados en esta vía de sensibilizarse por esta contradicción. A la cabeza de esta marcha de tortugas va el PSOE, cuyo principal interés es no exagerar la temática ambiental, y tratar de entorpecer las recomendaciones europeas en este sentido, de forma que la industria española no pierda competitividad en sus costes.

En este marco socio-político, el movimiento político verde en el estado español se halla en un momento a nuestro juicio decisivo.

La combinación del protagonismo de la perestroika y la ecología, que ha desencadenado la moda ecológica en la sociedad española, hace que todo el mundo vuelva sus ojos hacia las frágiles y todavía emergentes asociaciones políticas verdes. Este presente implica graves riesgos y grandes potencialidades para el movimiento verde en el estado español. Riesgos, porque al no estar el movimiento consolidado, tanto partidos convencionales como formaciones extraparlamentarias, pretenden quitar protagonismo al movimiento, y ser ellos los que sean garantes de la contradicción entre capital y ecología; potencialidades, porque si Los Verdes salen de esa situación y se consolidan pueden ser ellos los que no sólo profundicen social y políticamente en esta contradicción, sino que también reflexionen y representen la primera contradicción, entre capital y trabajo, o por lo menos la expliquen mejor que los partidos convencionales.

Es cierto que la existencia de «Los Verdes Ecologistas», secta destructiva de la Comunidad de Silo, ha evitado un triunfo electoral en Los Verdes. Aunque esto sea visto por muchos sectores verdes como una desgracia, somos de la opinión que ha encerrado una gran ventaja, que ha sido preservar el movimiento de una tarea para la que no estaba todavía preparado. Los Verdes pues, viven un instante decisivo; de lo que éstos realicen y puedan hacer en los próximos dos años, tanto en el terreno teórico como práctico, depende el futuro del movimiento en el estado español. Si no se acaba de despegar, si no se consigue incidir en la sociedad , si no existen iniciativas, los días de Los Verdes están contados a pesar de que el futuro sea generoso. De hecho vivimos una situación parecida a Die Grünen alemanes pero a otro nivel; dependiendo de

lo que hagamos en los próximos cuatro años y de cómo se organice nuestro discurso pueden ocurrir acontecimientos decisivos.

1.1. LA IDIOSINCRASIA Y PECULIARIDAD DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES (Y DE LO VERDE) EN EL ESTADO ESPAÑOL

Antes de pasar a reflexionar sobre la política verde en el estado español, es interesante recordar, aunque sea muy sucintamente y sin ninguna pretensión de exhaustividad, las peculiaridades y las raíces del ideario verde en nuestro país.

Es obvio que la ideología Verde en la península, entendida ésta como una síntesis de diversos elementos y principios promulgados y puestos en práctica por algunos antiguos y diversos nuevos movimientos sociales, no nació separada de la ideología que provenía de Europa. Históricamente el inicio de la ideología Verde en el estado español (1), se halla bastante apoyada en el ideario creado por Die Grünen en Alemania Federal a finales de los setenta. Esto implica que los principios básicos verde-europeos de la prioridad ecológica, la acción social como herencia del humanismo de izquierdas, la democracia de base y el pacifismo, más los principios de la descentralización, la antijerarquía, y la solidaridad con las minorías y Tercer Mundo y el feminismo fueron también aquí los pilares ideológicos del nuevo ideario verde.

No obstante, bajo esta primera impresión o apariencia de mimetismo del ideario verde hispano con el europeo, hallamos grandes diferencias que convierten al ideario verde hispano y a todo el contexto de los nuevos movimientos sociales en un caso particular en Europa.

Para empezar, los nuevos movimientos sociales del estado español, muestran notables diferencias con sus homólogos en el Centro y el Norte de Europa. Como punto de partida en el estado español prácticamente no existe una tradición de movimiento «alternativo», si a «alternativo» le asignamos la semántica estricta de lo que se entiende por este vocablo en Europa.

El movimiento alternativo europeo nace como variante de la derrota del 68 en el continente, y sus centros de influencia son Holanda, Italia del Norte, Alemania Federal, Dinamarca , Suiza y Francia. Heredero de la nueva izquierda, el movimiento alternativo, esencialmente urbano, rechaza la estrategia marxista de trabajar en partidos comunistas occidentales y soportar o integrarse mientras tanto en el sistema de vida burgués. Para este fin descubre que lo importante es la revolución personal no la política, y abandona la tarea de la revolución a través de la toma del Estado y el control de los medios de producción.

El movimiento alternativo gira sus ojos hacia el anarquismo ibérico y las ideas de las comunas libertarias, y empieza a crear, gracias a los espacios jurídicos que deja la democracia occidental, todo un espacio urbano liberado a base de una nueva economía. Se crean cooperativas autogestionadas y se neutraliza el capital, colocando la solidaridad y el reparto de acuerdo con las necesidades de las personas como criterio básico. Cooperativas, radios libres, ocupación de casas, tiendas de productos naturales, etc.; en todos estos sectores, pero esencialmente en los de la cultura y comunicación, las ideas alternativas generan toda una izquierda de carácter libertario que consigue vivir aquí y ahora de forma alter, es decir diferente de la vida de consumo burguesa que se impone en Europa.

Dicho movimiento, por razones históricas (España no vive el 68 de forma plena debido a la dictadura franquista), tiene muy escasa tradición en el estado español: a lo sumo existen diversos grupos en el País Vasco, Catalunya, Madrid y Sevilla, muy centrados en los medios alternativos de comunicación que pueden traducirse como movimiento alternativo.

El movimiento ecologista hispano por su parte, también tiene sus particularidades

1) A propósito de una invitación al Festival de Cine Ecológico de Tenerife en 1983, Petra Kelly y Luckas Beckmann visitaron las Islas Canarias e indujeron allí el germen de la política verde.

que lo diferencian del resto de Europa. Por lo que respecta al movimiento conservacionista y proteccionista, su sustrato se apoya en el antiguo movimiento naturalista, pero aquí la defensa de la naturaleza no se halla unida al romanticismo, sino que se halla muy influenciada por el pragmatismo de la mentalidad ibérica con respecto a flora y fauna, con un fuerte componente pagano. Pensemos en el iberismo, propagado por Félix Rodríguez de la Fuente o Joaquín Araújo.

El movimiento ecologista propiamente dicho, si nos referimos a uno de sus pocos documentos programáticos, como la Declaración de Daimiel (2), veremos que en principio tiene un marcado carácter anticapitalista, libertario, o se presenta como el heredero lejano del anarquismo hispano. No obstante, en el sector ecologista, esencialmente el antinuclear, encontramos toda una tradición ecológica cercana ideológicamente al socialismo clásico y al marxismo.

El movimiento antimilitarista tiene una importancia parecida a la que tiene este movimiento en Alemania Federal, es decir muy notable. Por tradición histórica (guerras de Cuba, Marruecos, Guerra Civil, etc.) los diferentes pueblos de España han objetado a su modo contra el servicio militar y el militarismo; dicha tradición ha podido florecer en la etapa de la democracia, siendo avivada por el mismo Nacionalismo. A diferencia sin embargo del antimilitarismo alemán, que tiene raíces bastante religiosas y de reflexión personal, el antimilitarismo hispano se halla basado prioritariamente en una aversión visceral al concepto de ejército y a la lucha contra un orden y unas fuerzas armadas de talante fascista.

El movimiento pacifista, variante cercana al antimilitarismo, ha sido un movimiento peculiar también, en el que podemos distinguir un núcleo pacifista por convicción subjetiva y personal unida a una revolución interior y heredera de movimientos espirituales como el de Lanza del Vasto, y otro núcleo más atraído por el pacifismo por estrategia pero comprometido con él, muy unido a la izquierda extraparlamentaria. El movimiento jugó un papel básico como aglutinante y cabeza de puente contra la entrada en la OTAN, y sólo debido al repentino fin de la guerra fría, puede decirse que su destino como movimiento social se ha complicado. La guerra del Golfo nos ha traído una inesperada revitalización de sus estructuras.

Mientras que en centroeuropa, mujeres más o menos cercanas a posiciones feministas han sido verdaderos puntales del movimiento verde, en el estado español, por motivos históricos, feminismo y movimiento verde prácticamente no han coincidido. Toda la cultura de lo «sanft», de lo «dulce», de las relaciones personales marcadas por lo femenino, incluso en los hombres, está ausente en nuestros nuevos movimientos sociales.

A diferencia de centroeuropa, hasta fecha reciente no ha existido un importante interés por el Tercer y Cuarto Mundo.

Es en los últimos cinco años, cuando vamos encontrando algo más que el Domund, que durante años fue la única noción que había del Cono Sur. Si, por un lado, por motivos históricos ha llevado su tiempo el que organizaciones como Plenty, Survival o Tercer Mundo hayan encontrado sustento y eco en la península, por otra parte su actual orientación, en conexión con el V Centenario, introduce un elemento inédito de crítica que las organizaciones tercer mundistas europeas no poseen; en especial por lo que respecta a Sudamérica.

Sobre estas coincidencias y diferencias, pasamos ahora a esquematizar aquellos movimientos sociales, que en otras latitudes de Europa no se hallan dentro del contexto verde, o si se relacionan con él, lo hacen de forma más lejana y menos inmediata.

En este grupo tenemos que referirnos para empezar al movimiento espiritualista o de vida en comunidad, bastante unido a los grupos de agricultura ecológica, pero no necesariamente. Este nuevo movimiento

2) Recordemos que el texto del manifiesto fue redactado por Josep Vicent Marqués, un claro exponente del ecologismo libertario.

social ha tenido un gran vigor en la década de los setenta y principios de los ochenta y su influencia continúa aún hoy vigente. Se trata de todo un gran grupo de gente, que en los años setenta tomó la opción de emanciparse de la vida consumista y burguesa, o bien con un retorno al campo y un contacto directo con la naturaleza, o bien a través de la vida en comunidades tanto urbanas como campesinas, influenciadas por la filosofía y la religión oriental.

La emancipación de todo este estrato de gente, que pasaba por el *vegetarismo*, el viaje a la India, la práctica del yoga, y las experiencias lúdicas, se basaba esencialmente en el viaje interior de descubrimiento de nuestras posibilidades, y en la despotenciación de los valores clásicos occidentales de competitividad y prestación, por el auge de los valores espirituales. Este movimiento, que en el estado español lindó en algunos con sectas destructivas, pero que en ningún momento tiene que confundirse con ellas, siempre ha formado parte (en el estado español) de un sustrato social relacionado con el ideario verde y cercano a los ideales ecologistas.

El movimiento Nueva Era (New Age), emparentado y sucesor del movimiento espiritualista, que no es otra cosa que la versión espiritualista estadounidense exportada al extranjero; también tiene una importancia respetable en nuestro país. La New Age, cuyo ideario es compartido tanto por algunos ecologistas hasta por muchos ejecutivos de la Ford, continúa desarrollando los tópicos del espiritualismo; sobre todo la palabra central de la New Age es «el crecimiento interior». Es decir, la posibilidad de crecer desde nuestra personalidad, haciendo experiencias personales que nos permitan emanciparnos de los valores cotidianos de la sociedad de consumo y despilfarro, de valores claramente materialistas. Tampoco hemos de dejar en el tintero que uno de los déficits de la New Age, es el olvido o el descuido de las relaciones sociales humanas a nivel de comunidad y estado.

Pero aspectos positivos de este bloque espiritualista, son desde luego los trabajos de este movimiento en filosofía de la ciencia y crítica de la tecnología, y, sobre todo, diversos grupos reunidos en torno a la personalidad de Raimon Panikkar, que con una gran rigurosidad, tratan de rescatar el concepto religioso de lo sagrado, para los nuevos movimientos sociales.

En Centroeuropa el movimiento naturista o Reformbewegung, de marcado carácter anti-industrial, tiene una gran fuerza y prestigio, como antiguo movimiento social que es. A pesar de que también se halla en las raíces del ideario verde alemán, en los países centroeuropeos no se ha producido un acercamiento real entre naturismo e ideología verde. En la tradición teutona, el lastre histórico del Nazismo, que manipuló el concepto de Physis (naturaleza), y condujo a una parte de este concepto a la medicina de exterminio nazi, ha impedido una reflexión en este área.

En el estado español, en cambio, ya históricamente y a través de la obra del médico naturista y anarquista al mismo tiempo Isaak Puente (3), el naturismo, como antiguo movimiento social, ha estado mucho más relacionado con la ecología y los ideales verdes que en otros países europeos, sobre todo si pensamos en Catalunya, País Valenciano e Islas Baleares. El naturismo y todo un amplio abanico de medicinas alternativas, cuya filosofía médica e higiénica, lleva anexa una emancipación clara de toda una serie de hábitos y valores industriales y positivistas, y también burgueses; tienen en la península un gran vigor e importancia social, a través de profesionales de la medicina y la salud, pero también en el ramo de los restaurantes vegetarianos y las tiendas de dietética y productos naturales.

Los ideales críticos de reforma de la sociedad global que la práctica médica del naturismo lleva consigo, y la radical revalorización de la naturaleza que este propone, han llevado a muchos integrantes de este antiguo y nuevo movimiento social, a apoyar y compartir una gran parte del ideario verde.

Finalmente y por lo que respecta al movimiento nacionalista progresista, también

3) Isaak Puente. El Comunismo Libertario. Barcelona 1984.

diremos que en la tradición germana ese tema continúa siendo —de momento— tabú en el ideario verde, sobre todo debido a que el nacionalismo alemán condujo hasta Auschwitz.

Pero en el estado Español, y sobre todo en Catalunya y en el País Vasco, existen experiencias de un Nacionalismo progresista y que linda con lo alternativo; un nacionalismo en la tradición de la izquierda humanista, en algunos casos de fuerte cariz pacifista y no violento, cuyo vigor va en aumento entre la juventud. En algunas regiones del estado este nuevo movimiento nacionalista, converge con el ideario Verde de protección y defensa de la naturaleza inmediata y de los valores propios, sin entrar en conflicto con un internacionalismo solidario con lo extranjero.

En última instancia, también pertenece a este escenario de nuevos y viejos movimientos sociales que se insertan en las bases del Movimiento verde, todo el movimiento de izquierda extraparlamentario en el estado español. En muchos países de Europa, una parte considerable de la izquierda crítica extraparlamentaria de tradición marxista, o bien se halla comprometida en los mismos verdes, o forma un sustrato base de simpatizantes. En el estado español esta tradición no ha realizado ninguna de las dos opciones. En la actualidad sin embargo existen signos interesantes de que el sector más independiente y crítico de esta izquierda extraparlamentaria, no adscrita a ningún partido extraparlamentario, elabora un camino de acercamiento a la política alternativa desde el ecosocialismo.

De todas formas, esta tradición en el estado español, todavía no ha empezado en serio a valorar al ideario verde como una alternativa global ideológica al sistema establecido, en parte también por la propia debilidad de Los Verdes.

RESUMEN

¿Qué nos ha transmitido este largo excurso por el panorama verde hispano y sus relaciones con los movimientos sociales sobre los que se inserta su ideario?

En primer lugar lo expuesto nos confirma que los pueblos del estado español tienen su tradición propia en el marco europeo de la gestación de los nuevos movimientos sociales y del ideario verde. En el estado español el movimiento romántico quizás ha tenido una impronta menos científica que en centroeuropa, y no hemos tampoco tenido una Antroposofía, pero Castilla es el país del movimiento Comunero, Catalunya el de los remences, de la cultura astur-cántabra; Iberia posee la tradición anarquista, el experimento social de la Guerra Civil; y una diversidad de pueblos que aparte de la Unión Soviética, es difícil de encontrar en Europa.

En segundo lugar, si el estado español tiene una específica peculiaridad, y los nuevos movimientos sociales son a menudo de diferente composición, fuerza e idiosincrasia que en otros países de Europa, es probable que una ideología verde standar europea tenga importantes déficits cuando se la aplique al conjunto del caso hispano. En otras palabras: quizás vale la pena preguntarnos si realmente lo ecológico, lo social, lo democrático de base y lo pacifista, son los pilares de una política verde en nuestro país, o por lo menos reflexionar sobre si estos principios necesitan un complemento o una modificación.

1.2. CRITICA SOLIDARIA AL MANIFIESTO ECOSOCIALISTA

La publicación del Manifiesto por una alternativa verde en Europa, editado por la revista *Mientras tanto* y en catalán por la Universitat de València elaborado por C.Antunes, P. Juquin, P. Kemp, I. Stengers, W. Telkämper y F.O.Wolf; aparte de ser un acontecimiento cultural importante, ha sido muy positivo para la discusión y el diálogo verde-rojo en el estado español. Este documento va a iniciar un acercamiento desde posturas de izquierda extraparlamentaria y clásica hacia posturas verdes, lo que sólo puede ser beneficioso para el debate global político hispano. Sólo es de lamentar que este Manifiesto Ecosocialista, no haya sido elaborado originalmente por autores o

pensadores socialistas y ecosocialistas ibéricos y que se haya tenido que recurrir a la traducción de documentos del área cultural alemana.

Por otra parte, también es de destacar que este documento, en su contexto original es editado por personas que casi todas ellas pertenecen o militan en organizaciones verdes, por lo que de hecho ha de considerarse como la expresión de una importante corriente de pensamiento socialista dentro del espectro del movimiento verde, y no como un manifiesto de personas de fuera o desvinculadas de Los Verdes, como una lectura rápida del manifiesto puede sugerir.

La tesis global del manifiesto, que se funda en un análisis de la situación actual y luego en unas propuestas de salida de la crisis, se basa en la famosa frase de Rudi Dutschke: «¿Qué ha ido mal en el Socialismo?» Es decir, el manifiesto afirma que, por lo menos en Europa, las realizaciones reales y prácticas del Socialismo no utópico sino marxista en los países del Este, por un lado no ha conseguido una mejora de las libertades ciudadanas y una mejor calidad de vida, y por otro ha contribuido tanto como el capitalismo —si no más— a agravar la crisis ecológica que vive hoy el planeta.

Ante este panorama se indica que una salida a esta crisis, es la vertiente ecológica del socialismo, entendido éste por los autores del manifiesto, como socialismo esencialmente proviniente de la tradición marxista. Se busca pues una síntesis entre ecología y marxismo para hacer frente a las disfunciones del capitalismo moderno.

En los textos aparece una dura crítica a los regímenes del «socialismo real existente» en Europa, crítica que a menudo se realiza desde los mismos textos de Marx y Engels; de hecho la tesis fundamental que puede leerse entre líneas en el manifiesto es que en la filosofía de Carlos Marx, existen numerosos análisis y tesis que permiten pensar ecológicamente los problemas de la sociedad industrial, algo por otra parte que han descuidado totalmente los regímenes del Este europeo.

Es cierto que en algunos párrafos se critican, tácitamente incluso, pensamientos básicos de Marx, pero una lectura imparcial da la impresión final de que, en esencia, la filosofía marxista es correcta, y de que lo que hoy es perentorio es retornar una vez más a Marx, para desde allí, con la tradición de su humanismo, desarrollar el ecosocialismo en consonancia con sus intuiciones.

Si esto es así, el Manifiesto por una alternativa verde en Europa sería la más profunda «revisión» del marxismo, que incluso revisaría determinados textos originales de Marx y Engels. Sería el último revisionismo de occidente, dentro de la tradición marxista.

Desde una perspectiva crítica solidaria, con respecto a los compañeros que han elaborado el manifiesto, hay que comentar diversos aspectos, sin que aquí se pretenda en ningún momento una crítica exhaustiva.

Aunque en determinados párrafos, el nuevo proyecto ecosocialista integrado en el espectro verde, se muestre abierto hacia otras opciones o tradiciones del mismo, como por ejemplo con respecto a la agricultura biológica o al movimiento de protección animal, lo cierto es que durante todo el manifiesto se emplea un concepto de naturaleza muy tradicional dentro de los cánones marxistas, entendiendo a la naturaleza como una fuerza ciega y en parte irracional. Muestra de esta posición dogmática, es la crítica simplista que se realiza contra la «ecología profunda», una tendencia dentro del ecologismo de carácter fundamentalista, que pone en cuestión el mismo concepto de industria. En este sentido es sorprendente, que se presuponga que la «ecología profunda» es un integrismo y no es un humanismo; afirmaciones que rayan en la manipulación grosera de lo que esta fracción del ecologismo pretende.

Volviendo a Marx diremos por supuesto que en muchos apartados de sus obras podemos leer análisis que encajan con las posiciones hoy conocidas como ecológicas; el problema reside en que lo contrario también sucede y con mucha más frecuencia. En las obras y textos de Marx nos encontramos a menudo no sólo con duras y agresivas críticas contra el socialismo utópico —hoy por hoy una de las columnas del movimiento verde—, sino que, como antes indicábamos, el mismo concepto de naturaleza en Marx se halla mediado por la sociedad in-

dustrial y la tradición positivista.

El Marx maduro, es decir el Marx clásico de *El cápital* y no el joven Marx de *los Manuscritos de París*, contempla la naturaleza sólo en función de la producción y de la industria; la naturaleza es para Marx una fuerza irracional de sustrato, que debe de ser dominada (4) y explotada racionalmente con todos los medios tecnológicos a disposición. En *la Ideología Alemana* (5), además, Marx y Engels critican severamente toda aquella posición de retorno a la naturaleza, de redescubrimiento de las potencialidades de ésta, que por ejemplo era sostenida por Feuerbach.

En otras palabras: los compañeros que han escrito el manifiesto, sólo señalan las citas de Marx en armonía con los criterios ecológicos actuales, pero silencian las otras muchas citas que hacen muy difícil replantearse el problema ecológico y pacifista desde, exclusivamente, la tradición marxista dentro del socialismo. De todos los autores marxistas, sólo Ernst Bloch, ofrece suficiente terreno firme a nivel filosófico (6), para pasar del rojo al verde.

El Manifiesto, pues, que tiene toda su legitimidad como documento de discusión, muestra a nuestro juicio, una alternativa reformista más de la mentalidad industrial y productivista. En ningún momento se hace el esfuerzo de replantearse el criterio occidental global y las mismas raíces de la cosmovisión cristiana-europea que rige en Europa desde el Renacimiento. El manifiesto, al aceptar tácitamente todo un marco industrialista y tecnológico, se convierte en un intento superficial de reforma. Es probable que sea un documento muy interesante para hacer cambiar la mentalidad de todo un sector de gente unida a la mentalidad clásica de izquierda, pero apenas introduce los grandes temas de discusión que podrían ir a la raíz del problema de la crisis ecológica que estamos sufriendo.

1.3. EL ESCENARIO HISTORICO DE LOS VERDES

En su origen el movimiento político verde no es europeo, sino que proviene de Oceanía. Fue en la isla de Tasmania, donde por primera vez defensores de la naturaleza, decidieron presentarse a elecciones municipales para proteger determinadas zonas de la isla. En Alemania Federal, dónde se cimentaron los contenidos de la política verde, la eclosión política del ecologismo que catapultó a Die Grünen, también estuvo muy unida a la necesidad de iniciativas ciudadanas medioambientales y de cooperativas autogestionadas, de hallar un cauce político a sus exigencias.

En el Estado español sabemos que el origen fue diferente. Tanto en Tenerife como en Catalunya, donde al principio nacieron las asambleas de lo que luego sería el movimiento verde, la idea de dar una cohesión política a los elementos sociales más innovadores de los nuevos movimientos sociales, fue llevada a la práctica (inspirándose prioritariamente en los contenidos de los Die Grünen) sin que existiera un consenso amplio en estos movimientos sociales sobre la necesidad de la vertiente política de sus innovaciones.

La fundación de Los Verdes en el estado Español pues, fue obra de toda una serie de personas (no entraremos aquí en su trayectoria personal), que creyeron por aquel entonces en la necesidad de que desde la poco solidificada ideología ecologista se elaborase un programa o ideario de alternativa global al sistema neocapitalista. Esta alternativa global de cambio de vida, se apoyaba en elementos diversos de los nuevos movimientos sociales, esencialmente el antimilitarismo, el feminismo, el pacifismo y el movimiento de vuelta al campo y agricultura ecológica; así como por supuesto en el movimiento propiamente ecologista. En es-

4) Alfred Schmidt. Der Begriff der Natur in der Lehre von Marx. Berlín 1962.

5) idem.

6) Algunas de sus obras, «Geist der Utopie» y «Das Prinzip Hoffnung», tuvieron cierta relevancia en los tiempos fundacionales de Die Grünen. Ver sobre todo la amistad Dutschke-Bloch. Ver también los juicios de Alfred Schmidt sobre el concepto de naturaleza en Bloch en la obra antes citada.

ta síntesis, siguiendo el modelo europeo, se aceptó que el criterio ecológico provinente del ecologismo, sería el criterio predominante; en Catalunya se añadió además el componente nacionalista que faltaba o no estaba bien recogido en la facción de Canarias.

Es interesante retener en mente que las semánticas movimiento ecologista y movimiento verde no son simétricas. A pesar de que el criterio ecológico basado en una relación armoniosa con la naturaleza, el respeto de los ciclos naturales y la descentralización, provenga básicamente del ecologismo, Los Verdes añaden a estos criterios otros provinientes de otros movimientos sociales como puede ser la antijerarquía, la no violencia y la revalorización de la mujer, o la utilización alternativa de la economía.

En aquellas épocas, en el marco histórico del estado español todavía no existían fuertes iniciativas contra proyectos antiecológicos o de contaminación; una amplia parte de los movimientos sociales sobre los que se había construido el ideario Verde, o eran enormemente débiles en el estado, o, si tenían cierto vigor como el ecologismo y el pacifismo, no contemplaron en aquel entonces la necesidad ni de elaborar un ideario o alternativa global al sistema, ni de construir un nuevo discurso político-electoral verde.

Las relaciones que tuvieron en sus inicios Los Verdes con asociaciones ecologistas como La Coordinadora Asamblearia del Movimiento Ecologista (Came) y la Coordinadora Estatal antinuclear (Cean) son a este respecto paradigmáticas. En el sector de la variante antinuclear del ecologismo, tradicionalmente más dominada por grupos ecologistas procedentes de la izquierda extraparlamentaria, no existía ningún interés por un proyecto alternativo socio-político global al sistema establecido, ya que se apostaba más por utilizar el ideario ecológico como complementeo de la ideología de la izquierda crítica clásica; en el sector del ecologismo menos organizado y de tipo asambleario, si bien sí se coincidía con los Verdes en contemplar el ideario verde como una alternativa real posible al sistema, se criticaba abiertamente la obsesión político-electoral de los mismos, ya que para el movimiento ecologista asambleario cercano a ideas libertarias, lo esencial en aquellos momentos era trabajar localmente.

Desde su mismo origen, Los Verdes del estado español se vieron envueltos en un complicado escenario socio-político, que generó tres serias paradojas o contradicciones tanto externas como internas.

1.4. LAS PARADOJAS DE LOS VERDES

La primera paradoja nace entrelazada en su misma génesis, por ser un pequeño grupo de personas qué, procedentes de nuevos movimientos sociales, se colocan como avanzadilla política de unos movimientos que por sí mismos no habían visto la necesidad de esta opción. Esto implica una debilidad en origen de Los Verdes y una falta de militantes y personas cualificadas en sus cuadros; la paradoja se centra en el hecho de que el teórico «sujeto histórico» del ideario verde, es decir los nuevos movimientos sociales y las iniciativas de protesta ciudadanas, no total pero sí prioritariamente, o eran extraordinariamente débiles en el marco de la sociedad española o se distanciaban del proyecto global verde.

Este problema en el origen, generó en parte una segunda paradoja. La teoría y praxis de los grupos verdes, en algunas regiones entró a menudo en colisión de intereses con sus teóricas propias bases, especialmente con el movimiento ecologista y proteccionista. La actividad clásica verde de ser al mismo tiempo partido y movimiento de base, es decir anti-partido, en el complejo marco del estado español, llevó bastantes veces a que las actividades concretas ecológicas de Los Verdes entrasen en competencia con las actividades de los grupos de base locales.

De esta forma se inició una dialéctica del distanciamento y la incomprensión entre Los Verdes y una parte considerable del movimiento ecopacifista, y una falta profunda de diálogo, además, con la tradición alternativa de la izquierda extraparlamentaria. Otra consecuencia de esta paradoja, fue que a nivel electoral, Los Verdes empe-

zaron a recibir votos de simpatizantes y de personas interesadas por el ideario verde, mientras que una parte considerable del movimiento de base se abstenía de entregarles su voto.

La tercera paradoja, esta vez de carácter interno al nuevo y débil movimiento verde, consistió en que también, prácticamente desde su fundación, se hallaba presente el gérmen de la división.

No vamos a entrar aquí en los motivos ideológicos y personales de la gran escisión dentro del bloque inicial de Los Verdes, y la creación de la Confederación de Los Verdes por un lado y de Los Verdes por otro, ademas de la aparición del V.E.R.D.E.; lo que nos interesa señalar, es que aquí la paradoja se centra en un nuevo partido político, que, programáticamente, quería iniciar una nueva cultura política y que nacía con un ideario de reunir y cohesionar a personas provinentes de los diversos movimientos sociales, termina no sólo por no conseguir su objetivo de nueva armonía a nivel global, sino que él mismo se atomiza y se autodivide. La división de los verdes radicaliza con seguridad, el distanciamento entre los verdes y los nuevos movimientos sociales. Aparte de estas contradicciones, emerge por aquel tiempo el fenómeno de Los Verdes Ecologistas; con lo que a nivel de política verde se produce en nuestro estado un complejo escenario único en Europa, un escenario que tanto por motivos immanentes a la actuación del movimiento, como por motivos coyunturales y fortuitos, hace que el enraizamiento de las fuerzas Verdes en la piel de toro permanezca bloqueado.

Ante estas paradojas Los Verdes intentaron, cada grupo en la medida de sus fuerzas, diseñar una estrategia política. Una gran parte de Los Verdes optaron por la llamada «doble estrategia».

Es decir, frente a las dificultades en la relación con algunos sectores de los nuevos movimientos sociales, y la debilidad de la protesta ecológica, Los Verdes debían prácticamente de constituirse en Movimiento Social per se, y trabajar tanto en campañas propias como integrarse y participar en campañas del movimiento proteccionista y/o ecologista. En lugares donde prácticamente los grupos ecologistas y/o proteccionistas no existían o eran sólo testimoniales, Los Verdes podían suplir y promocionar el trabajo local concreto; en lugares donde existían asociaciones medioambientales, se intentaba participar en las campañas conjuntas.

Los Verdes, pues, en este primer periodo, iniciaron una «Larga marcha», de desarrollo teórico y práctico, basado en tres puntos de actuación política: la actividad electoral, con toda la actividad burocrática y electoralista que esto supone, la difusión del ideario verde entre amplias capas de la sociedad, y la acción local contra los problemas ecológicos de la región. La organización de tipo federal que se construyó en esta primera fase, aparte de ser restrictiva con las federaciones, no tenía fuerzas para iniciar actividades socio-ecológicas en todo el estado.

1.5. LA SEGUNDA FASE DE LOS VERDES

La «Larga marcha» de los Verdes, fue la de un movimiento político en sí mismo dividido, con una falta importante de trabajos teóricos clarificatorios, y con una gran escasez de programas coherentes; un movimiento con un escaso diálogo con otros movimientos sociales y de un fuerte repliege en sí mismo.

De esta «Larga marcha» y de las paradojas antes mencionadas, se empieza a salir o a vislumbrar una salida inmediatamente después del importante Congreso de Benicàssim (tercer congreso de Los Verdes celebrado en 1989) donde las federaciones obtienen total autonomía para constituirse en organizaciones políticas autónomas y soberanas adoptando una estructura confederal.

Esta segunda fase, más positiva, se halla marcada por un claro crecimiento cuantitativo de Los Verdes; aparecen grupos autónomos en localidades andaluzas, en Barcelona, Terrassa, y luego en Mallorca y País Vasco; y por otro lado se produce una cierta renovación en los dirigentes. Personas históricas o fundacionales abandonan

el movimiento y diversas personas pertenecientes al movimiento ecologista y proteccionista de base trabajan en Los Verdes.

Estos acontecimientos coinciden, a finales de los ochenta, con el repentino protagonismo que los temas ecológicos adquieren en el estado español. Por un lado, debido a la degradación de la biosfera, la ecología salta a los medios de comunicación y empieza a impactar como tema relevante a la opinión pública; por otro lado el nacimiento de iniciativas ciudadanas contra la contaminación y los residuos, abre en la sociedad española el debate sobre la hipoteca que han generado sobre la naturaleza española 40 años de industrialización salvaje.

El movimiento proteccionista, a finales de los ochenta, tiende a radicalizarse en algunos de sus modelos (GOB, CODA, etc); desde parte de este movimiento se registra un acercamiento al ideario Verde. Paralelamente a la penetración de los temas ecológicos en la sociedad española, que culminaron con el grave accidente de Vandellós I y la efervescencia del movimiento antinuclear, el hundimiento de los regímenes del «socialismo real existente» en Europa del Este y los cambios en la misma Unión Soviética sirvieron de detonante para que toda una tradición importante de grupos extraparlamentarios, tanto pacifistas como comprometidos con el ecologismo, de repente valorasen y descubriesen las posibilidades que ofrece un discurso global de carácter ecologista-alternativo.

A este respecto, en los últimos tiempos hemos asistido en torno al término «alternativo», a la creación y muerte de Asambleas procedentes tanto de sectores del movimiento ecologista con mentalidad marxista, como de sectores del movimiento pacifista unidos a la izquierda extraparlamentaria, que inician un camino de discusión teórica y práctica, a fin de elaborar un proyecto global político bastante afín al ideario verde.

Volviendo al marco del movimiento verde, hay que indicar que en los últimos tiempos, un modelo en particular verde, el de Els Verds de Mallorca, ha conseguido afianzarse, tanto social como electoralmente, en el contexto balear, obteniendo además una resonancia política e internacional notable. Todo esto además, en un corto lapso de tiempo.

El fenómeno positivo de Els Verds de Mallorca, consiste en que en esta isla el grupo inicial verde, nace directamente de personas pertenecientes casi todas a grupos de trabajo pacifista, proteccionista y ecologista más o menos conectados entre sí, con lo que se superó la primera paradoja que había afectado a los Verdes de otras naciones y regiones (aunque por supuesto, como últimamente se ha señalado, la estrategia del grupo de Mallorca tampoco fue típicamente asamblearia sino basada en el trabajo aglutinante de un grupo activo). Tampoco la segunda y terceras paradojas, es decir la de la competencia con grupos proteccionistas y ecologistas y la de la división, han afectado consecuentemente a Els Verds de Mallorca. Al mismo tiempo, se han caracterizado por su gran disposición al diálogo, la alta calidad de sus programas y su elaboración teórica, y la profundidad y resonancia de sus acciones sociales, culturales y políticas.

La compleja realidad del estado español impide cualquier trasposición simple de modelos a otras regiones. El modelo de Els Verds de Mallorca, con ser un paradigma orientativo en muchos aspectos, no puede trasladarse esencialmente a otros países; existe todo un armazón histórico ya formado en los otros países, que hace muy difícil la asimilación de un modelo ideal de este tipo. En otro orden de cosas, también hay que tener en cuenta, que el hecho de que el GOB haya estado apoyando el nacimiento de Els Verds de Mallorca, y otros grupos desde la sombra han dado su bendición al proyecto; son factores que convierten a Mallorca en un experimento único. El que sea único no impide empero que núcleos de su actuación sean imitables; a este respecto lo más valioso que los compañeros de Mallorca nos muestran, reside —aparte del diálogo— en esta síntesis entre Los Verdes y aquel sector del Movimiento Pacifista desde siempre cercano a los temas nucleares y ecológicos; de Mallorca se nos transmite que esta síntesis entre el sector pacifista cercano al ecologismo y Los Verdes es posible.

Recientemente estamos asistiendo finalmente a la aparición de iniciativas ciudada-

nas y coordinadoras con más eclosión en la mitad Norte, que, como ya dijimos anteriormente, son un producto del descubrimiento de los costes del despilfarro y la producción antiecológica de los últimos cuarenta años.

Está empezando a suceder pues, lo que sucedió con intensidad en centroeuropa hace unos quince años; es decir, sobre el movimiento asociativo vecinal, el agrario y el de defensa de consumidores, aparece un nuevo movimiento asociativo (no son nuevos movimientos sociales, sino nuevos movimientos asociativos) dedicado a la defensa del Medio Ambiente de la contaminación. Tras las duras luchas sociales y ecológicas del verano de 1990, algunas de estas Iniciativas se plantean también, para controlar dichos problemas, el introducirse en el espectro político, a menudo como independientes, o también últimamente como verdes.

1.6. RESUMEN DEL PRESENTE DE LOS VERDES

En los últimos dos años, pues, todo parece indicar que algunas de las paradojas que sufrían y sufren Los Verdes, y que en parte son responsables de su poca consolidación, empiezan a despotenciarse. Por un lado el crecimiento de los Verdes es un hecho, y en algunas regiones las contradicciones entre verdes y nuevos movimientos sociales e incluso ecologismo van superándose. Cada día se hacen más esfuerzos para que la «doble estrategia» política no entre en competición negativa con otras asociaciones; por otro lado muchos de los nuevos partidos independientes verdes tienen sus programas y sus boletines y existen signos de que el trabajo teórico —un aspecto deficitario de Los Verdes—, quiere ser potenciado. Incluso el tema de la división, ha dejado de ser un azote temido como lo era antaño. Hoy, la Confederación es algo muy débil y sus posibilidades de fuerza son prácticamente nulas. Por su parte el V.E.R.D.E. si bien es cierto que todavía tiene en algunos núcleos cierto predicamento no parece que tenga ninguna posibilidad de expansión.

Sin embargo, a pesar de que la «Larga marcha» empieza a convertirse en un camino más llevadero, la situación actual no es sólo positiva para Los Verdes, sino en muchos aspectos encierra aspectos negativos, que pueden incluso devolver al movimiento verde a las catacumbas.

El tiempo no transcurre en vano, las paradojas que han amenazado a Los Verdes durante años y que todavía hoy mantienen parte de su hipoteca, así como la urgencia y la difusión de la crisis ecológica, también han trabajado en contra del protagonismo de los Verdes. Estas paradojas, problemas con los movimientos sociales, división, etc., han impedido en gran parte que Los Verdes tuvieran gente, recursos y presencia suficiente para obtener resultados concretos, tanto de prestigio como electorales, a lo que hemos de sumar el problema de los humanoides. La actualidad y urgencia de la ecología como tema social ha pasado también a ser tema actual en la esfera política. La todavía insuficiente consolidación de Los Verdes abre la puerta para que las fuerzas políticas establecidas, que ahora empiezan a darse cuenta de la dimensión histórica de los temas propugnados por los nuevos movimientos sociales, ocupen el espacio de política verde en el estado Español e impidan la cohesión de una nueva cultura política.

Los Verdes viven hoy un inicio de los noventa decisivo. De acuerdo con su actuación social y política en los próximos cinco años, sabremos si pasarán a consolidarse, o si por el contrario se convertirán, o bien en un pequeño grupo integrado en coaliciones alternativas amplias, o acabarán como apéndice exótico dominados por Izquierda Unida o algo similar, corriendo el destino que están corriendo nuestros compañeros portugueses. Uno de los factores que pueden llevar a que Los Verdes sean declarados fuerza obsoleta, por lo menos para la opinión pública en los próximos tiempos, reside en el hecho de la polémica ambientalismo versus ecología profunda o radicalismo ecológico.

Hasta hoy, Los Verdes eran los únicos que defendían temas ecológicos como temas políticos; en esta situación el espacio ambientalista, es decir la promoción de filtros y mejores sistemas de descontamina-

ción y calidad de vida sin cambiar esencialmente los sistemas de producción, también caía en el ámbito de la causa verde, y/o era rentabilizada frente a la opinión pública por los verdes. Ahora, si tanto instituciones como partidos políticos, empiezan a ocupar con sus medios el sector ambientalista de la política verde, esto implicará un elemento más de detención del desarrollo de Los Verdes. En última instancia la estrategia de dichos partidos, como veremos, es demostrar que ahora ya Los Verdes son superfluos.

8

Número 8,
Montevideo,
Diciembre de 1991.

Teko-ha

BOLETIN de la RED LATINOAMERICANA y CARIBEÑA de ECOLOGIA SOCIAL

Centro Latino Americano de Ecologia Social, Montevideo, Uruguay

CLAES, Casilla Correo 13000, Montevideo 11700, Uruguay

EN ESTE NUMERO

. Noticias de la Red
. Hacia el 5º Centenario
. Pela defensa democratica da Amazonia.
. No a las patentes de los seres vivos.
. INFORME ESPECIAL: Ecología y pobreza (selección de textos).
. Nuevos miembros de la RedLAES.
. Eventos y reuniones.
. Bibliografía recibida.
Publicaciones en ecología social.
Otras publicaciones de interés.

3ª REUNION DE LA RED DE ECOLOGIA SOCIAL

Durante la realización del 5º Encuentro Sistemas Humano-Ambientales (5-7 de Diciembre, Rosario, Argentina), se reunieron por tercera vez los miembros de la red. El evento fue coorganizado por CLAES, el Taller Ecologista (Rosario, Argentina), y CIPFE (Montevideo, Uruguay), y contó con la participación de más de 50 personas provenientes de cuatro países.

Estuvieron presentes miembros de la RedLAES, representando a las siguientes organizaciones: Fundación del Sur (Buenos Aires, Argentina), APROAS (Córdoba, Argentina), Taller Ecologista (Rosario, Argentina), CECOR (Cornel, Chile), CIPFE (Montevideo, Uruguay), Habitat (Sto. Domingo, República Dominicana), más los representantes del CLAES allí presentes.

En el correr de los tres días del evento, se realizaron reuniones informales con los miembros, intercambiando informaciones sobre lo actuado por la Red hasta el momento (recepción y uso de las publicaciones enviadas, contribuciones futuras, etc.), sobre experiencias de las organizaciones (por ejemplo, los representantes de CECOR comentaron sus inquietudes para la región donde trabajan), etc.

LOS PROBLEMAS DEL MOVIMIENTO ECOLOGISTA EN EL ESTADO ESPAÑOL

Albert Recio*

1. INTRODUCCION

El Estado español constituye, en el contexto europeo, una situación peculiar por su problemática ecológica y su movimiento ecologista. Por una parte, constituye una de las áreas que acumula mayores problemas de la zona, mientras que por otra es uno de los países donde el movimiento parece estar menos desarrollado. Destaca, en especial, la escasa presencia (hasta ahora) de las opciones políticas «verdes», lo que contrasta con el relativo auge que han tenido en países cercanos y con el empuje experimentado por movimientos sociales cercanos a la problemática ecológica, como el pacifismo, en España.

Nuestra aportación estará orientada a explicar las razones sociales y políticas de esta evidente paradoja, que consideramos tiene el interés de constituir un buen ejemplo de los condicionamientos existentes en una sociedad de industrialización intermedia. Una situación que no sólo es explicable por determinantes sociales, sino que es también el resultado del propio proceso político y de los referentes culturales que influencian tanto a los grupos ecologistas organizados como a sus potenciales seguidores y/o aliados.

En la sección segunda caracterizamos al «modelo» productivo español como un modelo social y ecológicamente depredador. En las secciones tres y cuatro nos dedicamos a describir el proceso de surgimiento del movimiento ecologista, su estructuración y su complejidad política y cultural. En la sección quinta estudiamos los cambios económicos y políticos de la década de los ochenta, que han supuesto una lenta consolidación del movimiento al tiempo que se agravan los problemas. En la sección sexta tratamos de caracterizar las movilizaciones, los procesos y su relación con la elaboración teórica. La sección séptima está dedicada a analizar los problemas que dificultan la formulación de proyectos globales de desarrollo económico alternativo. Por último, en la sección octava hacemos una valoración final del estado del ecologismo del Estado español.

2. UN MODELO DE DESARROLLO ECONOMICO ECOLOGICAMENTE LETAL

La sociedad española actual se ha constituido a través de un proceso de desarrollo económico que ha generado gravísimos problemas ecológicos y que ha configurado muchas actitudes sociales.

Si bien la primera industrialización española data del siglo pasado, el despegue defi-

(*) Dep. Economía Aplicada. Universidad Autónoma de Barcelona.

El autor agradece la información y las sugerencias de Enric Tello y Jorge Riechman, que han sido de gran ayuda para completar información sobre el movimiento ecologista, así como la sugerencias surgidas en el desarrollo del Seminario en Londres en nov. 1991.

nitivo se produce en la década de los sesenta mediante un proceso de desarrollismo acelerado en un contexto de dictadura política.[1] El objetivo político fue claro: aumento rápido del Producto Interior Bruto para alcanzar una alta renta per cápita. Para lograrlo se combinaron diferentes procesos: la industrialización de la agricultura, la expulsión masiva de fuerza de trabajo rural hacia las ciudades, represión persistente del movimiento obrero y de las luchas sociales[2] para mantener bajos los costes salariales directos e indirectos, la llegada de capital extranjero que aportó tecnología y modernización organizativa, y una intervención estatal volcada a promocionar el crecimiento con múltiples medidas: leyes, subvenciones, créditos blandos, permisividad...

La industrialización ha tenido graves efectos ecológicos no sólo porque la ausencia de controles facilitó la introducción de procesos productivos altamente contaminantes, sino porque propició la implantación de un modelo productivo y de consumo muy depredador.[3] Conllevó además un proceso de urbanización acelerada que genera problemas graves ligados a los elevados índices de concentración poblacional.

La primera actividad del país la constituye el turismo. España se convirtió en el mayor receptor de turismo de masas de Europa, lo que supuso la puesta en marcha de una esquilmación a gran escala del territorio, facilitado por el marco político en el que tuvo lugar: urbanización incontrolada de las costas y áreas turísticas, prioridad a la construcción de autopistas y aeropuertos, ausencia de inversión en saneamiento y control del espacio natural, etc. ... En segundo lugar, destaca el papel central de la industria automovilística nacida a finales de los cincuenta que al mismo tiempo que provoca graves efectos ambientales condiciona las pautas de empleo y los hábitos sociales. En tercer lugar la industrialización de la agricultura y el crecimiento del consumo cárnico con su dependencia creciente de los inputs petroquímicos. En cuarto lugar el papel igualmente importante de otras industrias nocivas como la química (con tres grandes polos industriales: Tarragona, Algeciras y Huelva), la papelera (que ha tenido una importante responsabilidad en la deforestación) y la metalúrgica (especialmente las grandes plantas de tratamiento primario de aluminio, piritas, etc.) ... Uno de los resultados más palpables de estos cambios es el fuerte crecimiento del consumo energético que permitirá justificar, a principios de los setenta, la puesta en marcha de un ambicioso plan de nuclearización.

Los efectos de este desarrollo no son exclusivamente ambientales, tienen también un importante efecto social que condicionará el desarrollo del movimiento ecologista. La urbanización masiva conllevó la ruptura de muchas estructuras de socialización primaria difíciles de reconstruir en los nuevos «ghettos» urbanos carentes de servicios y organización social. La represión política y el subdesarrollo educativo eran obstáculos básicos al desarrollo de cultura crítica. La «angustia monetaria» ha sido persistente para la mayoría de población, primero para financiar su nueva vivienda y después para satisfacer las crecientes pulsiones consumistas alimentadas por el bombardeo ideológico de los «mass media». El mismo crecimiento industrial alimenta una cultura de la modernización confiada en las posibilidades ilimitadas de la tecnología pa-

[1] Para la historia del capitalismo español R. Tamames «Estructura Económica de España», Alianza Ed., Madrid, 1990 y J. Nadal, Carreras, J. Sudriá «La economía española del siglo XX», Ed. Ariel, Barcelona, 1987. Para la evolución reciente, Miren Etxezarreta, ed., *La reconversión del capitalismo español*, Icaria, Barcelona 1991. También, Fundación Primero de Mayo «Problemas actuales de la Economía Española», Madrid, 1989.

[2] Con toda seguridad el primer mártir del movimiento ecologista español fue un trabajador de Erandio (Vizcaya) muerto por la policía franquista en 1969 en una manifestación de protesta del vecindario contra la insoportable contaminación de la zona.

[3] La legislación medioambiental no ha empezado a aplicarse hasta los años ochenta (el concepto de delito ecológico se introdujo en 1983) y aun así, como ocurre en muchos otros campos, existe una diferencia radical entre la letra de la ley y su aplicación.

ra favorecer una sostenida expansión material: la Europa del Norte se ve como un modelo social a alcanzar. Rasgos que afectan al conjunto de grupos sociales y que se presentan con especial intensidad entre las nuevas capas medias nacidas en el propio proceso.

A pesar de este clima general surgieron movimientos sociales cada vez más poderosos, pero orientados hacia objetivos inmediatos en los que el peso de lo ecológico era casi nulo. Básicamente se centraron en tres campos: la lucha por las libertades políticas, la lucha por mejores condiciones laborales (con especial hincapié en los salarios y los derechos sindicales) y la lucha por equipamientos sociales, en especial en barrios obreros. Estos movimientos estuvieron inspirados fundamentalmente por un amplio abanico de corrientes de tradición marxista (el Partido Comunista y muchos otros grupos a su izquierda) que participaban, globalmente, de una cultura favorable al cambio técnico y el crecimiento económico, que consideraban frenado por la parasitaria burguesía local. Las cuestiones ambientales no formaban parte, más que lateralmente, de su agenda de trabajo teórico (globalmente muy limitado) centrado más en la caracterización del desarrollo económico y en los problemas del poder político. En muchas luchas locales existía un substrato ambiental (oposición a fábricas contaminantes, a las autopistas urbanas, demandas de zonas verdes...) pero no se reconocían como tales sino que se planteaban en términos del subdesarrollo sociopolítico del país.

3. EL SURGIMIENTO DEL ECOLOGISMO EN ESPAÑA

En este contexto general surgirá, a principios de los setenta, el primer movimiento ecologista en España. Inicialmente las primeras actividades se desarrollan en el campo del ambientalismo y están básicamente animadas por personas relacionadas en su práctica profesional con el medio ambiente (biólogos, ecólogos, etc.). Su trabajo se centró en la salvaguardia de especies y espacios naturales amenazados por la depredación[4].

Este origen es coherente con el contexto social del momento. El desconocimiento y despreocupación que tenía la mayor parte de la población sobre los problemas ambientales convertía a las personas con conocimiento especializado en el principal sector social con sensibilidad ambiental. La gran cantidad de agresiones al medio ofrecían la posibilidad de interesarse en una gran cantidad de microproblemas específicos.

Estos impulsos iniciales crearon un clima favorable a la aparición de numerosos colectivos y organizaciones ecologistas básicamente locales. Sus rasgos característicos se han mantenido a lo largo del tiempo: grupos centrados en un espacio local o regional, centrados en la lucha contra agresiones ambientales concretas y en la divulgación de idearios ecologistas. Predomina una visión ambientalista (lo que llamamos sindicalismo ecológico) en la que prima la acción sobre temas concretos sobre la reflexión y la propuesta global. Se trata de grupos con un reducido número de activistas procedentes en su mayor parte de sectores con un cierto nivel educativo (universitarios, maestros, etc.) más que campesinos y obreros industriales.

La ausencia de proyectos de desarrollo económico alternativo se explica asimismo por la nula percepción de los problemas naturales por parte de los economistas (tanto los de formación neoclásica como los marxistas). Ello favorecía que los ambientalistas con formación en ciencias naturales tendieran a concentrarse en los aspectos que conocían y dejaran para más adelante la reflexión sobre las implicaciones sociales.[5]

Una segunda cuestión a considerar es el de la cultura política de muchos de los núcleos fundadores. No sólo los científicos

[4] La primera organización de la que tenemos constancia, ANAN (Amigos de la Naturaleza de Navarra) data de 1969.

[5] J. Bru «Las ciencias sociales ante la problemática medioambiental», Mientras Tanto 34, 1988.

naturales sino otros activistas procedían de culturas alejadas de los principales movimientos sociales: eran naturistas, irracionalistas, etc. En otros casos se trataba de anarquistas o de viejos militantes de izquierda con posiciones hipercríticas sobre lo que tildaban globalmente de izquierda autoritaria. Se pretendía en estos casos la formulación de un ideario ecologista totalmente autónomo respecto a la tradición marxista.[6] Entre estas señas de identidad se primaba la defensa a ultranza de la autonomía de lo local y la crítica al industrialismo (del que a menudo se culpa por igual al capital y al movimiento obrero). En muchos casos se recelaba de los programas globales que se asocian a la política marxista. Las ideas se limitaban exclusivamente a los idearios globales más que a las propuestas concretadas.[7]

Hay sin embargo que señalar algunas excepciones importantes. De una parte la existencia de un núcleo de economistas académicos que producen una teoría crítica que tendrá una cierta influencia.[8] De otra la existencia de una corriente de tradición marxista que inicia la labor de reformular su proyecto emancipador incorporando la cuestión ecológica,[9] lo que permite abrir un incipiente debate en otros sectores sociales.

4. UN MOVIMIENTO PLURAL

La variedad de corrientes político-culturales que irán confluyendo en la formación del movimiento ecologista se reflejará en la diversidad de fórmulas organizativas y modelos de acción. A pesar de que en el período inicial tuvieron lugar Jornadas de ámbito estatal en las que se intentó alcanzar un esquema de organización general, éste no prosperó, aunque sí se elaboraron algunas propuestas de ideario general.

De hecho se constata la existencia de modelos organizativos diferenciados. De una parte el modelo «asambleario», basado en los grupos locales de activistas que se relacionan entre sí a través de coordinadoras. Este modelo recoge bien la experiencia política del tardofranquismo en la que se potencia la militancia activa y el temor a la estructura burocrática. Su mayor vitalidad se refleja en los momentos de lucha. Sus puntos débiles son las dificultades de mantenerse en las fases de reflujo, la tendencia al personalismo de algunos líderes, así como el hecho que a menudo las coordinadoras son campos de batalla entre las distintas corrientes. Los colectivos tienden a una vida inestable.

El otro modelo organizativo básico es el de las organizaciones formales, con una dirección estable, con socios que pagan cuotas regulares y que en muchos casos no participan del activismo cotidiano, donde el boletín informativo es el medio principal de conexión. Estas organizaciones tienden a centrar su actividad en los limitados marcos institucionales: fundamentalmente acciones de información y denuncia que

[6] Estas posturas están bastante explicitadas en varios de los artículos que el grupo relacionado con Mario Gaviria (grupo que por otra parte realizó una notable investigación en su trabajo «Extremadura saqueada», Ed. Ruedo Ibérico, Barcelona, 1979), en los artículos aparecidos en la revista Transición (1978-81) o en las obras de los ecologistas catalanes X. García, J. Reixach, S. Vilanova *El combat ecologista a Catalunya*, Edicions 62, Barcelona, 1979 o la más reciente de J. Puig *L'Ecologisme*, Ed. Barcanova, Barcelona, 1991.

[7] El documento más característico es el conocido como «Bases de Daimiel», elaborado en uno de los primeros encuentros estatales de ecologistas en 1978. Incluye doce puntos que no sólo recogen manifestaciones sobre la relación hombre-naturaleza sino otras referentes a la necesidad del trabajo humano como una actividad libre, la autonomía de las comunidades, la crítica al capitalismo y a la sociedad falocrático-patriarcal, la solidaridad con el Tercer Mundo y el derecho a la información no manipulada entre otros.

[8] Entre las obras más destacadas señalaríamos las de J. Martínez Alier *Ecología y Economía*, Ed. 62, Barcelona, 1984 *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Barcelona, 1992 y J.M. Naredo *La economía en evolución*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1987, aunque la nómina es bastante más larga.

[9] El núcleo básico se consolidó a partir de la revista Mientras tanto, creada en 1979 en torno al filósofo M. Sacristán (1925-1985). Las páginas de la revista han constituido un importante foro de debate sobre esta problemática con la pretendida voluntad de establecer lazos entre «lo rojo», «lo verde» y «lo violeta». La preocupación ecológica estaba también presente en otras publicaciones ya desaparecidas de la misma tradición (Transición, Revista Mensual/Monthly Review, etc.).

tratan de influir en los poderes públicos, asesoramiento y colaboración en proyectos concretos. Predominan las actividades conservacionistas (especies y espacios naturales amenazados) y los cuadros suelen ser universitarios. Su mayor problema es su incapacidad para desarrollar movilizaciones sociales y el carácter limitado de sus objetivos.[10]

Existen algunas excepciones al modelo. Algunas organizaciones formales tratan de combinar trabajo estable y activismo. Tal es el caso de AEDENAT y, por más conocido, de Greenpeace. Esta última organización ha pasado en los últimos tiempos de centrarse en acciones del propio grupo a involucrarse en campañas generales con otros colectivos.[11]

A menudo las diferencias organizativas eran también de contenido. Ya hemos indicado que las organizaciones del segundo tipo se orientaron prioritariamente hacia las actividades conservacionistas y la información, mientras que los núcleos más activistas se plantearon ya a mitad de los setenta cuestiones más globales.[12] Un tema clave lo constituyó el de la industria nuclear.

El plan de nuclearización del país justificado por la crisis del petróleo, constituyó uno de los momentos de mayor movilización social a principios de los ochenta. La cuestión nuclear con sus implicaciones ecológicas, económicas (un sector controlado por el gran capital bancario) y político-militares permitió agrupar una coalición social más amplia que la de los grupos ambientales. De hecho una buena parte de los militantes se reclutaron entre activistas de izquierda para quienes el debate nuclear se asoció al cuestionamiento del modelo de acumulación.[13] La derrota del movimiento con la puesta en marcha de cinco centrales que se sumaron a las tres existentes[14] supuso la emigración de la mayor parte de militantes hacia el renacido movimiento pacifista, lo que les alejó aún más de los grupos más explícitamente ambientalistas.

5. LA DECADA DE LOS OCHENTA: ALGUNAS ESPERANZAS FRUSTRADAS

En 1982 se produce un hecho importante en la vida política española: el Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.) accede al gobierno de la nación con mayoría absoluta en el parlamento. Se trata del primer gobierno sin vínculos con el pasado franquista, formado por jóvenes políticos socialdemócratas. Se abrían grandes esperanzas, incluso en el terreno ambiental donde se confiaba que al menos se pondría coto a los mayores desastres de la época anterior. Algunos ecologistas relevantes pasaron a colaborar con el Gobierno. El desarrollo posterior frustraría estas espectativas.

El ideario político del P.S.O.E. estaba bastante alejado de una preocupación medioambiental seria. Su objetivo central era la modernización y el acercamiento a la Europa del Norte. Entre sus economistas predominaban los neoclásicos partidarios de la prevalencia del mercado. Existían también fuertes presiones tanto de los po-

[10] La principal organización es la CODA (Coordinadora de Organizaciones de Defensa Ambiental, aunque en su origen era la Coordinadora de Defensa de las Aves) que ha coordinado a buena parte de las organizaciones ambientalistas más importantes. Recientemente ha evolucionado hacia posiciones más globales lo que ha propiciado la integración en la coordinadora de los grupos coordinados en torno a AEDENAT.

[11] Una encuesta reciente ha mostrado que Greenpeace es la única organización conocida por un gran número de personas.

[12] Un factor adicional de separación es el existente entre los científicos, partidarios de una aproximación racionalista al problema y algunos sectores del movimiento que defienden posturas alejadas de los mismos. Ello posiblemente constituye un factor de recelo hacia la política de muchos científicos seriamente preocupados por el medio ambiente. Ver por ejemplo el debate en R. Folch «Sobre ecologismo y ecología aplicada», Ed. Ketres. Barcelona, 1977.

[13] La encuesta referida en el punto 11 también ha mostrado que la conciencia antinuclear es la más extendida. Un 71 % de las personas dicen estar en contra de la energía nuclear.

[14] El movimiento ecologista vasco consiguió la no apertura de la central de Lemoniz, pero la intervención militar de ETA en el conflicto (con varios atentados y el asesinato del ingeniero-jefe) constituyó una cuestión polémica en el movimiento.

derosos grupos locales (especialmente la banca) como del exterior en un contexto de paro masivo y desinversión. La respuesta fue una política de corte neoliberal (restricción monetaria, ajuste salarial, liberalización del mercado de trabajo, ayudas a la inversión exterior y retraimiento del sector público productivo). Los costes sociales (desempleo y empleo precario) y ecológicos de esta política han sido importantes.

No sólo se ha mantenido la permisividad en cuestiones ambientales, sino que el crecimiento económico se ha seguido sustentando sobre las mismas bases productivas que la época anterior: turismo, automóvil, química... Ello se explica en parte por las inercias que genera a todos los niveles (inversiones, cultura laboral, política pública, etc.) una estructura productiva asentada. Especialmente si frente a la misma no existe un proyecto serio de transformación. El resultado ha sido que España se sitúa entre los países de la C.E. con una situación ambiental más degradada.[15]

Pese al carácter agresivo de la gestión ambiental, no se han producido masivos movimientos sociales de respuesta. El desempleo ha creado docilidad social. Ha habido una intensa presión consumista reforzada por la ausencia de alternativas a corto plazo (p.ej. la degradación de los sistemas de transporte público potencia el predominio del vehículo privado). En muchos casos la agresión ambiental surge por acumulación de microdecisiones en las que no se percibe individualmente el efecto global (p.ej. el agobio de la vida urbana ha generado una demana de segundas residencias que ha constituido un factor clave en la degradación de espacios naturales).[16] La confianza en la tecnología y el miedo a perder el tren del progreso son un factor importante del subconsciente colectivo. Los máximos beneficiarios del proceso (empresarios, profesionales, burócratas) tienen un acceso privilegiado en los medios de comunicación que utilizan para presentar sus intereses como los del conjunto de la sociedad.

Y a pesar de ello se observa que se ha ido produciendo un paulatino crecimiento de la cuestiones «verdes» en los «media», fruto de la acumulación de desastres y de las denuncias de los propios ecologistas. El problema está en la forma de tratar estos temas por parte de los partidos parlamentarios, los organismos públicos y los medios de comunicación: muy superficial y sin adoptar medidas consecuentes. El modelo productivo de los países más industrializados sigue considerándose el modelo a seguir. El ecologismo político sigue presentándose como «el enemigo de la buena vida» en un tratamiento estereotipado parecido al que experimentan otros movimientos alternativos.

El movimiento ecologista se ha desarrollado más lentamente de lo previsto y en ello han jugado también otras cuestiones. Una, de orden general, ha sido la fuerte caída de la participación social desde los años de la transición política. La brutal represión franquista quebró una tradición de participación civil que tardó años en recomponerse. Sólo en la fase final del régimen se produjo una nueva explosión de movilización social asociada a reivindicaciones democráticas y de mejora de las condiciones de vida. Pero una vez asentado el nuevo sistema político, la situación se ha invertido de nuevo (p.ej. casi ha desaparecido el movimiento estudiantil).

Los factores que han propiciado esta atonía se explican tanto por dinámicas sociales (la individualización fomentada por el tipo de desarrollo imperante) como especialmente políticas: la frustración de muchas de la reformas sociales que el fin del franquismo hacía presagiar, la cooptación de viejos activistas por la nueva administración (y su conversión al liberalismo), la marginación de los que aún apuestan por la participación de base, las tendencias burocratizadoras del aparato estatal, especialmente en sus relaciones con los movimientos sociales, la ausencia de canales institucionales de participación popular más allá de las elecciones, derrotas políticas

[15] Un balance de la situación actual en J.J. Dambornea (ed.) *Desarrollo y Destrucción: Una introducción a los problemas ecológicos de España*. Libros de la Catarata. Madrid, 1990.

[16] Este problema ha sido bien analizado en E. Mishan *Los costes del desarrollo económico*. Ed. Oikos Tau, Vilassar de Mar, 1979.

significativas (la puesta en marcha de centrales nucleares, el referéndum sobre la OTAN). El creciente divorcio de la mayor parte de personas con respecto a la participación política ha dificultado la captación de activistas y el aumento de audiencia social por parte del nuevo movimiento ecologista.

El «ambiente externo» no lo explica todo. También el propio movimiento tiene parte de responsabilidad. El fraccionamiento organizativo y político junto a la ausencia de campañas generales bien organizadas han frenado su penetración en el tejido social. El rechazo, a menudo primario, hacia la izquierda tradicional ha reducido su capacidad de ganar audiencia entre sectores que por su tradición activista, sensibilidad y crisis de identidad, más fácilmente podían conectar con esta nueva problemática. Es notoria por ejemplo la experiencia del movimiento pacifista, uno de los que ha desarrollado mayores movilizaciones en los últimos años y que ha estado animado básicamente por militantes de izquierda. Movimiento que ha generado, especialmente al discutir la nuclearización y las razones del militarismo, una creciente toma de conciencia ecológica[17] que contrasta con la ausencia de ecologismo organizado en su seno.

Los problemas están asimismo presentes en los intentos de organización política. El éxito electoral de los verdes en otros países europeos han animado los intentos de crear partidos. El primero de ellos, Alternativa Verde, se creó en 1983 en Catalunya tratando de combinar ecologismo y nacionalismo catalán[18], lo que le supuso un distanciamiento del resto de grupos que potenciaban la Federación de los Verdes. Posteriormente se han formado otros núcleos (incluido el de la secta La Comunidad) que han acudido por separado a las distintas elecciones con una negligible recolección de votos. Desde el punto de vista de un observador externo da la impresión que han predominado personalismos y batallas burocráticas que han tendido a reforzar su fraccionamiento (y que recuerda viejas experiencias de la izquierda radical). Los intentos de posicionamiento ideológico parecen haber primado sobre la elaboración de programas reivindicativos en los que tantear la puesta en práctica de propuestas alternativas, con la excepción, no muy original, de la exigencia de un impuesto ecológico. Posiblemente lo que estos intentos muestran es la imposibilidad de construir ecologismo priorizando la vía electoral en un país donde la política ha alcanzado un gran descrédito popular.

6. LUCHAS ECOLOGICAS Y PROYECTOS ALTERNATIVOS

El balance relativamente pesimista de la década de los ochenta no puede hacernos olvidar que, a pesar de todo, ha existido un movimiento importante y persistente y una difusión más o menos profunda de una cierta cultura ambientalista generada no sólo por el efecto «shock» de los grandes desastres (Chernobil, Bhopal, etc.), sino también por la labor de los miles de personas que han desarrollado una labor continuada.

La cuestión crucial es sin embargo que este movimiento real ha tenido unas limitaciones claras que no han permitido alcanzar ni una audiencia suficiente para provocar cambios sociales perceptibles ni una elaboración política que sirva para conectar luchas puntuales.

En su mayor parte los movimientos son de carácter local. En su mayor parte tratan de hacer frente a situaciones que implican un agravio al medio ambiente (vertidos contaminantes, talas de bosques, construcción de presas, urbanización de espacios naturales, etc.). Las denuncias alcanzan mayor presión cuando el núcleo promotor consigue rodearse de un amplio abanico de fuerzas sociales. Esta situación se da con mayor facilidad en los medios rurales donde la agresión cuando se produce es más vi-

[17] Ver por ejemplo, el documento colectivo «Argumentos contra la Guerra», Barcelona, 1991, fruto del debate de doscientos profesores universitarios a raiz de la Guerra del Golfo.

[18] El porcentaje global de voto verde está en torno al 1,5 % repartido entre diversas candidaturas. El papel disruptivo de la secta citada no explica por si solo el fracaso electoral.

sible y a ella se suma la sensación social de que se trata de una presión proveniente del medio urbano y tendente a reforzar la marginación del mundo rural. El problema estriba en que aun cuando las luchas tienen éxito, el movimiento se limita al contenido concreto del problema, sin generar una respuesta social más amplia. Por esta razón nos interesa dedicar una atención más extensa a algunas experiencias recientes que apuntan hacia un relativo salto adelante.de la cuestión ambiental.

a. La Conca de Barberà: resistencia ambiental y poder local

La Conca de Barberà es una comarca del interior de Catalunya, de 18.000 habitantes, con predominio de la agricultura de secano (hay algo de industria y turismo), una región en regresión.

En 1990 el Gobierno autónomo de Catalunya anuncia un plan de construcción de plantas de tratamiento y vertidos de residuos industriales. Uno de estos vertederos estaba previsto instalarlo en un pueblo de 100 habitantes de la comarca gobernado por el partido en el poder en el Gobierno autónomo de Catalunya (Convergència i Unió — CiU).

Se inician las movilizaciones contra el vertedero, uniendo distintos elementos, a) el temor a sus efectos ambientales, b) sus costes económicos por la posible reducción del turismo, c) la sensación de agravio: se trata de la única inversión pública en muchos años en una zona con equipamientos insuficientes. Se trata de almacenar la porquería de las áreas industriales. La tensión se agrava cuando el Gobierno autónomo suspende una de las plantas previstas en otra comarca vecina porque en ella reside un miembro del mismo. Las movilizaciones son generales y continuas, la mayor parte de alcaldes de la comarca dimiten y se llega a situaciones de gran tensión. Finalmente el Gobierno autónomo suspende el plan para frenar la crisis.

Hay que destacar que en otras áreas afectadas por el plan las movilizaciones no alcanzaron el mismo nivel, por que allí no confluían la suma de factores indicados. De entrada los componentes ecologistas en el mismo, eran pocos y fue la propia lucha la que llevó a .la búsqueda de asesores que aportaron propuestas que planteaban la reducción de la producción de residuos como estrategia básica.[19] La lucha ha servido para abrir un debate social más amplio. Un primer resultado ha sido la creación de una consejería de Medio Ambiente en el Gobierno autónomo. En el espacio político, la lucha ha provocado la creación de candidaturas independientes en algunos municipios, cambiando entre otros el poder político en la capital comarcal.

De hecho los cambios han sido reducidos. Ni se han elaborado propuestas integrales de desarrollo comarcal alternativo ni la nueva Consejería de Medio Ambiente garantiza una política ecológica seria, pero esta lucha sirve para mostrar la variedad de elementos que pueden y deben ser activados si se quiere alcanzar una mayor audiencia social. Muestra también la necesidad de elaborar proyectos más generales (p.ej. en la generación o no de residuos industriales) que posibiliten el éxito de muchas de las resistencias locales a las agresiones.

Hay que destacar asimismo que en muchos casos las agresiones se producen en medio rural, donde existe una menor densidad social y es más difícil encontrar apoyos técnicos. De aquí la importancia de desarrollar conciencia y movimiento ecologista en áreas urbana, en las que se generan la mayor parte de problemas pero donde a menudo la sensibilidad social está más mediatizada y donde la necesidad de alcanzar una compleja conspiración social es más clara, como muestran las experiencias siguientes:

b. El referéndum del tráfico urbano de Madrid y la iniciativa legislativa popular contra el cierre de las centrales nucleares

El tráfico urbano se ha convertido en uno de los mayores problemas de las grandes ciudades, siendo el máximo responsable

[19] En esta lucha el asesoramiento básico fue desarrollado por el C.E.P.A., un centro de investigación ecológica desvinculado de otros proyectos políticos. Greenpeace elaboró otro plan.

de la contaminación acústica y ambiental. La ausencia de una política seria de transporte público, la potenciación del automóvil privado y las políticas urbanísticas de segmentación espacial han generado este problema. Las luchas urbanas en demanda de áreas peatonales, transporte colectivo, etc., han sido numerosas pero les ha faltado globalidad.

El grupo ecologista AEDENAT y la coalición Izquierda Unida elaboraron una propuesta alternativa (que incluía el cierre del centro urbano al vehículo privado) que se sometió a un referéndum popular. La participación era voluntaria y tenía una función meramente testimonial, pero logró la participación de varios cientos de miles de personas. El impulso de esta acción ha animado propuestas parecidas en otras ciudades, y, especialmente ha servido para abrir el debate social sobre el conjunto de medidas que deben adoptarse en las grandes urbes para empezar a resolver la cuestión.

En una línea parecida ha actuado el renacido movimiento antinuclear. En octubre de 1989 se produjo un grave incidente nuclear en la central de Vandellós I (a 130 km. al sur de Barcelona). La movilización fue importante y se consiguió el cierre definitivo de la planta obsoleta. Pero quedan otras centrales y había en perspectiva la discusión parlamentaria de un nuevo Plan Energético Nacional.

La respuesta del movimiento fue el impulsar una Iniciativa Legislativa Popular, el único mecanismo constitucional de participación directa que permite la Constitución: la recogida, en seis meses, de medio millón de firmas pidiendo la desnuclearización del país. Si se conseguían, el Congreso estaba obligado a discutir esta propuesta de ley. Se agrupó a cientos de organizaciones no sólo ecologistas, también sindicatos, partidos de izquierda y organizaciones ciudadanas.[20] Pese a que al final faltaron 37.000 firmas y hubo fallos, ha significado la salida a la calle de mucha gente distinta por un objetivo común. Al menos el nuevo P.E.N. ha evitado la apertura de nuevas centrales. Y, en paralelo, se han elaborado dos propuestas de Plan Energético alternativo (una de Greenpeace y otra conjunta de Aedenat — Izquierda Unida) que abren vías de trabajo futuro.

Hay un hecho destacable en todas estas experiencias que es la combinación de proyectos que tratan de incluir propuestas globalizadoras y campañas en las que participan colectivos diferentes.

7. ¿ALTERNATIVAS AL DESARROLLO?

Las debilidades ya indicadas han hecho que hasta hoy el movimiento ecologista en su conjunto no tenga claro un plan de acción global, y posiblemente en muchos casos ni siquiera se ha planteado tal necesidad. En buena medida porque se ha optado por avanzar en el terreno más sólido y seguro de la denuncia puntual y de la propuesta concreta que entrar en la producción de andamiajes teóricos de escasa relevancia. Sin embargo es evidente que a medio y largo plazo no puede obviarse el tema de qué alternativas sociales y productivas se van a proponer si lo que se quiere conseguir es una sociedad viable a largo plazo y compatible con la preservación de equilibrios naturales.

De hecho la realización de programas alternativos no goza de mucha popularidad en un momento en el que se confirma el fracaso de lo que en su día pretendió ser un experimento social a gran escala. A la crisis ideológica se suma la dificultad de elaboración de un proyecto para una sociedad tan compleja como la española, así como la existencia de condicionantes externos (comercio exterior, organismos internacionales, multinacionales...) que hacen poco creíble su puesta en práctica a corto plazo.

En la esfera oficial (Ministerios económicos, Banco Central e incluso entre la gran

[20] Ver al respecto, Vivir sin Nucleares «Diez buenas razones para vivir sin nucleares». Aedenat-Iu «Energía 2000». A. Bosch «Algunas reflexiones sobre la campaña "Vivir sin Nucleares"», Mientras Tanto 46, 1991.

mayoría de economistas teóricos) predomina una confianza profunda en el mercado. Se confía en que los ajustes de precios, y una adecuada política fiscal, provocarán los ajustes productivos necesarios y la adopción de tecnologías adecuadas. Si ello se complementa con algunas regulaciones y con nueva infraestructura ambiental por parte del Estado, el resultado se prevé satisfactorio. Estas medidas se sitúan en un marco indiscutido de crecimiento económico que se plantea como única fórmula para mejorar el nivel de vida. Se trata de una propuesta poco convincente orientada a crear legitimidad al sistema existente y a aplazar medidas que parecen urgentes desde un punto de vista socio-ecológico: controles ambientales y reducción del despilfarro, creación de una cultura medioambiental seria, solidaridad con la mayor parte de la población mundial y reducción de los desequilibrios y desigualdades.

Lo que sí puede hacer el mercado es inducir a la reducción de algunos consumos y generar la aparición de un sector de empresas medioambientales orientadas a «reparar» algunos de los efectos más visibles del caos ambiental, a hacer soportable el modelo de crecimiento actual. Pero no sólo tiende a perder de vista la solución de las cuestiones generales que requieren una participación colectiva de la sociedad, sino que indirectamente puede generar un mayor despilfarro de recursos (la industria «reparadora» también utiliza recursos naturales, energía, etc.). Al mismo tiempo se sigue planteando como modelo de desarrollo el consumo de bienes situacionales, limitados y no generalizables (coches, vivienda en parajes determinados, bienes de lujo) que generan una enorme presión social sobre los recursos existentes.

Ante esta situación el movimiento ecologista va a estar dividido entre dos opciones. Una, la que a corto plazo tiene mayores probabilidades de éxito, es la de aceptar como dado el actual marco social apoyando las medidas racionalizadoras que sean compatibles con el mismo. En un sistema basado en la desigualdad económica, estas medidas van a generar mayores diferencias y privilegios: la racionalización vía precios es una forma de racionar los bienes que excluye a los más pobres (p.ej. los peajes).[21] El otro peligro asociado es el mayor autoritarismo político que se justificará por la falta de civismo de los grupos excluidos del acceso a estos recursos limitados.[22]

Sin negar la necesidad de muchas de las medidas racionalizadoras, e incluso de la necesidad de tolerar algunas desigualdades, parece claro que un proyecto ecológico serio exige tomar en consideración la cuestión social. El mantenimiento de un equilibrio ambiental a largo plazo va a ser imposible sin garantizar unas condiciones de vida satisfactorias a todo el mundo.[23] Ello conduce a promover una convergencia entre propuestas ecologistas y propuestas sociales de forma que el resultado sea un proyecto que combine todas las cuestiones en juego: ecológicas, laborales, políticas, etc. Un trabajo que aún está pendiente en el Estado español y que exige poner en contacto las distintas sensibilidades que aportan retazos a este proyecto alternativo.

Hasta ahora la orientación predominantemente medio ambiental por parte del sector dominante del movimiento ecologista y la existencia de incomunicaciones y estereotipos entre gran parte de los posibles aliados (ecologistas, sindicalistas, fuerzas de izquierda, etc.) han dificultado el diálogo y retrasado la discusión de propuestas de desarrollo generales. Sin embargo algo parece

[21] Un buen ejemplo lo reflejan las propuestas de reconversión turística. Ante la crisis del turismo de masas se propugna ahora una alternativa de «turismo de calidad» que al margen de su carácter elitista supone nuevas agresiones al medio en forma de construcciones de campos de golf, puertos deportivos, etc. Para una crítica, el Programa electoral de los Verdes de Mallorca, 1991.

[22] Hay que contar asimismo el papel de las regulaciones burocráticas. Los límites al acceso a los parques naturales no impiden por ejemplo, que el jefe del Gobierno español, pueda veranear cada año en Doñana. No estamos en contra de la regulación sino de su aplicación discriminatoria.

[23] De hecho un efecto indirecto de la crisis ecológica y de las desigualdades del desarrollo se refleja ya con las presiones inmigratorias en los países centrales (incluida España) y que abren las puertas a otro espectro: el del racismo. El movimiento ecologista tiene aquí otro campo de acción necesaria.

estar cambiando lentamente como lo muestran algunas de las experiencias recientes que hemos reseñado en la sección anterior así como la voluntad de apertura que se detecta en los debates congresuales de muchas de las fuerzas en juego (nos referimos p.ej. a los congresos de organizaciones políticas y sindicales realizados a lo largo de 1991).

8. UN COMENTARIO FINAL

El ecologismo del Estado español es joven y poco sólido, pero presenta seguramente muchas de las características que van a producirse en otras sociedades de industrialización intermedia. En ellas se combina una compleja estructura social generadora de percepciones diversas sobre el mundo real y un cierto consenso social desarrollista orientado a alcanzar las cotas de consumo de las naciones más avanzadas. Es especialmente interesante subrayar que la aparición de nuevas capas medias no ha significado la aparición automática de una base ecologista suficientemente amplia como se ha sugerido en otros países, ya que no depende sólo del nivel de ingresos sino también de la trayectoria cultural y la madurez social.[24]

La debilidad del movimiento se explica también por el fraccionamiento de los grupos activistas fruto en parte de un exceso de personalismos y dogmatismos alimentados en buena medida por la propia situación de marginación social (p.ej. en el acceso a unos medios de comunicación muy reacios al tema). Una reflexión política más amplia por parte de todos los sectores implicados puede generar experiencias de colaboración que rompan este aislamiento y ayuden a articular un tejido social tan numeroso como requieren los problemas a abordar. La necesidad de concretar las formas de construcción de este debate y estas alianzas sociales es posiblemente el requisito previo para que en nuestro país se empiece a elaborar un proyecto serio de desarrollo ecológico y socialmente deseable.

[24] Al menos en el área de Barcelona, la participación en campañas generales (p.ej. las últimas de la Guerra del Golfo y de las centrales nucleares), ha sido mayor en los barrios obreros que en el centro, debido a la existencia de núcleos más arraigados.

mientras tanto

Una Humanidad justa en una Tierra habitable

mientras tanto - Apartado de Correos 30.059 - Barcelona

Nombre .....
Dirección .....
Población ..... C.P. .....
Provincia ..... Teléfono .....
Profesión ..... Ocupación .....
De parte de (si suscribes a un amigo) .....

Tarifa:

- ☐ España. Suscripción normal ..... 2.500 ptas. + gastos postales de envío
- ☐ Europa ..... 5.000 ptas. = 50 $
- ☐ Resto del mundo ..... 5.500 ptas. = 55 $

Forma de pago:

- ☐ Talón adjunto n.º .....
- ☐ Transferencia a la cuenta corriente n.º 003402/63 de la Caja de Ahorros de Cataluña. Agencia Sarrià. Calle Benedicto Mateo, núm. 49. 08034 Barcelona.
- ☐ Giro postal a la cuenta corriente postal n.º 02985518. (Al usar esta forma de pago, el suscriptor debe enviar por carta a la secretaría de mientras tanto el resguardo de giro junto con su nombre. No podemos cobrar los giros que se envíen al Apartado de Correos, por lo que todos deben dirigirse a la cuenta corriente postal antes citada.)

mientras tanto

PAPELES PARA LA PAZ, 44

EL MUNDO CONTINUA CAMBIANDO ACELERADAMENTE, SIENDO POSIBLE QUE SE LLEGUE AL UMBRAL DEL AÑO 2000 CON MAS PAISES Y FRONTERAS MODIFICADAS, CON NUEVOS CENTROS DE PODER ECONOMICO CONSOLIDADOS Y MAS CONVULSIONES SOCIALES Y POLITICAS EN EL TERCER MUNDO Y EL EX MUNDO COMUNISTA.

En su número 44, **PAPELES PARA LA PAZ** estudia la desintegración política, social, económica y nacional de la URSS, posiblemente el fenómeno más importante de este fin de siglo, tanto en términos políticos como económicos y militares, acentuando la crisis por la que atraviesan países como Cuba. También se analizan los cambios políticos en Argelia y las causas del ascenso del islamismo; se explican las raíces del genocidio producido en Timor, y en la línea de clarificar situaciones, se publica un trabajo del grupo de información ACCESS, de Washington, sobre la guerra en Yugoslavia.

El futuro de la defensa europea es explorado a través de un trabajo que profundiza en las diferentes perspectivas, proyectos y tensiones del debate sobre la seguridad del continente europeo, complementado con otro que estudia el futuro de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE).

A un año del inicio de la Guerra del Golfo se presenta un detallado estudio sobre los efectos ecológicos de esta guerra en aquella zona, junto con otro dramático artículo desde una perspectiva feminista sobre esta guerra y el drama de las mujeres Kurdas, complementado con un conjunto de propuestas presentadas en la ONU para controlar el comercio internacional de armas.

Los cambios profundos que se están produciendo en Europa a través de un trabajo sobre el Berlín simbólico, así como un análisis del papel que tiene la investigación para la paz, completan este número, que incluye las secciones de crítica de libros y el boletín INFORPAZ.

INDICE

Presentación

ACTUALIDAD

- **Gorbachov: el último líder de la URSS**

Michael DOBBS

- **Maastrich y la defensa europea**

Mariano AGUIRRE y Ana ALONSO

- **Argelia, cara y cruz de dos totalitarismos**

María Antonia SANCHEZ-VALLEJO

- **La masacre de Timor**

Jill JOLIFFE

- **Yugoslavia: las raíces de la crisis**

Ronald J. BEE/ACCESS

- **La paz fría en El Salvador**

José Manuel MARTIN MEDEM

- **Resituar el debate sobre Cuba**

Saul LANDAU

PROPUESTAS

- **Presente y futuro de la CSCE**

Antonio-Luis MARTINEZ-PUJALTE LOPEZ

- **El registro de Naciones Unidas: medio de control del comercio de armas**

Vicenç FISAS

FEMINISMO

- **La militarización de la vida de las mujeres**

Cynthia ENLOE

TEORIA

- **El papel de la geografía en el análisis de los conflictos internacionales**

Miguel RIVAS CASADO

TESTIMONIOS

- **No más victorias como ésta: los efectos ecológicos de la guerra del Golfo**

Nicolau BARCELO

- **Berlín como microcosmos de la unidad alemana**

Martina FISCHER

- **El desarrollo en el mundo actual: un debate**

Graciela MALGESINI

- **Iniciativas y tesis sobre un desarrollo alternativo en Europa**

Jorge RIECHMANN

Libros

BOLETIN DE SUSCRIPCION A PAPELES PARA LA PAZ

Nombre.....
Dirección.....
Población.....CP.....
Provincia.....Tfno.....

Suscripción: 4 números anuales, 2.400 Ptas.
Forma de pago: Cheque, GiroPostal o
Contra Reembolso a nombre de FUHEM
C/ Alcalá, 119, 4o, Izda.
28009 MADRID
Tfno: (91) 435 0094 / Fax: (91) 577 9550

EL ECOLOGISMO EN EL ESTADO ESPAÑOL

Jordi Bigas

«Creo que con los cambios del Este ya no quedan radicalismos a excepción del ecologismo, que se opone frontalmente a un sistema, no por la manera de producir, sino por la destrucción que comporta, y esto puede ser peligroso porque en Alemania la mayor parte de los refuerzos de la extrema derecha han venido por allí. El peligro aparece cuando se convierte en fundamentalismo». Estas palabras, pronunciadas en una relajada entrevista veraniega por Vicent Albero, Secretario de Estado del Agua y el Medio Ambiente español,[1] revelan la actitud de los gobiernos socialistas hacia el ecologismo. ¿Es el movimiento ecologista tan peligroso? ¿Es un movimiento fundamentalista?

UN FANTASMA PEQUEÑITO

Josep-Vicent Marquès escribía en 1978: «Sería exagerado comenzar con aquello de "un fantasma recorre Europa", digamos que "un fantasma pequeñito recorre Europa en bicicleta". Es hijo de "hippies", "provos", ácratas y campesinos, pero tiene un aire a obrero cabreado por la contaminación del barrio y a ama de casa preguntándole al alcalde qué hace con los críos si no hay un parque a tres kilómetros. El fantasma lleva a veces gafas de empollón y recita estadísticas alarmantes. Se le creería a veces venido de otras épocas si no fuera porque habla de la fase del capital monopolista. La prensa informa sobre el fantasma tratándole ora con el desenfado que se le da a la noticia pintoresca, ora con la cómica seriedad que se concede a las noticias científicas. Este fantasma es el ecologismo y aún asusta relativamente poco a los grandes capitalistas; sin embargo, puede hacerles perder bastantes duros, por ejemplo obligándoles a interrumpir las obras de una central nuclear».[2]

Pero desde que en 1978 se publicaban estas reflexiones, han pasado muchos años y muchos de aquellos ecologistas han crecido y se han dispersado. En realidad sólo se encontraban juntos cuando eran muy pocos, pero al multiplicarse la militancia y los colectivos y al ir apreciando la dura realidad de la democracia española, todo el cuerpo orgánico del movimiento ecologista se ha ido diversificando y cambiando de caras, colectivos e iniciativas. En definitiva, los mensajeros se han multiplicado y los agentes sociales ambientales se han multiplicado. Además, el suave goteo, pero ininterrumpido, de militantes marxistas incorporándose al movimiento ecologista, ha hecho nacer el complejo de «Colón»: el de aquél que por el hecho de desembarcar cree ser el descubridor y el iniciador de la «verdadera» historia del movimiento. Algunos podrían creer que es una opinión de un vie-

[1] Entrevista aparecida en el semanario *El Temps*, número 377, septiembre de 1991.

[2] Josep Vicent Marquès, «Ecología y lucha de clases». Editorial Zero. Madrid, 1978, primera edición.

jo militante, pero lo que puede resaltarse es la parcialidad de todos los análisis históricos publicados sobre el movimiento ecologista.

¿Cúales son las dificultades de escribir una historia del movimiento ecologista bajo el Estado español? En primer lugar el movimiento ecologista se ha expresado por canales paralelos a los medios de comunicación convencionales. El acceso a los medios de comunicación ha sido limitado si se exceptúa el caso de el periódico vasco EGIN, que ha celebrado recientemente la edición del número 500 de Ingurugiroa, suplemento ecologista semanal.[3]

Una segunda dificultad es el carácter plurinacional del Estado español. La existencia de diferentes naciones sometidas por el Estado español ha generado diferentes prioridades y campañas. Octavi Piulats afirma que «cualquier balance global de lo que ha significado el movimiento verde se hace imposible dada la heterogeneidad de los pueblos del Estado».[4] Así, por ejemplo, en Castilla-La Mancha, la movilización más importante consiguió paralizar un proyecto de campo de tiro europeo y convertir el lugar elegido, Cabañeros, en un Parque Natural. En Castilla y León, los ecologistas no pudieron parar la finalización del embalse de Riaño, pero esa batalla significó la ruptura del ecologismo con el gobierno socialista. En Euskadi, la movilización más importante fue el conseguir parar dos reactores nucleares en Lemoiz y ahora parar la autovía de Leitzaran. (Dada la importancia del movimiento ecologista vasco, los lectores podrían remitirse a la cronología citada en la nota 3). En cambio, para los andaluces, el Parque Nacional de Doñana ha centrado gran parte de las campañas de dimensiones regionales o nacionales.

Además, el movimiento ecologista ha rechazado el «ámbito estatal» como marco de actuación. Una posición marcada por el apoyo del derecho a la autodeterminación de los pueblos sometidos al nacionalismo español.

Una tercera dificultad es la que expone el reconocido ecologista, escritor y periodista Joaquín Araújo. En un artículo reconoce: «Sería mejor si la historia de las organizaciones la escribieran otros y no los responsables y exresponsables de las mismas. Y menos si su vinculación ha sido apasionada, como reconozco que siempre ha sido la mía, con las federaciones y grupos que fundé y/o presidí. No menos inconveniente resulta que de las todavía escasas recopilaciones de los hechos del ecologismo hayan desaparecido algunas personas que lo hicieron posible».[5] Así, casi toda la bibliografía sobre el movimiento ecologista es obra y aportación de las propias biografías de los militantes que han protagonizado las campañas. Podríamos exceptuar el estudio realizado por la socióloga alemana Alwine Woischnik, inédito en castellano, aunque un resumen puede leerse en el número 16 de abril de 1990 de la revista berlinesa *Tranvía*, un estudio del sociólogo Fuentes sobre la base de cien formularios para Cruz Roja y el trabajo parcial de la Asociación Ecologista de Defensa de la Naturaleza (Aedenat), citado en la bibliografía.

[3] Las publicaciones más importantes del movimiento ecologista han sido «Bicicleta» (desaparecida y de orientación libertaria); «Alfalfa» (con 11 números publicados de verano de 1977 hasta verano de 1978); «El ecologista» (con 11 números publicados desde noviembre de 1979 hasta noviembre de 1980); el diario «Liberación» (1985-1986); «Bien», Boletín de Información de Energía Nuclear (nacido en junio de 1978 y desaparecido en abril de 1983 tras 28 números); «Terra Verda» (en catalán, con 25 números, el último aparecido en primavera de 1989) y «La Casa Verda» (publicación ecologista valenciana con 70 números publicados, el último en diciembre de 1991). Además destacan dos revistas de circulación comercial: «Quercus» (nacida en 1981 y con 68 números publicados) e «Integral» (nacida en 1978, con 145 números publicados en enero de 1992) con su suplemento «El Correo del Sol».

«Ingurugiroa», que en euskera significa «medio ambiente», publica en el número 500 del 18 de septiembre de 1991 una cronología de los hechos más destacables de la historia del movimiento ecologista de Euskadi en la década de los 80.

[4] Octavi Piulats, «Aportaciones para una historia reciente del movimiento verde». Revista *Integral*. Barcelona, 1989.

[5] Joaquín Araújo, «CODA, la supraorganización del movimiento ecologista español». Madrid, 1990.

MULTITUD DE ORGANIZACIONES

¿Quiénes conforman hoy la conspiración socioecológica en el Estado Español? Recientemente, con motivo de la edición de «Páginas Verdes»,[6] una guía de recursos y colectivos ecologistas, verdes y alternativos, se han podido censar unos 700 colectivos ecologistas. Estos grupos son de carácter naturalista (dedicados a la observación de la flora, la fauna y de los ecosistemas), conservacionistas (dedicados a campañas de defensa de espacios naturales y especies protegidas), ecologistas urbanos (dedicados a temas como la energía, los residuos, los transportes y comunicaciones, el consumo y la solidaridad) y grupos de defensa de los derechos de los animales. En realidad no existe una separación clara entre las prioridades y límites de su actuación, y para hablar del conjunto del asociacionismo verde nos tendríamos que remitir al conjunto de «Páginas Verdes».[7]

Algunas campañas ecologistas han recibido una gran atención en los medios de comunicación, como la impulsada por Greenpeace contra la evacuación de residuos radiactivos al mar Cantábrico,[8] la oposición al Plan de Residuos del gobierno catalán, la del desmantelamiento de la central nuclear de Vandellòs (1989-1990), el intento de urbanizar las inmediaciones del Parque Nacional de Doñana en Andalucía o la de la Coordinadora Lurraldea en Euskadi contra el trazado de la autovía Irurzun-Andoain.

El asociacionismo ambiental sigue siendo el motor más importante de la conciencia ecológica y el agente más dinámico. Otros agentes como la burocrácia ambiental, los colectivos de profesionales, el marketing ambiental y la industria anaticontaminación, los partidos tradicionales, otras asociaciones y movimientos sociales, tienen aún un reducido papel en el cambio ambiental.

Los grupos locales tienen los siguientes rasgos: suelen reunirse semanalmente, coordinarse en su ámbito regional mensualmente, asistir a reuniones estacionales de coordinadoras estatales y casi nunca salen de la península Ibérica. Disponen de un portavoz ante los medios de comunicación, llevan a cabo campañas, editan modestos boletines y su eficacia es desigual. En realidad no llegan a evaluar la eficacia de sus campañas ni a planificarlas previamente en detalle. La forma organizativa asamblearia favorece que los miembros activos no pasen la docena, y gran parte de ellos son varones.

Otro estudioso de la historia del movimiento ecologista ibérico, Benigno Varillas, resume así la actividad de los grupos ecologistas: «Según una encuesta realizada por la asociación madrileña Aedenat en 1987, la mayoría de los grupos ecologistas españoles concentran sus esfuerzos en la defensa de las especies animales y espacios naturales, mientras que tan sólo un 30 % lo hace en asuntos de carácter urbano o industrial y apenas un 3 por 100 se dedican de forma prioritaria a la educación ambiental de sus conciudadanos».[9]

Estos grupos se hallan agrupados, en el ámbito estatal, en la Coordinadora Asamblearia del Movimiento Ecologista (CAME), la Coordinadora Estatal Antinuclear (CEAN) y la Coordinadora de Organizaciones para la Defensa Ambiental (CODA), aparte de encuentros sectoriales.

Este último organismo, inicialmente denominado Coordinadora de Defensa de las Aves, agrupaba mayoritariamente a los grupos naturalistas y conservacionistas, distanciados de los grupos ecologistas. Un proceso de maduración y renovación ha permitido la reconstrucción de esta Coordi-

[6] *Páginas Verdes*. Jordi Bigas, coordinador. Editorial Integral. Barcelona, 1991.

[7] El sumario de *Páginas Verdes* establece un cierto catálogo de los diferentes movimientos identificables como «verdes».

[8] La campaña de Greenpeace consiguió que en febrero de 1983 la Convención de Londres estableciera una moratoria del vertido de residuos radiactivos al mar, que fue ratificada en septiembre de 1985 y que se mantiene en la actualidad. Los medios de comunicación multiplicaron su atención a los problemas ambientales a partir de esta gran campaña, según señalan diferentes observadores.

[9] Benigno Varillas, «CODA, la supraorganización del movimiento ecologista español». Madrid, 1990.

nadora que, a diferencia de las anteriores, dispone de una oficina de coordinación con un cierto mandato de actuación. Los grupos que constituyen la CODA, un centenar, disponen de 37 empleados trabajando profesionalmente en la defensa de la naturaleza, 35.000 afiliados, un centenar de locales y oficinas, y editan una cincuentena de revistas y boletines y llevan adelante unas 500 campañas de defensa de la naturaleza, básicamente centradas en la defensa de espacios naturales, especies en peligro de extinción, su comportamiento y censo, etc.[10]

Uno de los factores que puede haber propiciado esta confluencia de colectivos es la dinámica introducida por Greenpeace al abrazar y combinar campañas antinucleares y pacifistas con otras destinadas a la protección de especies en peligro de extinción.

También actúan las organizaciones internacionales Adena (WWF), fundada en 1968, Greenpeace-España fundada en 1983, la Federación de Amigos de la Tierra (1979) en Madrid, etc. No están presentes otro tipo de organizaciones de acción directa de carácter internacional como Robin Hood y otros grupos como el Animal Liberation Front.

Los partidos políticos de izquierda son los encargados de conectar el movimiento ecologista con el pacifista, el feminista o un conjunto de movimientos sociales. Mientras tanto, la docena de grupos de tradición leninista, entre los que destaca Izquierda Alternativa, intervienen en el movimiento ecologista y pacifista insistiendo todavía en la parcialidad de sus propuestas. Como antes, «el partido es lo global, las organizaciones sociales, lo sectorial».

El Partido Comunista de España (PCE) ha sido, por lo menos desde la transición política, un partido dedicado a la «política de Estado»: corbatas, declaraciones de adhesión a la corona y a la bandera rojigualda, pactos y política profesional, actuando como moderador de las reivindicaciones sociales en las instancias de poder.

La Socialdemocracia no ha sido capaz de articular una propuesta ambiental aunque han publicado el informe Brundtland. En realidad ha contemplado el movimiento ecologista como un problema de orden público. Por ejemplo, el primer encuentro ambiental socialista dedicó buena parte de su tiempo a confeccionara una «lista negra» de los grupos ecologistas que no debían recibir ningún tipo de subvención gubernamental. En numerosas ocasiones los ecologistas han sido criminalizados, reprimidos o sometidos a vigilancia. Son reveladoras anécdotas como la acusación de un cargo socialista a Acció Ecologista-Agró, un prestigioso grupo valenciano con un millar de socios, acusados del delito de «hacer política».

El estilo del gobierno socialista ha heredado «tics» propios del franquismo, ya que el aparato administrativo estatal del antiguo régimen no ha sido modificado por los socialistas. Asi, por ejemplo, las subvenciones destinadas a actividades ambientales son reducidísimas en comparación con las que reciben las asociaciones de consumidores en general poco críticas con el gobierno.

Un último ejemplo de este comportamiento es la escasa relevancia con que las autoridades han abordado el encuentro de Río de Janeiro. A diferencia de otros lugares ni siquiera se ha convocado un foro de debate previo al lamentable informe oficial.

LOS VERDES

El 29 de mayo de 1983, con el respaldo de Petra Kelly, se decide en el Puerto de Santa Cruz de Tenerife (País Canario) la creación de un partido verde en el Estado español. Una Comisión gestora se encarga de convocar una conferencia en Sevilla (capital de Andalucía), que en diciembre de 1983 constituye Los Verdes. Posteriormente, la incapacidad de sus promotores y la debilidad organizativa les impedirá consolidarse y se multiplicarán las deserciones y escisiones.

En la actualidad la organización confe-

[10] Benigno Varillas, «El papel de las organizaciones gubernamentales en la conservación de la naturaleza». Ponencia en «Reflexiones sobre el Medio ambiente». Fundación Friedrich Ebert. Madrid, 1990.

deral de Los Verdes es la única organización verde estable, con un centenar de asambleas locales, una docena de federaciones y unos débiles organismos de coordinación. La anunciada victoria electoral de Los Verdes no se ha producido hasta ahora en ningún lugar, en parte por la propia debilidad de la organización y la falta de ayuda internacional a su desarrollo.

Dos factores externos a los ecologistas y verdes han potenciado la ausencia de resultados electorales, el sistema electoral y la presencia de una secta en competencia.

El sistema electoral español no es proporcional y establece una serie de barreras para acceder al reparto de escaños como la obtención de un 5 % de los votos en diversos parlamentos autónomos. En las elecciones locales la barrera es de un 5 % de los votos emitidos y por lo menos un 3 % en las provincias mayores para obtener un escaño en el parlamento español (Cortes Generales) y en la práctica un porcentaje mayor en la mayoría de provincias. El sistema electoral vigente, aunque teóricamente proporcional, discrimina mucho contra partidos minoritarios.

Aparte de la división de los verdes, con la presentación de hasta tres o cuatro candidaturas en algunas elecciones y localidades, el Ministerio del Interior facilitó la legalización y presencia electoral de una secta de origen argentino (La Comunidad de Silo o El Movimiento). Esta secta ha utilizado la intervención político-electoral para captar adeptos. Inicialmente utilizaron el llamado «Partido Humanista», pero al no tener gancho electoral utilizaron la denominación de «Los Verdes Ecologistas». Si bien una sentencia judicial impide desde hace unos meses el uso de esta denominación y ha frenado el número de localidades donde presentan sus candidaturas, se han seguido presentando a las elecciones induciendo a la confusión. Al parecer ahora utilizarán la denominación de «Los Ecologistas» en próximos encuentros electorales.

Los beneficiarios de esta confusión han sido los socialistas y comunistas frente a unos verdes «nacidos sietemesinos y con graves problemas de salud». Así, gracias a la secta y la división, el mensaje de Los Verdes llegaba, cuando podía, con mucho «ruido de fondo». No se debe despreciar las consecuencias que este problema ha tenido en la difícil consolidación de Los Verdes. Los resultados de las pasadas elecciones al Parlamento Europeo en 1989 hubieran permitido la obtención de un escaño si no hubiera sido por la división de votos destinados a Los Verdes.

Quizás alguien pueda preguntarse dónde estaban estos verdes. La respuesta es bien sencilla: en los movimientos sociales. De hecho, las relaciones de Los Verdes con las asociaciones ecologistas como la Coordinadora Asamblearia del Movimiento Ecologista (CAME) y la Coordinadora Estatal Antinuclear (CEAN) han sido difíciles. En la ponencia del cuarto congreso de Los Verdes se puede leer con detalle: «Las relaciones que tuvieron en sus inicios Los Verdes con asociaciones ecologistas como la CAME y la CEAN, son a este respecto paradigmáticas. En el sector antinuclear del ecologismo, tradicionalmente más dominado por grupos ecologistas procedentes de la izquierda extraparlamentaria, no existía ningún interés por un proyecto alternativo socio-político global al sistema establecido, ya que se apostaba más por utilizar el ideario ecológico como complemento de la ideología de la izquierda crítica clásica; en el sector del ecologismo menos organizado y de tipo asambleario, si bien se coincidía con Los Verdes al contemplar al ideario verde como una alternativa real posible al sistema, se criticaba abiertamente la obsesión político-electoral de los mismos, ya que para el movimiento ecologista asambleario cercano a las ideas libertarias, lo esencial en aquellos momentos era trabajar localmente».[11]

También es necesario comprender la complejidad de los movimientos sociales pacifistas centrados en la batalla del referéndum perdido del ingreso en la OTAN, las ilusiones posteriores respecto al papel

[11] «Teoria y praxis de la política verde en el Estado español. Una propuesta para la última década del siglo XX». Abril de 1991. Los Verdes. [La primera parte de esta Ponencia está reproducida en este número de *Ecología Política*. N. del E.]

que podía jugar Izquierda Unida como frente de los opositores a este sistema, o la actual perplejidad de los restos de la izquierda radical leninista ante la derrota electoral sandinista y el derrumbe de los regímenes comunistas de Europa.

Ahora el esfuerzo de recomposición de Los Verdes está centrado en la preparación de las campañas del 1992 en diferentes frentes: modelos culturales (Madrid capital cultural europea y Juegos Olímpicos de Barcelona), la fraternidad con el Sur (celebración del 500 aniversario del inicio de la expoliación colonial en América, 500 aniversario del aplastamiento del reino árabe de Granada) y las campañas contra otros proyectos fetichistas como la línea del Tren de Alta Velocidad (TAV), las consecuencias socioecológicas y socioeconómicas del Acta Unica Europea, la conferencia mundial del medio ambiente en Brasil, etc. Todo ello comporta una gran dificultad para aunar todo el potencial político en una de las necesidades más perentorias del movimiento verde: disponer de un programa global.

LOS TERMINOS DE LA CONSPIRACION

Todo ello conduce a una pregunta central: ¿cuál debe ser sel papel de Los Verdes en la «conspiración civil socioecológica»? Coloquialmente podríamos decir que «cada palo debe aguantar su vela» en un complejo entramado de iniciativas y asociaciones. La tormenta tras la guerra del Golfo persiste y la escuadra permanece desorientada, revisando sus criterios y su agenda. Conocemos tramas de esta conspiración pero no tenemos la certeza de que exista ya una Itaca. Además el marketing verde intenta responder a nuevas demandas del mercado orientadas, a veces, a un cierto narcisismo consumista. Pero esta conspiración necesita de otros muchos agentes, aparte de los colectivos verdes y ecologistas. Ha de comportar el nacimiento de una nueva cultura socioecológica, necesariamente de izquierda que si bien priorice las cuestiones sociales, comprenda la necesidad de desarrollar una cultura igualitaria, solidaria, antiracista y antifascista. En definitiva, que comprenda que no hay cambio ecológico sin cambio social, sin una cultura de democracia participativa, no-violenta y depositaria de las tradiciones emancipatorias de la humanidad.

Para reconfortarnos nos llegan las palabras de uno de los fundadores del movimiento ecologista. Dice Mario Gaviria: «Mientras tanto, lo más alternativo que tenemos en tecnología es nuestro propio cuerpo. Hacer el amor, comer, bailar, cantar, reírse y dormir soñando con los pajaritos, tener buenos amigos y disfrutar del placer de respirar es lo más barato y lo más ecológico. Que no nos pase como al hortera de Julio Iglesias que cantaba que se le olvidó vivir».[12]

BIBLIOGRAFIA

AEDENAT, «Situación actual del movimiento ecologista». Asociación Ecologista para la Defensa de la Naturaleza. Madrid, 1987.

AEORMA, «Esto es Aeorma». Asociación Española para la Ordenación del Medio Ambiente. Madrid, 1976.

BIGAS, Jordi, «Ecologia, història d'un desengany». Revista *Batlia*. València, invierno de 1985.

BIGAS, Jordi, «Páginas Verdes». *Guía de recursos ambientales*. Editorial Integral. Barcelona, 1991.

BIGAS, Jordi, «Diccionari verd». Revista *El Temps*. València, agosto de 1991.

CODA, «Coda, la supraorganización del movimiento ecologista español». Madrid, 1991.

COSTA MORATA, Pedro. «El movimiento ecologista: historia y ética». Capítulo 8 del libro. *Hacia la destrucción ecológica de España*. Ediciones Grijalbo. Madrid, 1985.

PIULATS, Octavi. «Una historia reciente del movimiento verde». *Revista Integral*. Barcelona, número 112, abril de 1989.

VARILLAS, Benigno y da Cruz Humberto.

[12] Mario Gaviria. «Tecnología, desarrollo y modelo ecológico para Euskadi». Jornadas sobre ecología y participación ciudadana organizadas por la Coordinadora Lurraldea, Iruñea, abril de 1991. Ver también la larga entrevista con Mario Gaviria publicada en *Archipiélago*, 8. 1991.

«Para una historia del movimiento ecologista». Madrid.

VARILLAS, Benigno, editor. «Historia de la conservación de la naturaleza en España, 1968-1985». Madrid, número especial de la revista *Quercus*. Cuaderno 20, otoño de 1985.

VARILLAS, Benigno. «El papel de las organizaciones no gubernamentales en la conservación de la naturaleza», comunicación en «Reflexiones sobre el medio ambiente». Simposio celebrado en septiembre de 1989 con la participación de organismos de la administración pública y movimientos sociales en defensa de la naturaleza. Madrid, 1990.

VARIOS. «Crítica ecológica y alternativa». Número extra de verano de 1977 de la revista *Alfalfa*, (1977-1978).

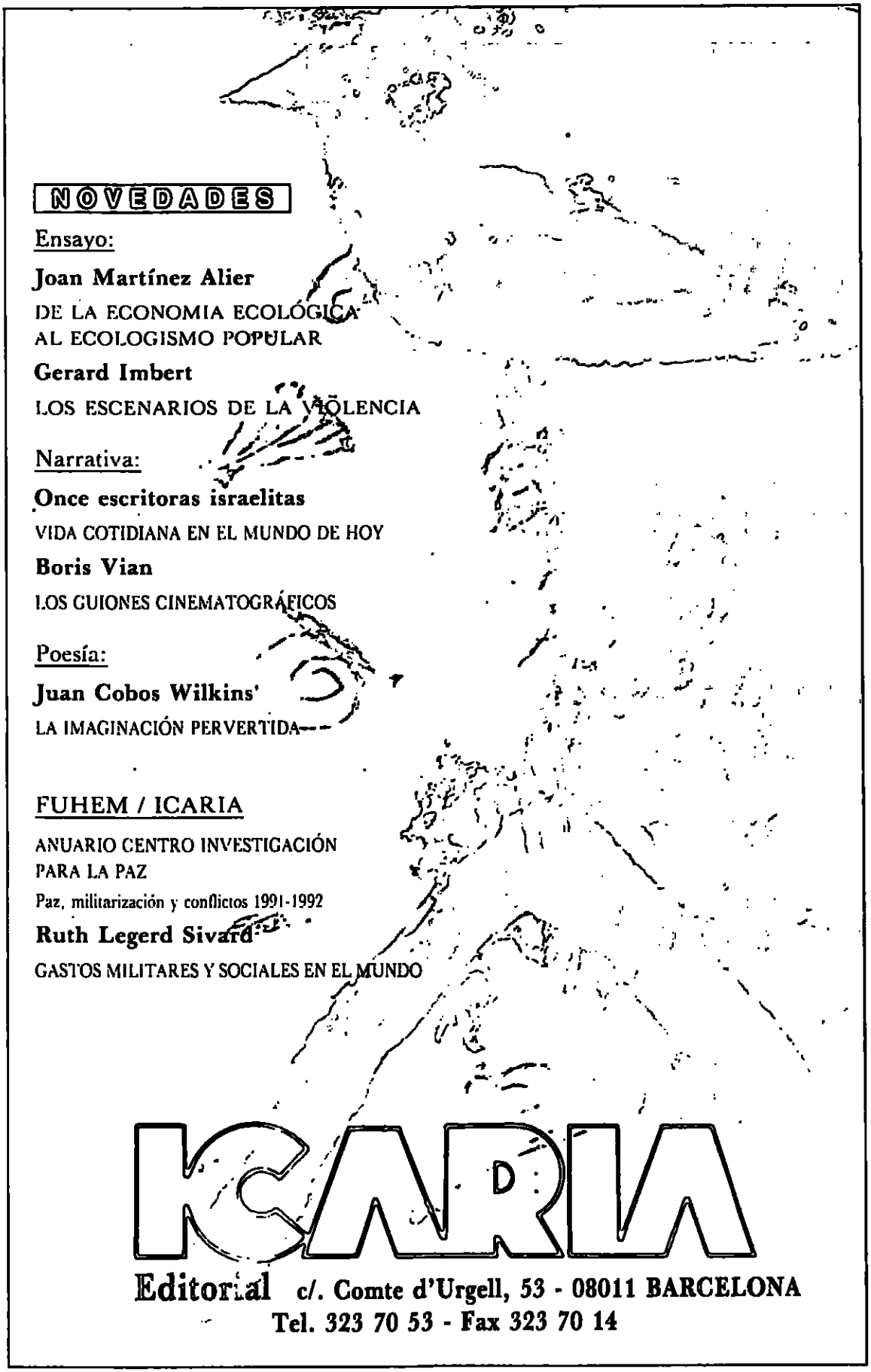
VARIOS. «Ecología y política». Jornadas celebradas en Murcia en mayo de 1979. Revista *Zona Abierta* número 21. Septiembre-Octubre de 1979. Incluye comunicaciones sobre ecología y política en Catalunya, Galicia, Asturias, Aragón, Andalucía y Canarias.

revista integral

para cambiar las cosas desde la raíz.

INTEGRAL lleva doce años abriendo brecha en los temas que hoy tienen la más candente actualidad: ecología, defensa de la naturaleza, solidaridad con el Tercer Mundo y las minorías étnicas, medicina natural y alternativas sanitarias, salud corporal, desarrollo personal, antropología, viajes, agricultura biológica, energías no contaminantes...

Al tratar conjuntamente todos esos aspectos, sin incluir publicidad, Integral es una publicación sin parangón en en planeta. La revista, a todo color, incluye además en su interior El Correo del Sol, un dinámico periódico en papel reciclado.



NOVEDADES

Ensayo:

Joan Martínez Alier

DE LA ECONOMIA ECOLÓGICA AL ECOLOGISMO POPULAR

Gerard Imbert

LOS ESCENARIOS DE LA VIOLENCIA

Narrativa:

Once escritoras israelitas

VIDA COTIDIANA EN EL MUNDO DE HOY

Boris Vian

LOS GUIONES CINEMATOGRÁFICOS

Poesía:

Juan Cobos Wilkins'

LA IMAGINACIÓN PERVERTIDA

FUHEM / ICARIA

ANUARIO CENTRO INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ

Paz, militarización y conflictos 1991-1992

Ruth Legerd Sivard

GASTOS MILITARES Y SOCIALES EN EL MUNDO

ICARIA

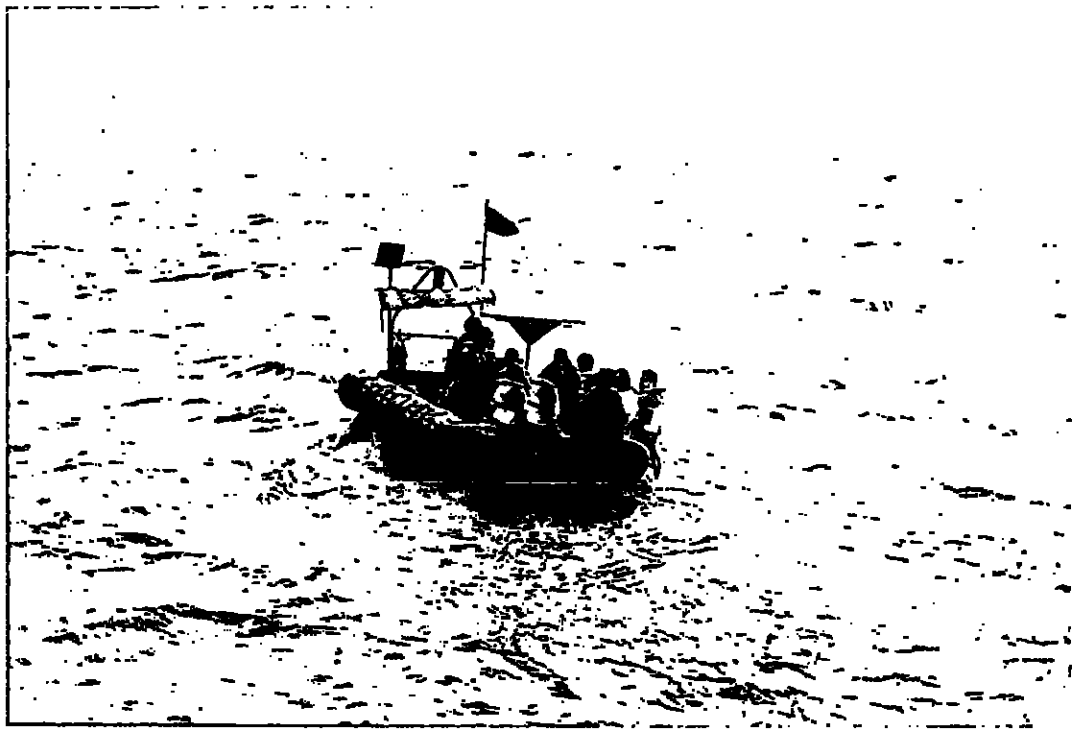
Editorial c/. Comte d'Urgell, 53 - 08011 BARCELONA

Tel. 323 70 53 - Fax 323 70 14

E C O-T U R I S M O

EL VIAJE DEL «MV GREENPEACE» AL GOLFO PERSICO

Nicolau Barceló



Entre el 5 de agosto y el 7 de octubre de 1991, el buque *MV Greenpeace*, de la organización del mismo nombre, navegó en aguas del Golfo Pérsico con el cometido de continuar las investigaciones de Greenpeace en torno al desastroso resultado humano y ambiental de la guerra que siguió a la invasión de Kuwait por las tropas de Sadam Husein. Los resultados e interpretaciones de los mismos ya han sido difundidos a través de los medios de comunicación o en otras publicaciones.[1] Dado que el trabajo de Greenpeace en Oriente Medio revistió algunas peculiaridades de interés —por lo menos en comparación con campañas y actividades más conocidas de la organización—, a renglón seguido se expone una visión complementaria, refiriendo otros aspectos de la expedición.

Lo cierto es que ni en Irán ni en Arabia

[1] Véase *La guerra del Golfo. El Impacto*. Ed. Fundamentos. Madrid, 1992. El texto que aquí se publica es una versión abreviada de un capítulo de este libro. Véase también Barceló, Nicolau, «No más victorias como ésta: los efectos ecológicos de la guerra del Golfo», en *Papeles para la Paz* n.º 44, CIP, Madrid, 1992.

Saudí hubo apenas ocasión de salir del recinto portuario. No hubo baño cultural en las fugaces salidas exteriores. Los sucios muelles en los que el «MV Greenpeace» atracó, bajo inmensas grúas de carga y descarga de contenedores, poco ilustraron al equipo de Greenpeace sobre culturas diferentes a la occidental. Eso sí, es evidente que Japón ha exportado grúas a Oriente Medio.

El *MV Greenpeace* es un viejo remolcador de altura, que ha navegado en el Polo Norte y en el Polo Sur, y que ha protestado contra las armas nucleares de los EE.UU., la URSS, Francia y Gran Bretaña. Con una tripulación, un equipo científico, un cámara y un fotógrafo, dos coordinadores y algunos periodistas a bordo, pasó dos meses en las aguas más bélicas de la última década. La expedición se aplicó a estudiar las aguas (marinas y potables), las costas, los fondos marinos, los corales, los mamíferos marinos, el suelo y la atmósfera de los países afectados por la guerra accesibles por vía marítima, es decir, Bahrein, Arabia Saudí, Kuwait e Irán.[2]

En el mundo occidental, la opinión pública vivió la guerra del Golfo como una más de las series americanas de televisión. Hubo héroes, buenos y malos, suspense, imágenes de tecnología militar y, también como en las películas, sólo murieron los malos. Algunos, han querido ver hasta un final feliz. Al terminar los capítulos, toda la atención se dirigió a nuevas series de televisión y se olvidó la guerra del Golfo.

En Greenpeace, se vivió de una manera diferente. Tras la invasión de Kuwait, se acumuló en Oriente Medio un potencial bélico sin precedentes, incluidas más de mil armas nucleares y se vaticinaba una potencial destrucción humana y ecológica igualmente sin precedentes. Además, el petróleo ensuciaba todas las declaraciones de las partes en litigio. Esos hidrocarburos nos han creado tal dependencia, que somos incapaces de ver que sus reservas son limitadas y sus efectos ecológicos desmesurados. Se trataba de una guerra por una sustancia de la que nos vamos a ver obligados a prescindir más pronto o más tarde. Buena parte de las estimaciones catastróficas se confirmaron.

CRONOLOGIA

Agosto de 1991

5 — El *MV Greenpeace* llega a Bahrein procedente del Cantábrico, tras escala en Civitavecchia (Italia).

7 — Conferencia de prensa a bordo del buque organizada por el Ministerio de Información de Bahrein. Greenpeace denuncia que los esfuerzos por recuperar la costa saudí han desaparecido.

11 - Tras arduas gestiones, se consiguen los visados de entrada en Arabia Saudí, con excepción de los de un tripulante sudanés y uno yugoslavo.

14 - Seis científicos saudíes suben a bordo y el buque parte de Jubail. Empiezan tres semanas de evaluación del impacto de la marea negra causada por la guerra y de la contaminación procedente de los pozos de Kuwait.

27 - A iniciativa propia, el Ministerio de Información saudí organiza una conferencia de prensa a bordo del *MV Greenpeace*. La guardia costera acerca a 27 periodistas saudís al buque, que permanecía anclado lejos de la costa.

Septiembre de 1991

4 - Finaliza el estudio de la costa saudí. A solicitud de Greenpeace, el Ministerio de Información Saudí organiza una rueda de prensa. No hay un solo corresponsal extranjero en Arabia Saudí. De las 40 personas que acuden, tan sólo 5 son periodistas. El resto son cargos de varias agencias de medio ambiente y del propio Ministerio, sin olvidar un representante de la compañía estadounidense Bechtel. Esa misma tarde, el buque zarpa de Jubail con destino Kuwait.

[2] Irak no es accesible por vía marítima. El canal de Shatt-al-Arab no es navegable desde hace años. Greenpeace aplazó, por esta razón y por la lentitud de las comunicaciones con las autoridades iraquíes, su visita de estudio a Irak.

Greenpeace distribuye internacionalmente un comunicado de prensa y un vídeo sobre el lamentable estado de la costa saudí.

6 - Viernes, fin de semana. El oficial de turno en el puerto de Kuwait no sabe nada de la llegada del buque. Retraso de 6 horas. Tarde perdida en infructuosas negociaciones.

7 - Conferencia de prensa a bordo, con asistencia de prensa internacional y kuwaití, solicitada por Greenpeace y organizada por el Ministerio de Información. Dificultades en obtener pases para salir del puerto y permisos para las distintas actividades. El gobierno kuwaití ha cambiado los departamentos de medioambiente. Todos nuestros contactos han sido expulsados a causa de su actitud crítica.

8 - Reunión con científicos de varios organismos kuwaitíes. Los permisos van apareciendo. El laboratorio atmosférico inicia sus registros en Kuwait.

9 - El *MV Greenpeace* zarpa del puerto de Kuwait y empieza los trabajos de investigación en sus aguas. A bordo, viajan también seis científicos kuwaitíes.

18 - Rueda de prensa a bordo. Asiste numerosa prensa nacional e internacional, así como representantes de varios organismos ambientales kuwaitíes. Profundo desacuerdo sobre el estado del medio ambiente en Kuwait entre Greenpeace y dichos organismos. Fatigosas gestiones para recoger los visados para Irán.

19 - Finaliza el estudio del medio ambiente en Kuwait. Vuelo en helicóptero sobre uno de los campos con pozos de petróleo ardiendo. El infierno. El *MV Greenpeace* zarpa de Kuwait con destino Irán.

21 - El buque ha permanecido toda la noche en el ancladero de Kohr Musa, lugar donde se reciben instrucciones de las autoridades portuarias de Bandar Imam Jomeini antes de recibir al práctico. Todas las gestiones por radio resultan infructuosas.

22 - El práctico no vendrá hasta el día siguiente.

23 - Llegada a Bandar Imam Jomeini. Se prohibe bajar a tierra a todos los componentes de la expedición.

24 - Pesadilla burocrática sin resultado. Derrota en el partido de fútbol contra la policía del puerto.

26 - Con cuatro días de retraso, el buque zarpa de Bandar Imam Jomeini. Viajan también a bordo 6 científicos y dos militares iraníes por «razones de seguridad». Empieza la labor científica.

29 - Detenidas dos lanchas neumáticas y confiscado todo el equipo audiovisual.

30 - A última hora de la tarde, la policía devuelve el equipo audiovisual y autoriza a zarpar al buque.

Octubre

1 - Llegada a Bahrein.

8 - Fin de la expedición.

ECONOMICA Y POLITICAMENTE INDEPENDIENTE

Uno de los aspectos más interesantes del programa de Greenpeace en el Golfo era el establecimiento de relaciones entre una organización ecologista internacional económica y políticamente independiente y unos gobiernos —más exactamente, diferentes departamentos ministeriales— de unos países que no prevén la creación de organizaciones no gubernamentales (ONG).

Los trámites portuarios y de aduanas, sin ir más lejos, se complican infinitamente al tratarse de un buque que no compra ni vende nada, cuya tripulación procede de muchos países diferentes y que solicita permisos para actividades tan únicas como la celebración de una conferencia de prensa a bordo. Los télexes van y vienen entre Riad (o Teherán) y las autoridades portuarias. Puede ocurrir que todas las distintas autoridades crean que es un asunto de su competencia y puede ocurrir todo lo contrario.

De pronto, su interlocutor no es ni otro gobierno ni una compañía multinacional. No es una cuestión de compra/venta de armas o de petróleo. Se trata más bien de las consecuencias de estas actividades.

Sin embargo, se calca el modelo. Toda compañía que quiera operar en algún país del Golfo debe tener un patrocinador (el término que se utiliza es el inglés «sponsor», incluso hablando en árabe) del país en

cuestión. Es sencillamente inconcebible, por ejemplo, que una empresa española obtenga un contrato de reconstrucción en Kuwait sin un kuwaití autorizado para hacer las veces de patrocinador en la junta directiva de su delegación kuwaití. Asimismo, Greenpeace se ha visto en la obligación de tener patrocinadores (no económicos, pero sí formales): la Administración de Meteorología y Medio Ambiente en Arabia Saudí, el Departamento de Protección Ambiental de Kuwait y la Organización de Puertos y Navegación en Irán (designada por el Departamento de Medio Ambiente de Teherán).

Todos estos organismos esperaban que Greenpeace les conectara con sus equivalentes en Amsterdam, Londres o Washington y se sorprendían a medida que se daban cuenta de que el «tú a tú» era con Greenpeace y con nadie más. En Teherán no daban crédito a sus ojos cuando vieron que en la propuesta de programa no había ninguna solicitud de financiación.

Hubo que explicar hasta la saciedad que los fondos de Greenpeace provienen única y exclusivamente de las cuotas de millones de socios. Que no había patrocinador, ni gobierno, ni empresa, ni partido tras la organización. Muchas personas no lo llegaron a entender.

También para Greenpeace la situación era novedosa. Greenpeace colabora puntualmente con grupos ecologistas, organismos oficiales, universidades, agencias de medio ambiente, etc., pero siempre voluntariamente, no porque exista la obligación de tener un tutor de la administración. Mantener esa incuestionable independencia se convirtió en uno de los retos políticos más apasionantes e interesantes: servirse del componente de amabilidad y de facilitación que hay en la tutoría del patrocinador sin ceder ante el componente de control de la misma. La incomodidad de Greenpeace en estas alianzas de conveniencia se vio superada por la de los patrocinadores al arreciar las críticas sobre la pobre respuesta a la situación ambiental derivada de la guerra.

Una de las mayores satisfacciones del trabajo de Greenpeace en el Golfo fue la contribución al reforzamiento de un espacio social y civil para la participación de otros actores políticos (en el sentido etimológico del término) en la vida pública de estos países. De hecho, en Kuwait, durante la invasión iraquí se formó el Equipo de Acción Ecológica de Kuwait (Kuwaiti Environmental Action Team, KEAT). Sus integrantes son un conjunto de científicos de diversas ramas de las ciencias naturales. Su actividad pública ha sido castigada por el Gobierno de Kuwait. La mayoría han perdido sus ocupaciones en la dirección de la respuesta a la catástrofe ambiental que vive su país.

Esta primera ONG ecologista del Golfo recibió con agrado el impulso y el apoyo de Greenpeace, a la vez que se unía a su crítica contra el Gobierno de Kuwait por encubrir descaradamente la gravedad del estado ambiental del país. Es importante que se abran un hueco en la sociedad kuwaití, que sean imitados por colegas en los demás países y que puedan ejercer de patrocinadores de Greenpeace —si todavía es necesario tenerlos— en próximos periplos en la zona. Sería una alianza mucho más natural.

PRIMERA EVALUACION AMBIENTAL[3]

Sin pretensiones científicas y al margen de los informes que ha publicado Greenpeace, se pueden anticipar algunas ideas fundamentales a partir de observaciones directas personales y de los cuatro comunicados de prensa que Greenpeace distribuyó internacionalmente durante la expedición.

Tanto la invasión de Kuwait como la posterior reacción internacional y la guerra tuvieron causas y consecuencias ecológicas. Unas y otras se mueven, fundamentalmente, en torno al petróleo.

Greenpeace definió, tras seguir muy de cerca la guerra del Golfo y tras varios viajes a Kuwait y Arabia Saudí, algunos objetivos

[3] Los desastres humanos y ecológicos que la guerra causó en Irak no han sido incluidos, puesto que no fueron estudiados en el transcurso de la expedición que se narra. Los textos citados en la nota 1 contienen amplia información sobre Irak.

básicos en su evaluación del impacto ambiental de la guerra e identificó las áreas de trabajo. Estos objetivos eran, en primer lugar, evaluar los efectos ecológicos de la guerra a medio plazo. En segundo lugar, devolver el tema del impacto ambiental de la guerra a los círculos de debate público, ante la evidencia de que se encubría desde Kuwait y Washington. La imagen ofrecida de *invasión, guerra y todo normal* es falsa. En tercer lugar, subrayar la importancia del medio ambiente en relación a la guerra del Golfo, tanto en los países occidentales como en los propios países de la zona.

Para ello, se planificó un programa que debía incluir el mismo tipo de investigación en todos los países afectados, sin olvidar las particularidades de las consecuencias ecológicas en cada uno de ellos. Este programa debía, además, ser *realista*, es decir, al alcance de los recursos humanos, técnicos y económicos de Greenpeace y negociable con los gobiernos de los países afectados, sin cuyas autorizaciones es totalmente imposible trabajar en sus aguas y territorios. El patrocinio de los respectivos departamentos de medio ambiente era imprescindible. Así, el programa constaba de una vertiente marina —costas, agua, fondos, corales y mamíferos marinos— y una atmosférica.

De todo el programa, en esta primera evaluación, hay dos aspectos singularmente relevantes: el lamentable estado de la costa saudí y la catástrofe ecológica y humana en que se encuentra Kuwait.

Las estimaciones oficiales saudíes de la marea negra que se produjo durante la guerra del Golfo cifran la cantidad de petróleo vertido al mar entre 6 y 8 millones de barriles. Cerca de 2 millones de barriles fueron recuperados por la Administración de Meteorología y de Protección del Medio Ambiente (MEPA) de Arabia Saudí. El resto impactó principalmente en unos 700 km de costa saudí, aunque las costas de Bahrein, Irán y Kuwait también se vieron afectadas por la marea negra. El tramo cubierto por el equipo científico de Greenpeace ronda los 400 km.

Lejos de la costa, apenas se encuentran manchas de petróleo. Sin embargo, en la costa es tanta la cantidad de petróleo que se encuentra en el fondo marino y en las franjas intermareales de las zonas arenosas, que en las costas poco resguardadas se producen continuamente trasvases de petróleo entre el mar y la costa por el efecto de olas y mareas. En las lagunas costeras y áreas resguardadas el petróleo ha penetrado lentamente en el fondo marino y en las playas.

A veces, un tramo de playa parece limpio. Sin embargo, es suficiente excavar unos centímetros con la mano para encontrar crudo líquido hasta una profundidad de 30 cms. En el fondo marino y en algunas playas se ha formado una costra de petróleo, algas y arena que se puede *pelar*.

También pudimos comprobar el declive de los esfuerzos de limpieza y recuperación. Con fondos de la Organización Marítima Internacional, unos 50 bangladeshíes dirigidos por 3 holandeses y provistos de palas, cubos y dos tractores pequeños arañaban unas playas, vertiendo la arena ennegrecida tras unos arbustos, a unos 200 m del mar, en la zona de dunas. Patético.

En cuanto a Kuwait, de acuerdo con la descripción ofrecida por el grupo ecologista KEAT, la situación ecológica de este país se resume en cinco grandes problemas:

1) La contaminación atmosférica procedente de los más de 700 pozos incendiados. Millones y millones de toneladas de petróleo han ido a parar a la atmósfera, produciendo muy diversas reacciones químicas. La nube de humo se extiende en toda la región del Golfo. Aún en septiembre, Kuwait City estaba permanentemente envuelta en una capa de humo a 200 mts de altura. Los días 23 y 24, debido a la acción del viento, Kuwait estuvo casi a oscuras.

2) La contaminación marina. Aunque la marea negra afectó sobre todo a la costa saudí, al sur de la terminal petrolífera de Ahmadi, todavía en aguas de Kuwait, eran perceptibles los restos de la misma. Además, en el norte de las aguas territoriales de Kuwait se formaban numerosas (un centenar en una rápida estimación desde un helicóptero), aunque pequeñas, mareas negras cuya procedencia era difícil de averiguar.

3) Otro grave problema, éste menos conocido por el público, es la calidad del agua doméstica en Kuwait. El suministro de agua se realiza mediante una planta desali-

nizadora y purificadora en la que se utiliza cloro. Parte de la contaminación atmosférica lógicamente se ha depositado en el mar. La combinación de cloro y de compuestos químicos procedentes de los pozos incendiados puede producir sustancias cancerígenas en el agua de consumo doméstico de Kuwait.

4) La ecología del desierto. Más de la mitad del suelo de Kuwait está cubierto de una sucia capa de petróleo. Junto a los pozos se formaron inmensos lagos de petróleo. La flora y la fauna, que ayudaban a fijar la arena del desierto, han desaparecido. Las trincheras y el tránsito de vehículos militares han dejado también su rastro en amplios espacios del territorio de Kuwait.

5) Los *residuos* de la guerra. Miles de minas y de bombas de racimo, munición apilada o dispersa, vehículos militares destruidos, etc. Las noticias sobre accidentes con minas aparecen a diario en los periódicos.

Ninguno de estos cinco apartados merece la atención del Ministerio de Sanidad kuwaití ni del Departamento de Protección Ambiental. Durante la estancia del equipo de Greenpeace en Kuwait, el Ministro de Sanidad dijo públicamente que *no había ningún problema* y que *no hay nada que temer en cuanto a la salud de los ciudadanos.* No se ha editado ni un simple folleto para los médicos o para los pacientes con información o instrucciones en caso de emergencia. Ni que decir tiene que no se han tomado medidas a largo plazo ni iniciado estudios sobre los efectos de tales problemas.

La magnitud del desastre ecológico observado fue una de las razones por las que la expedición del *MV Greenpeace* resultó dura para todos sus integrantes. A bordo, se generalizó la convicción de que el movimiento ecologista debía perseverar en sus campañas por un futuro energético más limpio.

LA LEY ISLÁMICA Y LOS GUERREROS DEL ARCO IRIS

Greenpeace es una organización con una todavía tímida experiencia fuera del ámbito de los países occidentales, aunque en los últimos años su proyección a otras zonas del planeta ha sido notable. En consecuencia, la mayoría de los miembros de la expedición eran occidentales. Una de las consideraciones asociadas al programa de Greenpeace en el Golfo era el respeto por las formas religiosas del Islam y la dificultad de *manejarse* en lo que aparecen como restricciones a las costumbres occidentales. Es norma en los buques de Greenpeace que la tripulación sea internacional y mixta. Por otro lado, en un clima como el del Golfo y en pleno verano ponerse más ropa que un pantalón corto y una camiseta requiere un esfuerzo.

Está claro, sin embargo, que hubo que adaptarse a las normas de cada uno de los países. En Arabia Saudí y en Irán, en el mismo puerto y sin salir del buque, las mujeres cubrieron piernas, brazos y cabeza si había visitantes de estos países. Los hombres, pantalón largo y, en Irán, brazos cubiertos hasta los codos. Ni siquiera siendo poco estrictos fue nada fácil.

La prohibición de beber alcohol se cumplió rigurosamente. Las autoridades portuarias de Arabia Saudí, Kuwait e Irán precintaron un armario del buque en el que se almacenaban unas cajas de cerveza. Fue saludable.

Greenpeace no tiene dudas en saltarse una ley cuando no queda otra solución en sus campañas de defensa del medio ambiente. No es ninguna afición ni ningún objetivo, aunque no pocas veces las leyes amparan la destrucción del medio ambiente. Sin embargo, en su proyección hacia el sur, Greenpeace deberá adaptarse a otras formas culturales y políticas mediante el aprendizaje de quienes ya se encuentran en su proyecto y mediante la incorporación de personas procedentes de *esos otros* ámbitos culturales y políticos.

A pesar del toque *hippy* que mantienen algunos miembros de la tripulación, no se produjo ni un solo problema con las autoridades en este sentido. Al contrario, varios de los científicos iraníes comentaron muy positivamente el esfuerzo que se estaba haciendo.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Tras la guerra del Golfo, establecer nuevos vínculos entre el mundo occidental y el mundo árabe aparece como algo ciertamente necesario. Esos vínculos deben ser *nuevos* en dos sentidos: en primer lugar, deben contar con la participación de nuevos actores, además de los ya habituales (gobiernos y empresas), con fines desinteresados y con una perspectiva internacional. La participación de los ciudadanos es muy importante para eliminar la mala imagen de occidente entre los árabes y del mundo árabe entre los occidentales. En segundo lugar, deben centrarse en otros asuntos. Las relaciones internacionales pueden basarse en otros elementos además de la compra/venta de petróleo y armas. El cuidado del único planeta en el que vivimos es un campo excelente para un ejercicio de cooperación.

No pocas veces durante el periplo del *MV Greenpeace* en el Golfo, la frustración fue el sentimiento dominante ante el pobre resultado de los esfuerzos por erosionar la burocracia de los países visitados. Permisos, autorizaciones, visados, firmas, sellos, vuelva usted mañana... La paciencia y la flexibilidad han sido herramientas insustituibles.

En Irán este proceso resultó singularmente complicado y poco fructífero de cara al trabajo científico. Toda la cooperación y amabilidad de las autoridades ambientales de Teherán se tornaba obstrucción a la hora de las negociaciones prácticas con las autoridades portuarias o con sus delegaciones regionales. El esfuerzo de trabajar con una ONG no alcanzó a todos los niveles necesarios. Teniendo a bordo un representante del ejército de tierra y uno de la marina, los científicos y el equipo audiovisual fueron detenidos por la fueza aérea.

En cualquier caso, no se puede olvidar que, en los democráticos países occidentales, los árabes, los árabes pobres para ser más exactos, no encuentran precisamente facilidades para entrar y desenvolverse. Es casi inimaginable que una organización de procedencia árabe o iraní encontrara el apoyo que Greenpeace encontró en el Golfo para, por ejemplo, realizar una investigación sobre el estado de las costas de la Comunidad Europea.

En conjunto, no cabe duda que la presencia de Greenpeace obligó a dar un tirón —por lo menos momentáneo— en los temas ambientales a los países del Golfo, en especial en las consecuencias de la guerra del Golfo. Asimismo les supuso una nueva experiencia: tratar con una ONG, en la misma medida en que Greenpeace inició su aprendizaje en esta parte del mundo.

MOJATE CON NOSOTROS.

Rellena el cupón y envíalo en un sobre a la dirección abajo indicada.

☐ Deseo hacerme socio. Envíenme información.

☐ Deseo ayudar a la acción Greenpeace con una donación de ..... ptas

Forma de pago: ☐ Cheque nominativo a Greenpeace-España ☐ Giro postal nº .....

Nombre .....

Calle ..... Nº y piso .....

Población y C.P. ..... Provincia .....

BB2

GREENPEACE

e Rodríguez San Pedro, 88. 28015 MADRID. Tels. (91) 543 07 04/99 00

CONTRAVIAJE DE UN GALLEGO CON BICI PARA DESCUBRIR AMERICA

Anxo Moure Mosquera*

12:05 h. día 26-10-91: Confirmado, tengo que ir a la Amazonia peruana para participar en tres congresos sobre ecología, hablar de educación ambiental y de la cooperación entre Europa y América Latina en la gestión ambiental. Estoy ilusionado, un poco confuso y quizás con miedo, pero desde luego con la esperanza de conocer un mundo, el llamado «tercero» del que tanto leí y por el que de una u otra manera siempre intenté trabajar, no sé si bien o mal.

14:05 h. día 26-10-91: Dado mi afán «bicicletero» decido intentar llevar una bici conmigo para acercarme un *pouco* más a ese continente y creo de una forma distinta, llamo a mi amigo Manolo, el de las bicis, para que construya una bici especial para la Amazonia ya que mi propósito es también que dentro de la campaña «Bicis Si, Bombas Non», ésta cumpla su cometido de protesta ante las ventas de armas al «tercer mundo» y el militarismo y también sirva para que una vez acabe este viaje, la bicicleta quede allí para que algún, o mejor alguna cooperante se pueda desplazar y así apoyar un poco más a la gente a quien este mundo parece privar de todo tipo de derechos.

19:05 h. día 28-10-91: Preparo una pequeña mochila cargada de juguetes hechos por los y las Xevaliñas (niños/as ecopacifistas) para hacer un intercambio con los niños de la Amazonia, cojo el bus que me lleva de Chantada a Monforte, allí en el taller de Manolo, una preciosa bicicleta de color verde y rojo me está esperando, impecable que hasta me parece sonreír e incitarme a la aventura, a volar con ella, pues bien, sí, volaremos juntos. Manolo rápidamente y antes de que salga el tren construye una gigantesca bolsa para guardar la bici, increíble y además dos mochilas «ruteras» que cargamos en la bici con camisetas y pegatas, por supuesto de las de «Me cago no V Centenario» y «Bicis Sí, Bombas Non» que junto con la bici será nuestra mejor presentación, eso espero...

9:00 h. día 29-10-91: El tren me deja en Madrid, bajo y monto la bici, me dispongo a ir hacia el aeropuerto, entre tanque u metralleta, entre milico y madera (ya que llega Bush, «jefe del mundo» para «hablar de Paz» en Oriente Medio), me desplazo gritando ¡Bicis Si, Bombas No! y dibujando una sonrisa irónica ante la estupidez y locura a que puede llegar nuestro mundo.

23:00 h. día 29-10-91: Llego a Lima y me dispongo a conocerla, como no, con la bici. Primer golpe bajo, es todo más duro de lo que yo pensaba, miseria, violencia, enfermedad... un mundo en el que poco a poco empiezo a sumergirme, sin guías turísticos, solo, enfrentándome a mí mismo y al horror de bajar a un pequeño infierno. Pregunto, busco, pero ¿qué busco?, sí, eso, algo que ya sabía pero quería no ver, la rea-

* Coordinador de XEVALE Ecopacifismo. Portugal 16. 27500 CHANTADA (Lugo)

lidad, la cruel realidad que me viene a decir que la raíz de todos los problemas, de la muerte y la injusticia de miles de rostros humanos, de niños y niñas con sonrisa e ilusiones, con sueños y esperanzas, que la causa de esta locura no son ellos, somos nosotros, sí, nosotros, tú y yo, los que vivimos aquí cegados por el egoísmo y la ambición.

12:00 h. día 1-11-91: Intento escapar y olvidar, me acerqué al Pacífico, allí intenté pensar, la soledad también desanima, decido salir ya hacia Iquitos, en la Amazonia peruana donde participaré en los distintos congresos, un sentimiento de frustración, impotencia, derrota me invade.

16:00 h. día 1-11-91: El viaje entre Lima e Iquitos, genial a pesar de la chatarra de avión (residuos de las grandes compañías europeas o yankis que no pierden oportunidad de hacer negocio), descubro ya la Amazonia, mítica y gigantesca, desbordante, casi que insultante con el hombre, la selva. Bajo del avión y recojo la bici, calor, mucho calor y color, sí, mucho color.

18:00 h. día 1-11-91: Después de presentarme en el Congreso decido lanzarme con bici en la búsqueda de más gente, de más vida, de problemas y luchas en un país, en la selva que se enfrenta a todo tipo de retos ecológicos, sociales, culturales... Iquitos, ciudad en el medio de la Amazonia a la que sólo se llega por río o avión, que yo recorro todo el día, sigo viendo, quizás más claro, mucha miseria e injusticia, la bici se embarra en las aldeas de los más pobres, yo, los miro, de momento con miedo, ellos me miran, extrañados, indignados quizás, ¡¡Gringo!! me dicen.

6:00 h. día 2-11-91: Decido no rendirme y encerrarme con el resto de los participantes en un hotel de lujo para ver el ecologismo y la Amazonia desde las élites. Yo no quiero eso, me voy a quedar en los barrios marginales, en las aldeas, con lo que para mí es realmente ecología, la gente que sufre y lucha, que vive. Sigo recorriendo con mi bici, ¡¡Gringo!! me llaman ahora unos niños, paro y voy a hablar con ellos, quieren jugar, quieren hablar y montar en bici, compartir. Creo que eso era lo que realmente venía buscando, compartir sus vidas, alegrías y tristezas. Empiezo pues a jugar con ellos, ganar amigos que, al contrario de lo que pensaba, aunque no tienen nada, son felices, viven y luchan, ríen y sufren, me enseñan sus casas (no tienen nada) pero para mí y para ellos es todo. A lo largo de varios días compartiré con ellos un poco de mi vida, creo que ya no tengo miedo al cólera, ni a Sendero Luminoso (terrorismo) o al ejército, empiezo a descubrir un poco el verdadero sentido de la vida, la fuerza para luchar por un nuevo amanecer, aunque éste a veces sea un milagro, cosa demasiado sencilla para nuestra sociedad, quizás tristemente muerta, adormecida ante un televisor, insensible.

18:00 h. día 3-11-91: Participo hoy y mañana en el congreso, mi impresión es la fuerte dignidad que tienen como seres humanos y como pueblo y la indignación que muestran hacia todo lo que significamos nosotros, el temor a una nueva «colonización» esta vez bajo la bandera de la ecología. Creo que voy ganando simpatías, simplemente por una camiseta que llevo «Me cago no V Centenario» (existe una total repulsa en toda la sociedad ante esta celebración) y por la bicicleta en la que ando, creo que dando una imagen de coherencia y huyendo bastante de otras delegaciones con corbata y maletín.

En mi participación, una conferencia en la municipalidad de Iquitos, no hablo ya de cooperación entre Europa y América Latina como era mi cometido, les cuento detalladamente los mecanismos de robo que el Norte emplea contra el Sur y como los viste de hipocresía con ecología, desarrollo, solidaridad, causa común..., les hablo de nuestra postura en contra de la celebración del V Centenario, les digo que me siento avergonzado de pertenecer a una sociedad que tiene todo a costa de que otros no tengan nada, también les digo que me siento orgulloso de que exista gente que supere la mala conciencia burguesa y siga en la lucha, rebelándose contra todo lo impuesto, contra el estado y el capital. Propongo unir esfuerzos entre los movimientos de base tanto de aquí como de allí. La acogida es emocionante, desde ahí todo el mundo me sigue demostrando la verdadera cara de su mundo, tal vez la verdadera cara de la vida. Voy conociendo todo tipo de gente, indígenas,

campesinos, estudiantes, niños... todos juntos compartimos todo, la bici también por supuesto, procuro hacer todo tipo de contactos e intercambios, mantener un nexo de unión entre nuestros colectivos. El camino es largo y utópico, pero éste puede ser un paso al que no hay que renunciar.

10:00 h. día 5-11-91. Viajo con organizaciones campesinas a la selva, mucha horas de bote y de ver un poco la fuerte degradación ecológica que sufre la selva amazónica, compañías petroleras, madereros, minería..., talas indiscriminadas, ríos contaminados, extinción y tráfico de especies..., toda una explotación llevada a cabo sobre todo por multinacionales de los llamados países desarrollados. En la aldea me reciben con muchísima hospitalidad y los niños con miedo ya que nunca vieron un hombre con barba, allí quedó deslumbrado por todo lo que es selva, todo desproporcionado, bestial, un color que impresiona, todo lleno de vida, me siento pequeño, muy pequeño. En todas las casas me invitan e incluso preparan un banquete común y una asamblea en la que me cuentan sus problemas, acosados por el terrorismo, el ejército, los narcotraficantes, el hambre, el colera, los yankis (en sus campañas de fumigación contra la coca)... me dicen que ante eso no se puede responder de forma pacífica, yo me siento impotente y confuso, las cosas son muy distintas desde donde la veas, sí, muy bien, hablar de pacifismo desde el Norte está bien, pero cuando te matan a tu familia, te roban y violan..., ya no es tan claro. Mi postura es que ellos deben guiar su destino de la manera que ellos decidan y dejarse de mesías y salvadores, nosotros simplemente estaremos a su lado, también en nuestra propia lucha desde luego intentanto que quien realmente tiene la culpa y se esconde, nuestra sociedad, abra los ojos y vea las consecuencias de su progreso y confort, de su consumismo.

Me despido de la selva y de su color, de los niños y sus risas, dejo los juguetes de los Xevaliños/as como símbolo de unión, de camino común entre los que guiarán, supongo mejor que nosotros, los destinos de este barco, un planeta que a veces pienso que está naufragando sin remedio.

12:00 h. día 9-11-91: Llegó el día de la vuelta, me despido de todo el mundo, con bici dando el último adiós y la promesa de lucha. El último punto de mi viaje es la visita a la cooperante de Prosalus, Luisa, a quien le dejaré la bicicleta, encantadora, se sorprende con mi visita y me cuenta un montón de cosas, va a inaugurar un puesto de salud para el pueblo Aguaruna, me cuenta que una bici de la campaña «Bicis Sí, Bombas Non» acaba de salvar la vida a un pequeño Aguaruna mordido por una víbora, me dice que a veces se siente muy cansada, que ve miseria y muerte pero que también ve alegría, que no quiere volver a este mundo hoy ya para ella vacío de contenido. Me cuenta que los indios ya no tienen qué comer, la caza desapareció y llegaron las enfermedades, muchas anécdotas que van enriqueciendo mi visión dejando atrás los folclorismos. A Luisa le dejo los últimos juguetes de Xevaliños que quedan en mi mochila para los niños Aguarunas, le dejo camisetas, nueces gallegas..., y como no, la bicicleta, la alegría de ella es inmensa, me despido de la bici que pronto viajará en lancha a lo largo de seis días para llegar al Alto Manseriche a cumplir su función de risas de niños y vida de seres humanos con todos los derechos a la vida.

Luisa me acompaña hasta el aeropuerto en motocarro, prácticamente el único medio de transporte en Iquitos, por el camino, no me lo esperaba, niños me despiden, me dan artesanías hechas por ellos para los niños de Galicia, dejo el barrio Belén (el más pobre donde pasé horas, risas y juegos), las niñas me piden que mocitos gallegos les escriban cartas, los campesinos a quien «Bicis Sí, bombas Non» les dejará dos bicis me dicen adiós, también dejo amigos universitarios de UNAMAZ (Unión de Universidades Amazónicas, universidades sin recursos pero llenas de lucha y bastante alternativas), también me despiden compañeros del Congreso, brasileiros, colombianos, bolivianos, australianos..., amigos todos.

Quedan también todo tipo de problemas, violación de los derechos humanos, desapariciones, terrorismo, narcotráfico, cólera, miseria, desaparición de especies animales, degradación ecológica, pérdida de identidad cultural, pobreza, racismo, militarismo...

15:00 h. día 9-11-91: Luisa me despide, casi entre lágrimas (siento ser tan sensible y un poco tonto) prometo volver con la esperanza de que ese día vivamos ya todos en un futuro común, utópico quizás, en el que ya no hay primer y tercer mundo, donde los ecologistas de países ricos (autocrítica) no viajen a ver y salvar los árbolitos y pajaritos de los pobres indios, un planeta donde la ecología y la solidaridad reinen gobernado siempre por los niños y niñas, de Perú o Galicia, Euskadi o Palestina, Kurdos o Saharauis, por sus sonrisas, juegos y sueños, un planeta en resumen de todos y para todos.

8:15 h. día 13-11-91: El bus me deja en Chantada, después de 17 días, de decenas de miles de km. a pie, bus, bici, lancha, avión, tren, con la mochila vacía y el bolsillo mucho más, pero el corazón lleno de recuerdos y de vida, dispuesto a retomar la lucha y el trabajo diario por ese mundo, por ese sueño que también creo mío, nuestro.

D E B A T E

LAS DOS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO

James O'Connor

Al discutir el tema de «la segunda contradicción» del capitalismo con personas interesadas aquí y en otros países, se ha planteado la cuestión: ¿cuál es la relación entre la primera y la segunda contradicción del capitalismo? ¿Sus efectos negativos sobre las ganancias capitalistas se añaden o más bien se compensan mutuamente?

La primera contradicción del capitalismo puede expresarse simplemente de la manera siguiente. La tasa de explotación de la fuerza de trabajo es una categoría a la vez sociológica y económica. Indica el poder social y político del capital sobre el trabajo y también la tendencia inherente en el capitalismo a una crisis de realización, es decir una crisis motivada por la sobreproducción de capital. Si el capital ejerce mucho poder sobre el trabajo, la tasa de explotación será alta y el riesgo de una crisis de realización será grande. De ahí, la necesidad de una vasta estructura de crédito, un marketing agresivo, una innovación constante en los productos y una competencia intensificada por el intento del capital de vender todas las mercancías. La primera contradicción del capitalismo es interna al sistema. No tiene nada que ver con las condiciones de producción, ya las entendamos económica o sociopolíticamente.

Explicar la segunda contradicción del capitalismo necesita una terminología más compleja[1]: el tamaño y el contenido de valor del conjunto de bienes de consumo y del conjunto de capital fijo; los «costos de los elementos naturales que entran en el capital constante y variable»; la renta de la tierra como algo que hay que restar del plusvalor; y las «externalidades negativas» de todas clases (por ejemplo los costos de la congestión del tráfico en las ciudades en la medida en que entran en los costos de los capitalistas individuales). Así, en la segunda contradicción, ningún elemento tiene la centralidad teórica que la tasa de explotación tiene en la primera contradicción. Por eso hoy en día hay una pluralidad de movimientos sociales además del movimiento obrero. Todos los términos citados son categorías socio-políticas además de económicas (por ejemplo, la renta absoluta refleja el poder del capital propietario de terreno sobre el capital industrial; los costos de la congestión reflejan las luchas sobre los sistemas de transporte urbanos y regionales el costo del agua puede reflejar el poder de los movimientos ecologistas respecto al capital). Estos ejemplos sugieren que hay incluso menos justificación para una teoría economicista de la segunda contradicción que la escasa que pueda haber para una teoría puramente economicista (del marxismo tradicional) de la primera.

La primera contradicción ataca al capital desde el lado de la demanda. Si los capitalistas individuales rebajan costos salariales

[1] James O'Connor, «Las condiciones de producción. Por un marxismo ecológico, una introducción teórica». *Ecología Política*, 1, 1991.

con la intención de mantener las ganancias, el efecto colectivo no deseado es reducir la demanda de mercancías en el mercado, y por tanto baja la cantidad de ganancias que pueden ser realizadas. La segunda contradicción ataca por el lado de los costos. Señala que cuando los capitalistas individuales rebajan costos, por ejemplo externalicen los costos hacia las condiciones de producción (naturales o de la fuerza de trabajo o urbanas) con la intención de mantener las ganancias, el efecto no deseado es aumentar los costos de otros capitalistas (y en el límite para todo el capital), bajando las ganancias obtenidas en la producción. La primera contradicción se manifiesta en su forma más pura como una crisis de realización; la segunda, como una crisis de liquidez. En el primer caso, no hay problema en conseguir plusvalor, pero por esa razón hay un problema en realizar los valores y el plusvalor. En el segundo caso, no hay problema de falta de ventas que impida realizar el valor y el plusvalor, pero hay un problema en producir plusvalor. La causa básica de la segunda contradicción es la apropiación y el uso autodestructivos por el capitalismo de la fuerza de trabajo, del espacio y la infraestructura urbana, y de la naturaleza o el medio ambiente externo. Digo «autodestructivos» porque los costos de salud y educación, de transporte urbano, las rentas de las viviendas y locales comerciales, y los costos de extraer los elementos del capital de la naturaleza, aumentan cuando los costos privados se convierten en «costos sociales»[2].

Por todo eso, pensamos que el capital y el Estado están hoy en una situación de confusión respecto de la nueva forma de regulación que pueda dar un marco coherente para la acumulación de capital en los años 1990. Los capitalistas individuales continúan bajando los costos de todas las maneras imaginables; al hacer esto, hacen aumentar sin querer los costos del capital en conjunto y, al mismo tiempo, ponen en peligro sus propios mercados tal como indica la primera contradicción. Hoy, el capital se enfrenta tanto a costos crecientes como a una demanda débil en el mercado, es decir, se enfrenta con la segunda y con la primera contradicciones. ¿Cómo podemos extrañarnos de que el capital esté obsesionado tanto con la innovación en los procesos de producción como con la innovación en los productos y la expansión del mercado? ¿Cómo extrañarnos de que ocurra tanto un deterioro de las condiciones de producción como de ingresos salariales equitativos, y que haya estructuras de crédito peligrosamente infladas? ¿Cómo extrañarnos que tanto la regulación de tipo keynesiano como la política neoclásica de laissez-faire parezcan estar en bancarrota?

[2] Frank Beckenbach, «Social Costs in Modern Capitalism», *Capitalism, Nature, Socialism*, 3, Nov. 1989.

UN COMENTARIO A «LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO» DE J. O'CONNOR

Albert Recio

1. El empeño de James O'Connor de reformular el análisis del capitalismo introduciendo su relación con las cuestiones ambientales merece los elogios de todos aquellos y aquellas que tratamos de construir un esquema analítico que nos permita entender el mundo en que vivimos y que no comulgamos con la versión edulcorada y conformista con el actual sistema social que produce una parte importante de la «Academia». El que el esfuerzo sea meritorio no implica sin embargo que no merezca ser objeto de una crítica hecha con la intención de mejorar la precisión analítica y la naturaleza de los problemas que tratamos. Con este espíritu abordamos nuestro comentario. Cabe señalar que el papel que aquí comentamos constituye una presentación condensada de los argumentos desarrollados en el artículo del mismo autor aparecido en el número 1 de nuestra revista.

2. O'Connor plantea que la dinámica de las economías capitalistas está afectada por dos tipos de contradicciones que bloquean su desarrollo. La primera tiene su origen en la tendencia a la reducción de los costes salariales que provoca una caída de la demanda efectiva y la aparición de crisis de sobreproducción. La segunda contradicción, que es la que presenta como nueva aportación, estaría caracterizada por un aumento de los costes de producción debidos a los problemas generados en lo que él llama condiciones de producción del sistema, entre las que tienen especial importancia las condiciones naturales de producción. En este caso la crisis se expresaría como aumento de costes de producción, como crisis de rentabilidad. Consideramos que esta presentación del problema es excesivamente esquemática y no permite considerar adecuadamente las constricciones y tensiones con que se enfrentan las economías capitalistas.

3. Presentar la contradicción capital-trabajo como un mero problema de insuficiencia de la demanda constituye eliminar una buena parte de los problemas que nacen en el mundo laboral. Marx ya señaló el doble carácter que tiene el salario de coste y de creador de demanda efectiva. En el caso que los trabajadores consigan imponer aumentos salariales pueden aparecer crisis de rentabilidad (crisis «clásicas») y en el caso de que los salarios bajen excesivamente pueden aparecer el tipo de crisis planteada por O'Connor (crisis keynesianas). Aun en este caso la caída de salarios no provoca automáticamente una crisis de realización siempre que la caída de la demanda de bienes de consumo de los trabajadores sea compensada por aumentos en las demandas de otros sectores (consumo suntuario, inversiones, gastos públicos). La importancia de este último elemento es crucial para entender la bonanza experimentada por las economías capitalistas en la segunda mitad de los ochenta. De hecho los problemas de

rentabilidad no se limitan al nivel de salarios. La tasa de explotación es siempre una relación entre el producto realizado y el coste salarial. Un nivel «adecuado» de salarios puede no estar acompañado por un comportamiento laboral «adecuado» que se traducirá en caídas de la productividad y bajas de rentabilidad, sin que existan necesariamente problemas de demanda. Todo ello indica que los problemas que plantea la fuerza de trabajo al funcionamiento de las economías capitalistas son bastante más complejos de lo que sugiere la proposición del autor.

A nuestro modo de ver su esquematismo está asociado a una interpretación de la dinámica del capitalismo en la que los trabajadores son meros sujetos pasivos que se adecúan a las imposiciones del capital o al convencimiento de que los mecanismos del mercado operan siempre con tal fuerza que generan una disciplina laboral y salarial férrea. Diferimos de esta apreciación y consideramos que la experiencia histórica acumulada permite observar que efectivamente la problemática capital-trabajo se ha presentado en la variada gama de situaciones que hemos tratado de señalar.

4. Tampoco parece adecuado analizar en un mismo plano la mezcla de cuestiones que introduce como condiciones de producción. Nos tememos que el intento de construir un esquema simple y simétrico ha jugado una mala pasada a la reflexión. El mismo autor es consciente de la dificultad de apresar en un solo concepto un amplio abanico de situaciones.

En especial resulta, a nuestro entender, desafortunada la inclusión en un mismo concepto de cuestiones que afectan meramente a la distribución del producto neto entre grupos sociales (p.ej. la distribución del excedente entre empresarios industriales y terratenientes) y las que provienen de aspectos tales como el agotamiento de recursos naturales. La importancia y la forma de plantear estos problemas será variada. En el caso de las cuestiones distributivas ésta puede en muchos casos provocar una reorganización social, como de hecho ha ocurrido con la fusión del capital industrial y el capital inmobiliario (lo que puede visualizarse claramente observando de qué forma se financian las nuevas inversiones industriales por medio de la revalorización de los terrenos de las viejas factorías del centro de las ciudades).

Más sustanciosa es la percepción de que las empresas capitalistas tratan de eludir aquellos costes que pueden dejar de pagar y con ello tienden a socavar la «oferta» de toda una serie de inputs necesarios para el proceso productivo: fuerza de trabajo de un determinado nivel de cualificación, medio natural, etc. Sin embargo no está claro que estos problemas se traduzcan siempre en tensiones de costes.

A la hora de discutir el desarrollo del capitalismo habría que diferenciar de entrada entre aquellos problemas que pueden resolverse con una «internalización» de costes, esto es por la consideración por parte de la empresa de que tiene que participar en su producción (p.ej. cualificación de la fuerza de trabajo, depuración de aguas), de aquellos que se plantean, a más corto o largo plazo, como límites ineludibles (en este apartado entran todos los recursos no reproducibles). Los primeros permiten soluciones variadas que no necesariamente se traducirán en mayores costes: las innovaciones sociales y tecnológicas pueden permitir obviarlas. Los segundos constituyen una barrera a largo plazo infranqueable, una auténtica contradicción entre un sistema que tiende a la autoexpansión de los niveles de producción y un mundo con dimensiones limitadas.

Si bien es cierto que en el primer caso la imprudencia del capitalismo puede traducirse en alzas temporales de los costos, aunque puedan tener también otras traducciones: estancamiento del nivel de producción (p.ej. observable en la demora de las obras cuando escasean los albañiles cualificados) que se traducen en caídas de la demanda, o pueden desplazarse sobre áreas de la periferia capitalista. Está bastante menos claro que el agotamiento a largo plazo de un bien no reproducible se traduzca automáticamente en alzas de costes, como ha sido demostrado teóricamente y como lo muestra cotidianamente la evolución del precio del petróleo. Su precio no depende del nivel de destrucción de una «precondición de la producción», sino de un entra-

mado complejo social que determina la relación de fuerzas políticas que fija su precio.

Con todo lo expuesto creemos útil llamar la atención sobre la poca utilidad que tiene tratar de explicar problemas complejos con esquemas tan simplistas que impiden trabajar con conceptos precisos y obtener previsiones adecuadas. Me temo que los problemas teóricos que surgirán tampoco ayudarán a un acercamiento intelectual entre corrientes de pensamiento con trayectorias variadas (no sólo entre marxistas y ecologistas, sino también entre economistas alternativos y científicos naturales).

5. Existe otra cuestión a dilucidar. En la medida que el desastre ecológico no ha sido sólo producido por el capitalismo es evidente que el análisis debe ampliarse. Los que consideramos que el sistema capitalista debe ser reemplazado por otro tipo de organización social no vamos a ganar credibilidad si sólo tratamos de explicar de qué modo el sistema capitalista afecta a las condiciones de producción. Y en este sentido se hace necesario construir un andamiaje teórico que permita dar cuenta de la naturaleza de estos problemas y del tipo de sociedades compatibles con su superación. No me caben dudas que la insistencia de la tradición marxista en situar las relaciones sociales como un factor esencial de este análisis puede seguir dando resultados fecundos, pero ello se conseguirá a condición de ampliar nuestro campo de miras y de romper con las tendencias a mirar sólo en el interior de la propia tradición. Creo que en este sentido el trabajo de James O'Connor tiene el valor de plantear cuestiones relevantes.

REDES

RED DE ECOLOGIA SOCIAL - AMIGOS DE LA TIERRA, URUGUAY

Fundada a mediados de 1988, luego de un largo período de definiciones teóricas y organizativas, es una asociación sin fines de lucro (ONG), centrada en la temática ecológico social y ambientalista.

OBJETIVOS:

* Encarar el estudio y la denuncia de problemas y desastres ambientales.
* Comprometerse en campañas y acciones orientadas a impedir los efectos de los ataques a los ecosistemas.
* Promover el encuentro, el intercambio de ideas y experiencias concretas de personas y grupos desde una óptica ecológica.
* Proponer el estudio y la difusión de modelos de desarrollo a escala humana, basados en los principios de la ecología social.
* Vincularse a nivel regional e internacional con organismos y personas que compartan estas preocupaciones y propósitos, total o parcialmente. En forma especial con FOEI (Friends of the Earth International - Amigos de la Tierra Internacional).
* Organizar grupos de estudio y de investigación en temas como tecnologías apropiadas, salud y medio ambiente, energías renovables, agroecología, ecología social, etc., en colaboración con organizaciones similares, tanto regionales como internacionales. Procurar la participación coordinada de organismos universitarios y gremiales, vinculados a esos temas.

Vínculos y relaciones:

* Participa del Pacto de Acción Ecológica Sudamericano.
* Integra la Red de ONGs Ambientalistas del Uruguay.
* Participa en la Consulta Nacional sobre Estrategia de Conservación y Desarrollo Sustentable.
* Integra el Centro Latinoamericano de Ecología Social y la Red Latinoamericana de Ecología Social.
* Coedita los Cuadernos de Ecología Social, junto con CIPFE-Ambiente y Desarrollo (Uruguay) y el Instituto de Ecología Política (Chile).

Si desea más información escribir a:
RED DE ECOLOGIA SOCIAL
Millan, 4115 - Montevideo - URUGUAY

NUEVA COLECCION DE E/C/O/N/O/M/I/A C/R/I/T/I/C/A

La Colección de Economía Crítica reconsidera los límites temáticos, incluyendo numerosos problemas de gran relevancia contemporánea que quedan fuera de la perspectiva "ortodoxa". Para desarrollar una visión crítica es necesario recuperar la Economía Política, hacer una replanteamiento epistemológico de la Economía, abriéndola a otras influencias dentro de las Ciencias Sociales. Economía Crítica implica también el rechazo de la falsa neutralidad del discurso económico, que tiende a presentar como verdad objetiva lo que no son sino opciones ideológicas y sociales.

TITULOS APARECIDOS:

1- *ESTADO, PRIVATIZACION Y BIENESTAR. UN DEBATE DE LA EUROPA ACTUAL*. Compilador Gregorio Rodríguez Cabrero.

Este libro contribuye al debate sobre la relación entre Estado, sociedad y mercado, considerando particularmente los casos de España, Gran Bretaña, Italia y Francia.

Incluye trabajos de Juan J. Fernández Cainzos, Kirk Mann, Peter Taylor-Gooby, Jesús Ruiz-Huerta Carbonell, Ugo Ascoli y Numa Murard. Precio CIP: 2.000 pesetas (2.200 en librerías).

2- *LA REESTRUCTURACION DEL CAPITALISMO EN ESPAÑA, 1970- 1990*. Coordinadora Miren Etxezarreta.

Se trata de un estudio original sobre la transición económica en el postfranquismo, valiosa no sólo para economistas, sino también para todos los interesados en las ciencias sociales y, en particular, en la historia española reciente. ¿Cuáles fueron los logros, los costes y los fracasos del proceso de transformación de la economía española de los últimas dos décadas? ¿Qué consecuencias tuvieron la internacionalización de la economía y la integración en la Comunidad Económica Europea? ¿Cómo se repartieron los beneficios de esta modernización entre el capital y el trabajo? ¿Hasta qué punto la producción implicó la destrucción irracional de recursos?

De forma independiente y plural, veinte economistas han descrito aspectos fundamentales de la historia y la actualidad económicas españolas, en un libro crítico, riguroso e imprescindible. Precio CIP: 3.300 pesetas (3.700 en librerías).

NOVEDAD

3- *MISILES O MICROCHIPS. LA CONVERSION DE LA INDUSTRIA MILITAR EN CIVIL*. Compiladores Mariano Aguirre y Graciela Malgesini

Los efectos del sector militar sobre la economía civil y las características de la conversión de la industria bélica al finalizar la Guerra Fría constituyen el tema de fondo de este libro. ¿Es factible la conversión de la industria bélica a la producción civil sin altos niveles de paro? ¿Cuál es el destino de los trabajadores? ¿Están dispuestos los sectores militares a perder parte de su poder económico y su importancia sectorial? ¿Cómo se concretan los "dividendos de la paz"?

Incluye artículos de Seymour Melman, Alan Shaw, Ksenija Gonchar, Fabrizio Battistelli, Isamu Miyazaki, Paul Dunne, Jordi Molas Gallart, Vicenç Fisas, Luis Miguel Fernández, Robert West. Precio CIP: 2600 pesetas (3.180 en librerías)

Haga su pedido contra reembolso, por teléfono o fax a:
CIP - FUHEM
Servicio de Publicaciones
Alcalá, 119 4º Izq.
(28009) Madrid.
Tel: 435 00 94 Fax: 577 95 50

O también a:

ICARIA editorial
c/. Comte d'Urgell, 53, pral.
Tel. 323 70 53
Fax 323 70 14

¿UN MARXISMO ECOLOGICO?[1]

Elmar Altvater*

James O'Connor (1988, 1991) intenta elaborar los «fundamentos de un marxismo ecológico» mediante la formulación de una dialéctica de relaciones de producción, fuerzas productivas y *condiciones de producción*, esto es, establecer una fundamentación de los movimentos sociales de nuevo tipo bajo un nuevo enfoque teórico. Para todo ello quedan estrechos los horizontes del marxismo tradicional, en opinión del autor. Su argumentación: en el modo de producción capitalista pueden distinguirse dos tipos distintos de propensión a la crisis. *En primer lugar*, las crisis surgen como consecuencia de la agudización de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción; éste es el objeto de los análisis del «marxismo tradicional». *En segundo lugar*, las contradicciones entre fuerzas productivas, relaciones de producción y condiciones de producción crean situaciones de crisis y éstas se convierten en objeto de análisis dentro del entramado de un «marxismo ecológico» que se encuentra en un estadio inicial de elaboración y fundamentación. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas constituyen de hecho categorías familiares en la tradición de la teoría marxista, del mismo modo que las de formación social o de sistema económico. Se podría decir mucho en torno a ello, sobre todo en lo que concierne al status y a la interdependencia de la categorías. Entretanto se puede partir del hecho que las categorías, si realmente se quiere que tengan algún sentido, no pueden estar clasificadas de forma jerárquica conforme al esquema de infraestructura y superestructura. Las fuerzas productivas no determinan las relaciones de producción unilinealmente, sino que éstas se hallan inscritas en las fuerzas productivas, por ejemplo en la tecnología dominante de una sociedad. Los substratos reales de las categorías «se articulan», y entonces tienen sentido las categorías que forman el sistema teórico. Esto también es válido para la de las condiciones de producción, que se expresan a otro nivel como «fuerzas productivas» o «relaciones de producción». Marx describe en los «Grundrisse» (pág. 422 passim) las «condiciones generales de producción» como —en el lenguaje de hoy en día— servicios de infraestructura de la sociedad (a cargo del Estado) para la producción capitalista individual. Las condiciones generales de producción se adecuan a las necesidades de tipo esencialmente *material-energético* de un proceso social de reproducción, cuya dinámica y estructura están dominadas por estrategias de *valorización* únicamente capitalistas. Puentes, carreteras, escolarización, seguridad

* Elmar Altvater es profesor de economía política en el Otto Suhr Institut de la Universidad Libre de Berlin.

[1] Este texto proviene de Elmar Altvater, *Die Zukunft des Marktes*, Westfälisches Dampfboot, Münster, 1991, pp. 283—288. El texto de James O'Connor discutido por Altvater fue publicado en *Capitalism, Nature, Socialism*, n° 1, 1988, traducido en *Ecología Política*, n° 1, 1991.

pública etc. son en sí imprescindibles para la reproducción social, para la comunicación de los individuos sociales. No obstante, la puesta a disposición de tales infraestructuras no suele ser rentable desde el punto de vista directamente capitalista, por lo que las condiciones generales de producción tienen que ser producidas por el Estado y puestas a disposición de la sociedad para que disponga de ellas en calidad de «bienes públicos».

También según O'Connor, «condiciones de produccción» significa en primer lugar «las condiciones físicas externas» o «los elementos naturales que pasan a formar parte del capital variable y constante». A ellas pertenece, en segundo lugar, 'la fuerza de trabajo' de los trabajadores..., si se define a ésta como 'las condiciones personales de producción'. En tercer lugar, Marx se refería a las '*condiciones comunes y generales de producción social*', esto es, a los 'medios de la comunicación'» (O'Connor 1988, pág. 16; el subrayado es de O'Connor). Esta caracterización no es distinta de la que Marx hace en los «Grundrisse» de las condiciones generales de producción. Su cualidad de no haber sido producidas de modo capitalista tiene sin embargo, en opinión de O'Connor, una ineluctable consecuencia: el capital (privado) las trata como si no tuvieran que ser producidas jamás, como si pudiera disponer de ellas ilimitadamente. Dicho de otra manera: los elementos de las condiciones de producción no conocen la escasez económica, por lo que no existe ninguna señal eficaz que pueda regular su utilización de forma «racional».

Las condiciones de producción no están, en efecto, sometidas a la institución en la que tiene lugar la asignación de bienes escasos, es decir, al mercado. Los teóricos del mercado comparten esta caracterización y extraen de ella la conclusión siguiente : privatizar cuanto sea posible las «condiciones generales de producción» mediante derechos de propiedad, poniendo precio a sus prestaciones a través de los mecanismos del mercado para regular su uso conforme a las escaseces relativas. La reflexión de O'Connor lleva por otro camino: como sea que la creación de las condiciones generales de producción por iniciativa privada es insuficiente (en la mejor tradición Galbraithiana de la contradicción entre opulencia privada y pobreza pública), el *Estado* se interpone entre el capital y las condiciones de producción. La consecuencia de ello es que éstas estarán politizadas desde el principio. Su conformación será dependiente de relaciones sociales de poder, las cuales, a su vez, podrán ser influenciadas por movimientos sociales. La puesta a disposición de las condiciones generales de producción se da si el poder político hace valer sus derechos en el campo político. Aquí hace aguas el mecanismo económico de asignación de recursos.

El capital presenta, luego, la tendencia de socavar sus propias condiciones de producción, es decir, de provocar una «infraproducción» de las condiciones de producción: «Aquí podemos introducir confiadamente la 'escasez' en la teoría de la crisis económica, y precisamente de manera marxista y no neo-maltusiana.También podemos introducir una posibilidad de infraproducción de capital, al añadir a la reflexión los costes crecientes de la reproducción de condiciones de producción...» (O'Connor 1988, pág. 26). Aparte de la crisis de sobreproducción, analizada por el marxismo tradicional (incluyendo la crisis del dinero y del crédito), existiría entonces según O'Connor una «crisis de infraproducción», que tendrá que constituir el objeto de las reflexiones de un marxismo ecológico.

Ahora bien, el concepto de infraproducción en este contexto no parece especialmente afortunado puesto que implica *primeramente* aquello que O'Connor rechaza: la reproductibilidad de las condiciones naturales de producción (ya que la infraproducción es únicamente posible cuando éstas se pueden producir) y por lo tanto la circularidad y reversibilidad de procesos que son irreversibles según las leyes de la naturaleza. Sin embargo, asumiendo el concepto de reproductibilidad y reversibilidad no se puede desarrollar el concepto de escasez, como ya se ha demostrado varias veces; la escasez surge precisamente debido a la irreversibilidad de las transformaciones de materia y energía. El concepto de infraproducción adquiere sen-

tido en todo caso como sinónimo, no de *escasez* (*Knappheit, scarcity*), sino de «falta de existencias», de insuficiencia (*Mangel, shortage*). *En segundo lugar*, la infraproducción en el sentido que le da O'Connor no es nada más que sinónimo de degradación ecológica y la problemática social que de ella se deriva — lo que queda significativamente demostrado por los ejemplos que él saca a colación: «se trata por ejemplo de los costes de mantenimiento de la salud, acarreados por las relaciones de trabajo y familiares capitalistas; luego el coste de las drogas y del tratamiento de rehabilitación; las enormes sumas que tienen que gastarse como resultado del empeoramiento del entorno social (por ejemplo los costes de la policía o de los divorcios); a ello hay que añadir también el dispendio exorbitante ocasionado por la prevención de daños ulteriores al medio ambiente, por la reparación o eliminación de destrozos ecológicos heredados del pasado; también el coste de la financiación obligada de la invención, desarrollo y producción de materiales sintéticos y materiales sustitutorios «naturales», que sirven de medio y objeto de producción y consumo; las descomunales sumas que se necesitan para pagar a los jeques del petróleo y a las empresas de suministro de energía, por ejemplo en forma de ganancia de monopolios y rentas; los costes de la evacuación de residuos; los costes extraordinarios de la concentración del espacio urbano; los costes de la doble crisis de medio ambiente y desarrollo con los que tienen que correr gobiernos, campesinos y trabajadores en el tercer mundo. Suma y sigue...» (O'Connor 1988, pág. 26).

La enumeración no es sistemática, estos ejemplos se refieren, en parte, a casos de degradación del medio natural, en parte también a los «costes defensivos» del crecimiento (o costes protectores o mitigadores), que hay que sufragar para reparar o evitar secuelas no deseadas de la crisis del medio ambiente. Dichos costos son considerables; Leipert (1987) los cifra en aproximadamente 10% del producto social de la R.F. Alemana para el año 1985. Pero, si los daños al medio ambiente son transferidos al sistema de valores y a la racionalidad del mercado en calidad de costes defensivos, entonces se pueden manipular de acuerdo con las reglas de la lógica del mercado — teniendo en cuenta los límites a tal racionalidad antes mencionados [en este libro]. La degradación ecológica puede constituir la cara oculta del aumento de valor económico (los costos del crecimiento) y por añadidura también el origen de ulteriores aumentos de valor, en el caso de que se lleven a cabo medidas para proceder a reparaciones (las cuales obviamente pasarán a formar parte del total cuantificado como producto social). En consecuencia, se podría concebir la paradoja de que la crisis de infraproducción, en el sentido que usa el término O'Connor, ayude a superar una crisis de sobreproducción. Por ello sería posible que ocurriesen crisis ecológicas de infraproducción al mismo tiempo que crisis económicas de sobreproducción, empero no en calidad de objetos de análisis alternativo dentro de un marxismo «tradicional», o de un marxismo «ecológico».

Sería posible identificar la «infraproducción ecológica» como estrategia para evitar una «sobreproducción económica» (y sobreacumulación). En las categorías de deseconomías externas (*external diseconomies*) o de «costes sociales del crecimiento de la empresa privada» (Kapp 1950)[2] se intenta tener en cuenta esto —aunque en un marco teórico no-marxista: la rentabilidad económica privada puede elevarse, al evitar los costes de daños al medio ambiente. Y en la mencionada categoría de los costes defensivos (o.costes mitigadores o protectores) se considera que los costes sociales y las deseconomías externas tienen por lo menos en parte una correspondencia monetaria, y que el deterioro del ambiente, por lo tanto, ejerce pues un efecto retroactivo sobre el sistema económico de valores, aunque con desfase temporal.

El cargar los costes originados por el deterioro ambiental a toda la sociedad y no a

[2] La edición en castellano del libro de K.W. Kapp al que se refiere Altvater está publicada por Oikos, Barcelona (N. del E.).

las empresas privadas, costes que de otro modo hubieran aumentado el gasto anticipado de capital constante o variable, supone una causa contrapuesta a la «ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia». Rohwer, Künzel, Ipsen (1984) llegan hasta el punto de identificar el aumento de los costes del capital constante y variable a raíz de la internalización —posterior— de daños ambientales como única causa plausible de la caída de la tasa de ganancia, tras haber desestimado otros argumentos sobre la caída de la tasa de ganacia por no ser consistentes. La «infraproducción» en el sentido de externalización espacial y temporal ayudaría, pues, a evitar temporalmente la sobreproducción en el sentido de «sobreacumulación de capital». El mismo Marx enumera una serie de causas contrapuestas a la caída de la tasa de ganancia (MEW 25, págs. 242-250), a las que no obstante se examina para evaluar hasta qué extremo contribuyen a disminuir los costes del capital o a aumentar la tasa de plusvalía. La cuestión decisiva que hoy se plantea desde un enfoque ecológico es hasta qué punto se puede evitar la sobreacumulación, es decir, la caída de la tasa de ganancia, si no se toma en consideración la minimización de la tasa de producción de entropía en el ámbito del «metabolismo» entre seres humanos y naturaleza. La consideración ecológica causaría costos económicos que deben ser evitados, atendiendo al cálculo de la racionalidad microeconómica.

El empleo de energía (que ya de por sí ocasiona costes en el sistema económico) para la obtención de valores de uso mediante el aislamiento de materiales y su combinación inteligente en mezclas sucesivas de materiales, irá indudablemente en aumento como consecuencia del deterioro ambiental precedente. Por lo tanto, el gasto anticipado de capital variable y constante también aumentará. Es más fácil y por lo tanto menos costoso entremezclar sustancias nocivas hoy que aislar mañana los valores de uso satisfactorios para las necesidades humanas de esas sustancias nocivas. La renuncia al aislamiento de sustancias químicas nocivas y su almacenamiento en vertederos al aire libre disminuye los costes del capital constante hoy, pero los aumenta en el futuro. La «ignorancia» de los desechos contaminados de dioxinas en vertederos de baja seguridad disminuye los costes hoy, pero ocasiona altos costes de eliminación en el futuro. El vertido de aguas residuales en ríos y mares reduce los costes de producción hoy pero eleva los de reproducción para el día de mañana. Y el futuro de veinte años atrás es el presente del dia de hoy. La «infraproducción» puede ser una estrategia para evitar la sobreproducción. Es el resultado de la lógica de toma de decisiones, que se apoya en la racionalidad del mercado e inserida en el sistema de valores. La infraproducción repercute sobre el sistema de valores, ya que aumenta el gasto del capital constante y variable, a consecuencia de lo cual la tasa de ganancia cae (a condición de que no tenga lugar ningún aumento compensatorio de la tasa de ganacia). Todo ello conlleva a su vez que pueda dispararse la crisis de superproducción discutida por O'Connor. Los costes defensivos del crecimiento pueden aumentar en tal medida que lleguen a superar al producto social; el crecimiento se convierte en un espectáculo irracional también desde el punto de vista económico. La dimensión del tiempo es por lo tanto decisiva; los horizontes temporales de la economía y los tiempos de la ecología son distintos, pero no son independientes los unos de los otros. Los análisis de la infraproducción ecológica y de la sobreproducción económica no pueden así subordinarse a discursos de orden diverso.

TEORIAS EN ECOLOGIA POLITICA

UNA PROPUESTA DE DIALOGO ENTRE SOCIALISMO Y ECOLOGIA: EL NEOPOPULISMO ECOLOGICO

Manuel González de Molina
Eduardo Sevilla Guzmán

Desde un sector del ecologismo académico y, sobre todo, desde organismos para el desarrollo y centros de poder político y financiero internacionales, se vienen utilizando conceptos como «capacidad de sustentación» o «desarrollo sustentable» para corregir las aristas más agudas de la crisis ecológica. Estas iniciativas de carácter «ecoburocrático» tienden a recetar soluciones sin tener en cuenta la centralidad de los fenómenos sociales, corriendo el riesgo de perpetuar la desigualdad y la pobreza, especialmente en el Tercer Mundo, sin por ello solucionar del todo los problemas medioambientales.

No obstante, desde ámbitos y disciplinas concretos se viene haciendo hincapié en la interrelación de la sociedad con la naturaleza. La Agroecología, por ejemplo, ha mostrado que la conservación y la reproducción de los sistemas agrarios está estrechamente relacionado con el tipo de sociedades y las relaciones que en el interior se establecen entre los distintos grupos sociales.[1] De Janvry y otros[2] han señalado que la pobreza efectivamente es causante directa de la degradación ambiental; pero al mismo tiempo señalan que la deforestación o el sobrepastoreo en muchos países del Tercer Mundo no se debe tanto a su escaso nivel de desarrollo como a la dificultad de acceder a la tierra, a la subsistencia y en general a los recursos, producto de unas relaciones sociales que perpetúan su desequilibrada distribución y a las presiones que sobre tales sociedades y países ejercen los países ricos a través de una injusta y desfavorable relación comercial.

Como hemos analizado en otro lugar[3], la desigualdad social se encuentra en el trasfondo de la actual crisis ecológica. No vamos a insistir tampoco en la estrecha relación entre crisis económica capitalista y crisis ecológica.[4] Desde nuestro punto de vista es necesario confrontar con la historia la situación actual para buscar en aquélla las razones profundas, los mecanismos fundadores, que han desembocado en la crisis ecológica. Nuestra hipótesis es que la generalización del mercado como mecanismo de

[1] Cfr. sobre el tema Miguel ALTIERI, *Agroecology: The Scientific Basis of Alternative Agriculture*. Boulder: Westview Press, 1987; C.R. CARROL, J.M. VANDERMEER an P.M. ROSSET (Eds), *Agroecology*. New York: MacGraw-Hill, 1990.

[2] Alain De JANVRY and Raúl GARCIA, «Rural Poverty and Environmental Degradation in Latin America: Causes, Effects and Alternative Solutions». Paper presentado a la *International Consultation on Environmental, Sustainable Development, and The Role of Small Farmers*. International Fund for Agricultural Development, Rome, October 11-13, 1988.

[3] Manuel GONZALEZ DE MOLINA y Eduardo SEVILLA GUZMAN, «Ecosociología: elementos teóricos para el análisis de la coevolución social y ecología en la agricultura». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 1990, n.º 52, págs. 7-45.

[4] James O'CONNOR, «Las condiciones de la producción. Por un marxismo ecológico, una introducción teórica». *Ecología Política*. 1991, n.º 1, págs. 113-130.

asignación de recursos y la dominación sobre las demás de la forma de producción capitalista han generado, andando el tiempo, la actual crisis sin solucionar, sino mas bien perpetuar, la desigualdad social.

SOBRE EL ORIGEN CAPITALISTA DE LA CRISIS ECOLOGICA

Dado que las actividades humanas que más inciden en el medio son las actividades productivas y dado que aquéllas son resultado de una práctica social «orientada» por unos saberes y una determinada ética, parece conveniente comenzar nuestro análisis en los procesos de trabajo y en las «formas de explotación». Extrapolando los planteamientos de Marx, diríamos que los «procesos de trabajo» constituyen el conjunto de operaciones, ordenadas y sistematizadas por el empleo de un saber específico, que tienen por objeto la transformación de una materia prima (tenga ésta o no trabajo incorporado) en producto con un valor de uso social e históricamente dado, mediante el consumo de una determinada cantidad de energía y materiales y la utilización de los instrumentos o medios de producción adecuados.[5]

Ahora bien, unos procesos de trabajo se diferencian de otros en el carácter que en su seno ejerce la división técnica del trabajo sobre la ordenación de las operaciones y en las características de los instrumentos de trabajo y de los saberes empleados. Es decir, la diferencia se encuentra en las distintas relaciones técnicas de producción,[6] porque cada proceso de trabajo mantiene unas relaciones específicas de apropiación de la naturaleza o *relaciones ecológicas*. Como decía Marx. «El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en el que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza».[7] En dicho proceso no se crea, pues, únicamente riqueza según mantenía la economía tradicional sino que, como advirtiera Frederick Soddy aplicando la segunda ley de la termodinámica, se consume o se gasta también riqueza en forma de recursos materiales y energéticos.[8]

Por tanto, si todo proceso de trabajo es un proceso de consumo, en su seno se establecen unas determinadas relaciones de apropiación y manejo de los recursos materiales y energéticos que pueden ser renovables o no, o que pueden reproducirse o no en el mismo proceso de trabajo y que, por tanto, pueden hacer mayor o menor la entropía del proceso. *No* en todos los procesos de trabajo se repone la energía gastada ni se toman en cuenta las externalidades desencadenadas en su ejecución.[9]

Son las relaciones sociales de producción las que establecen derechos (parentesco, derechos políticos, propiedad, etc...) sobre los medios de producción y los recursos materiales y energéticos[10] y ello implica una configuración específica de los procesos de trabajo.

Lo que define a una Forma social de Explotación (en su doble acepción de forma de explotación de los recursos naturales y del trabajo humano) es la forma específica de relación o combinación entre el trabajo humano, los saberes, los recursos naturales y los medios de producción con el fin de producir (transformando y consumiendo tales recursos), distribuir y reproducir los bienes y servicios necesarios en cada momento histórico para la vida. En este sentido, «todo proceso de producción social es

[5] Para esta cuestión Cfr. Karl MARX, *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968, Tomo I, Capítulo V, págs. 130 y ss. Con ésta y otras citas de Marx que siguen, no se trata de «salvar» a toda costa el pensamiento marxista, sino de mostrar la utilidad que buena parte de su construcción teórica tiene para el análisis de las causas de la crisis ecológica desde una perspectiva emancipatoria.

[6] Karl MARX, Ibídem, pág. 132.

[7] Karl MARX, *El Capital*, Tomo I, capítulo V, pág. 130.

[8] Frederick SODDY, *Cartesian Economics*. London: Hendersons, 1922.

[9] Juan MARTINEZ ALIER, *La economía y la ecología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991; del mismo autor, «Economía y Ecología: cuestiones fundamentales». *Pensamiento Iberoamericano*. 1989, págs. 41-60, y *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona, Icaria, 1992.

[10] Cfr. sobre el particular Enrique LEFF, *Ecología y Capital*. México: UNAM, 1986.

—como decía Marx— al mismo tiempo proceso de reproducción. Las condiciones de la producción son también las de la reproducción...[11] Así:

> «En cualquier época como en cualquier cultura los seres humanos necesitan guardar bienes y personas del cónsumo inmediato para ser usados en el futuro en la renovación del ciclo de vida. La forma de esta sustracción al consumo es un proceso diferente, como también las funciones o lo que es sustraído para ser usado después: lo guardado corresponde a bienes necesarios para la reproducción humana, de las ideas, depende de las técnicas, de la normas clasificatorias de personas o ética».[12]

Junto a conceptos morales como el «crimen» o el «pecado» disciplinadores de las personas y reglamentadores del acceso a la tierra:

> «el peso de las representaciones que las sociedades elaboran a propósito de su relación con el medio parece haber jugado un papel importante, porque es a partir de estas representaciones cómo estas sociedades actúan sobre el medio. Estas representaciones favorecen, o al contrario ejercen un efecto limitador sobre las grandes extracciones devastadoras. De una manera general, hasta la industrialización masiva de Europa entre el siglo XIV y XIX, la relación con la ecosfera ha sido pensada como "intercambio" con las fuerzas naturales, a menudo sacralizadas en un cierto número de mitos o de cosmologías religiosas y no como una "transformación de la naturaleza"...».[13]

Ninguna civilización ha sido ecológicamente inocente, pero aquellas culturas «en las que el hombre es la fuerza productiva principal, la adaptación al ecosistema es el principio fundamental del funcionamiento de la sociedad».[14] Han sido varios los autores[15] que han insistido en el carácter energéticamente eficiente, ecológicamente conservacionista y alimentariamente suficiente de la forma de explotación campesina.[16]

Sin embargo, con la Revolución Industrial y los procesos de industrialización comenzó a acelerarse geométricamente el consumo energético y el desequilibrio ambiental del planeta. Pero, ¿por qué precisamente con la industrialización? Nosotros creemos que esta relación expresa la estrecha conexión entre los orígenes y desarrollo de la crisis ecológica y los mecanismos más íntimos del sistema capitalista: *la acumulación capitalista está en el origen de la crisis ecológica.* En efecto, el capitalismo comenzó sometiendo el trabajo en las condiciones históricas en las que lo encontró. La producción y maximización de la plusvalía —que, como dijera Marx, constituía la «finalidad propulsora de la producción capitalista»[17]— se vehiculizó mediante jornadas interminables de trabajo y salarios de hambre, puesto que en primera instancia, el ca-

[11] Karl MARX, *El capital...*, Tomo II, cap. XX, págs. 350 y ss.

[12] Raúl ITURRA, «El grupo doméstico o la construcción coyuntural de la reproducción social». *Conferencia al IV Congreso de Antropología de España.* Abril de 1987, ejemplar mecanografiado, pág. 8. Sobre el concepto de reproducción social pueden verse los magníficos trabajos de Jak GOODY, *Production and Reproduction.* Cambridge: Cambridge University Press, 1976; y Pierre BOURDIEU, «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction». *Annales.* Año 27, n.° 4-5, Julio-Octubre de 1972; del mismo autor: «De la regla a las estrategias», en *Cosas Dichas.* Buenos Aires: Gedisa, 1988, págs. 67-82.

[13] Jean-Pierre DELÉAGE y Daniel HÉMERY, «De la eco-historia a la ecología-mundo». *Imprecor,* n.° 67, 1988, págs. I-VIII.

[14] Ibídem, pág. IV.

[15] Pablo CAMPOS y J.M. NAREDO, «La energía en los sistemas agrarios», en *Agricultura y Sociedad,* n.° 15, 1980, págs. 17-110; véase también desde una perspectiva teórica el artículo de Juan MARTINEZ ALIER, «Ecologismo marxista y neonarodnismo ecologista», en *Mientras Tanto.* n.° 39, 1989, págs. 145-152.

[16] Víctor M. TOLEDO, «The ecological rationality of peasant production», en M. ALTIERI y S. HECHT (eds.), *Agroecology and Small farm development.* CRC Press, 1989, págs. 8 y 9; también «La resistencia ecológica del campesinado mexicano». *Ecología Política,* 1991, n.° 1, págs. 11-18.

[17] Karl MARX, *El Capital...* Tomo I, cap. VII, pág. 175.

pital no transformó directamente el proceso de trabajo. Tan sólo lo subordinó a su lógica, lo «subsumió formalmente».[18]

La energía contenida en la fuerza de trabajo empleada constituía, entonces, el aporte esencial al proceso de trabajo, componiendo la esencia de la plusvalía absoluta. Sin embargo, el trabajo excedente así generado no podía ampliarse sin limitaciones para su reproducción, por la imposibilidad de alargar más allá de un punto determinado la duración de la fuerza de trabajo y rebajar el salario por debajo del límite de la subsistencia. La manera en que históricamente se superaron tales limitaciones fue mediante el aumento de la capacidad productiva de la energía contenida en el trabajo.

Entre los métodos utilizados —cooperación, división del trabajo y mecanización de la industria— nos interesa especialmente este último. Los medios de trabajo se convirtieron, entonces, de simples herramientas en «piezas de un mecanismo» para cuyo funcionamiento la energía humana resultó insuficiente:

> «La máquina de que arranca la revolución industrial sustituye al obrero que maneja una sola herramienta por un mecanismo que opera con una *masa* de herramientas iguales o parecidas a la vez y movida por una sola fuerza motriz, cualquiera que sea la forma de ésta. Pero —añade Marx más adelante— al ampliarse el volumen de la máquina de trabajo y multiplicarse el número de herramientas con que opera simultáneamente, se hace necesario un mecanismo motor más potente, y a su vez, este mecanismo, para poder vencer y dominar su propia resistencia, exige una fuerza motriz más potente que la humana... Cuando el hombre sólo interviene como simple fuerza motriz; es decir, cuando su antigua herramienta ha dejado el puesto a una máquina instrumental, nada se opone a que sea sustituido también como fuerza motriz por las fuerzas naturales».[19]

Pero Marx describió este proceso sin advertir que dichas «fuerzas naturales» tenían un período de reproducción o tiempo de reposición incomparablemente mayor que los ciclos productivos y que, por tanto, podían ser considerados como fuerzas naturales no renovables en la medida en que eran consumidas sin más en el proceso de trabajo industrial. Y en efecto, la base energética de la industrialización y de las sucesivas oleadas de la Revolución Industrial fue, por motivos de «eficiencia crematística» el carbón y, más tarde, el petróleo, combustibles fósiles no renovables. Tampoco intuyó Marx el carácter altamente entrópico de los procesos de trabajo capitalistas. Incluso, Engels rechazó la segunda ley de la termodinámica y, por tanto, la tendencia del modo de producción capitalista a la creciente generación de residuos y la externalización de su coste. El mecanismo típicamente capitalista de maximización del beneficio llevó, pues, a la progresiva mecanización de la producción; o dicho en términos de economía ecológica: a la progresiva adición (o sustitución de energía humana por) cantidades crecientes de materiales y combustibles fósiles —no renovables por tanto— en el proceso de trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas, como tendencia inmanente a la propia lógica del capitalismo, corría paralelo al receso, paradójicamente, de los recursos naturales, y a la producción de residuos dañinos.

En cambio, Marx sí advirtió el carácter expansivo del maquinismo como una necesidad inscrita en la propia dinámica de la acumulación capitalista.[20] Si ésta no era si-

[18] Karl MARX, *El Capital...*, Tomo I, págs. 240; 266-443; 476-488; 518; y 607 y ss.

[19] Karl MARX, *El Capital...*, Tomo I, Cap. XIII, págs. 304 y 306.

[20] «Tan pronto —decía— cómo el movimiento creciente de rebeldía de la clase obrera obligó al Estado a acortar por la fuerza la jornada de trabajo, comenzando por dictar una jornada de trabajo normal para las fábricas; a partir del momento en que se cerraba el paso para siempre de la producción intensiva de plusvalía mediante la *prolongación de la jornada de trabajo*, el capital se lanzó con todos sus bríos y con plena consciencia de sus actos a producir *plusvalía relativa*, acelerando los progresos del sistema maquinista» (Ibidem, Tomo I, Cp. XIII, pág. 337).

no la transformación de la plusvalía en capital, la mecanización creciente de los procesos de trabajo —por tanto, la maximización del beneficio posible impuesto por la competencia— era una necesidad requerida por la reproducción ampliada típica del Capitalismo.[21] De esa manera, las mercancías, cuyo número había de crecer y diversificarse, eran el resultado del consumo cada vez mayor de energía y materiales del sistema industrial globalmente considerado, dentro de procesos de trabajo cada vez más complejos y sofisticados:

> «Pero tan pronto como el régimen fabril adquiere cierta extensión y un cierto grado de madurez, sobre todo tan pronto como su base técnica, la maquinaria, es producida a su vez por máquinas, desde el momento en que se revoluciona la extracción de carbón y de hierro, la elaboración de los metales y el transporte y se crean todas las condiciones generales de producción que corresponden a la gran industria, este tipo de explotación sobra una *elasticidad,* una *capacidad súbita e intensiva de expansión* que sólo se detiene ante las trabas que oponen las materias primas y el mercado».[22]

El tamaño de la industria, el número de mercancías y el consumo energético iban a crecer, además, en espiral debido a las propias tendencias y contratendencias de la acumulación capitalista. Marx habló de la —por otro lado muy discutida— tendencia decreciente de la tasa de beneficios, como consecuencia del aumento progresivo de la composición orgánica del capital, es decir, de la razón entre capital y fuerza de trabajo (más capital por unidad de trabajo). En términos de economía ecológica, esto significaba no sólo un consumo mayor de energía y materiales incorporado en dicho capital, sino una demanda aún mayor de aquellos, debido al tamaño ampliado del mismo.[23]

Entre los factores que para Marx constituían *contratendencias* al decrecimiento de la tasa de beneficios, citaba dos de especial interés: el abaratamiento de los elementos del capital y el comercio exterior. El primero no sólo fue considerado por él como un efecto del propio desarrollo del maquinismo, sino como dependiente del segundo, que a más de abaratar el precio del «trabajo necesario» permite abaratar considerablemente los subsidios energéticos y los materiales consumidos en la expansión del capital, e incluso, incrementar —para reducir costes— la eficiencia con que la energía y los materiales son usados; ello permite, además, ampliar la escala de la producción nuevamente.

Ahora bien, los efectos del comercio exterior no pueden ser explicados —de acuerdo con esta óptica— únicamente desde la perspectiva del «intercambio desigual» del valor trabajo. Deben ser tenidos en cuenta la presión y la apropiación creciente sobre los recursos naturales de los países y zonas interiores a los mismos sometidos a dicho intercambio, como ya advirtiera Rosa Luxemburgo.[24]

Por tanto, no se trata sólo de controlar los recursos que son estratégicos para la reproducción del Capitalismo, sino de abaratarlos para que esa reproducción pueda hacerse a escala ampliada: «La degradación del entorno —mantiene Dutry-Lambert[25]— ha permitido, gracias a la gratuidad o a los bajos precios de las materias la rentabilidad del capital y asegurar, por tanto, su reproducción».

[21] En este sentido Marx dejó claro que: «La reversión constante de plusvalía a capital adopta la forma de un *aumento del volumen del capital invertido en el proceso de producción*. A su vez, este aumento funciona como base para *ampliar la escala de la producción* y los métodos a ésta inherentes de reforzamiento de la fuerza productiva del trabajo y de producción acelerada de plusvalía... Por tanto, con la acumulación se desarrolla el régimen específicamente capitalista de producción, y el régimen específicamente capitalista impulsa la acumulación de capital» (Ibídem, pág. 528).

[22] Ibídem, Tomo I, Cap. XIII, pág. 375.

[23] Karl MARX, *El Capital...*, Tomo III, Cap. XIII, pág. 214.

[24] Rosa LUXEMBURGO, *La acumulación del Capital*. Madrid: Ed. Orbis, 1985, págs. 140 y ss. Citado también en J.M. NAREDO, *La economía en evolución*. Madrid: Siglo XXI, 1987, pág. 179.

[25] «Crisis Económica y ecología», en DA CRUZ (ed.), *Crisis Económica y Ecología. Crisis Ecológica y Economía*. Madrid: Ediciones Miraguano, 1980, pág. 48.

Por último, nos interesa considerar aquí el aumento en la velocidad de rotación del capital —como otra más, aunque paradójica, contratendencia al decrecimiento de la tasa de beneficios— porque tiene dos efectos fundamentales: uno sobre la producción y otro sobre el consumo. Sobre la producción, acelerando el gasto de energías y materiales no renovables y disminuyendo, por tanto, el tiempo de rotación de manera incomparable con el tiempo de reposición de esos recursos consumidos. Y sobre el consumo, provocando un crecimiento y diversificación del número de las mercancías que deben ser adquiridas para reproducir el sistema.

En definitiva, aunque Marx no intuyera ni el carácter finito de los materiales y de ciertas fuentes de energía y, en cierta medida, rechazara implícitamente los postulados de la segunda ley de la termodinámica, en su pensamiento y en su metodología puede encontrarse una explicación de los orígenes de la crisis ecológica: el incremento de la productividad del trabajo humano, debido al deseo y necesidad capitalista de maximizar el beneficio o plusvalía más allá de los límites físicos de la fuerza de trabajo. En efecto, podríamos considerar la *explotación de la naturaleza como el reverso de la explotación del hombre* y viceversa. Para ello es preciso reconocer con J.P. Deléage que «la energía extraída de la naturaleza es generalmente mucho mayor que la energía gastada para su extracción»,[27] haciendo aplicable el concepto de excedente o valor excedente tanto a la fuerza de trabajo como a la energía y a los materiales. La única diferencia consistiría en la distinta consideración como «flujo» de la fuerza de trabajo y de «stock» de estos últimos.

De esta manera podríamos ampliar la teoría de la explotación de Marx a la naturaleza, al valor «recursos naturales»: de la misma manera que el trabajador se ve despojado del producto de su trabajo, haciendo posible el beneficio capitalista, la Naturaleza es explotada para incrementar la productividad del trabajo mediante la externalización del coste generado por el uso de unos bienes limitados cuyo consumo produce, además, residuos. Dicho en otros términos, cuanto más trabajo humano es sustituido por energía y materiales en el proceso de trabajo para conseguir mayores beneficios, mayor es la necesidad del modo de producción capitalista de abaratar las materias primas y de expulsar de sus costes los creados por los desechos de la actividad productiva. *Sólo es posible incrementar la explotación del trabajo aumentando la explotación de la naturaleza.* La acumulación capitalista ha estado y está, pues, en el origen y desarrollo de la actual crisis ecológica.

Y ello nos lleva a la siguiente cuestión: ¿Podría el capitalismo asumir todas las deseconomías externas generadas por la actividad productiva sin poner en peligro el propio mecanismo de la acumulación?[28] Si a los recursos no renovables (y a los desechos) se les imputa un valor acorde con su beneficio (o perjuicio) futuros, ¿no dificultarían estos costes añadidos la intensificación del trabajo humano y harían disminuir tanto la velocidad de rotación del capital como el consumo, a unos precios exorbitantes para productos hoy considerados básicos?

Antes nos referíamos a la visión organicista que las religiones propiciaron del hombre y de la naturaleza con anterioridad al predominio del capitalismo. Dicha visión, que hizo concebir el mundo como una gran entidad biológica, favoreció unas relaciones más o menos respetuosas con el medio. Sin embargo, cuando el papel de las religiones fue sustituido por la racionalidad del beneficio capitalista, por la nueva reli-

[26] Cf. J.M. NAREDO, *La economía en evolución*, Siglo XXI, Madrid 1987, pág. 157.

[27] J.P. DELÉAGE, «Ecomarxist Critique of Political Economy», in *Capitalism, Nature and Socialism*, n.º 3, Noviembre de 1989, pág. 22; el mismo autor hace una explicación más extensa de esta cuestión en su obra, *Les Servitudes de la Puissance. Une Histoire de l'énergie*. París: Flammarion, 1986, págs. 45-46.

[28] Según plantea James O'Connor, tal posibilidad es bastante improbable en la actual situación de crisis ecológica y a la vez económica. James O'CONNOR, «Interdependencia global y socialismo ecológico», en *Mientras Tanto*, n.º 40, 1990, pág. 78.

gión: la ciencia y su expresión normativo-moral, la Economía,[29] las relaciones entre los hombres y la naturaleza cambiaron radicalmente.[30]

Pero, si hemos explicado la íntima relación entre capitalismo y crisis ecológica, ¿por qué ésta era igualmente producto de la práctica social de los llamados regímenes «socialistas»? Muchas son las explicaciones que podríamos dar, pero de manera genérica diríamos que, tanto las ideas orientadas como los intereses creados por sus grupos dominantes, no constituyeron una alternativa real al sistema capitalista. Ahora bien, si ambos sistemas han compartido responsabilidad en la crisis ecológica, de ello no podemos concluir que el Ecologismo, que objetivamente debe ser anticapitalista, deba ser «antisocialista» y renunciar por ello a una dimensión socialmente emancipatoria. Creemos que es posible fundamentar en la tradición socialista una lectura que no haga de la emulación del capitalismo su principal objetivo, que no base en la acumulación de capital y el desarrollo a toda costa de las fuerzas productivas el bienestar de los agentes sociales. Porque ello conduce directamente a la perpetuación de la explotación y al agravamiento de la crisis ecológica. Sólo la ruptura de este mecanismo puede detener el deterioro ecológico. Socialismo y ecología deben, necesariamente, entenderse; la fusión entre ambas es posible en una *Alternativa Ecosocialista*. No es un discurso arcádico, primitivista o místico, pero tampoco es el discurso de la modernidad productivista. No renuncia a las aportaciones de Marx, pero las asume tras un replanteamiento crítico de su teoría. Y son muchos los aspectos de la misma que es preciso someter a revisión.

En este sentido la teoría de la explotación de Marx requiere una puesta al día urgente y, asociado a ésta, su interpretación dicotómica del conflicto social como motor del cambio. Hoy parece fuera de toda duda que el proceso histórico no está predeterminado en cuanto a su fin último al margen de la voluntad de los hombres; por tanto, el pensamiento marxista debe despojarse de sus connotaciones hegelianas, especialmente en lo que se refiere a la misión histórica de la clase. Del mismo modo, parece fuera de duda que el desarrollo del capitalismo ha generado —frente a lo que pensaba Marx y la tradición marxista— una pluralidad de clases que se aleja del mencionado esquema dicotómico. Con ello deben revisarse los conceptos de «trabajo productivo» e «improductivo» que están en la base de la teoría del valor de Marx y que hoy son insostenibles.

Todo ello hace necesaria una revisión en profundidad de la idea marxista de un «conflicto primordial» y subordinador del resto. El reconocimiento de la existencia de una pluralidad de clases, en situación de lucha o conflicto múltiple, debe llevar a la consideración también plural del «sujeto revolucionario». Estos y otros posicionamientos críticos frente a la tradición marxista, deben, finalmente, despojarla del «cientifismo» sectario que hizo esta teoría excluyente con el resto de la tradición socialista.

OTRAS CORRIENTES SOCIALISTAS Y LA NUEVA ETICA ECOLOGICA

Dentro de la tradición socialista existieron algunas corrientes de pensamiento cuya recuperación no constituye para nosotros un ejercicio de arqueología académica o política sino la posibilidad de enraizar en ellas la nueva ética ecológica, dotándola de una proyección emancipatoria.

El Populismo Agrario Ruso

El Populismo constituye una tradición revolucionaria que se generó en Rusia pre-

[29] En este sentido véase el estudio de Maurice GODELIER, *L'idéel et le matériel. Pensée, economies, societés. París: 1984*, págs. 43-99, y sobre todo el de Karl POLANYI, *La Gran Transformación*. Madrid: Eds. de la Piqueta, 1989.

[30] José Manuel NAREDO, «La ideología del progreso y la producción encubre la práctica de la destrucción», en Humberto DACRUZ (ed.), *Crisis económica y Ecología*. Crisis ecológica y Economía..., págs. 109-110.

tendiendo evitar la implantación hegemónica del capitalismo en aquel país. Surgió a través del análisis de las instituciones tradicionales campesinas. Es posible diferenciar tres períodos distintos que se corresponden con tres diferentes corrientes internas del populismo agrario ruso:

1. La *Fundacional*, representada por Herzen y Chernyshevski. Ambos autores, aunque de manera más nítida el segundo que el primero, creían que fortaleciendo las formas de acción solidaria que generaba la organización social colectivista campesina era posible evitar el sufrimiento y explotación que sobre las comunidades rurales generaban los procesos de industrialización capitalista. Ambos autores desarrollaron también una apasionada práctica intelectual a favor del campesinado, convencidos de que la *instancia moral* que representaba la comuna (Herzen) y las *posibilidades* de su adaptación institucional a través de *modernas cooperativas agrarias* (Chernyshevski) constituían la palanca que podía permitir el salto al socialismo sin la necesidad de descender al infierno del capitalismo.

2. *El Populismo Clásico* constituye la etapa de maduración teórica. Las obras de Tkachev, Peter Lavrovich Lavrov, Nicolai Mikhailovski y Bervi-Flerovski constituyen la aportación más destacada del esquema teórico y de la práctica política populista. Aquí sólo vamos a destacar algunos elementos de interés para nuestro discurso. Todos parten de la llamada «Sociología Subjetiva» o «método subjetivo», cuyo elemento básico lo constituye «la primacía del pensamiento y voluntad humanos» sobre el resto de los factores que intervienen en el proceso histórico. Ello no quiere decir que no existan ciertas leyes objetivas en el desarrollo de la sociedad, sino que éstas pueden ser trastocadas por las «fuerzas sociales» en condiciones adecuadas. Fue Lavrov quien desarrolló gran parte de este planteamiento «subjetivista». Su fe en la «comuna campesina» como posible núcleo del socialismo en Rusia iba unida a la incorporación de la técnica a aquélla: a la Intelligentsia le correspondía jugar ese papel de fundirse con el pueblo e incorporar la moral y ética campesinas a la tecnología.

Si Lavrov mantuvo actitudes revolucionarias, Mikhailovski perteneció a la corriente liberal del populismo. La polémica de ambos autores junto con Tkackev acerca de la naturaleza del progreso contribuyeron decisivamente a la clarificación teórica del populismo en no pocas cuestiones y resultan hoy de gran interés. En efecto, Mikhailovski llevó a cabo una interpretación sociológica de la historia en base a la reelaboración del concepto de progreso. Mediante un análisis de las formas históricas de trabajo llegó a la conclusión de que el paso de la cooperación simple entre personas a las formas complejas de organización del trabajo iba ineluctablemente unido al tránsito de formas de organización social igualitarias a otras diferenciadas y jerarquizadas producto de la especialización. La pérdida de los sentimientos de solidaridad, generados en la cooperación simple, era la consecuencia de los objetivos separados y autónomos de las formas complejas de organización del trabajo[31]. Como señala Leszek Kolakowski: «Mikhailovski intentó integrar la cuestión agraria rusa en una filosofía social basada en principios personalistas y moralistas». El capitalismo significaba la pauperización del espíritu y del cuerpo: rompía los lazos de solidaridad y atomizaba la sociedad universalizando el espíritu de competencia y de lucha. Sin embargo, Rusia había preservado en la comuna rural una forma de organización social que podía obstruir el camino al capitalismo. La *obshina* se basaba en la cooperación simple, y no compleja, y dejaba

[31] Sobre estos autores CF. C.M. EDIE, J.L. SCALEN and M.B. ZELDIN, (eds.), *Russian Philosophy*. Chicago: The Quadrangle Books, 1965, Vol. II, pág. 131 y ss.; Fernando CLAUDIN, «Prólogo» a V.I. LENIN, *Contenido económico del populismo*. Madrid: Siglo XXI, 1974, págs. 10 y ss; Andrzej WALICKI, *Populismo y marxismo en Rusia*. Barcelona: Estela, 1971, págs. 27-34 y 69-71; Teodor SHANIN (ed.), *Late Marx and the Russian Road*. London. Routledge and Kegan Paul, 1984, págs. 172-178 y 181-203 (Edición castellana en Madrid: Ed. Revolución, 1990); Franco VENTURI, *El Populismo Ruso*. Madrid: Revista de Occidente, 1975, tomo II, págs. 738-756.

abierto a un desarrollo personal de carácter general: sus miembros alcanzaban su prosperidad conjuntamente y vivían en estado de solidaridad y no de competencia. En su forma actual no era un ideal, sino que la tarea consistía en superar los obstáculos externos que impedían su desarrollo y no fomentar los factores negativos en nombre del progreso «abstracto»[32].

3. La tercera corriente populista está constituida por el *Anarquismo Agrario*[33], configurado a partir de las aportaciones de Bakunin y Kropotkin. Para Bakunin, como para los demás populistas, la revolución campesina como alianza con otros sectores revolucionarios podía evitar el desarrollo del capitalismo que tendía a instalar una forma de dominación industrial que transformaba el natural sistema de «valores humanos». El carácter revolucionario, la naturaleza rebelde y socialista del campesinado ruso era producto de su específica cultura surgida de sus formas de organización colectivista. Para él, la *obshina* era la forma de organización de la economía en las aldeas según la cual la tierra de la comunidad aldeana era repartida entre sus unidades familiares de acuerdo con el número de miembros que poseían.

No obstante, para los campesinos la propia obshina formaba parte de la comunidad global no sólo como unidad social y económica sino también como *instancia moral* que imponía la justicia sobre la comunidad social: *el mir*. Su pensamiento sobre el tema fue poco a poco clarificándose hasta analizar con mayor detalle los «aspectos positivos y negativos» de la comuna como base de la revolución social. En 1873 publicó un apéndice sobre la situación en Rusia dentro de su trabajo *Estatismo y Anarquía* que, al ser suprimido de la segunda edición rusa, es menos conocido[34]. En él explora las posibilidades de la comuna rusa como germen revolucionario, viendo en ella tres aspectos negativos: «El patriarcado, como forma despótica de organización social de la familia campesina»; «La absorción de la personalidad por la comunidad»; y «La fe en el Zar». La posible existencia de un cuarto factor, presente para Bakunin en otras sociedades campesinas occidentales, «no tiene para el pueblo ruso esa importancia. La Iglesia es para el pueblo ruso una taberna celeste donde se emborracha y se olvida de su miseria».

No obstante, *las zonas vacías del capitalismo* permitirían generar una revolución que culminaría en una Europa socialista. Éstas eran la periferia europea, donde aún existía el «ideal proletario de los países latinos». El campesinado ruso poseía los elementos capaces de generar esa dinámica revolucionaria y eran los siguientes: en primer lugar, «La convicción de que la tierra pertenecía al pueblo, que la trabajaba»; la propiedad era, por tanto, algo colectivo que no admitía la apropiación individual; el concepto de propiedad capitalista no tenía sentido para la tierra dentro de la cultura campesina rusa. En segundo lugar, «El uso de la tierra no pertenece al individuo sino a la comunidad», siendo ésta la que regula su utilización; los criterios de su distribución formaban parte de una «ética campesina» y de una lógica económica ajena al capitalismo y a sus formas de competencia. Y en tercer lugar, «La casi absoluta autonomía, como autoadministración y por tanto la existencia de una actitud claramente hostil de la comuna campesina hacia el «Estado»; el autogobierno local y la democracia directa campesinas permitirían romper las estructuras de poder generadas por la organización estatal.

Por su parte, Kropotkin desarrolló bastantes aspectos del pensamiento bakuninista, pero sobre todo se centró en desvelar las

[32] Leszek KOLAKOWSKI, *Las principales corrientes del Marxismo. II: La Edad de Oro*. Madrid: Alianza, 1982, págs. 317-318. J.M. EDIE, J.L. SCALAN Y M.B. ZELDIN (eds.), *Russian Philosophy*... Vol. II, págs. 117-187; Teodor SHANIN, *Late Marx*..., págs. 175-176; Andrzej WALICKI, *Populismo y marxismo*..., págs. 39-62.

[33] Cf. Eduardo SEVILLA GUZMAN, «Hacia una caracterización del Anarquismo Agrario», en S. SEVILLA GUZMAN y K. HEISEL (eds.), *Anarquismo y movimiento jornalero en Andalucía*. Córdoba: ediciones de la Posada, 1988, págs. 23-24.

[34] Max NETTLAU, «Prólogo» a M.I BAKUNIN, *Estatismo y Anarquía* (la edición de 1873). Madrid: Orbis, 1984, págs. 4-50; Paul AVRICH, *Los anarquistas rusos*. Madrid: Alianza Editorial, 1974; M. BAKUNINE, *Oeuvres*. París: Stok. 1913, Vol. VI.

condiciones históricas que generaban el «instinto socialista» en el campesinado y en diseñar formas futuras de organización social alternativas a las que estaba desarrollando el capitalismo. Su trabajo más acabado, la *Ayuda Mutua*, escrito en 1888 y 1896, fue una réplica al social-darwinismo. Intentó falsear las «teorías corrientes de los economistas burgueses y de algunos socialistas» que predicaban la incapacidad natural de la comuna campesina y su lógica desaparición; por el contrario, los sistemas políticos que se fueron formando en Europa se empeñaron en destruirla. Para Kropotkin, la organización sociopolítica campesina generaba vínculos de solidaridad con un potencial revolucionario, conceptualizando la *ayuda mutud* como una fuerza histórica de progreso moral.[35]

Resumiento, el Populismo Ruso, como práctica intelectual y política, pretendió elaborar una estrategia contra el capitalismo con los siguientes rasgos:

a) Los sistemas de organización política generados en el seno del capitalismo constituyen formas de dominación y sometimiento sobre el pueblo que pretenden legitimarse con falsas fórmulas de participación democrática.

b) Los sistemas de legalidad así establecidos desarrollan un progreso material que va contra el desarrollo físico, intelectual y moral del individuo.

c) En las formas de organización colectiva del campesinado ruso existe un «estado de solidaridad» contrario a la naturaleza competitiva del capitalismo.

d) Es posible frenar el desarrollo del capitalismo en Rusia mediante la extensión de las relaciones sociales del colectivismo campesino al resto de la sociedad.

e) Los intelectuales críticos deben *fundirse con el pueblo* para desarrollar con él, en pie de igualdad, las formas de cooperación solidaria que permitan crear formas de progreso a las que se incorpore la justicia y la moral.

El Populismo de Marx

Ya dijimos antes que estos papeles no pretendían rescatar a toda costa el pensamiento de Marx en su globalidad sino señalar aspectos esenciales de su construcción teórica que pueden contradecir, incluso, la interpretación marxista tradicional y servir para fundamentar teóricamente una alternativa ecosocialista. En este sentido se han señalado ya varios «atisbos» ecológicos de Marx.[36] Por nuestra parte, vamos a hacer hincapié en la consideración que Marx tuvo al final de su vida de la comuna y del populismo rusos y que le hicieron dudar y finalmente admitir esquemas evolutivos de la humanidad ciertamente multilineales, alejados por tanto de la «superioridad del capitalismo» como fase necesaria para la construcción del socialismo. Esta rectificación de Marx puede fundamentar una concepción de la emancipación social (el socialismo) no basada en el progreso material ilimitado y sí en una dimensión ética.

Ante las crecientes posibilidades revolucionarias de Rusia, Marx se vio atraído por la evolución de las comunidades rurales, por un lado, y el papel del campesinado en el proceso histórico por otro. En torno a los años setenta, Marx y Engels tuvieron que enfrentarse con uno de los problemas centrales planteados por el populismo ruso: el paso de una sociedad precapitalista a otra socialista sin pasar por el capitalismo. Centraron su análisis en la evolución de la comunidad campesina rusa, pero por motivos colaterales hubieron de abordar el estudio de la comunidad germánica y, de forma general, la desintegración de las comunidades primitivas.

Marx se refirió a este problema con motivo de una carta que, a finales de 1877, escribió en respuesta al artículo «Karl Marx ante el tribunal del señor Zhukovski», redactado por Mikhailovski, editor del *Otiechestviennie Zapiski* (Notas sobre la Patria). En esta carta, que no llegó a ser en-

[35] P. KROPOTKIN, *Ayuda Mutua* (1.ª Edición en 1920). Madrid: ZYX, 1970, págs. 143 y 167-168; su esquema teórico del cambio en el proceso histórico europeo aparece también en la revista *Les Temps Nouveaux*, según su discurso pronunciado en París en 1896, en el que desarrolla su visión del surgimiento de la autoridad, personificada en el «Estado y su papel histórico», título de la conferencia recogida en P. KROPOTKIN, *Panfletos Revolucionarios*. Madrid: Ayuso, 1977, págs. 207-246; Cfr. también Angel PA-

viada y se hizo pública después de su muerte, Marx salió al paso de la errónea interpretación que, en el referido artículo, hacía Mikhailovski del marxismo como una teoría universal del desarrollo histórico. Marx puntualizó que con el capítulo dedicado en *El Capital* a la acumulación primitiva, solamente trató de indicar la vía a través de la cual el Occidente europeo evolucionó desde el feudalismo al capitalismo, sin pretender en manera alguna extender mecánicamente este proceso europeo al resto de los países del mundo.[37] Asimismo, refiriéndose a Rusia, Marx confirmó la posibilidad de construir una vía de desarrollo económico alternativa a la occidental, evitando de este modo «los tormentos del régimen capitalista», siempre que el camino del desarrollo capitalista emprendido con la reforma de 1861 no siguiese adelante.[38]

Vera Zasulich en carta escrita el 16 de febrero de 1881, planteó nuevamente a Marx estas cuestiones al solicitar su opinión sobre las tesis de la condena de la comuna campesina rusa y la inevitabilidad del proceso histórico capitalista. Zasulich formaba parte del *Chorny peredel*; título de la revista de una de las dos facciones (la otra fue *Narodnaia Volia*), en que se había subdividido *Zemlia y Volia* hacia 1879. En la carta de 8 de marzo de 1881 con sus esbozos previos, en la que contestó a Vera Zasulich sobre las posibles vías revolucionarias en Rusia, Marx se mostró contrario a una sucesión lineal del proceso histórico: el curso que tomara una formación social vendría dado por el medio histórico en el cual se desenvolviera. Su posicionamiento frente a la evolución de la comuna rusa permite una interpretación populista del último Marx.[39] Para él, la comuna rusa de su época era uno de los tipos más recientes de comunidades agrícola, el último eslabón contemporáneo de la cadena de comunidades integrantes de la formación social arcaica. La comunidad rural rusa se distinguía por su *dualismo*: propiedad en común de la tierra y explotación individual de las parcelas. La propiedad colectiva del suelo y las relaciones sociales derivadas de ello le proporcionaban unas bases sólidas, mientras que la casa y el corral —dominio exclusivo de las familias—, el cultivo parcelario del suelo y la apropiación individual de sus frutos daban paso a un individualismo incompatible con unas estructuras sociales comunales. El elemento de propiedad privada podía prevalecer en el futuro sobre el elemento colectivo o viceversa. Negando la inevitabilidad histórica de la desintegración de las comunidades agrícolas, Marx afirmó que todas las alternativas eran posibles: el que sucediese una u otra manera dependía del medio histórico; la teoría de la «vuelta atrás» de Chernyshevsky era, por tanto, una posibilidad teórica para Marx.

Estos textos fundamentales, en los que Marx esbozó una teoría multilineal de la evolución histórica o expuso su posicionamiento en el debate sobre las posibilidades revolucionarias de la obshina rusa, aparecieron publicados por primera vez ya entrado el siglo XX. De este modo, los efectos teóricos y políticos que podían derivarse de los mismos, en los momentos decisivos como el de la constitución y desarrollo del primer Estado «comunista», precisamente en Rusia, quedaron truncados.[40] La mayoría de los teóricos marxistas, tanto soviéticos como europeos, se inspiraron en una con-

---

LERM, *Historia de la etnología: los evolucionistas*. México: CISINAH, 1976, págs. 151-156. La influencia del populismo ruso (que inventó el eslogan «Tierra y Libertad») es evidente en el caso del agrarismo mexicano: parafraseando a Womack, diríamos que Zapata y su movimiento hicieron una revolución precisamente porque *no* querían cambiar en una dirección modernizadora y capitalista.

[36] Cfr. en este sentido M. SACRISTAN LUZON, «Algunos atisbos político-ecológicos de Marx», en *Mientras Tanto*, n.º 21, 1984, págs. 39-50; véase también Albino PRADA BLANCO, «Ecología y Valor. El problema ecológico en Marx», en *Mientras Tanto*, n.º 19, 1984, págs. 91-100.

[37] Mikhailovski, Voporitsov y Krivenko interpretaron esta carta como un apoyo de Marx por sus ideas en contra del naciente marxismo ruso. Cfr. Andrzj WALICKI, *Populismo y Marxismo en Rusia...*, págs. 136-137.

[38] «Carta al director del 'Otiechestvienne Zapiski», en M. GODELIER, *Sobre el modo de producción asiático. Marx y Engels*. Barcelona: Ed. Martínez Roca, 1972, págs. 168 y 170-171.

[39] Para una interpretación semejante, cf. Teodor SHANIN (ed.), *Late Marx and the russian Road*, págs. 95-137, traducción cast. Ed. Revolución, Madrid.

[40] Por ejemplo, Mariátegui, que tan próximo estu-

cepción excesivamente general del proceso histórico según la cual el «progreso» estaba determinado forzosamente por el crecimiento de las «fuerzas productivas»; el énfasis en los aspectos positivos del capitalismo, la inevitabilidad del mismo y en general su papel revolucionario que le dictaban las «fuerzas de la Historia».

El Neopopulismo de Chayanov

Como es bien sabido, Chayanov perteneció a la tradición revolucionaria del populismo ruso y estuvo fuertemente influido por el pensamiento teórico de Marx, «al que siguió de manera crítica y nunca servil»[41], de tal manera que en él confluyeron dos corrientes teóricas y prácticas cuya síntesis aquí denominamos como «Neopopulismo» o «Neonarodnismo». Respecto a Marx, el papel sintetizador de la obra de Chayanov aparece al menos a través de dos claras conexiones teóricas. Por un lado, a través de la vinculación entre la teoría de los modos de producción y las formaciones socioeconómicas que subyacen a los *Cuadernos Etnológicos* de Marx en el contexto de los «Formen» y «Grundrisse», y la concepción macrosocioeconómica de Chayanov, lo que le permitió afirmar la coexistencia de distintos órdenes económicos del pasado y presente en una misma realidad histórica. Con ello rompía con los contenidos teleológicos de los esquemas unilineales del pensamiento de la izquierda y con la teoría leninista de la irreconciliabilidad de los modos de producción[42].

Para Chayanov, no existían formas de explotación uniformemente capitalistas o uniformemente feudales, sino que *coexistían*, actuando simultáneamente, una pluralidad de sistemas económicos.[43] Con ello Chayanov rechazaba las concepciones hegelianas usuales que posponían, hasta que se hubiesen completado todas las etapas de un inmodificable curso de la historia, la construcción de las bases sociales de una sociedad emancipada.[44]

La segunda conexión entre el Marx que aceptaba la diversidad de vías al socialismo, y Chayanov se establecía en que éste, mediante su modelo de «Agronomía social», reivindicaba un posible desarrollo histórico sin romper la especificidad cultural de la forma de explotación campesina que significaba una alternativa al capitalismo. La perversión del «marxismo tradicional», de la ineluctable necesidad de bajar al infierno del capitalismo para ascender al cielo socialista y del papel demiúrgico de las fuerzas productivas quedaba así rota.[45]

---

vo de un marxismo pro-campesino, no los conoció. Cf. José ARICO (ed.), «Introducción» a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Pasado y Presente, 1980.

[41] Angel PALERM, *Modos de producción y formaciones socioeconómicas*. México: Edicol, 1976, págs. 138 y 139.

[42] Alexander CHAYANOV, «Zur Frage einer Theorie der Nichtkapitalischen Wirtschaftssysteme», en *Archiv fur Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1924. Publicado en inglés en A.V. CHAYANOV, *The Theory of Peasant Economy*. Homewood, Ill: The American Economic Association, 1966, en edición de B. Kerblay, B. Smith y D. Thorner. Reeditado en 1986 con un prólogo de Teodor Shanin (Cfr. *Agricultura y Sociedad*, n.º 48, 1988). Hay una traducción francesa como «Sur la théorie des systèmes économiques non-capitalistes», en *Analyse et Prévision*. Vol. XIII, n.º 1, 1972. No existe, sin embargo, edición castellana completa de este trabajo del que aparece una selección en Angel PALERM, *Modos de producción...*, págs. 140-149.

[43] Este planteamiento teórico ha sido especialmente percibido por los historiadores económicos del precapitalismo. Cfr. Karl POLANYI, K. ARENBERG y H.W. PEARSON (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*. New York: The Free Press, 1957 (hay traducción castellana en Lábor, Barcelona) y Maurice GODELIER (Ed.) *Un domaine contesté: l'antropologie economique*. París: École Pratique des Hautes Études et Mouton, 1974.

[44] Alexander V. CHAYANOV, «Textos» en Angel PALERM, *Modos de producción...*, págs. 140-149, pág. 148.

[45] La «Agronomía Social» fue, por primera vez, globalmente presentada por Chayanov en sus *Principios y métodos operativos de la Agronomía social* en 1918 (Osnornye idei i metodi raboty obschesternnoj agronomii) y reeditada en 1921 por el Comisariado para la Agricultura para quien trabajaba el Instituto que presidía Chayanov. Una excelente selección de esta obra, realizada por Fiorenzo Sperotto, puede verde en A.V. CHAYANOV, *L'Economia di Lavoro*. Milán: Franco Angeli/Insor, 1988, págs. 175-226. Sobre este trabajo existe una penetrante exposición también de F. Sperotto en su tesis doctoral *Planificazione Liberale e Socialismo dei Campifamiglia*. Facolta di Economia e Comercio. Universitá degli Studi di Modena, 1985, Tomo II, págs. 215-237.

Con respecto al Populismo Ruso la conexión es evidente: más que una conexión teórica, existe una auténtica continuidad en su práctica intelectual y, más aún, una adaptación del pensamiento y de la práctica populista a la forma de razonar que entendemos por «científica». La incorporación de la crítica populista a las fórmulas de falsa participación democrática que conlleva el capitalismo, son traducidas a una *estrategia metodológica desde abajo* que pretende obtener la participación solidaria desde la producción al incorporar a ésta dispositivos democráticos de toma de decisiones. El germen de la desigualdad que radica en la división social del trabajo ha de neutralizarse, según Chayanov, mediante formas asociativas voluntarias.[46]

Otro de los elementos clave del pensamiento de Chayanov es su continuado esfuerzo de redefinición del concepto de progreso, elemento éste central también del Populismo Ruso. La lógica del campesinado y las bases teóricas que subyacen a las estrategias de movilidad de los modelos chayanovianos poseen una «economía moral» ajena al concepto de modernización, traducción actual del histórico progreso. Y es, efectivamente, a partir de la caracterización de una ética distinta a la del capitalismo, en la que se descubren valores emancipatorios, donde Chayanov fundamenta la existencia de una racionalidad campesina de la subsistencia frente a la racionalidad del lucro y del despilfarro.

Para Chayanov, la lógica económica del campesinado se basa en la existencia de *una fuerza de trabajo familiar* y en la satisfacción de la demanda de la unidad económica familiar campesina, por lo que los mecanismos a través de los que operan son esencialmente diferentes a los de la economía capitalista.[47] Además, esta lógica económica campesina ha de interpretarse en el marco social de la comunidad campesina donde la *ayuda mutua* implica un sistema de solidaridad que algunos antropólogos han tratado de caracterizar como «forma de intercambio de reciprocidad generalizada».

Para Chayanov, «el volumen de la actividad económica familiar tanto en la agricultura como en la artesanía y el comercio» no responde a la búsqueda de ganancias (no pretende acumular), sino que está sujeto al producto total obtenido tanto en la cosecha como en las actividades no agrarias.[48] Dicho en otras palabras, lo que determina el empleo de un nivel determinado de fuerza de trabajo no es la retribución a ésta, ya que para el campesinado no existe el concepto de salario. El campesinado —para Chayanov— mide *subjetivamente* los insumos de su trabajo: son las necesidades que hay que satisfacer las que originan la organización económica de la producción campesina. De esta forma, la intensidad del trabajo no depende, pues, de la disciplina de la fábrica, ni de los incentivos de primas o destajos, sino de la relación consumidores/trabajadores en cada unidad familiar.

En consonancia con el Populismo clásico, Chayanov reconoció al campesinado un potencial anticapitalista y socialista que el marxismo tradicional rechazaba. Con ello reconocía una multiplicidad de sujetos actuantes en la tarea de la emancipación social, antes sólo reservada para el proletariado. Cualquier grupo social objetivamente «enfrentado» al sistema podía —partiendo de sus propias condiciones sociales— contribuir al cambio social sin subordinarse al papel dirigente de una única clase con capacidad revolucionaria.

La penetración del capital en la agricultura rusa podría ser evitada, según Chayanov, debilitando su capacidad transformadora mediante «las organizaciones de los campesinos y/o las contradicciones entre capitalistas».[49] Proponía en esta dirección la fundación de organizaciones cooperativas que a modo de sistemas de «socialización del trabajo» se articulasen a

[46] A.V. CHAYANOV, *Osnornye idei...*, págs. 105 y ss., en F. SPEROTTO, *Planificazione Liberale e Socialismo...*, pág. 227.

[47] Cfr. Eduardo SEVILLA GUZMAN, «El Campesinado», en *Tratado de Sociología*. Madrid: Taurus, 1988, págs. 366-399, págs. 372.

[48] A.V. CHAYANOV, *The Theory of Peasant Economuy...*, pág. 70.

[49] Y en efecto, los estudios realizados sobre movimientos campesinos han mostrado la eficacia de la resistencia campesina frente al capitalismo.

nivel de producción como «democracias de base», y el establecimiento de formas de coordinación que controlasen el capital comercial en el nivel de los procesos de comercialización. De esta forma «se puede establecer un tipo de "concentración vertical" diferente, que incluso puede llegar a desempeñar un papel crucial en la transformación socialista de la sociedad».[50]

La extensión de las relaciones sociales impregnadas por una ética solidaria al conjunto de la sociedad fue otra de las características que partiendo del Populismo[51] fueron reivindicadas dentro de su esquema de desarrollo agrario alternativo (Agronomía Social). Chayanov fue un intelectual en cuya práctica la denuncia del desarrollo desigual y del capitalismo de Estado sirvieron de soporte a la búsqueda de una «ecología social» como alternativa; en ella, la solidaridad y la lógica campesinas pretendían erigirse en el centro rector de formas de desarrollo alternativo en las que la tecnología debía adaptarse a los marcos culturales locales.

Por un «Neopopulismo» ecológico

La mayoría de los movimientos ecologistas plantean la necesidad de una salida a la crisis que se base en la emergencia de una sensibilidad alternativa. La teorización que los autores señalados hicieron del campesinado muestra no sólo que una nueva moral distinta a la capitalista es posible, sino que los contenidos de la lógica campesina, al estar basados en la satisfacción de las necesidades indispensables y en una forma de producción adaptada a ese objetivo, ofrecen elementos de interés para su configuración. La «nueva moral» está, pues, más cerca de la «economía moral del campesinado» que de la lógica de la «acumulación capitalista», tanto por su carácter energéticamente eficiente como por los valores positivos que conlleva su relación con el medio.

Del mismo modo, la elaboración de un marco teórico-heterodoxo de desarrollo de la humanidad que estos autores hicieron, marca un punto de partida para la elaboración de nuevas teorías alejadas de la teleología y el crecimiento ilimitado. Aunque no fueron ecologistas en el sentido que hoy damos a esa palabra, su reconocimiento de los costes sociales de la modernización, asociada al crecimiento irrefrenable de la producción y del consumo, les llevaron a rechazar el concepto mismo de progreso y el papel demiúrgico de las fuerzas productivas y a reivindicar su subordinación a una dimensión igualitaria y solidaria de la sociedad.

De acuerdo con los autores mencionados, los agentes del cambio social no quedaban circunscritos a la clase obrera, al proceso revolucionario para emprenderlo. El cambio era posible desde ahora y lo podrían acometer todos aquellos grupos sociales afectados por los desequilibrios de todo tipo generados por el Capitalismo. En este sentido, tanto los populistas como Chayanov teorizaron sobre la democracia de base, la solidaridad y la ayuda mutua, en fin, sobre la autorregulación política local que constituía la práctica social del campesinado ruso. Esta práctica conecta perfectamente con el carácter confederativo, descentralizado y pluralista que debe tener y en cierta medida tiene el movimiento alternativo y que se plasma en una de sus frases emblemáticas: «pensar globalmente, actuar localmente». Esta dimensión comunitaria estaba ya presente en el campesinado como una de las formas características de organización y práctica social, donde la «cultura propia» —como suministradora de «seguridad ontológica», del sentido de las rutinas diarias y de la identidad— constituía el horizonte simbólico que guiaba la acción. Son precisamente estos rasgos de fragmentariedad, de recuperación de las identidades sometidas al peligro de la acul-

[50] Teodor SHANIN, «El mensaje de Chayanov: aclaraciones, faltas de comprensión y la teoría de desarrollo contemporáneo», en *Agricultura y Sociedad*, n.° 48, 1988, págs. 141-172, pág. 150.

[51] Donde se llevó a cabo el más completo análisis del tema sigue siendo en Franco VENTURI, *Il Populismo Russo*. Torino: Giulio Einaudi editore, 1952. Hay traducción castellana en Madrid: Revista de Occidente, 1975 y Madrid: Alianza Universidad, 1981.

turación, unidas al ejercicio lo más democrático y autoorganizado posible de la soberanía, los que fundamentan, por otra parte, muchos de los nuevos nacionalismos no estatalistas.

Por último, los autores citados nos muestran un camino interesante: si la comuna campesina, como «zona vacía del capitalismo» podía ser el soporte de un ideal emancipatorio, por presentar una ética y una organización de la producción distintas, los movimientos ecologistas deberían igualmente apoyarse en las «zonas vacías», en los valores y actitudes aún no pervertidos por la lógica del capitalismo para levantar alternativas al sistema. No se trata, únicamente, de aquellas formas de producción subordinadas al Capitalismo y, que por tanto, coexisten con él (y que no sólo se dan en la periferia, sino que constituyen también periferia en el interior del centro capitalista), sino de aquellos aspectos de «nuestra existencia social» que el capitalismo no ha necesitado o no ha podido pervertir; en este sentido, las formas de la «cultura popular», de ayuda mutua, de cierto tipo de vínculos solidarios, etc., pueden ayudar a que la «razón» ecológica se socialice.

Pero para ello no basta con difundirla en estado puro. Precisamente la tradición populista muestra la importancia de los factores subjetivos en la difusión de sus planteamientos, que llegaron incluso a teorizar en el método de la «sociología subjetiva». No se trata, pues, de difundir la razón ecológica —producto de un análisis que se pretende objetivo— sino de hacerlo en consonancia con las percepciones sociales que de la misma se tienen y con las mediaciones culturales adecuadas para su socialización. En definitiva, la tradición populista y su marco teórico puede hoy contribuir a un mayor entendimiento entre el ideal emancipatorio socialista y el Ecologismo político a través de los valores que aporta aquél y que necesita ésta, dando lugar a una nueva corriente que denominamos «Neopopulismo Ecológico» y que —como creemos haber mostrado— no sólo es útil para los movimientos ecologistas del Tercer Mundo sino también para fundamentar en el «mundo desarrollado» un «Ecologismo de los Pobres».

Capitalism, Nature, Socialism

A Journal of Socialist Ecology

RED GREEN POLITICS

A Political Strategy for Ecology Movements
James O'Connor
German Debate on the New Constitution
John Ely
Green Accord in Australia
Stuart Rosewarne

MARXISM AND POLITICAL ECOLOGY

Marxism and Ecology: More Benedictine than Franciscan
Jean-Guy Vaillancourt

Political Ecological Considerations in Marx
Manuel Sacristán Luzón

DISCUSSION

New Scientific Paradigms: A Socialist Critique of Marcello Cini
Boston Study Group
Reply
Marcello Cini

STRUGGLES IN THE U.S. SOUTHWEST

Changing Woman, Tukunavi and Coal: Impacts of the Energy Industry on the Navajo and Hopi Reservations
Kathy Hall

The 'Brown' and the 'Green': Chicanos and Environmental Politics in the Upper Rio Grande
Devon Peña

CONFERENCE REPORT

Impact Assessment: Whose Rationality?
Report on the 11th annual meeting of the International Association for Impact Assessment (IAIA)
Les Levidow

POEM

There's History in the Hot Sauce
Saul Landau

REVIEW ESSAY
REVIEWS

Please make check payable (in USA dollars) to:
Guilford Publications

Mail payment to:
Capitalism, Nature, Socialism
Guilford Publications
Attn: Journals Department
72 Spring Street
New York, NY 10012

Annual Subscriptions (3 issues)
INDIVIDUALS:
____$15. domestic
____$19. foreign (surface mail)
____$27. foreign (airmail)
INSTITUTIONS:
____$45. domestic
____$57. foreign (includes airmail)
Begin my subscription with Issue ____.
____Begin my subscription with Vol. 2, No. 1, 1991
Single issues: $10. All orders outside the U.S., Canada, and Mexico should be placed with Guilford Press, c/o the Distribution Centre, Blackhorse Rd., Letchworth, Herts, SG6 1 HN, United Kingdom.

Name: _____

Address: _____

City, State, Zip: _____

Note: For bulk orders; bookstore distribution and back issues, contact Guilford Publications.

EL FIN DE LA TRAGEDIA DE LOS COMUNES

Federico Aguilera Klink*

1. INTRODUCCION

La gestión de los recursos de propiedad común o, simplemente, de los comunes, era inicialmente una interesante cuestión a la que le prestaban atención antropólogos, biólogos y algún economista como Kapp. Más tarde se transformó en el «problema» de los comunes, debido sobre todo a los trabajos de Gordon y Scott sobre la pesca. Finalmente, el problema se convirtió en la «tragedia» de los comunes, gracias a Garrett Hardin.

En el campo de la economía de los recursos naturales, no hay muchos textos que sean tan breves y tan famosos como «La tragedia de los comunes» de Hardin. Tampoco hay muchos textos que contengan tantos errores y que, a pesar de ello, hayan sido seguidos tan fielmente por los economistas convencionales hasta el punto de convertirlos prácticamente en dogmas incuestionables.

Todo lo anterior ha creado en torno a la existencia de los recursos de propiedad común una considerable confusión, que se manifiesta de manera especialmente destacada en dos cuestiones: a) la que hace referencia al concepto de propiedad común y b) la que alude al origen de la supuesta racionalidad económica que conduciría a la tragedia. Intentaré hacer ver que, a pesar de la popularidad alcanzada por la visión de la tragedia de los comunes, existen razones de peso para afirmar que dicha tragedia, tal y como es expuesta por Hardin, nunca ha existido.

La paradoja estriba en que si bien Hardin, que está preocupado por la supervivencia humana, sugiere una solución ética —se supone que basada en la cooperación— y crítica a Adam Smith por popularizar la búsqueda del beneficio individual, al mismo tiempo descarta ese cambio ético y se pronuncia a favor de la privatización de los recursos naturales y del medio ambiente, solución que no necesita ni de la ética ni de la cooperación.

2. ALGUNAS PRECISIONES SOBRE EL CONCEPTO DE PROPIEDAD COMUN

Antes de pasar a estudiar con detenimiento el artículo de Hardin, conviene detenerse a discutir, aunque sea brevemente, la cuestión de los distintos significados que se ha pretendido dar a la expresión propiedad común. En este sentido, uno de los primeros economistas que dedicó atención al tema fue Kapp, y lo hizo en 1950. Es importante destacar, sin embargo, que para este autor la propiedad común no es, de ninguna manera, un problema sino muy al contrario un tipo de aprovechamiento «... celosamente regulado por hábitos y restricciones institucionales impuestos por la costumbre.» (Kapp, 1970, 112).

Sólo algunos años después, y gracias

* Profesor del Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de La Laguna, Tenerife.

principalmente a los trabajos de Gordon (1954) y Scott (1955) referidos a la pesca, empieza a plantearse la propiedad común como un problema que dificulta la gestión eficiente de un banco de pesca, puesto que según ellos «lo que es propiedad de todos no es propiedad de nadie», sugiriendo en consecuencia y como solución no sólo la propiedad privada, ya que según ellos no es una condición suficiente para conseguir la eficiencia, sino la existencia de un único propietario que gestione el banco de pesca.

Entre estas dos ideas de propiedad común, la segunda, es decir, la que caracteriza a la propiedad común como algo problemático que se identifica con la propiedad de todos y, en suma, con la ausencia de propiedad o libre acceso, es la que más ha ido arraigando, sin ninguna justificación clara, entre los economistas. Tal es así que la mayoría de los libros de texto de Economía de los Recursos Naturales (Dasgupta y Heal, 1979), (Fisher, 1979), (Dasgupta, 1982), entre otros, sólo se refieren a esta cuestión bajo el título genérico de «El problema de los comunes». Por otro lado, la definición más utilizada de un recurso de propiedad común, exige el cumplimiento de las dos siguientes condiciones (Howe, 1979):

1. Libre acceso al mismo para cualquiera que desee usarlo.

2. Existencia de algún tipo de interacción adversa-interdependencia de carácter negativo entre los usuarios.

En mi opinión, lo que definen las dos condiciones anteriores no es un tipo de recurso, sino un tipo de «problema» que puede afectar a la gestión de algunos recursos naturales. Esto quedó claro ya con el trabajo de Ciriacy-Wantrup y Bishop (1975), quienes definen con precisión el «concepto» de propiedad común, que es lo realmente importante, al señalar sus dos características fundamentales:

1. Todos los propietarios poseen el mismo derecho a usar el recurso, derecho que no se pierde si no se usa.

2. Los no propietarios, no pertenecientes a la comunidad, son excluidos del uso.

Se puede añadir, como tercera característica, que el acceso a la propiedad ni exige, ni depende de la compra del recurso. En efecto, la definición de recurso de propiedad común que daba el Tribunal Supremo de los Estados Unidos en 1894 era la siguiente: «La característica distintiva de la propiedad comunal es que cada miembro de la comunidad es, como tal, un propietario de ella. No la obtiene por herencia, ni por compra, ni por cesión; si el propietario muere, no puede transmitir su derecho de propiedad; si abandona la comunidad, su derecho expira; ...; y sus hijos disfrutarán todo lo que él disfrutó, no como herederos sino como propietarios comunales» (Jurgensmeyer, Wadley, 374, 1974).

Una tercera definición de carácter intermedio, es aquella según la cual «... los recursos de propiedad común se definen como la clase de recursos para los que la exclusión es difícil y el uso conjunto comporta problemas de sustracción» (Berkes y Farvar, 1989, 7). Paradójicamente, aunque Berkes y Farvar conocen la definición de Ciriacy-Wantrup y Bishop que es muy precisa, prefieren utilizar la suya propia que, en nuestra opinión, no sólo no es tan clara como la anterior, sino que además vuelve a introducir, de manera injustificada, la dificultad de exclusión —olvidando que si realmente existe la propiedad común se excluirá a todo aquel que no pertenezca a la comunidad— y el carácter problemático de este tipo de recursos.

El principal problema que, a nuestro juicio, plantea la definición de Berkes y Farvar es que puede abarcar cualquier caso en el que los usuarios o copropietarios de un recurso natural no se pongan de acuerdo en cuanto a los criterios a seguir en su extracción, o no respeten los acuerdos existentes o, simplemente, lo exploten compitiendo entre sí, sin que la cantidad del recurso que cada uno puede extraer esté claramente especificada (Aguilera, 1987).

Esto es especialmente cierto desde el momento en el que, bajo la definición que utilizan Berkes y Farvar, se puede estar aludiendo erróneamente tanto a recursos naturales de propiedad privada —donde la exclusión no sería un problema, pero sí el uso conjunto— como a bienes públicos donde no hay capacidad de exclusión. En ambos casos la gestión puede ser dificultosa por las causas señaladas más arriba, pero

no es correcto calificarlos de recursos de propiedad común. Tal es el caso, por ejemplo, al que alude Hotelling (1931), en relación con la extracción de petróleo de una bolsa que pertenece a varios propietarios. Existe el problema de cómo repartir la extracción entre todos, pero el petróleo es, en términos estrictos, un recurso de propiedad privada y no de propiedad común.

Un problema similar ocurre con el agua en las Islas Canarias donde, al ser único el acuífero de cada isla, según los hidrogeólogos, la extracción de agua de una perforación afecta al caudal que pueden extraer los demás y sería necesario alcanzar acuerdos para extraer el agua de una manera menos costosa e incluso para evitar el agotamiento. Pero esto no significa que se pueda hablar de propiedad común puesto que no existe tal institución (Aguilera y Rodríguez, 1989, 114). Más aún, antes de la Ley de Aguas de 1990 el agua en Canarias era un recurso privado, y después de ellas es un bien público o de dominio público. Los problemas de alcanzar acuerdos siguen existiendo, pero no se pueden confundir, insistimos, los bienes privados, los públicos y la propiedad común (Aguilera, 1987).

Dicho de una manera más clara, se confunde un «problema», como es el libre acceso a un recurso o la no existencia de propiedad, además de la ausencia de acuerdos para extraerlo (tal y como hace Fisher (1981, 86), o incluso la violación de los acuerdos existentes, con un «concepto», el de la propiedad común, que exige: a) la existencia de unos derechos claros de propiedad común que sólo se adquieren por la pertenencia a la comunidad y b) la existencia de un tipo de gestión institucional determinado. Si, a pesar de esto, a todo el variado conjunto de casos, que pueden incluir tanto recursos de propiedad privada como recursos de propiedad pública, ya sea estatal, regional o municipal, se le aplica el mismo calificativo de propiedad común, sugiriendo además la connotación problemática de la misma, la confusión domina todo el panorama.

La mejor manera de evitar esta confusión es reconocer que: a) La propiedad común se refiere a un concepto claro, como es el que emplean Ciriacy-Wantrup y Bishop (1975), y que este tipo de propiedad es completamente diferente de la propiedad privada, de la pública, y de la ausencia de propiedad (Aguilera, 1987), (Bromley, 1989, 205) y b) La gestión de los recursos naturales que exige el acuerdo entre los diferentes propietarios, ya sean privados o públicos, es un problema, que no tiene nada que ver con la propiedad común. No obstante, la propiedad común; en tanto que institución y sistema de acuerdos, puede contribuir a facilitar su resolución, tal y como veremos en la última sección.

Aceptando la validez de la distinción que introducimos y aceptando que «Las instituciones que descansan sobre el concepto de "propiedad común" han jugado un papel socialmente beneficioso en la gestión de los recursos naturales desde la prehistoria económica hasta nuestros días» (Ciriacy-Wantrup y Bishop, 1975, 713; Berkes y Farvar, 1989, 6), debemos preguntarnos, ¿por qué se sigue identificando la propiedad común con el desastre y con la tragedia?

3. LAS PARADOJAS DE HARDIN

La pregunta anterior sólo tiene una respuesta, y se encuentra en el papel, fundamentalmente ideológico, que viene jugando durante más de veinte años el famoso artículo de Hardin (1968) al desviar la atención de las causas reales de la contaminación y el agotamiento de los recursos. Sin lugar a dudas, el trabajo de Hardin es el más citado en todas las discusiones sobre la propiedad común, aunque da la impresión de que pocos hayan leído algo más que el título.

Hardin se propone inicialmente estudiar el problema del crecimiento de la población mundial, y en definitiva el de su alimentación, para el que, según él, no existe una solución técnica, entendiendo por tal «aquella que sólo exige un cambio en las técnicas de las ciencias naturales, a la vez que un cambio pequeño o nulo en los valores humanos o en las ideas sobre la moralidad» (Hardin, 1968, 1243). Hace falta una solución moral o ética. En realidad, Hardin cuestiona razonablemente el éxito de las soluciones técnicas, tales como la ins-

talación de granjas marinas o la difusión de nuevas variedades de trigo, que algunos científicos proponen para satisfacer la demanda de alimentos derivada del excesivo crecimiento de la población, sin que se esté dispuesto a renunciar al consumo excesivo del que disfrutan algunos pocos países. Es en este sentido en el que Hardin señala que el problema de la población no puede ser resuelto de manera técnica, añadiendo que «Un mundo finito sólo puede mantener a una población finita, por lo que el crecimiendo de la población debe en última instancia igualarse a cero» (Hardin, 1968, 1243).

Esto último no es diferente de lo que proponía Daly (1971), matizado posteriormente por Georgescu-Roegen (1975), e incluso se encuentra en Hardin una referencia a la limitación que supone la ley de la entropía, disipación de la energía la denomina él. En definitiva, la idea de Hardin es que la supervivencia de la humanidad pasa por un cambio ético —que Hardin no especifica pero que se puede sobreentender como una llamada a la cooperación— y no técnico, por lo que hasta ahí podemos estar de acuerdo.

Pero en lo que no podemos estar de acuerdo, es en la explicación que él proporciona, es decir, en que la causa de todo el problema sea la propiedad común. En efecto, la confusión aparece cuando Hardin presenta el ejemplo ya famoso de los pastores, cada uno de los cuales introduce libremente su ganado en una zona de pastos *abierta a todos (Picture a pasture open to all...*, 1968, 1244), e identifica, sin ninguna justificación, propiedad común con libre acceso.

A partir de este párrafo en el trabajo de Hardin todo se convierte en un problema originado por la propiedad común, poniendo como ejemplos la degradación de los Parques Nacionales, los problemas de aparcamiento y el aumento de la polución, siendo el resultado final la llamada tragedia de los comunes: «La ruina es el destino hacia el que todos los hombres se dirigen, cada uno persiguiendo su propio interés en una sociedad que cree en la libertad de los comunes» (Hardin, 1968, 1244). La alternativa que Hardin propone ante esta situación consiste en la propiedad privada, «... alternativa que no necesita ser totalmente justa para ser preferible, ..., pero la injusticia es preferible a la ruina total» (Hardin, 1968, 1247). No deja de ser sorprendente esta solución; y más para un biólogo como Hardin, ya que, en última instancia «... el ejercicio total de la propiedad privada es en la actualidad virtualmente imposible en un contexto de ecosistemas» (Regier, Mason y Berkes, 1989, 114). Hardin tiene una notable confusión, pues no sólo desconoce lo que es la propiedad común, así como el papel tan destacado que ha ido jugando a lo largo de la historia, sino que además desconoce algo tan básico como es el concepto de propiedad. En efecto, Hardin ignora que el concepto de propiedad carece de significado sin la capacidad de excluir a todos aquellos que no son propietarios, por lo que si realmente hubiera propiedad no se produciría el libre acceso a los recursos y, si además ésta fuese realmente común, eso querría decir que existiría un conjunto de acuerdos institucionales entre los copropietarios que proporcionaría las reglas de decisión sobre la gestión del recurso (Ciricacy-Wantrup, Bishop, 1975, 714).

Así pues, lo que Hardin denomina propiedad común no es, en realidad y de manera objetiva, otra cosa que la ausencia de propiedad o lo que él denomina libre acceso, casos en los que la ausencia de acuerdos —es decir, la ausencia de cooperación— para la explotación del recurso conduciría lógicamente a su agotamiento. Dicho de otra manera, si cada usuario piensa que lo que no extraiga él lo van a extraer los demás, se producirá una competencia individual por la apropiación del recurso que podría finalizar con el agotamiento del mismo. (Aguilera, 1987). Por lo tanto, hay que descartar de manera tajante la existencia de una tragedia protagonizada por los recursos de propiedad común, recursos que, desde un punto de vista estricto, ni siquiera aparecen en el artículo de Hardin.

En realidad, el artículo de Hardin refleja dos grandes paradojas. La primera de ellas consiste en sugerir que la solución a ciertos problemas como el hambre, la contaminación o el agotamiento de los recursos, es de

tipo ético —léase cooperación— y no técnico. Pero por otro lado, al definir erróneamente la propiedad común y confundirla con la ausencia de propiedad, la hace responsable de los problemas anteriormente citados. Ante este equivocado planteamiento, Hardin descarta el cambio ético, es decir la cooperación característica de la propiedad comunal, y se muestra a favor de un cambio técnico, en su terminología, como es la privatización, solución que no sólo es incorrecta, como ya hemos visto, sino que además no tiene nada que ver con la cooperación. ¿Cuál es entonces el origen de los problemas a los que alude este autor?

Se puede decir que el origen de los problemas es sugerido por el propio Hardin si se tiene en cuenta que, antes de introducir el ejemplo de los pastores, criticó a Adam Smith porque popularizó la idea según la cual todo individuo que busque su propio beneficio, guiado por la mano invisible, promueve el interés público. Esta crítica a Smith es la que nos lleva a la segunda gran paradoja, puesto que no deja de ser paradójico el criticar la búsqueda del beneficio individual y proponer a continuación, como solución, la privatización de la propiedad.

Pero esta solución no sólo es paradójica, sino que además descansa sobre una incorrecta, pero muy difundida, interpretación de la obra de Smith. En efecto, en lugar de aceptar, siguiendo a Hardin, que el origen de los problemas se encuentra en la racionalidad económica individual basada en el egoísmo, sería más correcto decir que se encuentra en el absurdo al que conduce la aceptación del egoísmo como condición fundamental de la racionalidad económica; no en vano «El egoísmo universal como realidad puede ser falso, pero el egoísmo universal como requisito de la racionalidad es evidentemente absurdo» (Sen, 1989, 33). En cualquier caso, saldar la cuestión responsabilizando a Adam Smith es, cuando menos, incorrecto.

En efecto, la idea según la cual la búsqueda del beneficio privado conduce a la prosperidad pública, justificando así la separación entre economía y moral, es desarrollada por Mandeville en *La fábula de las abejas*, que aparece publicada por primera vez en 1714, pero pasa bastante tiempo hasta que se populariza esta idea. Treinta y cinco años después, es decir en 1759, aparece *La Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith en la que expresa un punto de vista opuesto al de Mandeville. Y finalmente en 1776, o sea sesenta y dos años después de la publicación de *La fábula de las abejas*, aparece *La riqueza de las naciones*.

Es cierto, sin embargo, que «... la idea avanzada por Mandeville (...) se popularizó con la expresión de la "mano invisible"» (Naredo, 1987, 61), pero no es menos cierto, que con la obra de Smith ocurrió lo mismo que con la de Pareto, Cournot y otros autores, es decir, «... se ha tomado de su pensamiento aquello que venía bien para afianzar o ampliar el edificio de la *ciencia económica* establecida, haciendo caso omiso de otras consideraciones suyas que trascendían dicho campo o evidenciaban lo limitado del mismo» (Naredo, 1987, 323).

Dicho de otra manera, la popularidad que alcanza la mano invisible como expresión de la separación entre economía y moral sólo se justifica por una interpretación muy sesgada de la obra de Smith. Con el fin de eliminar ese sesgo, «... se hace obligada una lectura conjunta de las dos obras —*La riqueza de las naciones y La teoría de los sentimientos morales*— para no dejar oculto el presupuesto smithiano de la existencia de una ley moral natural que induce al hombre prudente a mejorar lo propio sólo en casos específicos, aquellos en los que la mejora de la propia posición no afecta injustamente a los demás» (Kapp, 1970, 45), o, dicho de otra manera, no es posible ignorar «La importancia de los sentimientos morales en la obra de Smith y como prerequisito de cualquier sistema competitivo» (Kapp, 1970, 45).

En suma, habría que matizar mucho la oposición de Smith a la intervención del Estado, oposición que, en nuestra opinión, se dirigía hacia el comportamiento de los funcionarios y burócratas. En cualquier caso, se puede entender mejor esta última cuestión si tenemos en cuenta que «La intromisión constante de los funcionarios no permitía a los oficios vivir y desarrollarse, y llevó a la mayoría de ellos a una decadencia completa; y por ello, los economistas,

ya en el siglo XVIII, rebelándose contra la regulación de la producción por el estado, expresaron un descontento plenamente justificado y extendido entonces». (Kropotkin, 1978, 257).

En realidad, y después de lo que hemos visto, constituye un acto de justicia afirmar: a) que la llamada tragedia de los comunes no tiene; objetivamente, nada que ver con la propiedad común y b) que cualquier economista que se haya preocupado un poco de leer textos originales de algunos autores destacados, poniendo además cierto cuidado en no sacar las ideas del contexto original en el que fueron escritas y las haya comparado con las interpretaciones sesgadas, atemporales y descontextualizadas que hacen de ellos tanto sus admiradores entusiastas como la mayoría de los manuales existentes, llega de manera ineludible a la conclusión lamentable, pero cierta, de que la malinterpretación constituye un comportamiento habitual en la economía. Si aceptamos además el hecho de que la economía descansa en gran medida sobre la especulación y la controversia, podemos entender mejor la confusión de Hardin, ya que «El público, por sí sólo, no puede penetrar en la cortina de humo de la confusión y misticismo económico...» (Mishan, 1984, 11).

Ahora bien, no se olvide que Hardin es biólogo, por lo que su desconocimiento de la historia y de la literatura económica es, cuando menos, excusable. Lo que ya no parece tan excusable es: a) el olvido, o la interpretación interesada y sesgada de las ideas de Smith por parte de muchos economistas y b) la ausencia de reflexión que, salvo honrosas excepciones como la de Ciriacy-Wantrup y Bishop (1975), Bromley (1984) y pocos más, han demostrado los economistas al estudiar la cuestión de la propiedad común siguiendo el enfoque planteado por Hardin.

Sirva de muestra el que especialistas tan prestigiosos y conocidos en el campo de la economía de los recursos naturales como Dasgupta y Heal (1979), Howe (1979), Dasgupta (1982), Hartwick y Olewiler (1986) y Tietenberg (1989), entre otros autores, además de los manuales más utilizados por los estudiantes de Economía de los Recursos y del Medio Ambiente, siguen confundiendo sistemáticamente la propiedad común con la ausencia de propiedad y el libre acceso. Por su parte, Fisher (1981), autor de un reputado manual sobre el tema, aunque cae igualmente en el error citado, matiza la confusión, pero sin llegar a despejarla, al indicar que el problema de la propiedad común se puede presentar cuando no se alcanzan acuerdos de tipo cooperativo entre los usuarios que utilizan «libremente» (el entrecomillado es mío), el recurso.

De entre todos los manuales consultados, únicamente se libran Pearce y Turner (1990), quienes distinguen correctamente entre derechos privados y derechos comunales (pág. 71), y destacan la importancia de distinguir entre la situación del acceso libre y la situación de la propiedad común (pág. 250). Aunque tarde, parece que en la actualidad los economistas convencionales empiezan a aceptar y recuperar la memoria histórica y conceptual sobre lo que fue y es la propiedad común, y que la moda efímera de «la tragedia de los bienes comunales» se desvanece. ¡No vaya a ser que de repente nos llegue con el retraso habitual! Lo que hace falta, de hecho, es más propiedad comunal para una mejor gestión de los recursos: éste es el argumento de la sección siguiente.

IV. LA PROPIEDAD COMUN COMO EJEMPLO DE COOPERACION VOLUNTARIA

Los economistas convencionales han tardado mucho tiempo en reconocer la diferencia existente entre propiedad común y libre acceso y, consecuentemente, en empezar a eliminar la confusión que mantienen sobre la cuestión de la propiedad común, sobre todo teniendo en cuenta que es una cuestión bastante elemental.

El uso generalizado de modelos cerrados en economía ha determinado «... los alcances del análisis convencional, la formulación de los conceptos básicos y, por último, pero no menos importante, la delimitación del panorama de su materia de estudio» (Kapp, 1978, 127). La realidad, sin embargo, es que los sistemas económicos son sis-

temas abiertos, es decir, forman parte de un sistema político e institucional más amplio que, a su vez, está ineludiblemente relacionado con el sistema ecológico (Kapp, 1978, 128). La conclusión es clara, los conceptos que sirven bajo condiciones de sistema cerrado, fallan en condiciones de sistema abierto. En efecto, desde el famoso artículo de Boulding (1966), cada vez son más las publicaciones que estudian los planteamientos relacionados con lo que en la actualidad se denomina Economía Ecológica. Así, Pearce (1973), Georgescu-Roegen (1975), Kapp (1978), Martínez Alier (1987), Naredo (1987), Daly y Cobb (1989), Redclift (1990), entre otros. La mayoría de estos autores llega a la conclusión lógica de que se necesita una reconstrucción conceptual de la economía, tarea que alguno de los economistas citados ya ha iniciado, y de que no hay salidas individuales o parciales ante la multiplicidad de interdependencias económicas y ecológicas del sistema global-mundial en el que nos encontramos.

Aceptando en definitiva que la «... Economía Ecológica estudia cómo se interrelacionan los sistemas económicos y ecológicos» (Proops, 1989, 60) y que «... la organización de sistemas económicos guiados por valores de intercambio, es incompatible con los requerimientos de los sistemas ecológicos y la satisfacción de las necesidades humanas básicas» (Kapp, 1978, 132) parece evidente que la reconstrucción a la que aludimos es sencillamente inaplazable. Todo esto sugiere que el concepto de propiedad común —entendido como una institución en la línea de Ciriacy-Wantrup-y Bishop— en la que la cooperación voluntaria, o si se prefiere la «opción convivial» (Illich, 1973) es superior a la competencia, puede ser una pieza fundamental en esa necesaria reconstrucción conceptual de la economía, permitiendo al mismo tiempo la resolución de los problemas que presenta la gestión de recursos, o mejor dicho de los ecosistemas, en los que es difícil alcanzar acuerdos entre los usuarios que, en última instancia, somos todos.

Por lo tanto, si «Sabemos que nuestra forma de vida actual no tiene ningún futuro (...) y que la economía se encuentra más allá de la esfera de la reciprocidad y la cooperación voluntaria» (Bosquet, 1979, 12-19), se trata justamente de cambiar de forma de vida y de que la economía se centre en el campo de la reciprocidad y la cooperación voluntaria, aquella que excluye tajantemente la posibilidad de que un Estado fuerte, como indica Bosquet, nos imponga autoritariamente la cooperación. Si, como vimos más arriba, el concepto de propiedad privada carece de significado en un contexto en el que el problema fundamental no es la gestión de un recurso aislado sino la gestión de un ecosistema, la idea de cooperación se muestra como un concepto mucho más sugestivo que el concepto de competencia, y esto tanto desde un punto de vista teórico como empírico.

En resumen, el concepto de propiedad común va más allá de su aplicación en la gestión de un recurso natural. Es básico para la gestión de los ecosistemas y «Debido al crucial papel jugado por los sistemas de propiedad común en el uso sostenible de los recursos, su aplicación más importante en el contexto mundial contemporáneo, es su relevancia para el desarrollo». (Berkes y Farvar, 1989, 13). En este sentido, se puede contemplar al Planeta Tierra como un ecosistema o un conjunto de sistemas interrelacionados (Daly, 1990), (Aguilera y Castilla, 1990), cuya gestión sostenible sólo se puede llevar a cabo mediante la consecución de acuerdos mundiales para aplicar unos determinados principios, basados en el respeto escrupuloso de las peculiaridades agroecológicas de cada región (Redclift, 1990).

No cabe duda de que, aunque no nos encontramos ante un caso de propiedad común, sí son de aplicación las ideas y principios utilizados en la gestión de los recursos de propiedad común. Se puede afirmar, en suma, bien que la propiedad común como institución tiene un gran futuro, o bien que el futuro de la humanidad pasa por la aplicación del concepto de propiedad común. ¿A quién le interesa ese futuro?

AGUILERA, F. (1987), «Los recursos naturales de propiedad común: Una introducción». *Hacienda Pública Española*, No. 107, pps. 121-128.

AGUILERA, F. y CASTILLA, C. (1990), «Desarrollo Sostenible y Economía Ecológica: Consideraciones en torno al caso de El Rincón», pp. 63-77. en El Rincón. Coordinadora Popular en Defensa del Rincón, Santa Cruz de Tenerife.

AGUILERA, F. y RODRIGUEZ, W. (1989), «Aspectos económicos del agua subterránea en Canarias: Las tres caras de un problema», en Aguilera, F. y Nunn, S. (Eds.), Problemas en la Gestión del Agua Subterránea: Arizona, Nuevo Mejico y Canarias. Secretariado de Publicaciones. Universidad de La Laguna.

BERKES, F. y Farvar, T. (1989), «Introduction and overview». en Berkes, F. (Ed.), (1989). *Common Property Resources. Ecology and Community-Based Sustainable Development*. Belhaven Press. London.

BOSQUET, M. (1979), *Ecología y Libertad*. G. Gili, Barcelona.

BOULDING, K. (1966), «The Economics of the Coming Spaceship Earth», en Jarret, H. (Ed.), *Environmental Quality in a Growing Economy*. Johns Hopkins, Baltimore.

BROMLEY, D.W. (1984), «Property Rights and Economic Incentives in Resource and Environmental Systems». Paper presented to the Southern Natural Resource Economics Committee Meeting, Charleston, South Carolina, 20 pps.

BROMLEY, D.W. (1989), *Economic Interests & Institutions. The conceptual foundations of public policy*. Basil Blackwell. Oxford.

CIRIACY-WANTRUP, S.V., Bishop, R. (1975), «Common Property as a Concept in Natural Resources Policy», *Natural Resources Journal*, No. 15, pp. 713-727.

DALY, H.E. (1971), The Stationary-State Economy. Distinguished Lecture Series No. 2. Department of Economics, University of Alabama. Citado por G. Roegen.

DALY H.E., Cobb, J.B. (1989), *For The Common Good. Redirecting the Economy Toward Community, the Environment, and a Sustainable Future*. Beacon Press. Boston.

DALY, H.E. (1990), «Toward some operational principles of sustainable development», *Ecological Economics*, Vol. 2, No. 1, pp. 1-6.

DASGUPTA, P.S. & Heal, G.M. (1979), *Economic Theory and Exhaustible Resources*. Cambridge Univ. Press..

DASGUPTA, P. (1982), *The Control of Resources*. Basil Blackwell. Oxford.

FISHER, A.C. (1981), *Resource and Environmental Economics*. Cambridge University Press. Cambridge.

GALBRAITH, J.K. (1982), Anales de un liberal impenitente. Vol. I, *Economía, política y asuntos económicos*. Gedisa, Barcelona.

GEORGESCU-ROEGEN, N. (1975), «Energía y mitos económicos», *Información Comercial Española*, No. 501, Mayo, pp. 94-122.

GORDON, R.L. (1954), «The Economic Theory of a Common Property Resource», *Journal of Political Economy*, Vol. 75, pp. 124-142.

HARDIN, G. (1968), «The Tragedy of the Commons». *Science*, Vol. 162, No. 3859, pp. 1243-1248, trad. cast. en H. Daly, ed., *Economía, ecología, ética*, FCE, México, 1989.

HARTWICK, J.M., Olewiler, N.D. (1986), *The Economics of Natural Resource Use*. Harper and Row. New York.

HOTELLING, H. (1931), «The economics of exhaustible resources», *The Journal of Political Economy*, Vol. 39, No. 2, pp. 137-175.

HOWE, C.W. (1979), *Natural Resources Economics, Issues, Analysis and Policy*. Wiley & Sons. New York.

ILLICH, I. (1973), *La convivialité*. Editions du Seuil. Points. París.

JURGENSMEYER, J.C. y Wadley, J.B. (1974), «The Commons Lands Concept: A "Commons" Solution to a Common Environmental Problem». *Natural Resources Journal*, Vol. 14, pp. 367-381.

KAPP, K.W. (1970). *Los costes sociales de la empresa privada*. Oikos-Tau. Barcelona.

KAPP, K.W. (1978), «El carácter de sistema abierto de la economía y sus implicaciones», en Dopfer K. (Ed.), *La economía del futuro*. F.C.E., México.

KELSO, M. (1967), «The Water is Different Syndrome, or What is Wrong with the Water Industry?», Comunicación presentada a la American Water Resources Association, San Francisco.

KROPOTKIN, P. (1978). *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*. Zero ZYX. Bilbao.

MARTINEZ Alier, J. (con Klaus Schlüpmann), (1987), *Ecological Economics*, Blackwell, Oxford.

MISHAN, E.J. (1984), *Falacias económicas populares*. Ediciones Orbis. Barcelona.

NAREDO, J.M. (1987), *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Siglo XXI, Madrid.

PEARCE, D. (1973), «An incompatibility in planning for a steady state and planning for

maximum economic welfare», *Environment and Planning*, Vol. 5, pp. 267-271.
PEARCE, D.W., Turner, R.K. (1990), *Economics of Natural Resources and the Environment*. Harvester Wheatsheaf, London.
POLANYI, K. (1989), *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Ediciones de La Piqueta. Madrid.
PROOPS, J.L.R. (1989), «Ecological economics: Rationale and problem areas», *Ecological Economics*, Vol. 1, No. 1, pp. 59-76.
REDCLIFT, M. (1990), «Developingt Sustainably. Designating agroecological zones». *Land Use Policy*, July, pp. 201-216.
REGIER, H.A., Mason, R.V., Berkes, F. (1989), «Reforming the Use of Natural Resources», en Berkes, F. (Ed.), op. cit.
SCOTT, A.D. (1955), «The Fishery: The Objectives of Sole Ownwership». *The Journal of Political Economy*, Vol. 63, pp. 116-124.
SEN, A. (1989), *Sobre ética y economía*. Alianza Universidad. Madrid.
SMITH, A. (1965), *An Inquiry Into the Nature and Causes of The Wealth of Nations*. The Cannan Edition. The Modern Library. New York.
SMITH, A. (1978), *Teoría de los sentimientos morales*. Colección Popular, F.C.E. México.
TIETENBERG, T. (1988), *Environmental and Natural Resource Economics*. Scott, Foresman and Company.

NODO ALTERNEX

José Augusto Padua - IBASE - Rua Vicente de Souza, 29
Botafogo, RIO DE JANEIRO, Brasil-22251

Esta red significa la interconexión de cerca de 5 mil usuarios en todo el mundo —la mayoría son personas y grupos de derechos humanos, pacifistas, ecologistas, centros de investigación, consultoría, documentación y educación popular— con el objetivo de interconectar organizaciones gubernamentales. Considerando las conexiones automáticas con otras redes (como Geonet y Bitnet), son cerca de 25 mil personas y entidades interconectadas para intercambio de información vía microcomputadora.

ACCESO

El Nodo ALTERNEX está en funcionamiento 24 horas al día. La conexión al Nodo puede ser hecha por la red de comunicación de datos por paquetes RENPAC. Para conexión a RENPAC, consulte la empresa de comunicación de datos de su país (ENTEL, URUPAC, ARPAC, Telenet, Tymnet, etc).

El número internacional de acceso del Nodo ALTERNEX es 72412150479.

¿MAS INFORMACIONES?

Entre en contacto con nosotros. Llene el formulario incluido con este folleto y envíe al IBASE, a/c Nodo ALTERNEX.

Nombre: _____

Profesión actividad: _____

Institución: _____

Dirección: _____

Provincia, país: _____

Teléfonos: _____

Intereses: _____

NÚMERO 8 950 pts.

Archipiélago

CUADERNOS DE CRÍTICA DE LA CULTURA

8

ECOLOGÍA O BARBARIE

Juan Martínez Alier. VALORACIÓN ECONÓMICA Y VALORACIÓN ECOLÓGICA / Mario Gaviria. VEINTE AÑOS DE ECOLOGISMO RADICAL / Murray Bookchin. EL CONCEPTO DE ECOLOGÍA SOCIAL / Karl Polanyi. SOBRE LA FE EN EL DETERMINISMO ECONÓMICO / Chico Mendes. LA AMAZONIA. TESTAMENTO POLÍTICO / José Manuel Naredo. LA ECONOMÍA EN EVOLUCIÓN.

TELEVISIÓN Y POSTMODERNIDAD. Douglas Kellner / CUANDO CESA LA LUNA. I. J. Quiroga / DESDE LAS BARRICADAS DE MOSCÚ. L. De Llorens / LOS DOCUMENTOS NO SON INOCENTES. Jacques Le Goff.

editorial PAMIELA argitaletxea

Para suscripciones e información:

Tel. 93 / 226 92 76

LEWIS MUMFORD
EL OLVIDADO ECOLOGISTA NORTEAMERICANO: UN INTENTO DE RECUPERACION[1]

Ramachandra Guha

Cuando apareció el movimiento ecologista occidental a principios de los setenta, una joven periodista inglesa escribió un libro sobre aquellos científicos cuyo trabajo tenía una relación directa con el problema ecológico. Su lista estuvo dominada, obviamente, por universitarios con credenciales académicas impecables, entre ellos René Dubos, Raymond Dasmann, Estella Leopold y Kenneth Boulding. Sin embargo para empezar su celebración de pioneros en la ecología escogió a un hombre sin ninguna

[1] Mi agradecimiento a Mike Bell, Bill Burch y James O'Connor por animarme a escribir este ensayo. Me he servido en mi investigación de la indispensable bibliografía de E. Newman de los escritos de Lewis Mumford, publicada por Harcourt, Brace y Jovanovich en 1970. Este ensayo está dedicado a la memoria del escritor Richard J. Margolis. (Nota del Editor: En esta traducción, de *Capitalism, Nature, Socialism*, n. 8, 1991, hemos conservado las referencias a las ediciones norteamericanas de obras de Mumford y otros autores dadas por Ramachandra Guha, pero de varias de estas obras existen también traducciones al español).

formación específica en ecología —y de hecho sin ninguna formación específica intelectual (su única universidad, como dice él mismo en su autobiografía, fue la ciudad de Mannahatta). Pero para Anne Chisholm, este hombre tuvo una enorme influencia en el contemporáneo pensamiento ambientalista: «de todos aquellos sabios que pensaron y escribieron durante años preparando el camino de la revolución ambiental, Lewis Mumford, el escritor y filósofo americano, fue el más importante»[2].

La afirmación de Anne Chisholm hubiera encontrado fuerte apoyo en la comunidad científica, pues se escogió a Lewis Mumford para resumir las deliberaciones de dos de los primeros simposios científicos sobre el cambio ecológico[3]. Sin embargo en las dos décadas desde de que Chisholm escribiese su libro, la reputación de Lewis Mumford como pensador ecológico sufrió un eclipse extraordinario. Mientras tanto, el movimiento ambientalista creció enormemente, y al igual que cualquier movimiento social maduro y con confianza propia, empezó a construir su propia genealogía y su panteón de héroes. La prehistoria del ecologismo ha sido documentada sobre todo en el propio país de Mumford, los Estados Unidos: sin embargo en ningún otro lugar se han ignorado tanto los escritos de Mumford. Esta es, en cualquier caso, la conclusión que sigue a la lectura de las más reconocidas historias de el ambientalismo americano, por ejemplo, las de Roderick Nash, Stephen Fox y Samuel Hays[4].

Los patronos del ambientalismo americano habitualmente reconocidos como tales son el naturalista y amante de la naturaleza, John Muir, y el biólogo y científico forestal Aldo Leopold. ¿Por qué los ambientalistas americanos han puesto a Muir y Leopold entre sus iconos culturales y no han puesto a Mumford? Es una pregunta fascinante, a la que volveremos al final de este artículo. De momento, sólo puedo decir que simpatizo con el pensamiento ecológico de Mumford tanto como Chisholm, quien también era extranjera. Este ensayo es pues, principalmente, un intento de rehabilitación: este análisis de las ideas ecológicas de Mumford se destina especialmente a los ambientalistas norteamericanos, que no han reconocido a una de sus voces más auténticas.

LA HISTORIA ECOLOGICA DE MUMFORD

La propia apreciación de Mumford de la naturaleza viene, en primera instancia, de sus vacaciones juveniles pasadas en Vermont. Hacia el final de su vida, recordaba aquellos tempranos encuentros en el bosque con mofetas, marmotas, venados y truchas del río como algo que le hizo sentir «en profundidad mis raíces americanas nativas»[5]. Aquí la experiencia de Mumford está perfectamente en concordancia con la larga línea de americanos ambientalistas —desde Henry Thoreau hasta Edward Abbey— cuyo amor por la naturaleza surge directamente de su experiencia de la diversidad y belleza de la vida silvestre norteamericana.

Pero si los horizontes ecológicos de Mumford hubiesen quedado confinados al campo silvestre, no merecería más que una nota a pie de página en cualquier historia del las ideas ambientales. Lo que coloca a Mumford en un lugar especial en el panteón de los héroes ambientales americanos —y por lo que yo estoy escribiendo sobre él

[2] Anne Chisholm, *Philosophers of the Earth: Conversations with Ecologists*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1972. La invocación de Mumford a la ciudad como su universidad está en su libro *Sketches From a Life: The Autobiography of Lewis Mumford: The Early Years*, New York, The Dial Press, 1982, esp. capítulo XI.

[3] Ver W.L. Thomas, ed. *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, Chicago, University of Chicago Press, 1956; F. Fraser Darling y John P. Milton, eds, *Future Environments of North America*, Garden City, New York: Natural History Press, 1966.

[4] Ver Roderick Nash, *Wilderness and the American Mind* (3a edición), New Haven: Yale University Press, 1982; Stephen Fox, *The American Conservation Movement: John Muir and his Legacy* (2a edición), Madison: University of Wisconsin Press, 1985; Samuel P. Hays, *Beauty, Health and Permanence: Environmental Politics in the United States, 1955-85*, New York: Cambridge University Press, 1987.

[5] Lewis Mumford (LM), op. cit., p. 90.

en primer lugar— es su comprensión fundamentalmente ecológica de las mareas de la historia humana. A diferencia de Muir, Leopold y una docena de otros iconos culturales, Mumford rehusó separar las actitudes individuales hacia la naturaleza de su contexto social, cultural e histórico. En este ensayo sostengo que la amplitud y riqueza del pensamiento de Mumford le colocan como uno de los pioneros del ecologismo social americano y de la historia ecológica. Para entender el enfoque ecológico de Mumford debemos fijarnos en el único hombre que Mumford reconoce como su maestro — el escocés inconformista, Patrick Geddes, quien, al igual que Mumford, fue un sabio universal en las ciencias humanas y biológicas, pero, a diferencia de su discípulo, Geddes fue un escritor irritantemente oscuro. Durante mucho tiempo fue profesor de Botánica y planificador activo de ciudades en Escocia, e inspiraba a los estudiantes a través de las palabras y del ejemplo. Para los que tengan paciencia, en sus estudios se pueden encontrar verdaderos tesoros.

El papel central de la naturaleza en la teoría del planeamiento urbano de Geddes es evidente en el único tratado general que escribió, al igual que en docenas de planos de ciudades que escribió por contrato en la India entre 1915 y 1919, todos los cuales revelan una comprensión sutil del proceso ecológico en la formación, funcionamiento, auge y declive de las ciudades[6]. Pero aparte de su trabajo innovador en la teoría y la práctica del planeamiento de la ciudad, Geddes hizo una contribución más general al pensamiento ecológico. Una persona como A. G. Tansley —uno de los primeros ecólogos de este siglo— notó la influencia de Geddes sobre los primeros estudios ecológicos de las Highlands escocesas, mientras que el ecólogo americano Paul Sears reconocía su influencia sobre el geógrafo Dudley Stamp, el ecólogo C.C. Adams, y el propio Lewis Mumford[7]. En un ensayo sobre Geddes publicado en 1950, Mumford escribió que «por sus conocimientos científicos y por el carácter general de su pensamiento, Geddes era ya un ecólogo antes que esa rama de la biología obtuviera el status de una disciplina especial... Y no fue tanto como innovador en el planeamiento urbano, sino como ecologista, paciente investigador de las filiaciones históricas y de las dinámicas relaciones biológicas y sociales, que Geddes hizo su más importante trabajo sobre las ciudades»[8]. En un nivel más filosófico, Geddes fue un temprano exponente de la «revolución general de la ciencia ahora en rápido proceso, el cambio desde una visión mecanocéntrica de la naturaleza y de sus procesos a otra visión cada vez más biocéntrica»[9].

«Biocéntrico» es, por supuesto, un término muy favorecido por los ambientalistas radicales actualmente. Mientras los autodenominados «ecologistas profundos» usan la palabra «biocentrismo» como norma para juzgar los escasos sentimientos morales que atribuyen a los que llaman «ecologistas superficiales», Gedes (y después Mumford) utilizaron un enfoque biocéntrico para fines más constructivos —por ejemplo la paciente investigación y comprensión de «las filiaciones históricas y las relaciones dinámicas biológicas y sociales—». Mumford tomó de Geddes el enfoque fundamentalmente ecológico y un repertorio

[6] Patrick Geddes, *Cities in Evolution*, primera publicación en 1915; edición revisada, Londres: William and Norgate, 1949, p. 51; Jacqueline Tyrwhitt, ed. *Patrick Geddes in India*, Londres: Lund Humphries, 1947, pp. 57-8, 78-83, etc. El último trabajo es una compilación de extractos de algunos de los informes de Geddes sobre diferentes ciudades indias. Escribió cerca de cincuenta informes, como invitado del gobierno colonial y de varios principados hindúes.

[7] Ver R.P. McIntosh, *The Background of Ecology: Concept and Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 293-4. Geddes fue también uno de los primeros críticos de la economía convencional desde la perspectiva de la energética ecológica. Ver Juan Martínez Alier, *Ecological Economics: Energy, Economics, Society*, Oxford: Basil Blackwell, 1987, pp 89-98.

[8] Ensayo publicado por primera vez en la *Architectural Review* y en forma resumida en LM, *My Works and Days: A Personal Chronicle*, New York, Harcourt, Brace and Jovanovich, 1979. Ver también *Sketches From a Life*, op cit, p. 147 y «Patrick Geddes, Insurgent», *The New Republic*, octubre 1929.

[9] Patrick Geddes, *Report on Town Planning, Dacca*, Calcutta, Bengal Secretariat Book Depot, 1917.

de neologismos —paleotécnico/neotécnico, conurbación, megalópolis, etc.— a los que dio un uso innovador, especialmente en sus historias clásicas de la tecnología y de la ciudad. Mumford también tomó de Geddes su respeto por los modos de utilizar los recursos y las tecnologías premodernos. Notablemente, fue Geddes el que llamó la atención de su discípulo hacia el trabajo de un conservacionista americano olvidado, George Perkins Marsh. Y como Mumford notó en su temprana apreciación, fue Marsh el primero en tratar a las personas como «agentes geológicos activos», que podían «construir o degradar», pero que, de una manera u otra, eran «agentes perturbadores, que alteraban la armonía de la naturaleza y la estabilidad de los arreglos y adaptaciones existentes, extinguiendo especies animales y vegetales indígenas, introduciendo variedades extranjeras, restringiendo el crecimiento espontáneo, y cubriendo la tierra con 'nuevas y reluctantes formas vegetales y con tribus ajenas de vida animal'»[10].

El mismo Marsh estaba preocupado por la destrucción de la cubierta forestal. Pero la deforestación no era sino un ejemplo de las muchas maneras en que los americanos, en «el simple acto de coger todas las partes habitables de la tierra» habían «utilizado sistemáticamente mal nuestras posesiones»[11]. Las implicaciones ecológicas del primer desarrollo económico americano fueron señaladas por Mumford en una notable serie de ensayos sobre el regionalismo o injustamente olvidado, publicada en *The Sociological Review*, una revista editada por el colaborador de Patrick Geddes, Victor Branford. Los ensayos de *The Sociological Review* constituyen el primer intento sistemático de Mumford de aplicar el marco ecológico geddesiano a fenómenos históricos[12]. Este enfoque al análisis social, que el sociólogo de la India, Radhakamal Mukerjee desarrolló al mismo tiempo[13], partía del trío de conceptos de Geddes, Pueblo/Trabajo/Lugar (que él mismo extrajo del sociólogo francés Frederic Le Play).

En sus ensayos en *The Sociological Review*, Mumford utiliza el marco regional para analizar los crímenes ecológicos de los pioneros de la civilización norteamericana (compendio de «irregionalismo»), y para subrayar las ventajas de una cultura y una economía ecológicamente más sostenibles (que llamó «regionalismo»)[14]. El rechazo a basar la industria y las instituciones en las dotaciones ecológicas regionales llevó, por un lado, a una enorme devastación ecológica, y por otro, a una relación parasitaria entre la ciudad y su entorno. «En América durante el último siglo», escribió Mumford, «hemos agotado los suelos, talado los bosques, hemos colocado las industrias en los lugares equivocados, hemos gastado sumas enormes en transportes innecesarios, aglomerado la población y reducido la vitalidad física de la comunidad sin preocuparnos inmediatamente de las consecuencias de nuestros actos». Durante este periodo, «nos ha convenido ignorar la realidad básica de nuestra tierra: sus contornos y paisajes, sus áreas de vegetación, sus fuentes de energía [y] minerales, su industria, sus tipos de comunidad...». Fue una «civilización minera», en la que se exaltaba la actitud minera hacia la naturaleza de cortar-y-correr, ejemplificada por la devastación de

[10] LM, *The Brown Decades: A Study of the Arts in America*, 1931, reimpreso: Nueva York, Dover Publications, 1955, pp 76-7. Años después, Mumford pensó que había sido invitado a co-presidir la Conferencia de la fundación Wenner-Gren sobre «Man's Role in Changing the Face of the Earth» a causa de su memoria de George Perkins Marsh en *The Brown Decades*, y como Geddes le había introducido a Marsh, la invitación se debía en última instancia su maestro (ver *Sketches From a Life*, op. cit. p. 408). Las actas del simposio de Wenner-Gren, editadas por W.L. Thomas (citado en la nota 3), estaban dedicada a Marsh.

[11] LM, «Regionalism and Irregionalism», *The Sociological Review*, 19, 4, 1927, p. 277.

[12] Ibid.; LM, «The Theory and Practice of Regionalism», *The Sociological Review*, 20, 1 y 2, 1928.

[13] Ver Radhakamal Mukerjee, *Regional Sociology*, New York; Century Co., 1926. Mukerjee también estuvo poderosamente influenciado por Patrick Geddes, con el que estuvo muy en contacto durante su última estancia en Calcuta, c. 1915-16.

[14] Los siguientes párrafos están basados en el ensayo citado en la nota 12.

los bosques y el agotamiento de los suelos. Las ciudades de estas civilizaciones tampoco tuvieron en cuenta las realidades ecológicas: de proporciones infladas, se convirtieron en 'criminales de primera en el mal uso de los recursos regionales'». Mumford también notó la proliferación de *slums* en el interior de las ciudades.

Mumford caracterizó los procesos que (siguiendo a Geddes) llamó de la edad paleotécnica como «doblemente ruinosos: primero empobrecieron la tierra para el provecho de unas pocas generaciones, sustrayendo los recursos comunes que, una vez gastados y disipados, no se pueden recuperar nunca; y segundo, con sus técnicas y sus hábitos estos procesos del periodo paleotécnico son igualmente perjudiciales para la tierra considerada como un hábitat humano, ya que destruyen la belleza del paisaje, arruinan las corrientes de agua, contaminan el agua potable y llenan el aire con un depósito carbonífero finamente dividido, que asfixia tanto a la vida humana como a la vegetación»[15].

Sin embargo, advirtió Mumford, el día de los pioneros había pasado; el desarrollo económico americano no podía olvidar por más tiempo las realidades regionales. Si no pensamos separadamente en productos y recursos, sino en la región como un todo, vemos claramente «que en cada área geográfica es posible cierto balance de recursos naturales e instituciones humanas, para el mejor desarrollo de la tierra y de la gente». En América, el movimiento «regionalista» (especialmente la Regional Planning Association que Mumford ayudó a iniciar) puso el acento en la conservación de los recursos naturales, pero en un marco más amplio, pues el regionalismo «no debe solamente, a través de la conservación, evitar el despilfarro: también debe dar los fundamentos económicos para una vida continua y próspera.» En particular, el regionalismo intentaría armonizar la vida urbana con el campo, haciendo de la ciudad una parte integral de la región. Aquí, Mumford llama la atención sobre el movimiento de Ciudades-Jardín de Ebenezer Howard (quien también estuvo muy influido por Geddes) —la creación de ciudades, de tamaño limitado, rodeadas de tierra agrícola, con un fácil acceso a las áreas naturales, y con otras formas de unidad orgánica con su entorno—[16].

Estos tempranos y penetrantes ensayos ilustran el profundo interés de Mumford por la infraestructura ecológica de la vida humana —poco después escribió que las tres amenazas principales a la civilización eran la continua destrucción de la cubierta forestal y la erosión del suelo, el agotamiento de recursos minerales irremplazables, y el potecial destructivo de las armas modernas[17]. La serie de artículos de *The Sociological Review* fue un anticipo de sus obras maestras, la historia de las tecnologías, *Technics and Civilization* (1934), y la historia de la ciudad, *The Culture of Cities* (1938). Estos son los libros de Mumford más conocidos, escritos en su mejor momento, y deben ser leídos esencialmente como historias ecológicas del auge de la moderna civilización occidental.

Ambos libros interpretan el desarrollo de

[15] Mumford raramente perdió la oportunidad de reñir a los colonizadores pioneros por sus crímenes contra la naturaleza. En 1962, todavía se quejaba que «incluso cuando el pionero no violó a la naturaleza, se divorció de ella un poco demasiado fácilmente: olvida la gran lección que enseñan tanto la ecología como la medicina —que la gran misión de las personas no es conquistar la naturaleza por la fuerza, sino cooperar con ella inteligentemente y amorosamente para los propios propósitos—» (LM, «California and the Human Prospect», *Sierra Club Bulletin*, 47, 9, 1962, pp.45-6).

[16] El desarrollo económico norteamericano ha continuado ignorando las realidades regionales. Pero el desastre ecológico ha sido frenado en Estados Unidos a base de explotar los recursos naturales en todo el planeta. En tiempos de la publicación de la serie de Mumford en la *Sociological Review*, América todavía podía subsistir de sus propios recursos. Pero especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo de la sociedad de consumo ha descansado en una relación fundamentalmente de explotación con el resto del mundo. Los consumidores en los altos centros de civilización industrial dan por sabidas la oferta de armiño del Artico, de madera de teca de la India y de marfil de Africa, sin sentirse responsables por las implicaciones ambientales de su estilo de vida.

[17] LM, «Science on the Loose», crítica de Robert Millikan, *Science and the New Civilization*, *The New Republic*, 6 agosto 1930. Ver también la sección titulada «Pre-1970 Ecology», en *My Works and Days*, op cit, pp. 29-32.

la civilización industrial en tres fases sucesivas, pero superpuestas e interpenetrables, a las que Mumford llama «eotécnica», «paleotécnica» y «neotécnica» respectivamente. Los dos últimos términos los habíamos visto en Geddes, pero añade el primero para designar el nivel preparatorio en el que, dice, la mayoría de innovaciones técnicas y sociales del mundo moderno han sido anticipadas[18].

La mayoría, sino todos los comentarios sobre las historias de Mumford, olvidan sus bases ecológicas. Pero, de hecho, su interpretación ecológica de la sociedad se sustenta en su modelo de tres etapas. Así, «cada una de las tres fases de la civilización de la máquina ha dejado sus depósitos en la sociedad. Cada una ha cambiado el paisaje, ha alterado la forma física de las ciudades, ha usado ciertos recursos y ha dejado otros, ha favorecido cierto tipo de mercancías y ciertas actividades y ha modificado la herencia técnica común». Desde el punto de vista de los inputs característicos de energía y materiales, «la fase eotécnica es un complejo de agua-y-madera, la fase paleotécnica es un complejo de carbón-y-hierro, y la fase neotécnica es un complejo de electricidad-y-hierro»[19].

En un sentido estrictamente ecológico, la fase eotécnica fue benigna. Los recursos que más se utilizaron —madera, agua y viento— eran todos renovables; creó paisajes exquisitos y no contaminó. La «energía de la fase eotécnica no se transformó en humo o en productos que rápidamente se tiraban: en el siglo XVII se habían transformado los bosques y pantanos del norte de Europa en una vista continua de bosques y campos, pueblos y jardines...». Su impacto ecológico podía ser visto aun más favorablemente comparado con la siguiente fase, la era paleotécnica del «capitalismo carbonífero»[20].

Después de 1750, el desarrollo industrial «entró en una nueva fase, con fuentes de energía diferentes, materiales diferentes, objetivos sociales diferentes». La nueva fuente de energía era el carbón; el nuevo material dominante el hierro; los objetivos sociales predominantes, el poder, la ganancia y la eficiencia. La dependencia general del carbón y del hierro significaban que por primera vez en la historia de la humanidad, las sociedades estaban viviendo no de los ingresos corrientes de la naturaleza, sino del capital natural. Al mismo tiempo, los subproductos característicos del capitalismo carbonífero contaminaban el aire, el agua y los hogares; las abominables condiciones de vida empeoraron por la concentración y la congestión traídas por la producción en fábricas y el moderno modo de vida urbano. Las nuevas industrias químicas también introdujeron sustancias peligrosas en el aire y en el agua. Y el servidor del capitalismo industrial, el ferrocarril, «distribuyó hollín y suciedad...». De hecho, el «hedor del carbón era el verdadero incienso del nuevo industrialismo», y la inusual visión de un «cielo claro en un distrito industrial era un signo de un lock-out o una crisis industrial.» Estas variadas formas de degradación ambiental, a veces mortales, eran consecuencia de los valores de la economía monetaria, en la que el ambiente era tratado como una abstracción, y el aire y la luz solar, «a causa de su deplorable falta de valor de cambio, carecían de realidad»[21].

A pesar de todo esto, Mumford estaba esperanzado en que la fase paleotécnica no era más que «un periodo de transición, una calle llena de gente y de basura entre las economías eotécnica y neotécnica»[22]. La fase neotécnica que Mumford creyó ver aparecer, podía contar con una fuente de energía nueva y no contaminante —la hidroelectricidad— y utilizar materiales de larga duración, como aleaciones, y compuestos sintéticos químicos. Mumford también tenía esperanza en la década de los 30 en la energía solar. Como el agua era abundante en Africa, Sudamérica y Asia, la llegada de la electricidad podía tender a desplazar a Europa y Norteamérica de su

[18] LM, *Thecnics and Civilization*, New York, Harcourt, Brace and Co., 1934, p. 109.

[19] Ibid., pp. 268, 110.

[20] Ibid., pp. 111, 118, 147, etc.

[21] Ibid., capítulo IV (citas de las pp. 151, 168-9).

[22] Ibid., p. 211.

posición de dominio industrial. Respecto a la contaminación, el «humo de la industria paleotécnica empieza a disiparse: con la electricidad vuelven el cielo limpio y las claras aguas de la fase eotécnica». Mientras tanto, la renovada utilización de los excrementos humanos y el desarrollo de la vegetación fertilizante nitrogenada contrarrestarían la erosión del suelo causada por la civilización minera de la primera fase[23]. La fase neotécnica, cuando se implantara completamente, restauraría tres equilibrios vitales: el equilibrio del ambiente, entre los humanos y la naturaleza; el equilibrio entre la industria y la agricultura; y el equilibrio en la población, a través del balance entre la tasa de nacimientos y la tasa de mortalidad[24].

La magistral historia de Mumford sobre la ciudades también sigue las tres fases: el uso, abuso y renovación del ambiente. Empieza con la historia medieval (que corresponde a la fase eotécnica), contra la cual, exclama, los historiadores modernos han desarrollado un infundado y violento prejuicio. En la reconstrucción de Mumford, la ciudad premoderna fácilmente se confunde con su entorno rural, mientras sus amplios espacios abiertos útiles contrastan duramente con la «notoria congestión posmedieval». De nuevo, los residuos materiales de la vida de la ciudad eran casi todos orgánicos, y fácilmente degradables. En esencia, la ciudad medieval era más que adecuada «del lado biológico», con sus vistas, olores y sonidos infinitamente más agradables que su sucesora moderna. De hecho, desde el punto de vista de la arquitectura, «la propia ciudad era una obra de arte omnipresente»[25].

La evocación de Mumford de un pasado armonioso y orgánico era, otra vez, una preparación de su condena del modo de vida actual, de la «insensata ciudad industrial» de la era paleotécnica. En el complejo urbano que suplantó a la ciudad medieval, la fábrica y el *slum* (barrio pobre) eran los dos elementos principales. Mientras que las emisiones contaminantes de una sola fábrica a menudo podían ser absorbidas por el entorno, la masificación característica de las industrias en la era paleotécnica contaminaba «el aire y el agua sin remedio». Mientras, en los congestionados barrios, se alcanzaba un colmo de suciedad que hubiera superado al de la cabaña del siervo más miserable de la Europa medieval. La higiene y la evacuación de desechos también estaban lejos de las normas mínimas. «Caía la noche sobre la ciudad del carbón», escribe Mumford dramáticamente, «el color predominante era el negro. Negras columnas de humo salían de las chimeneas de las fábricas, y desde las estaciones de los trenes, que a menudo penetraban bien adentro de las ciudades, se echaba hollín y cenizas por todas partes». Para el historiador de la ciudad paleotécnica, «nunca antes en el registro de la historia, habían vivido tan extensas masas de gente en un ambiente tan salvajemente deteriorado.»[26]

La salida estaba en el creciente movimiento por el regionalismo. Con el final de la época de la colonización de la tierra en América, Mumford pensó que se veía un cambio en las actitudes respecto a la tierra, las actitudes parasitarias y depredadoras eran suplantadas por valores del emergente régimen biotécnico. En los países europeos, el movimiento regionalista había luchado contra una centralización excesiva, reclamando la cultura local, y el desarrollo de cooperativas. En los Estados Unidos, el movimiento de conservación, bajo el impulso romántico, ayudó a preservar grandes áreas silvestres; ahora, bajo una cubierta más científica, estaba promoviendo activamente la conservación de materias primas. Mientras, el movimiento de Ebenezer Howard, de ciudades-jardín, que impulsaba la creación de comunidades urbanas equilibradas en regiones equilibradas, crecía en influencia[27].

El marco analítico común de las dos grandes historias ecológicas de Mumford recuerda el esquema hegeliano: las etapas

[23] Ibid., capítulo V (cita de la p. 255).

[24] Ibid., pp. 429-31.

[25] LM, *The Culture of Cities*, New York, Harcourt, Brace and Co., 1938, cap. 1 (citas de las pp. 49, 51).

[26] Ibid., cap. III (citas de las pp. 162, 164, 191, 195).

[27] Ibid., especialmente capítulos V y VI.

eotécnica/paleotécnica/neotécnica son análogas al proceso dialéctico de tesis/antitesis/síntesis[28]. Su marco filosófico puede haber sido heredado, pero su sofisticación ecológica es, en el momento y lugar, muy notable. Los principios organizativos de sus trabajos son de naturaleza verdaderamente ecológica: el uso de energía y materiales como índices de cambio técnico y ambiental; la configuración espacial de los flujos de recursos, en y entre regiones, característica de diferentes etapas; las formas de degradación ambiental y los movimientos de defensa ambiental típicos de cada época; y el papel de los valores morales para crear ya sea la «economía del dinero» de destrucción o la (futura) «economía de la vida» de renovación. Bajo todo esto, había un compromiso firme con la conservación del ambiente como una fuerza positiva, en contraste con el negativismo habitual del ambientalismo de entonces y de ahora. En un pasaje que parece contemporáneo, Mumford escribió en 1938 que:

> al originarse en el espectáculo de los desechos y la profanación del ambiente, el movimiento conservacionista tendía a tener una influencia negativa: intentó preservar las áreas salvajes, reducir los residuos y prevenir el daño. El área actual de la planificación regional es más positiva: llevar la tierra globalmente al más alto estado de perfección y de uso apropiado —no sólo preservando lo virgen sino extendiendo los jardines, e introduciendo la deliberada cultura del paisaje en todas las partes del campo abierto—[29].

LA FILOSOFIA AMBIENTAL DE MUMFORD

El optimismo de las historias ecológicas de las ciudades y de las tecnologías que Mumford publicó en la década de 1930 sorprende a cualquiera que conozca solamente sus últimos escritos. Esperaba que el surgimiento de valores de la economía neotécnica humanizaría y domesticaría la máquina. Para el estado de la democracia, también, la tecnología neotécnica —en particular la hidroeléctrica— trabajaba en favor de la descentralización y la escala humana, en contraste directo con el gigantismo y la concentración de la época paleotécnica. Mumford incluso tenía algo positivo que decir sobre el automóvil. Aunque deploraba que usase gasolina, creía que su uso extensivo desplazaría al tren lo que significaba que los humanos no deberían concentrarse alrededor de las estaciones, las minas y los puertos[30].

La temprana filosofía ecológica de Mumford era, por tanto, profundamente historicista. Creía que las fuerzas de la historia se estaban moviendo en la dirección de un mejor medio ambiente, con una tecnología más benigna, y con un orden social más democrático. Mientras, su propia participación en el movimiento regionalista —probablemente la única vez en su larga carrera como intelectual público que participó en una acción colectiva— también favoreció un punto de vista optimista sobre el cambio social.

Todo esto encaja muy poco con la común reputación de Mumford, basada en sus últimos escritos, como un profeta del desastre. Al mirar su evolución, vemos que las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial alteraron fundamentalmente la fe de Mumford en la buena dirección del movimiento de la historia. El bombardeo masivo de ciudades alemanas, el lanzamiento de bombas atómicas en el Japón, y la paranoia de la Guerra Fría, afectaron profundamente a Mumford. La historia no podía introducir por sí sola la era neotécnica pues la tecnología, y los «caballeros» que con-

[28] Hegel es mencionado sólo una vez en *Technics and Civilization* y ninguna en *The Culture of Cities*. De todos modos, Mumford había leído atentamente a Karl Marx, y quizás sus etapas se acercan inconscientemente a la interpretación de Marx de la dialéctica hegeliana. La teoría de la historia de Marx está abierta tanto a una lectura evolucionista como cíclica: mientras que los marxistas normalmente han preferido la primera, Mumford indudablemente debió estar más de acuerdo con la segunda.

[29] *The Culture of Cities*, op. cit., p. 331.

[30] LM, *Technics and Civilization*, op.cit., pp. 221-3, 247, 250, 267, etc.; «The Theory and Practice of Regionalism», op.cit., p. 19.

trolaban su desarrollo, se habían vuelto locos.

Este cambio en su punto de vista se refleja en el prefacio que Mumford escribió en 1973, para la reedición de un libro que fue publicado por primera vez treinta años antes. Defendió el apoyo del libro a la teoría de John Stuart Mill del «estado estacionario», en oposición a la creencia victoriana en el progreso y la expansión de la civilización occidental moderna; es la continuación de la llamada en *Technics and Civilization* a un equilibrio dinámico entre las personas y la naturaleza, la industria y la agricultura. Pero, advierte significativamente, «el efecto principal de la trasformación regresiva que ha ocurrido en el último cuarto de siglo (es decir, desde el final de la Segunda Guerra Mundial) ha sido el cambio de mis conclusiones del modo verbal indicativo al modo imperativo; no vamos a llegar simplemente a un equilibrio dinámico, sino que «debemos» hacerlo —si no queremos destruir el delicado equilibrio ecológico del que depende toda vida—»[31].

En esta fase más sombría, los valores sociales y ambientales de Mumford permanecieron los mismos: sin embargo, fue considerablemente menos optimista respecto a su aceptación. En sus escritos podemos seguir viendo, aquí y allí, los elementos de una filosofía ecológica a la vez analítica y programática. Sin duda es difícil encontrar un resumen compacto de su visión en el periodo de posguerra; no hay ningún texto comparable a *Technics and Civilization* o a *The Culture of Cities*. Es más, su visión sobre ecología, cultura y política debe ser reconstruida a partir de sus diversos escritos, particularmente de sus ensayos y de sus artículos olvidados.

Veamos primero la reconsideración de Mumford de la tecnología moderna, empezando con su crítica de la energía atómica y culminando en los graves ataques contenidos en *The Pentagon of Power* (1970). Al abandonar la esperanza de que la moderna tecnología se desarrollara en una dirección benigna, creía ahora que la ciencia y la tecnología modernas llevaban la marca del capitalismo: «el interés del capitalista por la cantidad, su creencia de que no había límites naturales para la adquisición» estaba ahora suplementada por la tecnología, «por la noción que la producción cuantitativa tampoco tiene límites naturales»[32]. Donde «la máquina precede a las personas», escribe en otro lugar, «y donde todas las actividades y valores que sostienen el espíritu humano están subordinadas a hacer dinero y a consumir en privado sólo los bienes que se pueden conseguir con dinero, incluso el ambiente físico tiende a hacerse degradado e ineficiente»[33]. Mumford reservó sus más duras críticas a la tecnología de la energía atómica, que para él ejemplifica el desarrollo unilateral, contrario a la vida, de las técnicas modernas. Argumentó que esta tecnología debía ser sometida a un «estricto periodo de prueba», y rehusó aceptar las «explicaciones conciliadoras» de la Atomic Energy Commission, de que la contaminación era negligible y fácil de controlar. Eso no podía tranquilizar a nadie, pues la historia de la contaminación industrial mostraba que «nuestra miopía infantil excitada por la novedad, nuestro desprecio a la salud cuando se trata de ganancias, nuestra falta de respeto por la vida, continúan envenenando la atmósfera de cada área industrial, y convierten las corrientes y los ríos, así como el aire que respiramos, en inaptos para la vida orgánica»[34].

La fe de Mumford en la ciencia y la tecnología también fue modificada por su papel en la Segunda Guerra Mundial y la carrera armamentista que siguió a su conclusión. Fue un temprano y perceptivo crítico de la bomba atómica, y recomendó que América compartiera su conocimiento nuclear con la Unión Soviética más que embarcarse en una competición costosa y sin sentido. Tanto el desarrollo de la energía

[31] LM, «Preface», *The Condition of Man*, 1944, reimpreso New York: Harcourt, Brace, Jovanovich, 1973, p. viii.

[32] LM, «Technics and the Future of Western Civilization», en *In the Name of Sanity*, New York: Harcourt, Brace and Jovanovich, 1954, p. 47.

[33] «California and the Human Prospect», op. cit., p. 43.

[34] LM, «Prospect», en Thomas, ed., op.cit., pp. 1147-8.

atómica como el perfeccionamiento de las armas de destrucción de masas, argumentó, perjudican la democracia al fomentar los secretos por y dentro del Estado[35]. Pero el complejo industrial-militar era por sí solo una parte de la negación de la democracia, ya que grandes áreas del gobierno central habían sido sustraídas a «todo control y supervisión popular, obrando en secreto, descaradamente reteniendo o adulterando la información necesaria para que la democracia juzge el trabajo de sus representantes»[36]. Comparó desfavorablemente el presente estado de la democracia en América con el de hace un siglo, cuando había, de hecho, una gran difusión de la propiedad, riqueza y poder político. En su llamada a una renovación de la democracia, Mumford utilizó una teoría cíclica de las estructuras políticas curiosamente similar a su (modificada) teoría cíclica del desarrollo técnico: un pasado armonioso pero perdido, un presente abominable y un futuro que aún tenía que ser construido[37].

Es interesante destacar dos elementos de la visión democrática de Mumford. Primero, él señaló que los ciudadanos debían tener control sobre los programas públicos que afectaban vitalmente sus vidas. Para Mumford, entre las revolucionarias contribuciones de Patrick Geddes a la planificación —que lo distinguían del administrador, burócrata u hombre de negocios arquetípicos— estaba sobre todo su «deseo de dejar una parte esencial del proceso a aquellos que están más íntimamente conectados a él —los que lo van a utilizar, los consumidores o los ciudadanos—»[38]. Mumford también heredó el respeto de Geddes por el conocimiento popular (o premoderno). En los primeros días de la más salvaje guerra en la historia humana, esperaba un tiempo en que «las culturas más primitivas desde el punto de vista mecánico... influirán y civilizarán a sus conquistadores europeos; les devolverán parte del profundo sentido orgánico de unidad con el ambiente, parte de esa riqueza sensual y alegría de vivir que los occidentales han perdido a menudo en su conquista agresiva del ambiente...»[39].

Estos sentimientos eran perfectamente coherentes con la petición amplísima de Mumford en favor de lo que ahora llamamos «diversidad cultural y biológica». El mundo de la máquina, se quejaba, «ha aislado a sus habitantes de toda forma de realidad a excepción del mismo proceso mecánico: el frío y el calor, el día y la noche, la tierra y las estrellas, los bosques, las tierras de cultivo y de viña, los jardines — todas las formas de cooperación orgánica entre los millones de especies que componen la vitalidad y salud de la tierra— han sido suprimidas por completo de la mente o han sido homogeneizadas en una mezcla uniforme que puede introducirse en la máquina». Contra esta uniformidad mortal, Mumford nos invitaba a apreciar nuestra propia historia, «promoviendo el carácter, la variedad y la belleza donde quiera que los encontremos, ya sea en los paisajes o en las personas»[40].

He argumentado en otro lugar que las tres filosofías ambientales genéricas son la Naturaleza Silvestre (o Primitivismo), el Agrarismo y el Industrialismo Científico. Mumford es raro (posiblemente único) entre los filósofos ambientales en su capacidad de sintetizar y transcender posiciones partidistas a favor de la naturaleza salvaje, el campo cultivado o la ciudad[41]. Como señaló su cercano colaborador Benton Mckaye, la naturaleza virgen, lo rural y lo urbano son todos ambientes necesarios para el desarrollo completo de la persona hu-

[35] Ver por ejemplo sus ensayos «Gentlemen! You are Mad!» *Saturday Review of Literature*, Marzo 2, 1946; «The Morals of Extermination», *Atlantic Monthly*, Octubre, 1959; y la colección *In the Name of Sanity*. También Paul Boyer, *By the Bomb's Early Light: American Thought and Culture at the Dawn of the Atomic Age*, New York, Pantheon, 1985, esp. pp. 284-7.

[36] LM, «The Moral Challenge to Democracy», *Virginia Quarterly Review*, 35, 4, 1959, p. 565.

[37] Ibid, esp. pp. 562-7.

[38] *My Works and Days*, op.cit., pp. 115-6.

[39] LM, «Looking Forward», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 83, 4, 1940, p.541.

[40] «California and the Human Prospect», op.cit., pp. 45-7.

[41] Ramachandra Guha, «Toward a Cross Cultural Environmental Ethic», *Alternatives*, 16, 3, 1990.

mana. Consecuentemente, un programa regionalista tiene que incorporar los tres elementos: la preservación de la naturaleza intocada, la restauración de un paisaje rural estable, y la salvación de la verdadera ciudad[42].

La humanización de la tecnología y la protección de la diversidad dependían ambos de un cambio fundamental en los valores. Como ha indicado agudamente un biógrafo de Mumford, mientras otros radicales «esperaban que los cambios de valores ocurrieran después de la revolución, para Mumford el cambio de valores *era* la revolución»[43]. En la edad de la máquina, la desintegración de la personalidad humana está en un estado avanzado, como las patologías del mundo civilizado mostraban. Por eso, como dijo Mumford en un encuentro internacional de científicos en 1955, «si hemos de conseguir cierto grado de balance ecológico... debemos conseguir también un balance humano»[44]. En una conferencia pronunciada en el encuentro del centenario de la American Association for de Advancement of Science, y publicada (aunque no a propósito) en el aniversario de Mahatma Gandhi, pidió una mayor intervención humana en la técnica, para que la técnica tuviera en cuenta la personalidad humana. Pero en un nivel más profundo, él pedía que la técnica perdiera su trono en la sociedad moderna. En esta gran tarea de renovación cultural,

> El actor central en el nuevo drama de la civilización no debe ser la Persona Poder, ni la Persona Ganancia, ni la Persona Mecánica, sino la Persona Total. Esto significa que debemos invertir el orden del desarrollo que produjo, lo primero, la máquina; ahora debemos explorar el mundo de la historia, de la cultura, de la vida orgánica, del desarrollo humano, igual que una vez exploramos el mundo sin vida de la naturaleza. Debemos entender la orgánica de la personalidad, como antes entendimos la estática y la mecánica del proceso físico; debemos centrar nuestra atención en la cualidad, el valor, el ejemplo y el propósito como antes la centramos en la cantidad, en las relaciones físicas, en la masa y en el movimiento[45].

Incluso más que los valores, los individuos y las sociedades necesitan mitos viables. Aquí, Mumford confía en la caida del mito de la máquina, que, durante un largo periodo, ha fascinado a los occidentales. El mito de la máquina debe ser reemplazado, para que haya cordura, estabilidad y supervivencia, por «un nuevo mito de la vida, basado en un rico entendimiento de todos los procesos orgánicos, una profunda visión del rol positivo de las personas para cambiar la faz de la tierra... y sobre todo una profunda fe religiosa en la capacidad humana para transformar y perfeccionarse a sí misma y a sus instituciones en una relación cooperativa con todas las fuerzas de la naturaleza, y sobre todo con las otras personas»[46].

Con esta última cita, es fácil argumentar que lo que caracteriza a la filosofía de Mumford, en términos contemporáneos, es un «socialismo ecológico». Pero a diferencia de los socialistas radicales, y de los ecologistas radicales, Mumford no puso su fe en un agente escogido por la historia (por ejemplo, el Proletariado o los Ecologistas Profundos). En un sentido, rehusar proyectar las propias aspiraciones en un agente es totalmente loable[47]. Pero, desde otro punto de vista, esto ejemplifica un curioso silencio en el trabajo de Mumford —frecuentemente invoca individuos, valores y estilos de vida paradigmáticos, pero nunca movimientos sociales—.

[42] Benton Mckaye a Lewis Mumford, 3 de diciembre de 1926, citada en John L. Thomas, «Lewis Mumfors, Benton Mckaye and the Regional Vision», en Thomas P. Hughes y Agatha C. Hughes eds., *Lewis Mumford: Public Intellectual*, New York, Oxford University Press, 1990.

[43] Donald L. Miller, *Lewis Mumford: A Life*, New York, Weidenfeld and Nicholson, 1989, p. 166.

[44] «Prospect», op.cit., p. 1146.

[45] LM, «Let Man Take Command», *The Saturday Review of Literature*, Octubre, 1948, p. 35.

[46] «California and the Human Prospect», op.cit., pp. 58-9.

[47] Alvin Gouldner, *Against Fragmentation: The Origins of Marxism and the Sociology of Intellectuals*, New York, Oxford University Press, 1985.

RECORDANDO A LEWIS MUMFORD

Si la sección segunda de este ensayo seguía de cerca las historias ecológicas de Mumford, la sección anterior reconstruyó su filosofía ambiental a partir de los comentarios sociales que publicó en revistas norteamericanas. En esta sección intentaré explorar cómo Mumford podría haber querido ser recordado en cuanto pensador social y ecológico. Aquí, uso tres elogios que Mumford escribió sobre otras personas — su hijo, un pionero ecológico, y un genio del siglo XIX que él apreció mucho—. Ninguno de estos trabajos son bien conocidos, sin embargo es en ellos, aparentemente efímeros, donde podemos vislumbrar algo de la imagen que Mumford tenía de sí mismo, y sus dudas respecto a su propio lugar en la historia[48].

El hijo único de Mumford, llamado Geddes Mumford en honor de Patrick Geddes, murió en combate en la Segunda Guerra Mundial a los diecinueve años. La pérdida de su hijo marcó profundamente al escritor y contribuyó significativamente a su profundo pesimismo respecto a la civilización occidental. Sin embargo, en la valiente memoria que escribió después de la muerte de Geddes Mumford, el padre celebraba en el hijo las actitudes hacia la tierra y hacia la gente que el mismo Mumford había apreciado durante mucho tiempo.

En un capítulo muy pastoril, «La tierra y las estaciones», Mumford calificó a su hijo de «verdadero hombre del campo». A través de sus profundos sentimientos por el campo, Geddes Mumford «estaba renovando el espíritu que Thoreau había llevado al campo americano...Geddes respondía en todas sus fibras a las preguntas de Thoreau: «¿quién no querría estar a la altura de las expectativas de la tierra?'». En el otro capítulo, «Caminos del campo y vecinos del campo», también escrito en un tono pastoril, Mumford recuerda como a su hijo le gustaba trabajar con las manos y como sentía un intenso desagrado por las máquinas. Una ilustración de su «antipatía hacia la máquina», expresada a su madre cuando era un niño, era la preferencia de Geddes por un caballo para labrar los campos. Cuando su madre le sugirió que un tractor podría hacer el trabajo mejor, Geddes replicó asombrado : «Pero mamá, tu nunca has utilizado un tractor en la tierra, ¿verdad? ¿Has visto alguna vez los campos después de que el tractor haya pasado por encima? Un tractor no tiene cuidado con lo que hace: cava en la tierra y la levanta brutalmente. Un caballo pasa gentilmente. Nunca usaré un tractor».

Además, «los sentimientos de Geddes por el campo incluían a sus gentes». Aquí Mumford escribió evocando a un granjero vecino suyo, Sam Honour, de origen inglés, «lleno de amor hacia el campo...y más cerca de ser un campesino que cualquier otro americano que conozca». En su persona, Sam era «un espécimen viviente de una América más vieja y más doméstica, que estaba más cerca del ideal de Geddes que la actual»[49].

El amor de Mumford por la tierra, como el de su hijo, nació de su contacto juvenil con el campo. Su conciencia ecológica madura le vino del trabajo de Patrick Geddes y del gran geógrafo americano que Patrick Geddes le había hecho conocer, George Perkins Marsh. En *The Brown Decades* (1931), Mumford alertó al público americano acerca del significado de este escritor olvidado, de manera que cuando una gran biografía apareció un cuarto de siglo después, Mumford estaba muy bien situado para escribir una apreciación de Marsh. La obra *Man and Nature* de Marsh era incuestionablemente un «estudio ecológico comprensivo antes de que se inventara la palabra ecología». Mumford también tenía razón al decir que Marsh se hubiera opuesto, en general, «al amplio programa de contaminación y exterminación que había sido introducido en nuestro país en nombre

[48] Por supuesto, otros escritores han proyectado sus esperanzas, prejuicios y aspiraciones en sus tributos a otras personas. Así, para la identificación de Orwell con Dickens, ver el sugestivo estudio de John Rodden, *The Politics of Literay Reputation: The Making and Claiming of 'St. George' Orwell*, New York, Oxford University Press, 1989, esp. pp. 181-2, 238-9.

[49] LM, *Green Memories: The Story of Geddes Mumford*, New York, Harcourt, Brace and Co., 1947, pp. 114-5, 126-8, etc.

del progreso científico», y en particular, hubiera hablado, de estar vivo, contra la producción de energía nuclear con su potencial para «mutilar permanentemente» la raza humana y hacer el planeta inhabitable.

Al poner en perspectiva el pensamiento de Marsh, verdaderamente Mumford revela el suyo propio: «Marsh no infravaloró la ciencia o la producción científica sino que valoró más la integridad de la vida...». La contribución mayor de ese hijo de Vermont fue «su combinación del enfoque del naturalista, del moralista y del humanista; proporcionó tanto las herramientas intelectuales como la dirección moral necesaria». Por tanto, «su tipo de mente era exactamente la contraria a los especialistas formados en Alemania que empezaron a dominar América en la década de 1880, cuando Marsh murió; éstos estrechaban su experiencia vital y separaban sus intereses especializados». Pero, irónicamente, fue la habilidad de Marsh para transcender las estrechas esferas de pensamiento la que «hizo su trabajo sospechoso para la siguiente generación, que se evitó el trabajo de evaluar su genio, ignorándolo»[50].

Este tono defensivo, poco frecuente en Mumford, también lo encontramos en su apreciación de William Morris, un genio del siglo XIX cuyos logros fueron incluso más amplios que los del versátil Marsh. Según Mumford, Morris no era meramente un «constructor de sueños», sino también un «realista resuelto, que rehusaba tomar los sórdidos triunfos victorianos del progreso mecánico como los éxitos finales del espíritu humano». No era, como se supone comúnmente, un revivalista, sino lo que Henry Russel Hitchcock había llamado un «neo-tradicionalista, puesto que no revive el pasado, sino que desarrolla lo que todavía permanece vivo en él». Morris indudablemente dedicó mucho tiempo y energía a recuperar las técnicas tradicionales que se estaban considerando superfluas en la era de la máquina. De hecho, Morris, «toda una generación antes de que los antropólogos empezasen su trabajo de salvación con grupos de la edad de piedra y comunidades tribales, hizo un trabajo similar en las artes y oficios del pasado del Viejo Mundo». Pero, «si hubiera tenido más simpatía por los éxitos peculiares de su propio tiempo, tal vez no hubiera tenido las energías concentradas y abundantes para su tarea de salvación».

Morris no quería abolir todas las máquinas: pensaba que podían hacer el trabajo necesario y dejar el otro, más agradable, para que lo hicieran las personas. Morris era, en efecto, un temprano defensor de las tecnologías apropiadas que, en vez «de aceptar cualquier megatécnica o monotécnica como inevitable... quería mantener vivo o si era necesario restaurar aquellas formas de arte u oficio cuya continua existencia enriquecería la vida humana e incluso mantendría el camino abierto para nuevos logros técnicos».

Al cambiar el estereotipo de Morris como un iluso soñador, Mumford también reconocía su relación con el socialismo. A pesar de que llegó bastante tarde al socialismo, el trabajo vital de Morris fue reforzado inmesurablemente por la visión socialista, que «dio un mayor contenido social y un gran propósito humano en todos sus logros privados como artista, y le dio la confianza de trabajar por un futuro en el que todas las personas pudiesen conocer la alegria del trabajo creativo que él había conocido»[51].

Escribiendo con casi diez años de diferencia, sobre dos gigantes muy diferentes del siglo XIX, hay similitudes en los tributos de Mumford a George Perkins Marsh y a William Morris. En ambos casos, parece que se ha proyectado a sí mismo, y más notablemente, *la evaluacion social que preferia*, en una clase de persona con ideas y acción parecidas, aunque de una generación anterior. Anticipa y contesta la crítica que Marsh estaba contra la ciencia, y atribuye su desinterés por la ciencia a su temor a ser atrapado por el especialismo. Mumford mismo se había enfrentado a esta crítica, en los foros intelectuales y políticos donde tenía audiencia. También su defensa

[50] LM, «Marsh's Naturalist-Moralist-Humanist Approach» (crítica de David Lowenthal *George Perkins Marsh: Versatile Vermonter*), *Living Wilderness*, 71, Winter 1959-60, pp. 11-13.

[51] LM, «A Universal Man», *New York Review of Books*, 23 mayo 1968, pp. 8, 10, 12, 15.

Rudolf Bahro (ex-Verde alemán) accedió tarde al pensamiento de Mumford, pero inmediatamente reconoció que su trabajo «tiene el mismo significado para el movimiento ecológico que el de Marx para el movimiento obrero»[60]. Lo que el visionario Bahro supo intuitivamente, he tratado de demostrarlo yo mismo cuidadosamente en este ensayo, con el acostumbrado aparato académico. Pero yo podría haber estado preparado para el fenómeno de un profeta poco reconocido en su propia cultura, aunque profundamente respetado fuera. ¿Cuál ha sido el destino del mayor ciudadano de la India de este siglo, Mahatma Gandhi, y del mayor que nunca ha vivido, Gautama Buddha?

[60] Citado en Kirpatrick Sale, «Lewis Mumford», *The Nation*, 19 Febrero 1990 (nota necrológica). A pesar de que Sale no ha escrito abundantemente sobre Mumford, es uno de los pocos ambientalistas norteamericanos que frecuentemente expresa admiración por él. Cf. su *Dwellers in the Land: The Bioregional Vision*, San Francisco: Sierra Club Books, 1985.

SCIENCES • CULTURE SOCIETE

ECOLOGIE POLITIQUE

Jean-Paul Deléage

Barry Commoner

Directeur : Jean-Paul Deléage

Antoine Bonduelle

Juan Martinez-Alier

Marcello Cini

James O'Connor

Un capitalisme soutenable est-il possible ?

Marc Saint-Upéry

NUMERO 1
HIVER 1991 / 92

Gestion et diffusion : ECOPRESSE
62 BVD de Sébastopol. 75003 PARIS
Tél : 1.44598900 Fax : 1.44598901

Capitalismo
Natura
Socialismo

rivista di ecologia socialista

manifesturiviste

n. 3 novembre 1991
L. 15.000

DIREZIONE DELL'EDIZIONE ITALIANA
Valentino Parlato, Giovanna Ricoveri, Pierluigi Sullo
Redazione e Amministrazione: presso SET s.r.l.
Via del Leoncino, 36 - 00186 Roma - Tel. 06/686 70 29

LIBROS PARA RIO DE JANEIRO

World Resources 1990-1991, Oxford U.P., 1990, 383 pags. World Resources Institute (1709 New York Ave., Washington DC 20006), junto con el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas,

Anil Agarwal y Sunita Narain, **Global Warming in an Unequal World: A case of environmental colonialism**, Centre for Science and Environment (807 Vishal Bhawan, 95 Nehru Place, New Delhi 110019), 1991, 36 pags.

Presentar esos dos libros a la vez o, mejor dicho, presentar el grueso anuario de World Resources Institute junto con el escuálido folleto del Centre for Science and Environment de Nueva Delhi, es como presentar un combate de boxeo entre un peso pesado y un peso mosca: pero aquí gana el peso mosca. El World Resources Institute es una de las grandes instituciones que en Washington estudian y aconsejan sobre problemas ambientales. Está muy vinculado a la administración estatal, mucho más que el instituto de Lester Brown, el Worldwatch Institute que, también en Washington, cada año publica su inventario de problemas ecológicos con el título *El Estado del Mundo*. La última edición en castellano es de muy fácil acceso, habiendo sido editada por el CIP-FUHEM (y en esta misma revista consta la dirección donde puede conseguirse).

El World Resources Institute tiene mucho más personal que el Worldwatch Institute, mucho más dinero. Su director es James Gustave Speth. Colabora con el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente y con otros programas de las Naciones Unidas para publicar cada año un anuario muy útil con estadísticas de todos los países del mundo sobre cuestiones ecológicas. Debería estar en todas las bibliotecas universitarias. Debe utilizar fuentes de valor dudoso, debe siempre escrutinizar las cifras oficiales que a menudo toman más cuidado en calcular números tan metafísicos como los del Producto Nacional Bruto que al establecer indicadores de contaminación ambiental o contar estadísticas de agotamiento de recursos. El anuario del World Resources Institute, además de su colección de estadísticas ambientales, toma algunos temas cada año como objeto de estudio monográfico. En el último año realizó un estudio del cambio climático global como consecuencia del incremento del efecto invernadero, compilando al efecto estadísticas de emisión de dióxido de carbono por países (debido a quema de combustibles fósiles, deforestación) y también cifras de emisiones de metano. Esa parte del informe del World Resources Institute, y concretamente su recomendación de reducción proporcional de emisiones por todos los países, ha sido sometida a un feroz ataque por el peso mosca, el Centre for Science and Environment de Nueva Delhi.

Esta institución, totalmente al margen del Estado, una verdadera ONG, es conoci-

da internacionalmente por los ecologistas por la publicación de sus volúmenes titulados *The State of India's Environment* que se producen a partir de las informaciones de activistas y de científicos que llegan de todos los rincones de la India. Son volúmenes que también deberían estar en todas las bibliotecas universitarias y que además son un modelo para el movimiento ecologista de otros lugares del planeta. Cuando Agarwal y Narain leyeron el informe del World Resources Institute de 1990-1991, con sus propuestas de reducción proporcional de gases-invernadero para todos los países, ricos y pobres, la indignación se alió con la inteligencia y el conocimiento para producir un folleto que, desde hace algunos meses, cada vez es más citado en todo el mundo. Si recordamos que, inicialmente, se suponía que la conferencia de Río de Janeiro de junio de 1992 iba a contemplar la firma de una convención internacional sobre el cambio climático, si sabemos que las propuestas del World Resources Institute estaban diseñadas con este propósito (al igual que las de otros muchos estudios, hechos todos en el Norte), el impacto del folleto de Agarwal y Narain resulta aun más espectacular. Los autores protestan que las Naciones Unidas hayan dado su acuerdo implícito al estudio del World Resources Institute, protestan contra su propio gobierno y, si lo supieran, protestarían contra el gobierno español que en su informe para la conferencia de Río (responsabilidad del señor Vicent Albero, secretario de Medio Ambiente, muy conocido en su casa) propone nada menos que un aumento del 25 por ciento de las emisiones de dióxido de carbono en España en los próximos años, al suponer que se quemará más gas (de Argelia) para producir más electricidad. El argumento que Narain y Agarwal aplican a la India y a otros países pobres para excluirlos de las reducciones, precisamente no es ya aplicable a España, cuyo nivel de emisiones por persona sobrepasa ya la capacidad del ambiente (nueva vegetación, océanos) para reciclar o absorber los gases-invernadero.

El argumento principal de Narain y Agarwal es que la propuesta del World Resources Institute asigna la capacidad que la tierra tiene para «limpiar» los dos gases invernadero principales —dióxido de carbono y metano— de una manera totalmente injusta, ya que no es proporcional al número de habitantes de cada país sino que es proporcional a las emisiones de cada país. En efecto, según las cifras del WRI la economía humana produce cada año 31.000 millones de toneladas de dióxido de carbono y 255 millones de toneladas de metano, pero lo que se acumula en la atmósfera y causa un incremento del efecto invernadero es sólo 13.600 y 43 millones de toneladas respectivamente, ya que los sistemas ecológicos de la tierra —vegetación y océanos— absorben el resto: 17.500 millones de toneladas de dióxido de carbono y 212 millones de toneladas de metano. El informe del World Resources Institute no distingue entre los países que ya se han «comido» su parte de la capacidad de absorción y los que aún están por debajo. Así, la India figura como el quinto país emisor del mundo, pero en comparación a su población (16,2 por ciento del total mundial en 1990) la India no realiza una contribución neta al efecto invernadero ya que el total de dióxido de carbono que emite es sólo el seis por ciento y el total de metano es el 14,4 por ciento de lo absorbido o reciclado naturalmente en el mundo. Si las emisiones de todas las personas del mundo fueran tan moderadas como las de la India, a los sistemas ecológicos les sobraría capacidad de absorción y reciclaje de gases invernadero (con la excepción, por supuesto, de los CFC, que no se absorben ni reciclan, pero que los países pobres emiten en muy baja cantidad).

La trampa de la propuesta del WRI de reducciones proporcionales está en que a países como los Estados Unidos, Japón y la Comunidad Europea, y también a los países del este de Europa, les adjudica una parte de la capacidad de «limpieza» ecológica mundial mucho mayor de lo que les toca si el criterio fuera asignación proporcional a la población. Agarwal y Narain proponen entonces un acuerdo internacional para la reducción de emisiones de gases-invernadero dirigido a que la producción de éstos no exceda la capacidad de asimilación y depuración de los sistemas ecológicos. En primer lugar los CFC deberían prohibirse más rápidamente de lo que establece el pro-

tocolo de Montreal. En segundo lugar se podría establecer un sistema de cuotas de emisión comerciables de manera que los países que están emitiendo gases por debajo de lo que les toca de la capacidad asimiladora y depuradora de los sistemas ecológicos en proporción a su población, pudieran venderlas a los países que las necesitan. Los países cuyas emisiones excedan su propia cuota más la que hayan podido adquirir, deberían pagar unas multas prohibitivas a un organismo internacional. Por supuesto, hay quien ha dicho ya que el criterio de la población tampoco es necesariamente justo, ya que premia a los países más natalistas, pero si miramos la demografía de la Tierra en los últimos quinientos años, o incluso sólo desde la Revolución Industrial, lo notable es el mayor incremento de la población de los europeos o de las poblaciones de origen europeo, hasta muy recientemente. Por tanto, la objeción del Centre for Science and Environment de Delhi es de mucho peso. Además, Agarwal y Narain plantean que los países ricos históricamente han contribuido ya a un incremento del efecto invernadero, lo que lleva a considerar el pago de reparaciones por daños ecológicos

Aunque en principio la Conferencia de Río de Janeiro iba a desembocar en dos acuerdos internacionales importantes, más allá de la retórica ambientalista, a saber, un tratado sobre el respeto a la biodiversidad y otro tratado sobre cambio climático, parece que el conflicto entre pobres y ricos, y la habilidad de algunos de los pobres para ver las trampas que se les tendían, hará imposible un tratado sobre cambio climático como no sea que los líderes de los países ricos acepten la necesidad de combatir los impactos ecológicos mediante una distribución más igualitaria de la riqueza, en vez de prometer el crecimiento económico para todos (bajo el disfraz de «desarrollo sostenible»). Vista la situación, algunos líderes de los países ricos están refugiándose otra vez detrás de las incertidumbres que necesariamente rodean la cuestión del cambio climático para justificar así el aplazamiento de las decisiones, y otros, como los españoles, descaradamente anuncian que piensan aumentar aun más sus emisiones de gases-invernadero.

Henk Hobbelink:
Biotechnology and the future of world agriculture, Zed, Londres, 1991, 159 págs.

En la Agenda 21 de la gran Conferencia de Río de Janeiro de junio de 1992, uno de los dos temas principales es la preservación de la biodiversidad (el otro es el cambio climático). Parece cada vez más improbable que se pongan de acuerdo los diversos Estados para firmar un tratado sobre el cambio climático. Pero hay aún esperanzas de conseguir un acuerdo sobre la biodiversidad. El impacto humano sobre las demás especies es cada día mayor. La humanidad usa o destruye actualmente algo así como el 25 por ciento de la producción neta actual de biomasa (según las estimaciones de Vitousek), y como la cantidad de humanos va todavía a doblar antes de estabilizarse, y el consumo exosomático de muchos va también a aumentar, claramente se percibe el peligro que para otras especies supone ese uso humano abusivo. Están desapareciendo especies de plantas y animales. Simultáneamente, las nuevas biotecnologías nos prometen, mediante la ingeniería genética, multiplicar las cosechas y «crear» nuevas variedades con una rapidez mucho mayor que los antiguos procesos de selección de plantas y animales que desde el Neolítico la humanidad practica.

En la región de la Amazonia, la estimación de Darrell Posey es que, durante el presente siglo, en promedio un grupo amerindio ha desaparecido por año, y con ellos se ha perdido su cultura, su conocimiento etnobotánico. Hay ahora una lucha feroz de empresas biotecnológicas por apoderarse de los saberes indígenas que aún existen para la manufactura de nuevos productos farmacéuticos y nuevas plantas con técnicas de ingeniería genética. Así, la cuestión de la preservación de la biodiversidad va unida a la cuestión de los «derechos de propiedad intelectual» que las compañías multinacionales de la biotecnología deberían pagar a esos sabios indígenas y campesinos.

Este tema está analizado en el excelente libro de Hobbelink, quien advierte que la dirección actual es otra: las empresas biotecnológicas internacionales quieren patentar sus descubrimientos (que a menudo hacen en universidades pero con fondos privados) y luego serán capaces de atornillar a los campesinos del mundo pobre (de donde proviene la riqueza biológica que permitirá hacer esas nuevas semillas). Así ocurrió ya donde se ha introducido el maíz híbrido o las semillas de arroz y de trigo de la mal llamada «revolución verde» de los años 1960.

El enorme potencial de la biotecnología debe ser controlado socialmente. No se trata sólo de impedir la manipulación genética de la especie humana, a la manera que Aldous Huxley previó en *Un Mundo Feliz*. Se trata también de influir para que las empresas no hagan lo que crematísticamente les conviene, despreocupándose de los costes ecológicos y sociales. Hobbelink muestra que una buena parte de la investigación biotecnológica agrícola está dirigida, no a «crear» variedades resistentes a los ataques de plagas, sino a «crear» variedades mucho más resistentes a los herbicidas. El problema es que, a menudo, un herbicida perjudica el suelo para las próximas cosechas, y se trata por tanto de evitar esto, no mediante un menor empleo de herbicidas, sino creando nuevas variedades más resistentes. El efecto final sera *aumentar* el empleo de herbicidas, con consecuencias dañinas para la salud humana.

El libro de Hobbelink pasa revista sistemáticamente a las cuestiones principales: las técnicas de la ingeniería genética, el carácter empresarial o público de la investigación y desarrollo de las biotecnologías, las nuevas semillas y nuevos productos (por ejemplo, sustitutivos del azúcar) que empiezan a existir, la marcha hacia las patentes de nuevas formas de vida que hay que resistir, y, por último, las rutas alternativas que una biotecnología más dulce, aliada de la agroecología, podría tomar. Hay puntos de vista muy opuestos que difícilmente podrán ser recogidos en un tratado en la conferencia de Río de Janeiro.

Henk Hobbelink es un joven agrónomo holandés que vive en Barcelona, donde dirige GRAIN, una organización no gubernamental muy influyente internacionalmente en la lucha por la preservación de la biodiversidad y contra los posibles abusos de las biotecnologías. La dirección de GRAIN, Genetic Resources Action International, es Apartado 23398, 08080 Barcelona, Fax 34-3-302 21 18.

SOLICITUD DE COLABORACIONES

LA REVISTA *CAPITALISM, NATURE, SOCIALISM* ASI COMO *ECOLOGIA POLITICA* RECONOCEN EL PAPEL MAS QUE IMPORTANTE, A MENUDO PRIMORDIAL, DE LAS MUJERES Y FEMINISTAS EN LAS LUCHAS POR LA JUSTICIA SOCIAL Y ECONOMICA Y POR LA ECOLOGIA. QUEREMOS AUMENTAR LOS CONTENIDOS REFERENTES A ESAS LUCHAS Y AVANZAR Y PROPAGAR LA TEORIA FEMINISTA QUE ABARCA EL SOCIALISMO Y LA ECOLOGIA. EL GENERO (COMO LA RAZA) SON CATEGORIAS SOCIALMENTE CONSTRUIDAS, Y POR TANTO EVITAMOS SU CARACTERIZACION ESENCIALISTA. TAMBIEN EVITAMOS CONCEPCIONES RELATIVISTAS O IDEALISTAS DE LA NATURALEZA. QUEREMOS AYUDAR A LA DISCUSION DE TEMAS ECOLOGISTAS Y SOCIALISTAS QUE EXAMINEN LAS COMPLEJAS INTERSECCIONES ENTRE ECOLOGIA Y GENERO, SEXUALIDAD, RELACIONES RACIALES, ADEMAS DE RELACIONES ENTRE CLASES SOCIALES. SOLICITAMOS POR TANTO ARTICULOS FEMINISTAS Y ANTIRACISTAS QUE TRATEN DE LUCHAS ECOLOGISTAS DE MUJERES Y PUEBLOS INDIGENAS, DE LUCHAS CONTRA EL RACISMO, DE LAS RELACIONES CONCEPTUALES Y PRACTICAS ENTRE LA HUMANIDAD Y LA NATURALEZA NO-HUMANA, DE LUCHAS CONTRA EL SEXISMO, Y DE OTROS «NUEVOS» MOVIMIENTOS SOCIALES VINCULADOS AL ECOLOGISMO.

Si desea subscribirse a **Ecología Política** *Cuadernos de Debate Internacional,* envíe este Boletín de subscripción a:

ICARIA EDITORIAL, S.A.
Comte d'Urgell, 53, pral. 1.ª
08011 Barcelona

o

FUHEM
Alcalá, 117, 6.°, dcha.
28009 Madrid

Subscripción anual 2 números / Número suelto 1.500,— Ptas. (IVA incluido) (más gastos de envío 150 Ptas.)

Deseo subscribirme a dos números de Ecología Política mediante:

☐ Envío de talón bancario
☐ Giro postal
☐ Contra-reembolso
☐ Domiciliación bancaria

Por el importe (IVA incluido)

Subscripción normal:	ESPAÑA	**2.500,— Ptas.**
	EUROPA	**3.500,— Ptas.**
	Otros países	**4.000,— Ptas.**
Subscripción institucional o de apoyo:		**3.000,— Ptas.**

(más gastos de envío 150 Ptas.)

Nombre y apellidos: .....

DNI .....

Calle / Plaza .....

Ciudad .....

Teléf. .....

(Firma)

Boletín de domiciliación bancaria

Fecha .....

Nombre y apellidos .....

☐ Cta. corriente núm. .....

Titular .....

Banco / Caixa .....

Agencia núm .....

Calle .....

Ciudad .....

Señores: les agradeceré que con cargo a mi cuenta atiendan, hasta nueva orden, los recibos que Icaria o FUHEM les presentará para el pago de mi subscripción a los cuadernos Ecología Política

(Firma)